La Herejía de Horus

Asedio a Terra

El Primer Muro

Gav Thorpe

El primer muro. por Gav Thorpe

Es un tiempo de leyenda.

La galaxia está en llamas. La gloriosa visión del emperador para la humanidad está en ruinas. Su hijo favorito, Horus, se apartó de la luz de su padre y abrazó el Caos.

Sus ejércitos, los poderosos y temibles Marines Espaciales, están encerrados en una brutal guerra civil. Una vez, estos guerreros definitivos lucharon codo con codo como hermanos, protegiendo la galaxia y devolviendo a la humanidad a la luz del Emperador. Ahora están divididos.

Algunos siguen siendo leales al Emperador, mientras que otros se han puesto del lado del Señor de la Guerra. Entre ellos, los líderes de sus miles de legiones fuertes, son los primarcas. Seres magníficos y sobrehumanos, son el mayor logro de la ciencia genética del Emperador. Empujados a la batalla uno contra el otro, la victoria es incierta para ambos lados.

Los mundos están ardiendo. En Isstvan V, Horus dio un golpe brutal y tres legiones leales fueron destruidas. La guerra comenzó, un conflicto que envolverá a toda la humanidad en fuego. La traición y la traición han usurpado el honor y la nobleza. Los asesinos acechan en cada sombra. Los ejércitos se están reuniendo. Todos deben elegir un bando o morir.

Horus reúne su armada, Terra es el objeto de su ira. Sentado sobre el Trono Dorado, el Emperador espera a que su hijo rebelde regrese. Pero su verdadero enemigo es el Caos, una fuerza primordial que busca esclavizar a la humanidad a sus caprichosos caprichos.

Los gritos de los inocentes, las súplicas de los justos resuenan con la risa cruel de los Dioses Oscuros. El sufrimiento y la condenación esperan a todos si el Emperador falla y la guerra se pierde.

El fin está aquí. Los cielos se oscurecen, los ejércitos colosales se reúnen.

Por el destino del Mundo del Trono, por el destino de la humanidad misma …

El asedio de Terra ha comenzado.

‘Hay tres armas en el arsenal de los victoriosos. Resistencia, creencia y lealtad “.

- Monito san Vastall, Primer General Máximo de los Negros Lucifer ‘No hay un enemigo tan poderoso o tan innumerable que no podamos vencerlos con una determinación decidida. Nuestras armas son simplemente una extensión de nuestra voluntad, y es nuestra voluntad la que conquistará la galaxia “.

- Maestro de guerra Horus, dirección del triunfo de Ullanor “La fe existe para ser probada”.

- Lorgar Urizen, Lectitio Divinitatus

Dramatis Personae

Horus, Señor de la Guerra, Primarca de la XVI Legión, Buque Ascendente del Caos

Los primarcas

Perturabo, “El Señor del Hierro”, Primarca de la IV Legión Rogal Dorn, Pretoriano de Terra, Primarca de la VII Legión.

Angron, “El ángel rojo”, Primarca de la XII Legión Fulgrim, “El fenicio”, Primarca de la III Legión Mortarion, “El Señor de la Muerte”, Primarca de la XIV Legión Jaghatai Khan, “The Warhawk”, Primarca de la V Legión Sanguinius, Arcángel de Baal, Primarca de la IX Legión.

La IV Legión “Guerreros de Hierro”

Kydomor Forrix, “The Breaker”, primer capitán, Triarch Barban Falk, “The Warsmith”, Triarch Kroeger, Triarch

Vull Bronn, “The Stonewrought”, 45º Gran Batallón Volk-Sa’ra’am, “The Obliterator”

Gharal, Capitán

Berossus, Capitán, Dreadnought

La VII Legión “Puños imperiales”

Segismundo, Lord Castellan, Mariscal de los Templarios Fafnir Rann, Lord Seneschal, Capitán del primer cuadro de asalto Haeger, teniente comandante, Castellan del puerto espacial de Lion’s Gate Ortor, sargento, primer escuadrón, primer cuadro de asalto La XIV Legión “Guardia de la Muerte”

Tifus, primer capitán, anfitrión de la colmena del destructor La XVI Legión “Hijos de Horus”

Ezekyle Abaddon, primer capitán

La XVII Legión “Portadores de la Palabra”

Zardu Layak, “El Apóstol Carmesí”, Maestro de los que no hablan Kulnar, esclavo de la espada Anakatis Hebek, esclavo de la espada Anakatis La XII Legión “Comedores del mundo”

Khârn, Capitán, Octava Compañía de Asalto El Mecánico Oscuro

Inar Satarael, Archmagos

El nunca nacido

Cor’bax Utterblight, La vida dentro de la muerte Ejército imperial

Coronel Maigraut, Jefe de Estado Mayor, puerto espacial Lion’s Gate Zenobi Adedeji, voluntario, 64º Cuerpo de Defensa de Addaba Menber Adedeji, voluntario, 64º Cuerpo de Defensa de Addaba Kettai, voluntario, 64º Cuerpo de Defensa de Addaba Yennu Egwu, Capitán, 64º Cuerpo de Defensa de Addaba Okoye, teniente, 64 ° cuerpo de defensa de Addaba Alekzanda, Sargento, Addaba 64º Cuerpo de Defensa Seleen, Voluntario, 64º Cuerpo de Defensa de Addaba Sweetana, Voluntaria, 64º Cuerpo de Defensa de Addaba Tewedros, voluntario, 64º Cuerpo de Defensa de Addaba Jawaahir Adunay Hadinet, Alto Oficial de Integridad, 64º Cuerpo de Defensa de Addaba Katsuhiro, Soldado, guarnición de la zona de cuarentena del Arco Palatino Nasha, comandante del tanque, Aliento de ira, primer regimiento de Bakk-Makkah

Personae imperial

Malcador, regente del imperio

Euphrati Keeler, ex recordador

Kyril Sindermann, ex iterador

Valdor, Capitán General de los Custodios Legio Amon Tauromachian, Custodian

Olivier Muižnieks, jefe de los portadores de luz Manish Dhaubanjar, operador de transportista Daxa Dhaubanjar, operador de transportista Himalazia, ubicación no revelada, fecha desconocida El smog de cientos de motores ennegreció el cielo, lo que se sumó a la penumbra de los cielos llenos de suciedad. El trueno de los tanques y los transportes, algunos del tamaño de las cuadras de la ciudad, creó una ola de sonido ensordecedor que reverberó desde las laderas de las montañas, un asalto a los oídos ya adormecidos por los vientos del alto Himalazia.

El gruñido de las voces de las máquinas casi ahogó los gritos humanos, incluso los amplificados por los emisores. Las clarificaciones electrónicas aullaron en el torbellino de ruido, sonando el avance o el stand-to, sus llamadas moduladas se superponían.

Todo fue un movimiento repentino, el polvo ondeando de las pisadas y las botas por igual.

“Esto es todo”. El Capitán General Egwu no levantó la voz, pero sus palabras fueron transmitidas por las lenguas de quienes estaban bajo su mando. “Todos estén listos”.

A su lado, Zenobi Adedeji jugueteó con la portada de la pancarta que llevaba, con los ojos parpadeando entre el comandante de su compañía y la escena del alboroto organizado que se representaba alrededor de los soldados de Addaba Hive.

“Todo lo que hemos hecho, los juramentos que hemos hecho, las dificultades que hemos soportado, ha llevado a este momento”. Ahora Egwu gritó, no solo para ser escuchado, sino lleno de pasión. Su ojo restante miraba de par en par entre las cicatrices de quemaduras que cubrían la mayor parte de su rostro, el tejido fresco rosado contra su piel oscura. ‘¡Ahora es el momento de atacar al enemigo! Nuestras familias trabajaron y murieron para entregarnos a este lugar. Nuestro coraje y determinación nos han llevado hasta aquí. Puede que no vivamos más allá de este día, ¡pero nuestras obras sí lo harán! “

“¿Ahora?”, Preguntó Zenobi, con la voz temblorosa de emoción, una mano temblorosa extendiéndose hacia la cubierta del estándar.

“Sí”, dijo el capitán general. ‘Ahora.’

El señor de hierro

Despedidas

Un honor otorgado

La sangre de hierro, terran cerca de la órbita, setenta horas antes del asalto

Parches de estática en la pantalla holográfica molestaron a Perturabo, causándole dolor de una manera que una herida en su carne no podía. Cada desenfoque que empañaba la imagen proyectada era un fracaso de los topógrafos, cada uno un vacío en su conocimiento.

Sus únicos compañeros eran los seis autómatas de su círculo de hierro, estacionados a intervalos regulares alrededor de la periferia de la cámara octogonal. Estaban de pie con los escudos en alto, las mazas inactivas, el único movimiento era el de sus lentes oculares, que zumbaban y hacían clic mientras seguían el ritmo de su creador.

“Podría extrapolar las defensas ocultas para mí”, pensó Perturabo en voz alta a su guardaespaldas. Su silencio incuestionable fue un bienvenido descanso de las incesantes dudas y consultas que surgieron de sus subordinados en los últimos tiempos. “Recuerdo perfectamente otros trabajos planteados por Dorn, y al modelar esos recuerdos con lo que se muestra aquí puedo llenar los vacíos con un alto grado de precisión”.

Observó un hololito reluciente que llenaba la mayor parte de su cámara de planificación a bordo de la Sangre de Hierro, como si la fuerza de voluntad pudiera hacer que ofreciera sus secretos.

“La extrapolación no es un hecho”, gruñó. “Hay mucho en juego para suponer, sin importar qué tan bien informado”.

Su mente, su genio militar, era la clave que Horus necesitaba para desbloquear el palacio de su padre, pero necesitaba datos como un ejército necesitaba suministros.

Entró en la pantalla, su enorme armadura silbaba y silbaba. Su sombra borró sectores enteros del Sanctum Imperialis mientras caminaba para examinar un área en particular. Se agachó y se encontró cara a cara con un defensor ficticio parado en el Muro Supremo.

El amarillo de la Legión de Dorn se extendió por todas partes, aunque se concentró alrededor del noreste y sudoeste. El rojo de los Ángeles Sangrientos era más fuerte hacia el sureste, donde la Guardia de la Muerte de Mortarion había lanzado un ataque dañino pero en última instancia infructuoso cerca de la Puerta de Helios.

Las cicatrices blancas de Khan fueron más difíciles de colocar. Se habían unido contra Mortarion en apoyo de Sanguinius, pero desde entonces habían sido vistos en varias otras batallas al norte y al oeste de ese ataque. El paradero preciso de los propios primarcas era un factor a considerar, pero imposible de determinar con algún grado de puntualidad o certeza.

Levantando los dedos de su mano izquierda, hizo un gesto y la pantalla giró a su alrededor, colocándolo detrás de la pared para que estuviera mirando a través de las Llanuras Katabatic que rodean el Palacio.

Las fuerzas del Señor de la Guerra se representaron en un sentido más abstracto; serie de runas, números y sigilos que denotan el tipo de tropa, la fuerza, las estimaciones morales actuales, la longevidad del compromiso y media docena de otros factores.

Y había más características, bosquejadas con una nomenclatura que todavía estaba creando. Estas eran las fuerzas de la urdimbre, cuyos poderes acababa de comenzar a investigar. Demonios Legionarios poseídos. Portadores de palabras y hechiceros de los Mil Hijos.

Y sus hermanos Remolinos de conjunciones arcanas entre lo real y lo imaginario, con un pie en el mundo de lo mortal y lo inmortal por igual. Angron, tan decidido a demostrar su valía, incapaz de contener su ira, todavía estaba probando las defensas en Helios. Mortarion aún no había intentado romper el escudo del Emperador, y al mando de Horus estaba redirigiendo los esfuerzos hacia el sudoeste, atacando un tramo de muro de veinte kilómetros cerca del bastión de la Puerta Saturnina. Los Hijos del Emperador y Fulgrim, a quienes Perturabo consideraba los otros tenientes menos confiables de Horus, habían estado atacando a los defensores del oeste y el norte, sin ningún avance.

De Magnus no había señal, pero sus comandantes de la Legión se habían contentado con tomar la asignación de Perturabo e invirtieron el sudoeste de la ciudad del continente, apoyando los esfuerzos de la Guardia de la Muerte.

Todos sus hermanos estaban aún en las paredes, retenidos por la última y más poderosamente enigmática variable de toda la guerra.

El emperador.

Tantas preguntas que Perturabo apenas podía pensar en ellas, mucho menos intento de dar respuestas. Consultas que se remontaban a décadas, estrategias y decisiones que había estado seleccionando desde la primera vez que había llegado a la presencia de su creador.

Pero fue igualmente simple descartar la mayor parte de la inquietud. Las preguntas de por qué su padre había actuado de cierta manera, por qué había tratado a sus hijos de la manera en que lo había hecho, ahora eran irrelevantes. Todo lo que quedaba era el cómo del asunto. Estaba conectado a los poderes de la urdimbre. Si Perturabo pudiera deshacer esa relación, podría romper las barreras psíquicas que frenaban a sus hermanos.

“Titanes”, se recordó a sí mismo. Master El Warmaster necesita a nuestros Titanes para romper el asedio. Tiene razón: los motores de guerra de las Legios de nuestros enemigos son una fuerza que aún no podemos contrarrestar “.

Las placas reforzadas de su armadura se ondularon con la luz proyectada cuando dio un paso atrás, apretando y soltando los dedos mientras inspeccionaba el Palacio nuevamente.

“Solo hay un lugar”, dijo, haciendo un gesto para acercar la pantalla al centro del Palacio, donde se encontraron los dos grandes bucles del Muro de la Eternidad y el Muro Supremo. Era el punto más débil y el más fuerte de todo el complejo. Si cayera, toda la ciudad fortaleza sería vulnerable; protegido de ambos lados por inmensas fortificaciones, sería la muerte de cualquier enemigo que se atreviera a entrar.

“Pero dejaste una llave en la cerradura, Rogal”, dijo Perturabo. La pantalla se acercó, parpadeando con más estática ya que los datos requeridos para el nivel de detalle no estaban disponibles. Aun así, el edificio que atrajo su atención era fácil de ver, tan alto que hacía que las paredes circundantes y el Palacio parecieran modelos, aunque cada uno tenía diez kilómetros de altura y más. El señor de los Guerreros de Hierro hizo una mueca ante la falta de reconocimiento reciente. ‘El puerto espacial Lion’s Gate. Todos menos parte de la pared misma, como un crecimiento en una arteria. Un corte aquí y Horus puede mover lo que quiera al Palacio “.

Sin embargo, el fracaso sería costoso, y la victoria solo un poco menos. El puerto espacial de la Puerta del León era una inmensa fortaleza por derecho propio, una ciudad que perforaba la órbita protegida por escudos, cañones y cientos de miles de soldados.

“Tal vez un ataque contra la pared, después de todo”, dijo, mirando la vista hacia el norte, retrocediendo para ver más del Palacio Imperial.

Ningún comandante en su sano juicio intentaría un asalto directo … Excepto que él era Perturabo, el Martillo de Olimpia, y no había un muro que no pudiera derribar, incluso las defensas del Mundo del Trono del Emperador arregladas por Rogal Dorn. Fue probado en todos los lados, pero el mayor desafío fue el escrito en piedra y armas y campos de fuerza sobre las montañas de Himalazia. Solo hubo dos resultados posibles. La voluntad de Dorn prevaleció, o el genio de Perturabo lo superó. Este sería su legado, el triunfo que nadie más podría quitarle.

Si le costaba a cada guerrero de su Legión, era un precio que valía la pena pagar.

Colmena Addaba, Afrik, ciento siete días antes del asalto

Los agudos silbidos de los oficiales aceleraron el corazón de Zenobi con una mezcla de emoción y aprensión. A su alrededor, la multitud de reclutas se precipitó hacia las puertas de apertura de la estación de tránsito, pero resistió el tirón y se mantuvo firme, aún no llamada para sucumbir a la marea y al viaje que estaba por comenzar.

El sol brillaba, como siempre, brillando desde la fortaleza de Addaba Hive, el único hogar que había conocido en sus diecisiete años de vida. El patio de transporte sobresalía del flanco del enorme montículo de la ciudad a unos cuatrocientos metros de las llanuras circundantes. Arriba, docenas de pistas de aterrizaje más y pistas de aterrizaje acogieron un flujo constante de naves, yendo y viniendo desde los cielos casi sin nubes y formando una doble línea hacia el este.

No era tan diferente a cualquier otro día, porque Addaba siempre había sido una ciudad industrial desierta, ansiosa y hambrienta de gotas orbitales y producto de hidrofarmas distantes. A cambio, la producción de sus docenas de inmensas fábricas se había llevado a los puertos espaciales y más allá.

Hasta cuatro días después del décimo cumpleaños de Zenobi, cuando llegaron los pedidos de cesar la producción de los tractores de colonia y los transportistas de granos que se habían vertido por miles de las líneas de producción de Addaba.

Tanques El emperador necesitaba tanques, y Addaba proporcionaría.

Y junto con ese cambio de propósito llegaron los primeros rumores. La Gran Cruzada había despertado a un antiguo enemigo que venía a Terra. Una especie desconocida de xenos había sido descubierta. Los traidores dentro de las Legiones Astartes se habían vuelto contra el Emperador. Cada cuento le había parecido más increíble que el anterior.

Luego, el primero de los equipos de vigilancia de los Puños Imperiales había llegado para supervisar la nueva producción y los rumores fueron anulados, reemplazados por una simple declaración. El señor de la guerra Horus era un traidor. Terra tuvo que prepararse para la invasión.

Con eso, las Plantillas estándar para los vehículos blindados Rhino y sus variantes se proporcionaron a las fábricas y Addaba se convirtió en parte del esfuerzo de guerra.

Siete años.

Para algunos, la guerra puede haber parecido algo distante, pero en Addaba fue una realidad dura e instantánea. Durante generaciones, las dinastías de fábricas habían servido al Emperador, y sus vasallos habían trabajado para ellos en las plantas de producción. Nacido de trabajadores humildes, Zenobi, sin embargo, se había beneficiado de la escuela, aprendiendo a leer, escribir y conducir las matemáticas; habilidades que apenas veinte años antes se habían restringido solo a los miembros de la dinastía de fábricas.

Se había imaginado a sí misma como piloto de lanzadera. Ella no quería irse de Terra o Addaba, pero sí quería pasar tiempo fuera de sus fábricas. "Hagan bien las matemáticas, Zenobi", le habían dicho, y ella se había esforzado mucho. Tan duro que a veces le dolía la cabeza por los números y las ecuaciones, sus estudios al menos dos años antes que el resto del grupo de tutores.

Todo eso se había detenido cuando llegó la orden de los tanques. El Emperador requería vehículos de combate blindados, no pilotos de transbordadores. Y para satisfacer sus demandas se necesitaban todas las manos capaces.

Zenobi miró hacia las grandes chimeneas que se elevaban desde los niveles inferiores de la colmena. Latente. Siempre Addaba había sido un lugar envuelto en smog aceitoso, las llanuras manchaban los tonos del arco iris a sus pies incluso cuando el aire brillaba con gases y humo de escape.

"¿Extraño, sí?" Reconoció la voz de Menber pero no se volvió hacia su primo. 'Tranquilo.'

'Muerto.'

'Aún no. Digamos que está dormida. Menber le puso una mano en el hombro pero aún así no se alejó de su casa.

Los turnos de catorce horas habían sido demasiado para los niños, incluso el Emperador no era tan exigente. Ocho horas al día habían sido suficientes para Zenobi hasta que cumplió catorce años, cuando aumentó a diez. En su decimoctavo cumpleaños, a nueve meses de distancia, ella habría asumido

deberes adultos completos. La inminente llegada de Horus le había ahorrado eso.

Addaba ya no enviaba las mercancías de sus fábricas; ahora envió a su gente. Millones de ellos se habían ido en los días anteriores.

“¿Por qué no nos entrenaron para conducir los tanques que fabricamos?”, Preguntó Zenobi, finalmente volviéndose hacia su prima, recogiendo su mochila y su pistola láser. “Podríamos haberlos conducido en la batalla”.

“Eso hubiera sido demasiado bueno”, dijo Menber, sonriendo. Aunque era más alto que Zenobi, casi cualquier hombre, compartía su constitución ligera y su cara redonda. Su piel estaba marcada por cicatrices de lesiones causadas por un ataque de viruela que había sufrido cuando era un bebé, por lo que sus mejillas en particular parecían estar punteadas de un color marrón más pálido.

“¿Por qué molestarse?” Ambos giraron la cabeza para encontrar al Capitán Egwu de pie cerca, con los brazos cruzados, su bastón golpeando su hombro. Mientras estaban vestidos con sus overoles de fábrica de color marrón claro, recientemente decorados con insignias de regimiento, compañía y pelotón para Epsilon Platoon, Primera Compañía del 64º Cuerpo de Defensa de Addaba, Yennu Egwu vestía un traje uniforme azul oscuro, sus rizos oscuros trenzados apretadamente para permita que una gorra con un pico dorado se asiente sobre su abundante cabello.

“¡Supervisor, capitán!”, Saludó Menber, juntando los talones con elegancia mientras lo hacía. Zenobi levantó su mano un segundo después, con los ojos dirigidos al ferrocreto a sus pies.

“Mírame, soldado Adedeji”.

Zenobi se encontró con la oscura mirada del capitán.

‘Hiciste una pregunta. ¿Quieres la respuesta? “

‘Sí, capitán.’

Egwu golpeó el extremo de su bastón liso contra el costado de la pistola láser de Zenobi.

‘Toma tiempo aprender a conducir un tanque, soldado. Rogal Dorn, en su sabiduría, concluyó que nuestras horas se gastaban mejor construyéndolas que enseñándoles cómo operarlas. Otras personas, sirvientes y empleados de colmenas distantes, no contribuyeron en nada al esfuerzo directo de guerra, por lo que su tiempo se empleó mejor aprendiendo a ser conductores de tanques, pilotos y artilleros “.

“Entiendo, capitán”.

‘Te han dado entrenamiento básico de infantería, una pistola láser y suficientes paquetes de potencia para trescientos disparos. Nos llevará varios días llegar a nuestra ubicación. No sabemos cuándo seremos llamados a atacar al enemigo. Hasta ese momento, entrenarás todos los días y perfeccionarás tu puntería, habilidades de combate cuerpo a cuerpo y conocimiento táctico “.

“Espero mejorar a mí mismo, capitán, y luchar por la causa”.

“Sé que lo haces, Zenobi”. Una extraña sonrisa curvó los labios carnosos del capitán. Ade Los Adedeji fueron de los primeros en dedicarse a nuestro esfuerzo. Su incansable trabajo en la línea de producción es apreciado, y espero que se duplique en la línea de batalla “.

Los miró a ambos y luego dirigió su mirada hacia la masa de la humanidad que avanzaba lentamente a través de las puertas de la estación de tránsito. Los rotores cuádruples de los grandes transportes de helipuerto golpearon más fuerte que el estruendo de diez mil conversaciones, silenciados por el kilómetro que se extendía entre el grupo y el lugar de aterrizaje principal. Las naves con aspas se levantaron, sus lugares en el delantal de embarque fueron tomados segundos después por una corriente constante de transportes en helicóptero descendentes.

“Desafía la creencia, ¿no?”, Dijo Egwu. ‘En otro lugar, una colmena como la nuestra pasó todos sus días haciendo estos transportes. En todo Terra,

cada parte está dedicada a todo el esfuerzo de acuerdo con sus capacidades y los diseños de Rogal Dorn “.

“Por voluntad del emperador”, agregó Menber.

“Por su voluntad, si nos pusiéramos en nuestras tareas”, dijo Egwu. “Dorn fue la mano, pero fue el pensamiento que lo movió, y nos ha dominado durante toda nuestra vida”.

“Y los de nuestros antepasados, capitán”, dijo Zenobi. “Durante mucho tiempo las forjas de Addaba se han quemado por la gloria del Emperador y la conquista de Sus dominios”.

“Y ahora luchamos para proteger lo que es nuestro”, dijo el capitán.

Se quedaron en silencio y Zenobi contempló el significado del curso que estaba a punto de emprender. La movilización confirmó que Horus vendría. Hubo silenciosos rumores de que las fuerzas del Señor de la Guerra ya habían alcanzado las defensas externas del Sistema Solar y habían sido repelidas. A eso le siguió un aumento en el reclutamiento a través de la cuna, a medida que el momento de la verdad se acercaba cada vez más.

“¿Crees que volveremos a ver a Addaba?” Menber hizo la pregunta que había estado merodeando en el fondo de los pensamientos de Zenobi.

“Poco probable”, respondió Egwu sin rodeos, cruzando los brazos una vez más. ‘Incluso si alguno de nosotros sobrevive a esto, hacia lo que nos estamos moviendo cambiará nuestras vidas y Terra para siempre. Este es el fin de una era, pero también el comienzo de una nueva era más brillante “.

La idea animó a Zenobi y ella asintió, dando un paso adelante, su renovado entusiasmo la impulsó hacia los transportes.

“Un momento, Soldado Adedeji”, dijo Egwu, extendiendo su bastón. El capitán se volvió y señaló a su personal, que estaba reunido a pocos metros de distancia. El teniente Okoye se separó de los demás, llevando un poste largo envuelto en un tubo de lona. ‘Esto es para ti.’

Zenobi lo miró con los ojos muy abiertos cuando el teniente le presentó el estándar.

“Los colores de la compañía”, le dijo Egwu. Menber se echó a reír y le dio una palmada a Zenobi en el hombro.

“¡Felicidades, primo, vas a llevar nuestros colores!”

Zenobi miró el estandarte y luego otra vez a su capitán.

“Tómalo …” dijo Egwu.

La soldado se echó al hombro la pistola láser y tomó la pancarta ofrecida, sintiendo la suavidad del poste ligero en su agarre y el peso de la tela enrollada debajo del lienzo liso. Estiró una mano hacia la cubierta, pero Okoye la agarró de la muñeca con una mirada de advertencia.

“Todavía no”, dijo, alejando su mano.

“Te estoy confiando estos colores, Zenobi, porque sé que puedo”, dijo Egwu, poniendo una mano sobre su brazo. ‘Es un honor y una responsabilidad. Si caes, otro los tomará, pero es tu privilegio y deber nunca perder este estándar. Nunca.’

Su mirada era intensa y solo por un instante Zenobi tuvo miedo: miedo de no ser digna, de que no sería igual a la tarea. La norma, como otras que se estaban sacando de la colmena, había sido hecha por las tribus Sendafan en sus propios talleres.

Los gobernantes del Imperio no habían considerado apropiado proporcionar colores para la mayoría de sus regimientos recién alzados. ¿Qué necesidad tenían los criados reclutados y los notarios redactados para el orgullo marcial? El significado era obvio, a pesar de los mensajes que llamaban a todos los ciudadanos de Terra a estar preparados para hacer el último sacrificio: algunos sacrificios eran más esperados que otros.

Ella acarició la tela oculta, como si pudiera sentir los puntos dentro, y de ellos las horas de cuidado que se habían dedicado a la creación del

artefacto. Jornadas de trabajo. Los días racionados entre los últimos momentos en la línea. Los días se acurrucaban alrededor de luz de contrabando y llamas desnudas, dedos cansados que trabajaban con hilo y material recogido de los turnos de trabajo; ni siquiera el hilo se había librado de la auditoría que requería todo el esfuerzo de guerra del Emperador.

Quizás Egwu leyó algo de sus dudas en su mirada y el agarre del capitán sobre el brazo de Zenobi se apretó.

'Tú más que nadie sabes por qué debemos pelear. Nuestro futuro depende de lo que hagamos a continuación. Nuestro ejemplo guiará a su familia, su tribu, la gente de Addaba y toda la humanidad. Confío en ti, soldado Adedeji. Confía en ti mismo también ".

"Lo haré, capitán". Zenobi movió su agarre sobre el estandarte, sosteniéndolo en la curva de su brazo izquierdo con su pistola láser para poder levantar su mano en señal de saludo al oficial. 'Gracias. Juro que no te fallaré a ti ni a nuestra gente ".

Un plan simple

Familia

Un nuevo comandante

La sangre de hierro, terran cerca de la órbita, sesenta y nueve horas antes del asalto

Al llegar a las puertas de la cámara de Perturabo, Kydomor Forrix se sorprendió al descubrir que no estaba solo en busca de audiencia con el primarca. Vestido con la placa de batalla y el timón completos, el guerrero que había sido Barban Falk esperaba en la antecámara. Kroeger también estaba allí, una figura encorvada y corpulenta con armadura Terminator que parecía a punto de arrojarse al portal cerrado. Cada pisada de sus botas en la cubierta desnuda sonó alrededor de la pequeña habitación, acompañada de exhalaciones de frustración.

Ambos se volvieron ante el enfoque de Forrix. Había un destello de algo a través de los lentes del timón de Falk, mientras que la mirada de Kroeger era una mezcla de confusión y molestia.

“¿Por qué estás aquí, Falk?”, Preguntó Forrix, caminando hacia la antesala.

“Soy el guerrero”, respondió el guerrero. Sonaba como Falk, teñido con el anillo metálico del sistema de direcciones externo. Excepto por la enunciación estudiada, de alguien que se cuida con cada palabra emitida. “Dirígete a mí como tal”.

“Hay una docena de guerreros de guerra en este barco y su flotilla acompañante”, dijo Forrix con el labio curvado. ‘¿Por qué asumes el título singular? Y no respondiste a mi pregunta: ¿qué haces colgado en la puerta del Señor del Hierro como un sabueso que espera ser azotado por su amo? ¿Fuiste convocado? “

“Escuché la palabra de que buscabas la atención del primarca solo”, admitió Falk.

“Solo es la palabra clave”.

‘Somos el Tridente, deberíamos hablar como uno con el primarca. A menos que esté buscando una audiencia singular en un esfuerzo por socavar la confianza de nuestro padre en mí “.

“Sería más difícil socavar la pared de ladrillos de un niño”. Forrix volvió la vista hacia Kroeger, quien le devolvió la atención con una mirada beligerante. ‘¿Y usted?’

“Lo seguí”, respondió Kroeger con un movimiento de cabeza hacia Falk.

Forrix puso los ojos en blanco y se volvió hacia las grandes puertas dobles que impedían la entrada a la cámara. Se movió hacia el dispositivo de seguridad ocular colocado encima de ellos y miró hacia arriba.

“Estoy aquí para ver al primarca”, anunció.

Su demanda fue atendida con una bocina plana que le negaba la entrada.

“Ya he intentado entrar”, dijo Falk. “¿Crees que habría esperado aquí de lo contrario?”

Antes de que Forrix pudiera responder, fue silenciado por el rechinar de cerrojos en la puerta. Con un silbido hidráulico, los enormes portales de plasteel se abrieron, una corriente de luz parpadeante estalló en la antecámara.

El proyector de hololitos dentro estaba a plena potencia, arrojando al señor de la Legión a una silueta rígida y cambiante mientras cruzaba lentamente una imagen proyectada del Palacio Imperial.

Forrix se apresuró hacia adelante, sabiendo que no se emitiría ninguna invitación. Kroeger y Falk le siguieron los pasos. Con un sonido metálico, el Círculo de Hierro avanzó con los escudos y mazas levantados. Giraron en sincronía para formar una línea entre su maestro y el Tridente, cada visitante atacado por los cañones montados en los hombros de dos autómatas.

“Lord Perturabo”, dijo Falk. “Es tu Tridente, ven a buscar tus órdenes”.

“No lo hice”, gruñó Forrix. “Estoy aquí con una manera de romper el asedio”.

Perturabo se enderezó, más alto incluso que los guardaespaldas sin sentido que había creado.

“¿En serio?”, La voz de Perturabo retumbó alrededor de la cámara, cargada de amenaza.

Los autómatas se separaron para formar un camino hacia el primarca. Parecía una guardia de honor, pero Forrix lo sabía mejor. La vacilación provocaría críticas instantáneas, por lo que se adelantó, se detuvo unos pasos de su señor y estrelló un puño de guante contra su plastrón en el pecho en saludo.

‘El puerto espacial, Lord of Iron. En la Puerta del León “.

“Lo he estudiado con cierto detalle”. La oscura mirada del primarca se posó en Forrix a la manera de un depredador que había encontrado su presa. “¿Qué has visto que yo no haya visto?”

‘Un error, señor del hierro. El exceso de confianza de Dorn ha dejado una falla que podemos explotar “.

“¿Un error?” La voz de Perturabo se convirtió en un peligroso susurro.

“Dejar el puerto espacial intacto tan cerca de la pared es un error”, dijo Forrix. Estaba comprometido ahora, y se sumergió para bien o para mal. “Si podemos aprovechar el puerto lo suficientemente rápido, no habrá tiempo para reforzar las defensas que lo separan de la pared principal”.

“¿Ese es tu plan?” El desprecio del primarca era como cuchillos que apuntaban heridas en el orgullo de Forrix. ‘¿Crees que es un error? Dorn no comete errores! Siete años ha meditado cada detalle aquí. Nada es un error ¡Nada está donde está excepto por su diseño! “

El primarca pisoteó el hololito como un gigante de metal atacando la ciudad. Sus puños chocaron contra el proyector, convirtiéndolo en una nube

de metralla y chispas.

“¡Es solo por mi intelecto superior que sus planes se romperán, su presunción se revelará al universo!”, Rugió.

Forrix se mantuvo firme, empujando contra cada instinto que le decía que retrocediera. Los restos del proyector hololítico tartamudearon, proyectando luz roja y púrpura a través de la cámara, como una granada ciega que funciona mal.

“Quizás su error es subestimarte, Señor del Hierro”, dijo rápidamente. “Y quizás las mentiras de tus que dudan” también te han cegado a tu poder. Dorn no pensaría que eres lo suficientemente atrevido como para atacar con tanta audacia y decisión en un lugar que parece inexpugnable “.

“No”, dijo Perturabo, pero su ira se estaba disipando cuando su mente se ocupó del problema presentado. ‘No, él se burla de mí con este defecto. Es demasiado perfecto … Una trampa. Dorn me vería comprometerme con este ataque y luego revelar una estratagema secundaria para atraparme y verme ejecutado “.

Los ojos de Perturabo recorrieron el Tridente, sin verlos realmente.

‘Pero te veo, Rogal. Voy a poner la trampa en tu contra. La mirada del primarca finalmente se posó en sus subordinados y una sonrisa sombría torció su rostro. “No seré atraído hacia las fauces de la bestia, pero eso no significa que no pueda meter mi puño en su garganta y arrancar sus entrañas”.

Falk dio un paso rápido, golpeando el puño en señal de saludo.

“Sería un honor dirigir el ataque”, dijo Warsmith.

“Estoy seguro de que lo harías”, respondió Perturabo con una sonrisa despectiva. ‘No, tú no.’

“Yo …” comenzó Forrix pero el primarca lo interrumpió.

“Kroeger tendrá comando de batalla”, anunció Perturabo.

La práctica le permitió a Forrix internalizar el rugido de ira que se agitaba en sus entrañas: haber dado el más mínimo indicio de disensión era arriesgarse a una censura inmediata y fatal. Permaneció pasivo, mostrando no la menor reacción que los sentidos inhumanos y la paranoia de Perturabo podrían detectar.

“Me siento honrado, mi primarca”. La ceja de Kroeger estaba tan arrugada con picos y valles como la de Himalazia. ‘Sorprendido.’

“Es hora de que tenga la oportunidad de demostrar su valía”.

“La Puerta del León se nos caerá, le doy mi vínculo”, continuó Kroeger, algo innecesariamente. No había necesidad de repetir el precio del fracaso, ya que la culpa no recaería únicamente a los pies de Perturabo si los Guerreros de Hierro fueran rescatados.

“Este no es un momento para la sutileza”. El Círculo de Hierro retrocedió cuando Perturabo acechó a través del hololito estroboscópico, su cuero cabelludo perforado con cables brillaba con brillantes gotas de sudor. Con intenciones no expresadas, Forrix y Falk se retiraron unos pasos para dejar a Kroeger solo contra el primarca. ‘Eres el más sangriento de mi Tridente, Kroeger. Sé que no cederás por un momento. Veo en ti el deseo de una guerra brutal, y la Puerta del León te proporcionará más brutalidad que cualquier conflicto que hayas visto antes “.

“Forrix, quédate conmigo”.

La orden de Perturabo detuvo al guerrero a mitad de camino mientras salía de la cámara del primarca con los otros dos miembros del Tridente. El Señor del Hierro parecía bastante apacible, incluso su tono, pero Forrix sabía muy bien que la pasión agitada debajo de la chapa podría estallar en ira destructiva. Giró sobre sus talones y volvió a ponerse de pie ante su maestro.

Perturabo no dijo nada más hasta que la reverberación del cierre de las puertas resonó por el pasillo.

‘Hololith fuera. Luces encendidas. Las tiras luminosas de arriba parpadearon en un brillo amarillo pálido, desterrando las sombras que habían envuelto al primarca. Durante unos segundos, Forrix recordó a su comandante como había estado en el apogeo de su poder y perspicacia; antes de que el Warmaster lo corrompiera, convirtiera la ambición en arrogancia, la curiosidad en obsesión.

El momento pasó cuando las facciones de Perturabo se torcieron en una mueca de desprecio. Levantó las manos revestidas de armadura, flexionando los dedos con agitación. El guerrero se preguntó si sus dudas habían sido obvias, o tal vez algún otro acto o inacción había despreciado al señor de su Legión. Forrix mantuvo la calma e intentó no dejar que la paranoia de Perturabo lo infectara, ya que había tantos que rodeaban al primarca.

“¿Crees que está mal de mi parte nombrar a Kroeger para comandar este ataque?”

La pregunta era un abismo abierto frente a Forrix, pero una mentira podría arrastrarlo a sus profundidades tan fácilmente como la verdad. Mejor que sea condenado por el coraje en lugar de la cobardía.

“No tiene experiencia y le falta mucha experiencia estratégica”, dijo Forrix, manteniendo sus críticas centradas en Kroeger en lugar de su primarca. Un poco de adulación tampoco dolería. “Solo usted tiene la amplitud de conocimiento y la profundidad de concentración para desbloquear el bloqueo establecido por Dorn”.

‘Aunque ibas a ser voluntario para comandar la Legión, ¿no? ¿Es ese el papel que ves por ti mismo, Forrix? ¿Mi heredero? Perturabo inclinó la cabeza y entrecerró los ojos. “¿Mi sucesor?”

“Estoy feliz de descansar en tu larga sombra, Señor del Hierro”.

“De hecho, lo estás”. Perturabo se volvió y Forrix dejó escapar el aliento a través de los dientes apretados, tratando de relajar cada músculo que se había apretado bajo el escrutinio del primarca. Casi se estremeció cuando Perturabo se volvió hacia él otra vez, pero la mirada de su señor lo atravesó

rápidamente y se detuvo en la puerta, como si mirara a los guerreros difuntos.

Roe Kroeger se conoce bien a sí mismo y a su lugar. Peleará esta batalla por la victoria, no como un trampolín para alcanzar más gloria a mi costa “.

Forrix apretó la mandíbula contra el instinto de protestar por la inocencia. Su orgullo fue traspasado por la acusación implícita, pero mejor una herida en su ego que una lesión mayor en el cuerpo. Perturabo se pasó un dedo blindado por la barbilla, como un archivo que raspa el metal. Su silencio se cernía sobre Forrix, exigiéndole que dijera algo.

“Kroeger es resuelto, eso puedo decirlo con certeza”.

‘De mente única. No se distrae fácilmente. Perturabo sonrió, pero había poco sobre su humor que Forrix pudiera compartir. ‘Digno de confianza. Sin complicaciones “.

“Todas esas cosas”, acordó Forrix, preguntándose por qué Perturabo le había pedido que se quedara. Evidentemente, el primarca también se dio cuenta de que no había abordado su punto.

Orn Dorn me ha tendido una trampa y tengo la intención de usar Kroeger para soltarla. El pretoriano del emperador ha establecido sus planes con astucia y paciencia, sin duda tratando de anticipar cada uno de mis movimientos, contrarrestando de antemano cada estratagema, estratagema y táctica que ha extraído de mi trabajo anterior. Asegúrate, Forrix, de que cada piedra colocada en este palacio fue hecha teniendo en cuenta mi llegada. Tan seguros como nuestros enemigos han sido que Horus algún día llegaría a Terra, mi hermano ha estado igualmente seguro de que es mi ingenio, mi asedio, la prueba de sus defensas “.

Perturabo juntó las palmas de las manos, los dedos extendidos uno contra el otro, los ojos muy abiertos con un pensamiento maníaco. Sus labios se torcieron en una sonrisa terrible.

‘Pero nunca contempló una eventualidad. Está más allá del ego de Dorn comprender que podría hacerme a un lado y permitir que otro pelee en mi

lugar. Kroeger es poco sofisticado, un táctico aburrido y un comandante poco carismático “.

El primarca dejó su evaluación suspendida en el aire el tiempo suficiente para que Forrix desempeñara su papel designado en el diálogo.

“Todo lo que no eres, señor del hierro”, respondió obedientemente. Fue recompensado con un asentimiento y una sonrisa que tenía toda la benevolencia de la mirada de un gato cazador. “Dorn protege el Palacio con la cerradura más compleja jamás creada, por lo que le has dado vida a un mazo para romperlo en pedazos”.

‘Muy bien, Forrix. Un mazo para abrir una cerradura. Hubo un momento de humor genuino en la expresión del primarca. Roe Kroeger se equivocará, se apresurará y lanzará a mis guerreros al enemigo sin ceder, y Dorn … Mi hermano intentará elegir mi voluntad de la anarquía, tratará de diseccionar la intención de las estrategias lamentables de Kroeger. Él buscará cada señal de mí y yo no estaré allí “.

Forrix asintió, sin confiar en sí mismo para hablar más en caso de que sus dudas lo traicionaran. Aun así, estaba seguro de una cosa y finalmente encontró su voz.

“Haré todo lo que pueda para asegurar que salgamos victoriosos, mi señor”.

“Seguirás las órdenes de Kroeger al pie de la letra, incluso si te parecen desastrosas o sin sentido”, insistió Perturabo. Myself Yo mismo te he educado en la guerra, y aunque nunca puedes acercarte a mí en general, has sido un estudiante experto. Incluso una fracción de mi genio podría mostrarse si interfieres y quiero confundir a Dorn por completo. ¿Estoy entendido? “

“Perfectamente, Señor del Hierro”, dijo Forrix, levantando el puño contra su pecho.

Perturabo lo despidió con un gesto. Cuando las puertas se abrieron para permitir su salida, Forrix miró hacia atrás y vio a su maestro medio volteado, con los brazos apretados sobre sí mismo, los dedos tamborileando

sobre su armadura mientras sus labios se movían sin pensar. Forrix consideró la lógica de Perturabo al nombrar a Kroeger para mandar.

Fue un movimiento de genio o locura, o muy probablemente ambos.

Dorn espera

En tránsito

Regalos de mortarion

Bastión de Bhab, trece horas antes del asalto

No había ningún lugar dentro o debajo del Palacio Imperial que fuera pacífico. El estruendo de la guerra y el ruido de sus defensores impregnaron cada piedra. Sin embargo, si había un lugar más tranquilo que cualquier otro, era el Santuario de Satya, ubicado en una rama del Bastión Bhab, que albergaba el Grand Borealis Strategium. Era una de las doce cámaras idénticas que rodeaban la torre de contrafuerte, cada una de ellas con una sala abovedada de cuarenta metros de diámetro a la que se llegaba por un único puente cubierto. Formaba parte del edificio más antiguo, organizado según el diseño del Emperador antes de que Dorn hubiera recibido instrucciones de remodelar las defensas. También se contaba entre solo media docena de lugares que habían quedado intactos bajo el comando específico del Emperador, junto con lugares como el Salón de las Victorias y el Senatorum Imperialis.

La sala estaba abierta a los elementos, el techo de cristal abovedado que una vez cubrió la cámara circular destrozada por la onda expansiva de los bombarderos supersónicos que volaban demasiado cerca. Trozos crujieron bajo sus pies cuando Dorn cruzó el piso de madera. Detrás de él Rann lo siguió, Sigismund a su lado, mientras que Malcador se sentó en un banco al frente, mirando a través de la cúpula rota hacia el sureste. El Sigillite sostuvo su bastón sobre su regazo, la columna vertebral recta, su capucha retirada hacia atrás, de modo que el estallido distante de detonaciones brilló en su frente.

Dorn se detuvo a unos pasos del banco pero no dijo nada. Rann sintió que hablar sería entrometerse en algo inmaculado, a pesar del grito de los jets en lo alto y el apagado trueno de las explosiones. Había una quietud en el Santuario de Satya que exigía respeto y paz.

“El enemigo hará su próximo movimiento pronto”, dijo Malcador, aún de espaldas. “Sus tropas están en el muro y la égida falla diariamente”.

“Es solo una defensa de muchas”, dijo Dorn, cruzando los brazos. ‘Nunca tuvo la intención de protegernos indefinidamente. Horus puede bombardear todo el tiempo que quiera, los proyectiles y los cohetes nunca capturaron una ciudad “.

“Esa es la verdad”, dijo Malcador. “Entonces vendrán los guerreros de Horus”.

“Quizás si vinieras al Grand Borealis, podría compartir mejor contigo los preparativos”.

“El desorden de toda esa información no es lo que busco, Rogal”. Malcador se dio media vuelta, una pierna se movió hacia el banco y arrugó la bata. Los ojos severos miraron al primarca y sus compañeros. ‘Te llenas de datos, pero este es un lugar de simplicidad. Un santuario para la claridad “.

“No entiendo tu significado”.

‘No. Una lástima. Malcador suspiró. “Con la menor terminología militar posible, ¿qué esperas que haga Horus después?”

“¿Es mi estrategia ser cuestionada nuevamente?” Dorn sobresalió su barbilla.

Rann pensó que el comportamiento de su padre genético era extraño, pero no había sido parte de tales conferencias antes. Pocos hablaron con un primarca en tonos tan casuales, pero Malcador era la mano del Emperador y estaba claramente acostumbrado a tales encuentros. Rann miró a Segismundo, pero los ojos del primer capitán estaban fijos en Rogal Dorn.

‘Tienes la confianza del Emperador, Rogal, y yo no soy un estratega. Deseo mantener informados a los Altos Señores y ahorrarle la tarea de abordarlos usted mismo y ser bombardeado con pequeñas preocupaciones “.

El primarca se relajó un poco y miró a Rann.

‘¿Tiene los últimos informes, capitán? ¿Cuál sería su evaluación? “

“Contra todo sentido, el enemigo parece estar reuniendo su fuerza para un ataque contra el puerto espacial de la Puerta del León, mi señor”.

“¿Por qué sería contra todo sentido?”, Preguntó Malcador, poniéndose de pie para enfrentar a los Puños Imperiales. “Es un objetivo que vale la pena”.

“Está fuera de la pared y es muy seguro, Lord Sigillite”, explicó Rann. “Un ataque allí saca fuerzas del asalto principal”.

Malcador miró a Dorn, que tenía un dedo alzado en la barbilla, pensativo.

“¿Estás de acuerdo con la evaluación del Capitán Rann?”

El primarca no respondió de inmediato. Pasó junto al banco para mirar a través del marco de la cúpula destrozada. Rann siguió su mirada, vio el tramo de paredes que se curvaban juntas en el enorme edificio de la Puerta del León y, como un complemento imponente, el puerto espacial más allá. La distancia y el smog de la guerra lo convirtieron en una vaga pirámide escalonada que se elevaba desde bancos de nubes multicolores, su cumbre perdida en la tormenta fracturada por un rayo que se extendía constantemente por la atmósfera superior.

“Podría ser una finta”, dijo finalmente el primarca. ‘Habiendo perdido todos los topógrafos orbitales, hay movimientos masivos más allá de nuestros sensores de los que solo aprendemos de informes dispersos de avistamientos físicos. Mientras nuestra mirada se vuelve hacia un lado, quizás Perturabo busca ventaja en otro lado “.

“Deberíamos dejarlo, mis señores”, dijo Segismundo, hablando por primera vez desde que había respondido a la llamada de Dorn. “Hasta que el golpe descienda, cualquier reacción beneficia más al enemigo que a nosotros”.

“¿Qué quieres decir?”, Dijo Malcador. “Si debemos hacer ajustes para un ataque, mejor comenzar ahora”.

‘Nuestro tiempo se gasta mejor en decidir nuestro próximo golpe, en lugar de adivinar la intención del enemigo. Debemos seguir adelante con nuestra

estrategia elegida, obligar al enemigo a tomar decisiones difíciles en lugar de tomarlas nosotros mismos “.

Rann vio la mandíbula de Lord Dorn apretarse ante la interjección de Segismundo y no dijo nada hasta que la mirada del primarca se volvió hacia él. Lord Dorn asintió para que Rann continuara.

“Es cierto que podríamos perseguirnos en círculos respondiendo a cada amenaza”, dijo el señor senescal a Malcador. ‘Creo que hemos aprendido lo suficiente de la guerra nula para no confiar en las apariencias. El tiempo es nuestro aliado, no el señor de la guerra. Cualquier ganancia que Perturabo piense que puede lograr le llevará tiempo lograrlo en el puerto espacial. A pesar de todo ese esfuerzo, hay otros objetivos que podría alcanzar más rápidamente “.

“Me recuerda algo que un antiguo general terrano dijo una vez”, les dijo Malcador. “Nunca interrumpas al enemigo mientras está cometiendo un error”.

“Eso me preocupa”, dijo Dorn, quien había continuado mirando a través del Palacio Imperial a la vaga aparición de la Puerta del León. ‘Puedo poner muchos cargos a los pies de mi hermano, pero la idiotez no es uno de ellos. Si está decidido a tomar el puerto espacial, es porque le conviene en el esquema más grandioso. Si tuviera éxito de alguna manera, el puerto capturado le serviría bien en un asalto contra la Puerta del León “.

“O se adapta a Horus”, agregó Sigismund. ‘No debemos olvidar que es el Señor de la Guerra caído quien manda al Señor del Hierro. Quizás es la locura de Horus, no el error de Perturabo “.

“Un buen punto”. Malcador se apoyó en su bastón, agarrándolo con ambas manos. ‘Está la cuestión de la intención. ¿Qué ganancias podría obtener la captura del puerto? “

“Eso es simple”, dijo Rann. ‘Los traidores podrían derribar barcos más grandes cerca del Palacio. Transportes a granel, ¡incluso el espíritu vengativo mismo! “

“¿Podría haber … significado ritual?” Preguntó Dorn. Se veía incómodo con el tema, de una manera que Rann no había pensado posible en su primarca. La implicación provocó un escalofrío de aprensión a través del señor senescal, que había sido envuelto por el asalto demoníaco sobre la Falange y no se atrevía a imaginar lo que su padre genético había presenciado. ‘Gran parte del asalto inicial no fue para obtener ganancias físicas, sino para debilitar el control psíquico del Emperador sobre Terra. ¿Hay alguna otra agenda que no entiendo? “

Malcador miró hacia otro lado, incómodo con la pregunta.

“Es posible, pero imposible saberlo con certeza”, respondió sin mirar al primarca. “Tales asuntos son incluso menos exactos que la ciencia militar”.

‘Las defensas en el puerto espacial de Lion’s Gate son considerables. No siento la necesidad de reforzarlos en este momento “, dijo Dorn con decisión. ‘Si Perturabo desea atacar, lo permitiremos y lo detendremos. Responder de cualquier otra manera sería arriesgarse a debilitarse ante un esfuerzo concertado en otra parte “.

“Me aseguraré de que todo esté en orden”, dijo Sigismund.

“No, te quedarás conmigo por el momento”, respondió Dorn. ‘Este asunto requiere una mano firme. Rann tomará el mando de las fuerzas en el puerto espacial “.

La advertencia implícita conmocionó a Rann, pero si Sigismund pensó en discutir este juicio, no dio señales. En cambio, accedió con la cabeza inclinada y la rodilla doblada. Rann hizo lo mismo, con el puño en el pecho.

“Me siento honrado, mi señor”. Rann levantó la mirada hacia el primarca. ‘Haré todo lo posible para mantener el puerto, pero sugiero que no soy igual a la mente del Señor del Hierro. ¿No sería mejor liderar personalmente la defensa? “

“Debo pensarlo cuando sea necesario y transmitir la orientación que se requiera”, dijo Dorn en un tono medido, “pero no puedo arriesgarme a tomar decisiones operativas cuando todo el Palacio requiere mi atención”.

Si tuviera que salir de la batalla para lidiar con preocupaciones más amplias, podría resultar desastroso para el destino de la Puerta del León, y del mismo modo si dudo en responder a desarrollos más amplios debido a problemas locales. Como se observó, es Horus quien manda y Perturabo que obedece. Podría ser la intención del Señor de la Guerra atraerme, para que no esté listo para atacar en otro lado “.

“La Legión no te fallará, mi señor”, dijo Rann. Su mirada pasó del primarca a Sigismund, que miraba al suelo con la mandíbula apretada, sin importar las emociones que estaba sintiendo apenas controladas. Rann se puso de pie, sin dejar de mirar al primer capitán. ‘Prepararé a mi compañía para mudarme al puerto espacial de Lion’s Gate. Espero verte pronto, hermano. Su espada sería una buena adición si nuestro señor lo permite “.

Sigismund respondió con solo un movimiento de cabeza, sus ojos se encontraron con la mirada de Rann por una fracción de segundo antes de regresar al piso.

‘Como Lord Dorn lo quiere’, dijo brevemente. “Me alegraría que fuera mi espada para unirte a ti en esta batalla que se avecina”.

Lo que molestó al Primer Capitán, no fue cosa de Rann y se fue sintiéndose mejor por el conocimiento.

Estación de transición de Djibou, Afrik,

ciento seis días antes del asalto

Los helipuertos se dirigieron hacia la luz del amanecer, que de alguna manera parecía significativa para Zenobi. Un nuevo comienzo, algo así. Había dejado a Addaba atrás, pero no estaba segura de lo que vendría después.

Zenobi tuvo la suerte de estar a la vista de una de las pequeñas ventanas que perforaban la cabina de cien metros de largo. No había visto nada en todo el vuelo, pero la luz del día ahora traía una nueva vista.

La costa de un antiguo mar muerto corría en una línea irregular de norte a sur, y en el borde mismo de la costa se extendía un laberinto de caminos, pistas de aterrizaje y líneas de ferrocarril. Murmullos emocionados saludaron la vista y los que estaban más adentro del fuselaje dejaron sus asientos y se apiñaron en la nave para echar un vistazo a su destino.

Zenobi permaneció en silencio mientras su ojo intentaba seguir kilómetro tras kilómetro de carretera ancha y caminos en bucle. Los puentes y túneles convirtieron el entrecruzamiento del tráfico entrante en un laberinto desconcertante, medio visto más allá de los constantes vuelos de helipuertos y cruceros de estrato.

“¿Por qué no nos llevan volando hasta allí?”, Preguntó alguien detrás de ella.

‘Combustible.’

Zenobi se volvió para encontrar al teniente Okoye parado al final del banco a su izquierda. “Necesito guardar cada gota”.

“¿Y por qué no construir el ferrocarril hasta Addaba?”, Preguntó Menber.

Okoye se apoyó en el respaldo del banco y se encogió de hombros despectivamente.

‘Porque Dorn decidió no hacerlo. Las líneas de ferrocarril son permanentes y pueden ser utilizadas por el enemigo. Probablemente haya una docena de estas flotas aéreas moviendo personas por todo Terra, y cuando comience la lucha, seguirán siendo útiles, pero las pistas inactivas no lo harán. Eficiencia y redundancia. Si alguna vez te preguntas por qué algo es así … esa es tu respuesta, ahí mismo. Eficiencia.’

El timbre del ruido del motor subió de tono y por el rabillo del ojo vio que solo estaban a unos cientos de metros de altura.

“Mejor siéntese, señor”, advirtió una voz desde el fondo del teniente.

En todo el compartimento, los soldados se arrastraban de regreso a sus asientos, sus jefes de escuadrón y oficiales rapeando órdenes. Okoye pasó una última mirada de advertencia sobre sus cargos y regresó a su lugar un poco más adelante que Zenobi.

La nave comenzó a temblar cuando golpeó la ola de calor proveniente del centro de transporte masivo, el piloto bajó la nariz con fuerza para compensar el repentino levantamiento. Los ruidos y los gritos llenaron la cabaña cuando las armas mal alojadas se deslizaron de sus lugares y los soldados que no se habían asegurado cayeron de sus bancos. Zenobi embistió sus pies en los aros y se empujó contra el banco, moviendo los dedos hacia el mango de la pancarta que estaba entre ella y Menber.

Ella sintió su mano sobre la de ella y miró a un lado, obteniendo consuelo del gesto y su expresión.

El helipuerto cayó los últimos metros y aterrizó pesadamente, las enormes bobinas de suspensión chirriaron en protesta, los soldados de la defensa repletos gritaron y juraron cuando una vez más fueron arrojados alrededor del compartimento lleno de gente.

“¡Quédense sentados!”, Gritó un sargento cerca del frente, la llamada hizo eco por otros líderes de escuadrón a lo largo de las filas.

El sistema de direcciones cobró vida.

“Las compañías y los pelotones se irán en orden inverso al de embarque”. La voz de Egwu era pequeña, casi irreconocible. ‘Forme cuando se le ordene. Sin empujar y sin merodear. Despejamos el transporte en diez minutos o toda la compañía tendrá raciones reducidas como castigo. Otros soldados esperan este viaje “.

Zona de cuarentena del Arco Palatino, seis horas antes del asalto

Había sido conocido una vez como el Arco Palatino, una media luna de bloques de residencias palaciegas para administradores de alto rango que cubrían casi cien kilómetros cuadrados dentro del Muro de Europa. Antes de la construcción de las defensas, las torres de un kilómetro de altura

habían disfrutado de las vistas de los verdes valles de montañas al sur del Palacio Imperial. Cada uno había alojado solo a un puñado de diplomáticos, archiveros y otros asistentes privilegiados del Consejo Terran, en una jerarquía que solo era superada por los miembros del Senatorum sentados.

Después de los esfuerzos concertados de la Guardia de la Muerte, los refugiados que lo habitaban cambiaron el nombre del Arco Palatino.

Poxville

El intento de ligereza no hizo nada para aliviar el sufrimiento de los que estaban dentro. Los suministros se dejaban caer una vez al día por gyrocopter, cajas de proteína en polvo y barriles de agua apenas potable. Nada más. Algunos medicamentos valientes, algunos de ellos ya marcados por una de muchas enfermedades virulentas, administraron clínicas dentro de la zona en cuarentena. Si salvaban algo, era solo para que aguantaran más tiempo en un pozo de miseria incesante. Cientos cada día fueron transportados a Poxville, pero no se permitió la salida de un solo hombre o mujer.

Estacionado en paredes recién levantadas que rodeaban las ruinas de los edificios de Administratum, Katsuhiro se sintió más como un fantasma que como un hombre, incluso más fantasmagórico que cuando había estado en las profundidades del choque de batalla en las defensas exteriores. Había escuchado el rumor de un credo que declaraba al Maestro de la Humanidad una divinidad, pero si eso era así, Katsuhiro se vio obligado a preguntarse por qué sería castigado por el Dios-Emperador de manera tan maliciosa. Ser liberado de la batalla sin haber parecido una bendición. Había pensado pararse en uno de los grandes bastiones, pero en cambio, como miles que se habían enfrentado a los hijos de Mortarion plagados de plagas, había sido enviado para proteger la zona de cuarentena erigida alrededor de Poxville.

Día tras día, la Guardia de la Muerte mantuvo sus ataques. Casi se había reído cuando vio los motores de la guerra que se agitaban dentro del alcance de las paredes. Catapultas de aspecto crudo: trebuchets y onagers que su nuevo capitán los había llamado. Impulsados por una cuerda retorcida o tendón, hechos de madera podrida y metal oxidado, parecían demasiado débiles para romper incluso una casucha, sin importar la inmensidad del Muro Supremo.

Pero el muro no había sido su objetivo, y sus cargas no habían sido explosivos. En su lugar, arrojaron cadáveres infectados, cráneos llenos de limo nocivo y sellados con cera, ollas de moscas picantes y otras municiones adecuadas para una guerra de veintinueve mil años en el pasado. Pero el genio cruel era que estas bombas infecciosas no tenían la

velocidad ni la masa suficientes para disparar los escudos vacíos. No valía la pena que los cañones macro y los cañones de los volcanes apagaran los motores uno por uno, por lo que avanzaron lentamente bajo la mirada de los cañones más poderosos. Día tras día, los disparos de armas pequeñas rastrillaron las armas que se acercaban, y día tras día lograron atravesar el fusil para bombardear Poxville durante unos minutos.

En Katsuhiro no se perdió que los edificios que alguna vez fueron habitados por los señores del Administratum, los más altos notarios de impuestos, cuentas y estadísticas, ahora albergaban un número desconocido de infectados. Pocos días después del comienzo de la internación, las autoridades dejaron de contar. ¿Diez mil? ¿Veinte? Katsuhiro pensó que era una estimación baja.

Aquellos con alguna fuerza de izquierda se mantuvieron alejados de los muros circundantes. Los que estaban fuera fueron recibidos por el fuego láser si se acercaban a menos de cien metros. Incluso este cordón era de poco consuelo para Katsuhiro. La peste podría llevar lejos el viento equivocado. A veces parecía que extraños remolinos agitaban los humos y los guiaban hacia una parte de la pared. Las sirenas aullaban, recordándole los ataques de gas en las trincheras. Había tenido suerte hasta ahora, nunca su tramo de muro. Pero escuchar esa alarma distante lo arrastró de regreso a esos repugnantes días y noches donde la muerte dolorosa estaba a solo un momento de distancia.

Disparar al infectado no le causó ningún dolor. Estaba acostumbrado a la miseria de los demás, preocupado solo por su propia supervivencia. A veces estaba celoso de ellos, enloquecido por lo que ya no sabían qué sería de ellos. La muerte era una misericordia, una misericordia que ansiaba en los largos y fríos turnos nocturnos cuando los gemidos de los moribundos eran lo suficientemente fuertes como para ser escuchados por el bombardeo continuo, y las siluetas de los portadores de viruela asombrosos se podían ver contra los fuegos ardiendo en el interior. la zona de cuarentena

Había historias de que las plagas de la Guardia de la Muerte no eran simplemente mortales. Algunos dijeron que habían visto a los muertos caminar de nuevo. Hace una vida, antes de haber pisado ese grupo de reclutas, Katsuhiro podría haberse burlado de tales afirmaciones. Ahora …

Ahora, no estaba convencido, no lo había visto con sus propios ojos. Pero si lo hiciera, no lo sorprendería.

Katsuhiro fue sostenido por un solo propósito, uno que persiguió en su vigilancia cuando pudo. En algún lugar, el traidor Ashul, o Doromek, o como se llamara, estaba dentro del Palacio Imperial. Ashul vivió solo porque Katsuhiro había sido un cobarde. Todavía lo estaba, pero su culpa lo corroía aún más que su miedo. Hizo preguntas cuando pudo. Sus primeras preguntas inflexibles se encontraron con sospecha, y se había calmado para no ser considerado uno de los delirantes infectados de los que ahora estaba en guardia. Y, cuando su salud había recuperado un poco, se había dado cuenta de que si se preocupaba demasiado por un oficial llamado Doromek, el traidor podría escucharlo.

Katsuhiro sabía que encontrar un hombre entre los millones era casi imposible. No importó, porque la búsqueda fue lo único que le dio algún propósito. Sin esa búsqueda para restaurar su orgullo y silenciar su conciencia inquieta, Katsuhiro no tenía nada por lo que vivir.

Puerto espacial de Lion’s Gate

Elegido

Una larga caminata

Puerto espacial Lion’s Gate, exterior del tropophex, siete horas antes del asalto

Desmentía la credulidad de Rann pensar que estaba encima de algo que había sido construido por humanos. El Palacio Imperial tenía grandes torres y muros, y había pasado tanto tiempo en vainas de lanzamiento y cañoneras como cualquier legionario, pero estar parado en una plataforma de observación abierta a trece kilómetros sobre el nivel del mar fue una experiencia singular.

Se giró y miró el edificio que se elevaba detrás de él, asombrado de que continuara otros sesenta kilómetros. Estaba contento con su yelmo y su armadura, capaz de pararse al aire libre y mirar hacia los bancos de nubes masivas que hervían en todo el Palacio. Sin su placa de guerra, estaría congelado en unos momentos y muriendo de hambre de oxígeno. La única humedad era una suave deriva de los vaporadores de las plantas de energía de los Marines Espaciales, pequeños copos de nieve cayendo de los respiraderos y alejándose. Si sus trajes no estuvieran sellados ambientalmente, sus cuerpos habrían sido desecados y preservados durante siglos. Rann pensó en los restos momificados de los Viejos Reyes que los antepasados de su pueblo habían sepultado en las cumbres de las montañas de Inwit.

A Rann le pareció que podía ver destellos de estrellas entre la aurora de los escudos superiores y la sombra parpadeante de las naves del vacío que los cruzaban. Un producto de la imaginación, muy probablemente, pero sintomático de la sensación de asombro que sintió de pie bajo la mirada indiferente de los cielos superiores. Estaba mucho más seguro acerca de las columnas de plasma de lanchas que observaba hacia el este, subiendo y bajando contra la noche que se avecinaba. La llamarada de otros aviones suborbitales cruzó el crepúsculo, muy por encima de los escuadrones que se batieron bajo la capa de nubes.

La inmensidad del puerto espacial era imposible de reducir a escala humana, por lo que lo consideró en términos puramente estratégicos como

lo haría con una ciudad o una fortificación más pequeña. Las porciones externas de cada capa, de hasta aproximadamente un kilómetro de profundidad, se llamaban piel; Esto dio paso a la mantlezona alrededor de los diez kilómetros más internos, que en sí misma se conocía como los barrios centrales, o simplemente el núcleo.

Tenía tres porciones verticales principales, cada una de las cuales equivalía aproximadamente a las capas atmosféricas. El área más amplia y poblada era la base, que se elevaba a su posición, conocida como el tropophex, aunque los trabajadores que vivían y trabajaban dentro de su caparazón se referían a él como Low District. Fue sobre esta región inferior donde se agruparon la mayor parte de las plataformas de transporte aéreo, donde tanto las embarcaciones de reacción como las rotativas podían aterrizar y tomar carga.

A través de la tropopausa hacia la estratosfera había miles de plantas de maquinaria de tránsito, torres habitacionales selladas y plataformas orbitales intermedias, donde se podían unir embarcaciones capaces de viajar tanto al vacío como a la atmósfera. Sky City, propiamente conocido como stratophex, controlaba el progreso entre el nivel superior y la mayor parte del puerto espacial. Estos sobresalientes skyquays estaban unidos por cables de comunicación y alimentación, como si una gran araña hubiera tejido su telaraña al azar sobre los flancos del puerto de montaña. La piel estaba deshabitada, al menos por algo más sensible que un servidor. Los trabajadores portuarios usaron trajes ambientales y arneses de grúas motorizadas cuando estaban fuera de sus habs.

La aguja restante se elevó sobre seis torres sucesivamente más estrechas, y luego se amplió a una plataforma de aterrizaje de doce kilómetros de ancho en la cumbre. Starspear, fue llamado por los lugareños, una designación mucho más poética que su título oficial: el mesófex. A su altura, la presión atmosférica era casi inexistente, lo que permitía que las naves vacías aterrizaran y se cargaran directamente en los inmensos ejes transportadores que caían a través del núcleo. Un mecanismo de elevación orbital proporcionaba propulsión de contrapeso, de modo que cuando estaba completamente en funcionamiento, un flujo constante de vagones inmensos

subía y bajaba de la plataforma de aterrizaje. Estaban inactivos ahora, encerrados en caso de ataque.

Dejó a Rann sintiéndose abrumado, una pequeña figura con armadura amarilla, ni siquiera una mota en el flanco de la estructura más alta de Terra. Se volvió hacia el guerrero a su izquierda, un teniente comandante llamado Sevastin Haeger, un recluta nacido en Terra.

“¿Sabías que era un Elegido?”, Dijo Rann.

“¿Perdón, capitán?”

El teniente comandante era el subordinado de Rann a cargo de los dieciocho mil Puños Imperiales actualmente asignados a la defensa del puerto espacial. Rann tenía otros setecientos noventa mil personal no legionario bajo su autoridad, así como varias alas de naves de combate y bombarderos de ataque directo. Los habitantes del puerto habían trabajado hasta los últimos momentos de derrota en órbita, trayendo materiales y sobrevivientes. Se habían negado a partir desde entonces, cerraron sus hogares y se armaron, por lo que la milicia de Lion’s Gate probablemente era incluso más que la tropa registrada. Lucharían para proteger sus hogares, pero Rann consideró que su orden de ellos existía solo en el título.

“Yo era un Elegido”, explicó Rann. Se volvió y la guardia de honor de cien hombres se volvió con él, treinta guerreros de sus Huscarls personales liderando la compañía con los escudos levantados. Por el momento, un servidor auxiliar llevaba su escudo, aunque sus hachas emparejadas estaban colgadas de su cinturón. “Mi gente me crió en la creencia de que estaba marcado por la grandeza, destinado a ser un poderoso líder de la tribu”.

“¿Por qué?”, Preguntó Haeger, confundido. La risa de Rann le hizo darse cuenta de que la pregunta era importante y suavizó sus dudas. “¿Qué causó que tu gente creyera tanto?”

‘Hay un gran río subterráneo en Inwit. Fluye a lo largo del límite entre la luz y la oscuridad durante miles de kilómetros, casi un kilómetro debajo de las llanuras de hielo. Tiene cientos de afluentes y muchas de las tribus siguen su curso de una colmena de hielo a la siguiente. Mi gente, el Rann,

estaba bastante corriente abajo de este poderoso flujo. El Río de la Vida, lo llamamos, el Portador del Destino. Los Dorn, el pueblo adoptivo de nuestro noble señor, controlaban las cabeceras del afluente más poderoso. De todos modos, mi madre me encontró abandonada en la orilla del río.

'Había un cuerpo de mujer al alcance de la mano, muerto de hambre y atravesado por heridas, y los cadáveres de dos hombres blindados al estilo de los Dorn. Se razonó que ella había huido para proteger al niño. Algunos pensaron que debería ser devuelto, para que el Rann no se ganara la ira del Dorn, pero mi madre dijo que cortaría la garganta a cualquiera que lo intentara, y ofreció la explicación de que el Dorn temía que algún día me enfrentara a ellos. Por eso me querían muerto.

"¿Le creyeron?"

"Mi madre era una mujer formidable y una mano hábil con un cuchillo". Rann echó un último vistazo al cielo antes de que los Marines Espaciales pasaran al arco abovedado de la cámara de compresión. 'Fui criado en esta creencia hasta la pubertad, aprendiendo de los más grandes del Rann. Cuchilla, caza, costura, cocina ".

'¿De coser?'

"No has visto nada hermoso hasta que has visto la costura de Inwit, teniente comandante". Rann se detuvo, su tren de pensamiento se descarriló por la interrupción. '¿Qué estaba diciendo?'

"La historia del Elegido", dijo el sargento Ortor, con el tono de un hombre que la había escuchado más de varias veces.

'Derecho. Ahí estaba, todo listo para convertirme en líder de los Rann en mi transición a la edad adulta, aunque estaba un poco cauteloso de librar una guerra contra los Dorn, cuando llegó el Lord Pretoriano y todo cambió. La primera vez que vino río abajo, todos los Rann sabían que su Elegido era una pobre imitación de lo real ".

"¿Y cómo terminaste como una de la Legión?", Preguntó Haeger. Hubo un coro de gemidos de los Huscarls.

“Quizás en otra ocasión”, dijo Rann.

Se volvió cuando el portal blindado comenzó a cerrarse y vio de nuevo las luces distantes de cientos de lanchas de desembarco. Rann sabía lo suficiente como para concluir que no había otra razón para su aparición que no fuera el preludio de un asalto al puerto espacial Lion’s Gate. Los informes lo habían aludido, pero él había querido verlo con sus propios ojos.

‘Necesito hablar con Lord Dorn. Esto no es una finta, y vamos a necesitar más armas “.

Estación de transición de Djibou, Afrik,

ciento seis días antes del asalto

Había una sensación de solidez que provenía de un gran grupo de personas que se movían juntas con un propósito unido. Aunque no se dio ninguna orden, Zenobi se encontró caminando con los que la rodeaban, encontrando el ritmo natural que los unía. Al igual que en las líneas de fábrica, había una armonía entre los soldados, una unión instintiva derivada de un largo conocimiento y práctica. Así como la línea tenía su propio ritmo y rutinas, los grupos de trabajo que se habían convertido en escuadrones del cuerpo de defensa se establecieron en un movimiento unificado.

Los transportes los habían depositado a ellos y a muchos miles más en un delantal elevado, después de un breve vistazo de la vertiginosa expansión de caminos y rieles. Desde el aterrizaje, Zenobi no había visto nada más que los demás a su alrededor y el cielo iluminado de arriba.

No tenía idea de a dónde iban a continuación y el pensamiento era extrañamente liberador. Todo lo que pudo hacer fue moverse con la multitud, dirigida por los oficiales y el curso de las amplias rampas y puentes: sabía que todavía estaban en lo alto por la mordedura fría del viento, como cuando solía robar unos momentos en el colmena superior entre turnos.

El zumbido de los motores y el ruido de los carros de ferrocarril crearon un telón de fondo para el pisoteo de las botas. Hubo poca charla: después de casi un día en estrechos límites entre todos, todos estaban contentos con sus propios pensamientos.

Con el tiempo, las pisadas se volvieron aún más regulares, un ruido rítmico que le recordó a los troqueladores neumáticos y los golpes de martillo.

Unos metros por delante de Zenobi, una mujer levantó la voz, las palabras familiares para cualquiera que trabajara en el este de Cradlespur, y Zenobi había escuchado canciones de trabajo similares en todas las fábricas.

“He estado trabajando la línea, trabajando la línea, trabajando todo el día”.

“Al igual que mi padre antes”, alguien cantó el estribillo desde atrás.

“He estado trabajando la línea, trabajando la línea, trabajando toda la noche”, continuó la mujer.

“Al igual que mi madre antes”, cantaron más voces.

“He estado trabajando la línea, trabajando la línea, trabajando todo el turno”.

“Al igual que mi hijo lo hará después”, cantó Zenobi, su voz vacilante se unió a docenas más.

Otros tomaron la línea principal, una mezcla de bajos y notas bajas de los hombres, armonías agudas y estridentes de las mujeres.

“He estado trabajando en la línea, trabajando en la línea, trabajando toda mi vida”.

“Al igual que mi hija después”.

El sonido creció alrededor de Zenobi, ayudándola a olvidar el cielo interminable de arriba, recordándole que estaba con su gente. Con ese pensamiento llegó el consuelo de que ella estaba donde debía estar. Los trabajadores de la fábrica de Addaba eran un pueblo fatalista, pero no sin

satisfacción. Dentro de sus vidas asignadas, había espacio para subir un rango o dos, para obtener un poco más de espacio vital, una ración adicional de agua dulce y, si uno alcanzaba las alturas embriagadoras de superintendente como Egwu y los otros que se habían convertido en oficiales de la defensa cuerpo: fruta real una vez al mes. Después de haber sido criada con agua y aire reciclados y no haber probado nada más que losas de proteínas sintéticas y nutri-mush, la idea de una manzana o naranja bordeaba lo mítico.

Entonces cantaron canciones mientras marchaban, de trabajo y amor, de momentos familiares y apreciados, de construir un mundo para sus descendientes y honrar la vida de sus antepasados. Las canciones que los llevaron a través de largos turnos de trabajo manual peligroso los arrastraron a lo largo de la marcha aparentemente interminable hasta su próxima parada.

Pasaron casi dos horas antes de que se interrumpiera la monotonía de caminar. Zenobi calculó que habían cubierto más de diez kilómetros desde que fueron transportados por los transportes. Se detuvieron lentamente y Zenobi se tomó el momento para agacharse y frotar sus pantorrillas, con los isquiotibiales igual de rígidos. El canto se apagó y fue reemplazado por suspiros y refunfuños. Pasaron solo un par de minutos antes de que volvieran a moverse, y unos cientos de metros después, Zenobi pudo ver la razón del retraso.

La enorme rampa cayó y se dividió en tres, dividiendo a los soldados de defensa en contingentes. Los caminos izquierdo y derecho se curvaron suavemente lejos de la carretera central, el descenso se aceleró bruscamente. Su destino aún estaba fuera de la vista.

Se encontró siendo conducida a la izquierda con el resto de la Compañía Epsilon y cuando el cuerpo de soldados se movió, vio la pared baja que bordeaba la rampa. Desde este nuevo punto de vista podía ver la masa del centro de tránsito, aunque al principio el vértigo amenazó con derribarla mientras miraba el desconcertante laberinto de líneas de ferrocarril y carreteras.

Dirigió su atención hacia adelante y vio cinco enormes estructuras techadas. No eran edificios como tales, ya que no tenían paredes, y debajo de cada uno de ellos se extendían ocho pistas rectas que continuaban debajo de la pasarela en la que ella estaba.

El sonido de los rotores y motores se había desvanecido con la distancia, pero a medida que descendían fue reemplazado por un ruido de fondo de otro tipo: gritos, gemidos y gritos. Un murmullo perturbado se extendió por las compañías de Addaba cuando encontraron su fuente.

Debajo del puente, en una plataforma de muchos kilómetros de largo, decenas de miles de reclutas fueron conducidos hacia los carros abiertos de un tren que se extendía fuera de la vista. Los aguijones crujieron y el fuelle de las protestas con emisores cortó la miseria audible de la gente en masa.

La anarquía enfermó a Zenobi, tanto como el evidente sufrimiento de aquellos desafortunados que fueron cargados para su transporte a su zona de despliegue. Fue un marcado contraste con la manera ordenada del Cuerpo de Defensa de Addaba.

“Me pregunto de dónde son”, le dijo a Seleen, la mujer entre ella y el muro de contención a su izquierda.

“No lo sé, sí, pero no se ven felices de estar aquí”.

“Desperdicios de Khertoumi”, dijo Menber. “Mira sus tatuajes”.

Tenía razón: entre la presión de los cuerpos era posible ver los distintivos tatuajes faciales blancos de los nómadas que vivían en los desiertos radiales de Khertoum.

“Comedores de arena?”, Se rió un soldado justo en frente de Zenobi. Ella lo reconoció de Gamma Platoon pero no sabía su nombre. “¡Dorn se lastimará la espalda al doblarse para raspar tan bajo para sus ejércitos!”

“Lanzarán una pistola láser igual que tú o yo, Kettai”, espetó Menber. ‘Y su sangre también regaría el suelo. ¿Crees que a la guerra le importa de qué estación venimos cada uno? “

“Me alegra que no compartamos espacio con ellos, es todo lo que digo, sí”. No se lastimen por sus sentimientos, no tienen ninguno “.

“Seríamos nosotros, si no fuera por la causa”, dijo Zenobi, apretando los dedos alrededor del mango de la norma sobre su hombro. ‘Barridos y arrojados a los carros como animales. Solo porque trabajamos juntos estamos marchando así, así que mantienes tus malas palabras en tu corazón y no dejas que lleguen a tus labios “.

“Ella tiene razón”, gritó alguien fuera de la línea de atención de Zenobi. ‘Tenemos vínculos, todos somos familia, pero cuando peleemos lo haremos por todos los terranos, ¿sí? Toda la humanidad! ¡Por Addaba! “

“¡Por Addaba!”, Llegó el grito reflejo en respuesta, incluso desde la boca de Kettai. Se quedó en silencio, pero sacudió la cabeza mientras seguía mirando la horrible escena que se desarrollaba debajo, el hedor y los sollozos de los soldados contratados se hicieron más fuertes a medida que la rampa llevaba al cuerpo de defensa al nivel del suelo.

Una tarea monumental

El asalto comienza

La locomotora

Puerto espacial Lion's Gate, aproximación este, seis horas antes del asalto

"¿Te recuerda a alguna parte?", Dijo Forrix a sus compañeros.

"Ciudadela de Cadmean". Kroeger gruñó el nombre del lugar donde Perturabo lo había elevado al Tridente. Para Forrix, parecía que el viaje había sido completado por el nombramiento de Kroeger al mando general del asalto en el puerto espacial Lion's Gate, pero Kroeger no lo mencionó.

"Como si estuviera dibujado en un lienzo mucho más grande", dijo Falk.

"Mucho, mucho más grande", acordó Forrix.

La ciudadela de Cadmean también había sido un puerto espacial, una montaña de una torre levantada y defendida por los hijos de Dorn. Forrix lo recordó como una especie de ardua campaña, entre muchos de los trabajos de guerra en los que había participado. Sin embargo, parecía un simple hormiguero en comparación con la estructura que se levantaba del Palacio Imperial, empequeñeciendo incluso las montañas de las que se había excavado la mayor parte de la gran ciudad del Emperador.

Estaba a una distancia considerable y, sin embargo, tuvo que estirar el cuello para ver su cumbre, perdido contra la bruma de la atmósfera superior ahora empañada por los restos del bombardeo y la descarga de energía. Era un zigurat, con un contorno aproximado al menos, la mitad de ancho en su base que alto, lo suficientemente grande como para ser considerado una ciudad colmena por derecho propio. Uno de los más grandes, de hecho, aunque su propósito no era residencial sino logístico. Desde este ángulo, podía distinguir las vías de tránsito más altas entre el puerto espacial y el Palacio Imperial: autopistas, monorraíles y viaductos, cada uno de medio kilómetro de ancho, lo suficientemente grandes como para transportar el transporte a granel de las inmensas cargas que iban y venían los barcos atracan en su cumbre.

La Ciudadela de Cadmean había sido lo suficientemente grande como para que los comerciantes y los transportistas aterrizaran, pero los buques más grandes, como el Arks Mechanicum y el Legio Titanicus transportes que habían jurado por el Warmaster, no podían entrar tan lejos en un pozo de gravedad ni resistir el reingreso. a cualquier grado significativo. Eran gigantes nacidos en el vacío y destinados a morir en el vacío. Pero el puerto espacial de Lion's Gate era tan alto que tales consideraciones ya no eran válidas. Las naves espaciales no se vieron obligadas a transportar sus cargas en aterrizadores más pequeños, sino que podían arrojar el contenido de sus cuerpos de kilómetros de largo directamente a los elevadores y vagones masivos.

"¿Crees que hemos traído suficientes armas?", Dijo Forrix, dirigiendo su atención al infame tren de asedio de la IV Legión. El aterrizaje había comenzado hace tres días mientras Mortarion y Angron habían ocupado la atención de los defensores. Todavía se podía ver el oscuro borrón de las naves de transporte que vinculaban el campo de caída distante con una sucesión de naves espaciales en órbita. La columna de vehículos blindados se extendía hasta el lugar de aterrizaje, con casi cuarenta kilómetros de serpiente metálica ondulada que intentaba alcanzar la Puerta del León.

Al igual que el Tridente y los veinticinco mil legionarios que los acompañaron, las compañías rompe-muros de los Guerreros de Hierro habían aterrizado dentro del alcance de solo los cañones de defensa más grandes del puerto espacial, y fueron dirigidos hacia arriba para evitar cualquier aproximación directa. desde la órbita Las formaciones de plomo habían encontrado poca resistencia, la mayor parte de las fuerzas de Dorn se habían retirado a las defensas finales a pocos kilómetros del puerto espacial.

Una cumbre de la montaña había sido aplanada por el desplazamiento orbital para crear un nivel de un kilómetro de diámetro. Diminuto en comparación con la vasta extensión de las llanuras catabáticas que habían sido aplanadas para el Palacio Imperial, pero lo suficiente como para permitir que los desembarcos más pesados derribaran escuadrones de tanques y armas de asalto.

"Dos mil trescientos ocho pistolas de asalto Basilisk", dijo Kroeger, alejándose de la lista como satisfecho con la hazaña de la memoria. Para

Forrix era el requisito mínimo de comando tener la logística completa de la fuerza de uno lista para su retiro inmediato. 'Mil quinientos veintidós portacohetes de asalto Manticore. Trece bombardeos Sicaran modificados. Cuatrocientos setenta y seis plataformas Deathstrike. Cuatrocientos noventa y cinco obuses Medusa. Mil trescientos Siete Dreadnoughts. Ochenta y cuatro cañones de asedio Typhon. Siete mil ciento dieciocho cañones Thunderburst remolcados ".

Forrix permitió que la voz de Kroeger se convirtiera en un avión no tripulado mientras continuaba enumerando las decenas de miles de tanques de apoyo, Land Raiders y otras bestias blindadas comprometidas con el ataque. Era casi el ochenta por ciento del poder blindado de la Legión en el Sistema Solar, el resto se mantenía en órbita o en los confines exteriores, o ya se desplegaba en apoyo de los esfuerzos realizados por las otras Legiones y primarcas, en particular los intentos de Mortarion de romper la armadura. pared al lado occidental del palacio.

Sus esfuerzos quedarían obsoletos si los Guerreros de Hierro pudieran abrirse paso en la Puerta del León.

Al norte y al sur se extendían los escalones de apoyo: las fuerzas del Ejército Imperial juraron al Señor de la Guerra y designaron a Perturabo, así como a varias huestes vasallos que habían estado bajo el dominio de los Guerreros de Hierro. Un millón y medio de hombres y mujeres, así como innumerables bestias, mutantes y monstruos de la urdimbre. Forrix no se preocupó mucho por ese grano en el molino de guerra, pero los vio más como un lubricante. Su sangre haría que la máquina de batalla girara más suavemente para los guerreros de Perturabo.

Quizás por primera vez en décadas, Forrix sintió que la IV Legión recibiría crédito por sus victorias. Pensó en cuándo había dejado Terra, solo un legionario de línea, embarcándose en la Gran Cruzada por el Emperador. No había albergado ilusiones con respecto a la gloria de la guerra (la brutal verdad de la batalla se le había revelado durante la Unificación), pero todos habían sentido una promesa mayor a la guerra que desatarían. Reclamar a Terra y Luna había sido un trampolín; La Gran Cruzada fue el esfuerzo por el cual la historia alabaría a los Marines Espaciales.

“Me fui de aquí, ¿sabes?”, Dijo a sus compañeros.

Kroeger gruñó, molesto por la interrupción de su liturgia logística. Falk giró una cabeza con timón, ladeó ligeramente a la derecha.

“¿En serio?”, Dijo el Warsmith. ‘Sabía que eras de Terra. No me di cuenta de que eras nativo de Himalazia “.

“No lo estaba”, lo corrigió Forrix. ‘Pero antes de que se enviara la Cuarta Legión, el Emperador nos otorgó honores. Un desfile para recibir su saludo. Fuimos directamente desde allí a nuestra primera campaña de cruzada “.

Volvió a mirar la estalagmita de ferrocreto y plasteel que atravesaba el cielo.

“Era más pequeño entonces, por supuesto”.

Al ver cómo la hirviente masa de humanidad e inhumanidad se derramaba como una mancha a través de las Llanuras Katabáticas, Forrix se dio cuenta de que los elementos del ejército que no pertenecían a la Legión se dirigían directamente hacia el puerto espacial. A primera hora de la mañana estarían al alcance de las baterías principales del puerto espacial y las armas pesadas de las líneas de trincheras a su alrededor.

“¿Estás lanzando el ataque sin ningún bombardeo preparatorio?”, Dijo, incapaz de ocultar su incredulidad a Kroeger.

“Perturabo fue bastante claro en sus órdenes”, respondió el otro triarca. ‘Velocidad. Era tu plan, ¿no? ¿Tomar la ciudad portuaria antes de que Dorn pueda responder? No tiene sentido desperdiciar proyectiles en una ciudad donde los defensores se esconden detrás de los muros. La escoria los llevará a sus posiciones de arma y luego el metal pesado volará “.

Forrix reprimió cualquier respuesta. Podía pensar en media docena de fallas en este enfoque, pero recordó el mandato de su primarca de no interferir. Era esta brutal simplicidad lo que Perturabo deseaba.

“Recuerdo la Ciudadela de Cadmean otra vez”, dijo Falk. Coming La venida del Señor del Hierro fue muy pobre para algunos. Sería prudente no atraer la intervención personal del primarca, especialmente porque ha sido más específico en su deseo de no enredarse en la trampa de Dorn “.

Forrix no estaba convencido de que hubiera alguna trampa, pero no estaba dispuesto a discutir el asunto con Falk, a quien una vez consideró un aliado cercano pero que ahora veía con profunda sospecha. Warsmith no dudaría en informar cualquier delito menor percibido al primarca.

Hubo el beneficio adicional de que cuando la falta de experiencia de Kroeger condujera al fracaso, pagaría el precio de la ira del primarca. Su reemplazo podría ser más susceptible a los deseos de Forrix, o al menos más cauteloso de ignorarlo.

Estación de transición de Djibou, Afrik,

ciento seis días antes del asalto

Bajo la sombra de la estación, Zenobi sintió el frío, sus brazos desnudos cubiertos de sudor por el sol de la mañana y la larga caminata. No fue solo la caída repentina de la temperatura lo que le erizó la piel. Cuando pasaron a las sombras, vio las torres de armas. Fueron construidos en los grandes pilones que sostenían el techo, docenas de ellos se extendían a lo largo de las angostas plataformas entre las vías.

Sus dedos buscaron el brazo de Menber junto a ella, apretándolo con fuerza justo debajo del codo. Él la miró y vio hacia dónde se dirigía su mirada.

“Ya has visto armas antes”, dijo encogiéndose de hombros, su pistola láser casi cayéndose del hombro. Lo volvió a colocar en su lugar.

“Mira hacia dónde apuntan, primo”. Tropas pesadas de cuatro cañones rastrearon de un lado a otro entre las decenas de compañías que ingresaban a la estación. En las pasarelas entre los pilares, vigilantes vigilados patrullaban, carabinas pesadas listas. “No están aquí para proteger la estación contra ataques”.

“No significa nada”, insistió Menber. Ladeó la cabeza hacia las plataformas de carga donde los reclutas de los desperdicios todavía estaban acorralados en sus carros. “Tal vez hubo algún problema antes”.

“¿Por qué sospecharían de nosotros?”

‘No lo hacen. Es … Es como los equipos de seguridad dinásticos. No esperan ningún problema, es solo para mostrar “.

Su ritmo se había ralentizado a unos pocos metros por minuto a medida que las compañías se unían en el elevado risco. No había ningún lugar a donde ir, no había forma de evitar una descarga mortal si los guardias decidían abrir fuego. Su corazón latía más fuerte y más rápido mientras imaginaba la llamarada y los gritos del hocico. Recordó las historias que la tía Hermayla le había contado sobre los viejos disturbios por la comida, cómo los pasillos se llenarían de cuerpos, las escaleras rojas cascadas de sangre.

“Ni siquiera puedo levantar los brazos”, murmuró Zenobi, “mucho menos disparar mi arma láser. ¿De qué tienen miedo?’

“Nada”, gruñó Menber. ‘Es el procedimiento. No es para nosotros. ¿Por qué sería para nosotros?

En la presión de los cuerpos, el mástil de la pancarta se apretó contra el pecho de Zenobi. Pasó una mano por él, buscando tranquilidad por el toque.

“Dorn hizo la llamada y nosotros respondimos”. Menber se inclinó hacia ella, con la cara seria y la voz tranquila. ‘No hay nada de qué preocuparse.’

Zenobi intentó mirar a su alrededor para distraerse del asunto, pero había poco que ver. Era una de las más bajas de la compañía e incluso de puntillas apenas podía ver más allá de los hombros de sus compañeros.

No pasó mucho tiempo antes de que el suelo comenzara a vibrar. Al principio era casi indetectable, pero rápidamente aumentó su vigor. A través de las suelas de sus botas, Zenobi podía sentirlo vibrar, una sensación de pulso lento.

“Creo que los trenes están llegando”, dijo, mientras murmuraban y murmuraban por los pelotones reunidos. “Es casi la hora”.

Vio que Kettai estaba justo en frente de ella. Era flaco para una tienda de fábrica, de casi un metro y setenta y cinco de alto. Escuchó a Kettai jadear y hubo otras expresiones de sorpresa y conmoción en los soldados. Zenobi tiró del collar de Kettai.

‘¿Qué es? ¿Qué es? “Le tendió una mano a Menber y luego a Kettai. ‘¡Déjame ver! Ayudame.’

Los dos se miraron y luego suspiraron, volviéndose uno hacia el otro y agachándose para que sus rodillas formaran pasos. Era una práctica común en los equipos de trabajo, para ayudar a alcanzar un equipo o correa sucia, y más destinos ilícitos entre los niveles de la fábrica, como los espacios de rastreo utilizados para una pausa rápida de humo de mozo o para compartir un frasco de té.

La falta de altura de Zenobi significaba que estaba acostumbrada a esas escaleras improvisadas y rápidamente escaló a los dos hombres, descansando sobre sus hombros. Desde su posición elevada podía ver a través de la masa de soldados hasta el extremo más alejado de la estación, a varios cientos de metros de distancia. A la luz del sol, más allá de la sombra del vasto techo, algo oscuro se acercaba a lo largo de las vías, aunque era difícil saber qué había entre el polvo levantado del viejo fondo marino.

Al principio pensó que eran ocho trenes que se acercaban al unísono, porque el parche oscuro dentro de la nube de polvo se extendía a todas las líneas que entraban en la estación. Otro medio minuto reveló el error de su suposición. No se trataba de múltiples trenes, sino de un gran motor, que corría a lo largo de las vías paralelas, lo que significaba que tenía que tener más de cien metros de ancho. Miró hacia el techo, entendiendo ahora por qué la estación requería proporciones tan titánicas, para acomodar un vehículo que fácilmente tenía treinta metros de altura.

Su crianza en los confines de Addaba no le había dado mucha sensación de distancia, y el tamaño masivo del tren se burló de la perspectiva normal, por lo que fue solo después de observar durante varios minutos que Zenobi se

dio cuenta de que todavía estaba lejos. menos medio kilómetro Se acercaba lentamente, probablemente no más rápido que caminar, su proa blindada de color gris pizarra se abría paso a través del banco de arena y arena levantada por su paso.

Los rieles entre las plataformas zumbaban ahora, sus vibraciones se deslizaban hacia la roca con un volumen creciente. Una silenciosa sensación de asombro se apoderó de los soldados de Addaba mientras observaban la maravilla de la ingeniería que los atacaba como los grandes elfos del mito de la Vieja Tierra que podrían destruir a los ejércitos con sus colmillos curvos y sus temibles bramidos.

El zumbido se convirtió en un traqueteo, mientras que desde el tren distante llegaron un gruñido de ruedas de metal acompañado por un gemido más agudo. Zenobi pudo distinguir más de su proa mientras se acercaba al final de la estación. Había una cabina desplazada en el lado superior izquierdo, probablemente lo suficientemente grande como para albergar a una tripulación de docenas, pero aparentemente pequeña contra el ángulo plano de la nariz increíblemente ancha del tren. En el otro lado había una torreta de varios cañones, una de las varias que se ampollaba alrededor del automóvil, cada una con dos cañones de gran calibre y una variedad de pequeños armamentos antipersonal, muy parecidos a los de los nidos de armas debajo del techo de la estación.

Una neblina se hinchaba desde los conductos de escape a los lados, teñida por la luz azul pálida del interior de la inmensa locomotora.

“Reactor de plasma …” susurró Kettai.

Aunque todavía se estaba desacelerando, apenas se arrastraba cuando pasaba a la penumbra, el desplazamiento aéreo masivo envió una tormenta de arena a lo largo de los rieles y las plataformas. Los gritos de advertencia saludaron a la nube de polvo que se arremolinaba mientras los soldados cubrían sus rostros y daban la espalda en una onda que atravesaba la multitud.

“¡Mírate!”, Gritó Menber, tirando de Zenobi de su percha, con un brazo voluminoso torcido alrededor de su hombro para protegerla de su pecho.

Ella apretó los ojos cerrados, el traqueteo de arena y arena y las maldiciones de los hiver Addaba anunciando la llegada de la nube de polvo. Se deslizó por la parte posterior de su cuello y le erizó los hombros expuestos, arremolinándose entre ella y Menber, que tenía la barbilla enterrada en el pecho, una mano callosa como una visera en la frente.

La luz desapareció cuando la ola de polvo pasó sobre ellos, pero la penumbra no era nada en comparación con la oscuridad debajo del tren cuando gruñía sobre sus cabezas, el ruido de las ruedas como la ensordecedora libra de cien martillos forja. El silbido de la ventilación del vapor refrigerante, el largo chillido de las placas de frenado y el temblor de las líneas eléctricas palpitantes se agitaron en las entrañas de Zenobi. Agarró la parte delantera del mono de Menber con su mano libre, sus dedos apretaron el puño mientras el monstruoso motor continuaba retumbando sobre ellos, la ausencia de luz combinada con el ruido para abrumar sus sentidos.

Solo pasaron uno o dos minutos más, pero se sintió como una edad hasta que la calma descendió repentinamente. Estaba roto por la tos y los murmullos de sus compañeros y el lento tic-tic-tic del metal que se enfriaba.

Brillantes luces naranjas se encendieron a lo largo del tren, bañando las plataformas con luz intensa. Zenobi apartó las lágrimas y apretó los dientes contra este nuevo asalto. Cuando sus ojos se ajustaron, vio que la parte inferior del tren estaba apenas a dos metros por encima de su cabeza. Delgadas escaleras de metal se deslizaban desde las escotillas a ambos lados de las plataformas, el interior del tren iluminado por un brillo amarillo más ambiental.

"¡El abordaje comienza ahora!" El comando avanzó por la estación desde el frente, pasando de oficial a suboficial a líderes de escuadrón. 'Ascender al tercer nivel. Guarda tu kit debajo de las cunas. Siéntese en su catre y espere más instrucciones ".

Una y otra vez, estas órdenes sonaron a través de las compañías, a medida que los soldados se recuperaron y comenzaron a moverse hacia las escaleras.

“De esta manera, de esta manera”, llamó el teniente Okoye, abriéndose camino hacia una escalera a la izquierda de Zenobi, la parte inferior sellada del tren blasonada con un número al lado: “143”. ‘Primer escuadrón, sube la escalera y toma el hueco de la escalera hasta la cima. ¡Muévelo!’

El pelotón avanzó como uno, dirigido por su destino común. Zenobi esperó hasta que tuvo espacio para maniobrar la pancarta en la abertura, empujándola hacia el sargento Alekzanda, que esperaba en la parte superior. Su arma láser se balanceó entre sus piernas mientras trepaba, amenazando con hacerla tropezar, hasta que la volvió a poner en su hombro.

Los gritos desde abajo la instaron a darse prisa y casi perdió el equilibrio, balanceándose con una mano, solo un dedo del pie en un peldaño.

“¡Aquí, aquí, tu mano!” Alguien se agachó y ella agarró la muñeca ofrecida, sintiendo dedos fuertes como el hierro enroscando los suyos. Fue casi levantada corporalmente por la abertura y depositada en la terraza. Zenobi levantó la vista para ver quién la había ayudado y vio que era Xirsi, el sargento del tercer escuadrón. Era bajo como la mayoría de los hivers, pero tan ancho que ella se preguntó cómo había entrado por la escotilla.

“Vamos, sí, sube”, dijo, señalando una escalera de caracol de metal a pocos metros a lo largo del estrecho pasadizo.

Zenobi dio un par de pasos y luego regresó para reclamar la pancarta de Alekzanda. Su sargento levantó una ceja.

“Mantenlo a salvo, Zenobi”.

Con el rostro enrojecido por la humillación, no solo con respecto a la pancarta sino a toda su entrada indigna en el tren, se apresuró a la escalera y ascendió, sin atreverse a mirar a nadie más hasta que hubiera alcanzado el nivel superior.

La escalera la llevó a una cámara que recorría la mitad del ancho del tren, llena de catres. No había ventanas, pero cada pocos metros una escalera perforaba el techo.

“No de esa manera”, llamó Kettai mientras se alejaba de la escalera. La saludó más cerca y señaló las literas que se alineaban en la pared de metal. “Primer escuadrón por allá”.

Ella asintió con la cabeza y se apresuró, uniéndose a la creciente multitud de soldados que se extendían en su extraño alojamiento. Las cunas eran marcos de metal lisos con colchones delgados, construidos sobre una caja de armario baja. Se dio cuenta de que cada litera tenía una serie grabada en una pequeña placa de latón en la cabecera y rápidamente la decodificó como compañía, pelotón y escuadrón seguidos de dos iniciales. Encontró la suya lo suficientemente rápido, justo cuando Menber y los demás llegaron, Alekzanda subiendo por la retaguardia.

“Bienvenidos a su nuevo hogar, valientes soldados de Addaba”, anunció el sargento, arrojando su bolsa en la litera junto a la de Zenobi. “Próxima parada, Himalazia”.

“Oh, corazón del Trono, vamos hacia ti”, dijo Seleen, con una sonrisa que mostraba dientes irregulares amarillentos por demasiado mozo. Ella le guiñó un ojo a Zenobi. “Espero que hayas empacado bolsas limpias, sí, nos vamos a ver al Emperador”.

La primera ola

Aliados en sangre

Oficiales de integridad

Lion Primus Strategium, Sky City, seis horas antes del asalto

“Dross”, Fafnir Rann le devolvió la tableta de datos a Haeger.

“Mucha escoria, comandante”. Haeger pasó el informe a uno de los asistentes de logistaria, quien se retiró a su puesto. El estratium fue designado Lion Primus, y Rann lo había instalado en el nivel doscientos noventa y ocho de Sky City, reemplazando el centro de comando civil que una vez había dirigido la red de transporte de los barrios centrales. El murmullo de voz y el chasquido de los relés de augur proporcionaron un telón de fondo constante para la conversación. “Trescientos mil fuertes y creciendo por horas”.

‘No importa si hay un millón de ellos, teniente comandante. La logística y la física están de nuestro lado. Una fuerza de ese tamaño no puede ejercer toda su fuerza contra un frente estrecho “.

“No podemos permitir que lleguen a las líneas de defensa”, argumentó Haeger.

Can Podemos y lo haremos, pero no estoy arrojando soldados valiosos para mantener una línea en la tierra. Todas las fuerzas se retirarán al puerto espacial de Lion’s Gate “.

Una ayudante con el uniforme de la Conscripcion Terran se apresuró a cruzar el estrado, con el ceño fruncido.

“¿Retirarse, señor comandante?”

“Deja al” señor “, no soy un primarca”, le dijo Rann a la joven. Él vio confusión en sus ojos, compartida por Haeger. Rt Perturabo es como una transmisión de voz en repetición. Esta táctica de enviar a las masas sin valor ha sido probada una y otra vez desde que los traidores aterrizaron “.

“Y Lord Dorn ha considerado apropiado combinarlos con nuestro …” Haeger miró al ayudante, inseguro de cómo expresar sus palabras.

“Tropas básicas de formación de masas”, respondió el ayudante en voz baja. “Ese es el término correcto en el Ejército Imperial”.

“De hecho”, continuó Haeger. Enemy El enemigo quiere que gastemos nuestra fuerza matando mutantes y bestias. Nuestras órdenes de Lord Dorn son simples: mantenerlas el mayor tiempo posible “.

“No tendré hombres y mujeres valientes masacrados solo para salvar algunas rondas”, gruñó Rann. Haeger parecía que podría objetar más, pero Rann lo silenció con la mano levantada. ‘No es sentimentalismo. Tenemos que tomar la iniciativa de vez en cuando, de lo contrario, Perturabo y sus generales pensarán que pueden hacer lo que quieran. Quiero que se sientan incómodos “.

“¿Debo enviar el retiro ahora, Lor– Comandante Rann?”

“¿Cuánto tiempo hasta que todos los regimientos de defensa exterior puedan estar dentro del puerto?”

“Dos horas”, respondió el ayudante de inmediato. “Tres si quieres que hagamos las demoliciones de antemano”.

“Haz eso”, dijo Rann con una sonrisa. ‘La primera ola enemiga estará aquí en seis horas. No comience la retirada por otros dos, quiero que nuestros enemigos se comprometan a un plan antes de cambiar las cosas “.

“Las grandes baterías de los Guerreros de Hierro estarán dentro del alcance”, dijo Haeger. “Si espera tanto tiempo, la retirada se realizará bajo fuego”.

Boost Incrementaremos los campos de la capa base, los extenderemos un kilómetro durante la última hora de retirada. Redirija la energía desde el mesophex para compensar el drenaje en los reactores. Deje suficiente para que los cañones de defensa superior disuadan cualquier enfoque orbital, pero suelte el escudo. Si Perturabo quiere capturar el puerto espacial, no va a comenzar bombardeando los muelles de aterrizaje “.

El ayudante esperó unos segundos para ver si recibían más órdenes, y luego dio un fuerte saludo antes de pasar a la estación de comunicaciones más cercana. Haeger se quedó.

“No eres feliz, teniente comandante”.

“No cuestionaría sus órdenes”, respondió Haeger con rigidez. ‘Sin embargo, Lord Dorn ha sido exacto en sus preparativos, tanto en la elevación de las defensas como en su dotación. ¿Es realmente sabio descartar eso por capricho? “

“¿Un capricho?” Rann mantuvo su temperamento bajo control, aunque sus dedos tocaron el mango del hacha en su cadera izquierda. “¿Es así como te parece?”

Haeger era inteligente y decidió no responder. Rann hizo un gesto a Haeger para que se acercara. El teniente comandante dio un paso y, siendo unos centímetros más alto, bajó ligeramente la cabeza. La voz de Rann apenas era un susurro.

‘He mandado el Primer Cuadro de Asalto por muchos años. Llevo el título de Lord Seneschal, aunque no insisto en que otros lo usen con frecuencia. Rann se inclinó aún más, apretando los dientes. “Lo más importante, Lord Dorn me puso a cargo”.

Dio un paso atrás, su voz se elevó un poco, pero no lo suficiente como para llevar más lejos que Haeger.

‘Sé que seguirás mis órdenes, teniente comandante, y no voy a acostumbrarme a explicarme. Pero esta vez, solo por esta vez, porque necesito que confíes en mí, dejaré algo claro. Rann cruzó el estrado hacia la pantalla principal, una mesa cuadrada de cinco metros de ancho que actualmente mostraba una vista orbital del puerto espacial. y los veinte kilómetros cuadrados circundantes. Era un simulacro generado a partir de registros y datos augures; no quedaban activos orbitales leales en los alrededores. Un servidor cobró vida al acercarse: un torso, la cabeza y los brazos conectados a un lado de la mesa, un nido de cables que saltaba de su columna vertebral a otros motores de movimiento dispuestos alrededor de

la cámara. La logistaria salió corriendo de su nicho y ocupó su lugar en un panel de control al lado del servidor.

“Vista superior, la autopista cuatro”, dijo Rann, inclinándose hacia adelante con los puños en el borde de plasteel de la mesa de la pantalla.

‘Analizando. Comprimiendo “. La cabeza del servidor se inclinó hacia la izquierda y hacia la derecha mientras procesaba la información de los bancos de datos del estratega. Los dedos de la logistaria tocaron algunos comandos en su panel. “Ajuste de pantalla en progreso”.

La mesa se volvió gris pizarra durante varios segundos y luego cobró vida, mostrando una versión del camino ancho que conducía casi directamente desde el lugar de aterrizaje de los Guerreros de Hierro hasta el puerto espacial, entrando por medio de una barbacana de trescientos metros de ancho. y puerta.

“Resalta las defensas emplazadas”.

“Destacando las posiciones de armas estáticas”. Los ojos del servidor giraron hacia Rann y luego de vuelta a la pantalla. Manchas rojas empañaron las paredes y torres que flanqueaban el camino.

“Es un campo de exterminio”, dijo Rann a Haeger.

‘Sí, señor senescal. Supervisé la construcción “.

“Por supuesto”, dijo Rann, permitiendo la gentil reprimenda. “Baterías láser de alta potencia, macrocañones y plataformas de plasma variadas”.

‘Una combinación de armas anti-vehículo y anti-legionarias. Las olas masivas empleadas por el enemigo no tendrán ninguna posibilidad “.

‘Pero el objetivo de su asalto es agotar nuestros recursos. Si nos sentamos en las trincheras y detrás de las paredes, haremos exactamente lo que Perturabo quiere que hagamos. Hay una mejor manera de detener el ataque y garantizar que tengamos el armamento disponible para enfrentar el asalto a gran escala de legionarios y blindados que seguramente seguirá “.

Rann se movió a la posición de la logistaria y tomó una varita liviana, con la cual comenzó a hacer marcas en la pantalla. Mientras lo hacía, explicó su plan.

“Dirigiré el Primer Cuadro de Asalto para enfrentar el ataque enemigo, apoyado en las alas aquí por dos columnas de tanques pesados y una reserva de ataque móvil: bicicletas y deslizadores”. Rann dibujó las líneas, formando una V contra la línea. del avance del enemigo, con unos pocos golpes para indicar los movimientos de contraataque desde un par de puertas menores que flanquean a la barbacana principal.

“¿Qué logrará eso que los emplazamientos de armas no pueden?”, Preguntó Haeger. “¿O el Ejército Imperial que permanece en sus bunkers y trincheras?”

“Se trata de planear la derrota”, dijo Rann. ‘Reorganizar las capas para que funcionen para nosotros, no para el enemigo. Ahorramos municiones en las armas grandes hasta el asalto blindado, y mantenemos inactivos los cañones de los volcanes y otras armas de alta energía para que la potencia máxima fluya hacia los escudos. Se trata de tiempo y cuánto de eso hacemos que Perturabo use. No podemos evitar que el enemigo entre, no para siempre. Los cañones en las paredes no son buenos entonces, pero treinta mil infanterías en masa que sostienen el interior lo serán “.

“Y el cuadro de asalto es tan bueno como cualquier muro”, dijo Haeger, asintiendo para sí mismo.

“Un muro que podemos poner donde queramos”, agregó Rann. “Les puedo asegurar que, independientemente de lo que nuestros enemigos tengan en mente, no han considerado la posibilidad de que nuestro primer acto de defensa sea un ataque …”

Issue Emitiré órdenes para reunir las fuerzas de flanqueo y la reserva. Supongo que liderarás personalmente la lista del Primer Cuadro de Asalto “.

“Usted asume correctamente, teniente comandante”. Rann llamó la atención del guerrero justo antes de que se volviera para irse. “Espero haberme

dejado claro”.

“Las dudas eran mías, no tuyas, señor senescal”, dijo Haeger, golpeando con el puño su plastrón. “Me he preparado para este momento durante siete años, pero en el caso he sido víctima de la ortodoxia predecible”.

“No puedo tomar todo el crédito”, dijo Rann. Sig Lord Sigismund puso el pensamiento en mi mente. Recuerdo lo que el Khan y sus Cicatrices Blancas lograron cuando fueron liberados. Para ser sincero, creo que los Puños Imperiales pueden hacerlo aún mejor “.

‘Lo haremos, señor senescal. ¡Muerte a los traidores! “

“Muerte a los traidores”, gruñó Rann. ‘Hasta el último de ellos.’

Volvió su atención a la pantalla cuando Haeger se alejó. Las líneas y formas que había dibujado parecían tan simples en el esquema, pero las vio con el ojo de un comandante del campo de batalla, como filas de guerreros y escuadrones de motores, iluminados por la furia del fuego y resonando con el estallido de la guerra. Fue un movimiento audaz, y estaba seguro del éxito. Aun así, Dorn no le había enseñado a ser imprudente. Comenzó a pensar en las muchas formas en que la ola de conflicto podría volverse contra él y qué se podía hacer para garantizar que no se cumpliera.

XII Legión de vanguardia, proximidad de Daylight Wall,

cuatro horas antes del asalto

Las huellas de un solitario rinoceronte transportan surcos tallados a través del barro que se mancha de sangre y esparcen fragmentos de huesos medio enterrados. Debajo de la salpicadura de sangre había un sólido metal de bronce, sus escotillas y cúpulas pintadas con rayas amarillas y negras. Un poste de pancarta doblado debajo de un estándar amplio, que representa la cara metálica del cráneo de la Legión IV, blasonada contra rayos cruzados en un campo negro. Los honores de la batalla se cosieron en docenas de pergaminos alrededor del dispositivo principal y el borde superior mostró signos de desgaste, carbonizados por alguna conflagración histórica que los Guerreros de Hierro habían considerado conveniente conmemorar al dejar esta cicatriz sin reparar.

Pasó entre los cascos de tanques rotos y las fortificaciones destrozadas, trazando una ruta en zigzag a través de la devastación que dejó a raíz de los sucesivos ataques. Incluso ahora las revistas y los arsenales todavía ardían, vertiendo humo negro y espeso en el aire ahogado con humos y toxinas.

Un cordón de grandes transportistas de tropas en los colores bastardos de los World Eaters marcó el límite de su zona de operación, pero no hubo desafío o granizo nivelado en el vehículo entrante. Su pasaje no fue marcado en absoluto.

Dentro del crudo campamento, los esclavos de la Legión arrastraban grandes lonas llenas de cuerpos, forjando entre carpas caídas y búnkers improvisados de flakboard. Se estaba reuniendo una gran pila de cadáveres a la vista de la pared principal, donde cien cansados portadores de hachas trabajaban para decapitar a los que habían caído ante los hijos de Angron. Sus cuchillas subían y bajaban con la monotonía de una línea de fábrica, convirtiendo a los muertos en sacrificios justos, aunque sin la menor pompa o ritual. Los demonios medio humanos, criaturas succionadas con sangre mutante y el poder de Khorne, despojaron la carne del hueso y pulieron los cráneos, a su vez pasándolos a bestias cargadas de cajas impulsadas por más esclavos a la inmensa montaña erigida en honor del Dios de la Sangre.

Estas tareas tristes se dejaron en manos de los sirvientes, ya que no había ninguno entre los comedores del mundo que desearan enfrentarse al enemigo y aumentar la cuenta del cuerpo de la guerra. Fue un sacrificio industrializado, en desacuerdo con la lujuria de batalla altamente personal de los elegidos de Khorne, que favorecían solo la matanza en nombre de su dios.

Y en esta tarea sangrienta, una gran parte de la Legión todavía trabajaba. Quedaba poca apariencia del Capítulo y el comando de la compañía, e incluso los escuadrones individuales habían comenzado a separarse a medida que los campeones se levantaban de las filas para crear feudos de autoridad dentro de la fragmentada Legión.

Angron no se preocupó por esta fractura, ya que en su presencia todos se acobardaron a su voluntad, y la cohesión, de algún tipo, podía mantenerse. Estaba, por el momento, ausente de la línea de batalla, buscando sus placeres sedientos de sangre en otras partes alrededor de las defensas invadidas, masacrando lo que fuera que encontrara.

Había un puñado de otros que podían ordenar una obediencia similar, pero no tenían una sola mente, no más que el más grande de los señores de la guerra que comenzaban a dominar donde una vez todo fue dictado por los Principia Bellicosa. De estos, el más admirado era Khârn, cuyas listas de títulos parecían crecer diariamente a medida que continuaban sus hazañas de muerte: el Hacha de Khorne, el Dotado de la Muerte, la Ruina Caminante y más.

Observó la aproximación del rinoceronte desde cerca de una pira de huesos ennegrecidos, que había encendido como un faro para que el transporte lo encontrara a la hora señalada. De todos los guerreros del XII, conservaba un mínimo de interés estratégico en la guerra y había aceptado el parlamento en nombre de su primarca. Ahora que sus hermanos de batalla estaban concentrados en los últimos supervivientes fuera del muro, era seguro para un extraño entrar, aunque sabía que había un riesgo sustancial de que su propio autocontrol pudiera resbalar, lo que podría llevar a los World Eaters y Iron Warriors a conflicto entre ellos.

El rinoceronte se detuvo a poca distancia y una figura solitaria desembarcó. Su armadura era una placa de Terminator reforzada, con tiras con bandas muy remachadas como las marcas más antiguas, un retroceso brutal a los primeros días de las Legiones. Su puño izquierdo de gran tamaño brillaba con un generador de energía, un arma contundente similar, y Khârn se sintió atraído por la simplicidad del otro guerrero.

“Esperaba encontrarme con su primarca, Angron de la Espada Roja”, declaró el Guerrero de Hierro cuando se detuvo a pocos metros de distancia.

“Yo … Hnnh” Khârn resopló con fuerza, limpiando la fuga de sangre de sus pensamientos para concentrarse en el corpulento comandante de los Guerreros de Hierro. Quería enterrar a Gorechild en la máscara del yelmo del guerrero, solo para ver el chorro de sangre. Arrancó el nombre del hombre del remolino de ensueños llenos de sangre que se hincharon de los implantes en su cerebro.

Kroeger Comandante del ataque del IV al puerto espacial.

Prim El primarca lucha donde él elige. No estoy … Hnnh. No soy su maestro Se inclina solo a la voluntad del Dios de la Sangre “.

“¿Entonces no importa que esté aquí para Perturabo?”

“No, Kroeger, no lo hace”. Khârn apuntó su hacha manchada de sangre hacia las compañías de los World Eaters que asaltaban la última de las defensas exteriores entre él y el tramo oriental del Muro de la Eternidad. “Angron exige que rompamos el Palacio”.

El guerrero permaneció en silencio durante unos segundos, con los hombros encorvados.

“Fulgrim ya acordó llevar a su Legión al ataque”, dijo Kroeger, su intento de engaño es obvio. “¿Angron sería superado por su hermano?”

‘Eres afortunado … Hnnh. Afortunadamente, mi señor no está aquí para responder a esas burlas “.

Khârn apretó los dientes, reprimiendo el impulso de cortar la cabeza del Guerrero de Hierro del torso como pago por su pequeño comentario.

“No necesito a Angron”, gruñó el guerrero, levantando los puños. ‘Necesito tus legionarios. Todos morirán antes de poner un pie en el Muro de la Eternidad, pero tengo un plan que los llevará al puerto espacial de la Puerta del León “.

‘Necesitarás … Hnnh. Necesitarás más estímulo que eso “.

“Los hijos de Dorn”. La salvaje sonrisa del hombre era audible en su tono. “No importa limpiar la escoria del Ejército Imperial, ¿no quieres acabar con los hermanos que nos traicionaron?”

‘¡Ja! Entiendo dónde está la traición. Khârn acechaba de un lado a otro, queriendo terminar la conversación para unirse al asalto. El estallido de bolters y los gritos de batalla de sus compañeros lo llamaron, la urgencia de su implante como una púa caliente lo arrastraba hacia la pared.

‘Los World Eaters que conocía nunca buscarían la batalla fácil. Quizás no te necesito, después de todo “.

Kroeger se volvió y Khârn estaba a punto de dejarlo ir. Otra fuerza, la voz susurrante que corría por su sangre, sonaba más fuerte que el ladrido insistente de sus uñas.

‘Hnnh. Espera, Kroeger “.

Khârn pudo sentir el temple de este soldado y escuchó el trueno de Khorne en los corazones del Guerrero de Hierro. Este era alguien que podía ser pariente de los World Eaters. El Dios de la Sangre estaba dispuesto a poner su mano sobre Kroeger y eso exigía especial atención.

‘Angron podría escuchar … Hnnh. Una llamada a las armas de uno dedicado al Trono del Cráneo podría atrapar la oreja del primarca “.

“¿Qué quieres decir?” Kroeger dio un paso atrás, con el puño en alto. El capitán de la XII Legión hizo todo lo posible para no reaccionar ante la

amenaza implícita. La mano que agarraba el mango de Gorechild casi se movió por sí sola.

“Tienes las cualidades de un gran guerrero”, dijo Khârn. Sort El tipo de guerrero que Khorne bendeciría con sus dones de sangre. Él no exige nada más que lo que quieres dar ya. Hnnh La muerte de tus enemigos “.

“El Emperador ya me ha hecho más fuerte que cualquier hombre mortal”, dijo Kroeger. “¿Qué otros regalos necesito?”

Una ruina de un transporte de Rhino sobresalía de la tierra manchada de sangre a pocos metros de distancia. Khârn se volvió hacia él, los dientes de Gorechild girando más rápido hasta que el arma aulló en su agarre. El campeón de Khorne dio dos largos pasos y se lanzó al aire, saltando más alto de lo que cualquier Marine Espacial normal podía, con el hacha en ambas manos. Llevó el arma hacia abajo mientras aterrizaba junto al naufragio, sus dientes brillantes atravesaron el casco blindado y rastrearon la carcasa con un solo golpe poderoso. La ceramita rota y los eslabones dispersos estallaron a su alrededor. El poder de Khorne fluyó a través de él, energizándose, haciendo que su mente ardiera a través de las uñas de su carnicero para que el gruñido de su hacha fuera un ronroneo relajante.

Khârn cerró un puño y lo condujo al costado del transporte blindado. Su guantelete se partió bajo el impacto pero su hueso no, golpeando la placa blindada hasta el codo. Él arrancó el panel con un grito sin palabras, arrojándolo lejos a través del páramo devastado.

“¡Nada está ante el elegido del Dios de la Sangre y vive!”, Rugió, volviéndose hacia Kroeger. ‘Ninguna cuchilla perforará mi piel. Ningún rayo puede cicatrizar mi carne. Júrate a Khorne y te convertirás en su asesino ensangrentado. Cada vida que tomes se ofrecerá para su gloria, y en cada momento conocerás la alegría de matar “.

“¿Todo lo que tengo que hacer es matar en su nombre?”, Se rió Kroeger, largo y profundo. ‘¿Sin juramentos? ¿No hay rituales? ¿Sin sacrificios?

“Hnnh”. Khârn se tambaleó hacia el Guerrero de Hierro, dejando que Gorechild cayera a su lado, ignorando el olor de su propia sangre que fluía

de la ruina de su mano. “Mientras la sangre fluya, a Khorne no le importan las palabras”.

Kroeger levantó su bólter combinado, brillando en el destello de la artillería y el resplandor continuo de los ataques de la lanza orbital.

‘Entonces dígale a Lord Angron que un hermano en sangre lo llama para que lleve su sagrada matanza al puerto espacial Lion’s Gate y complazcamos al Dios de la Sangre juntos”.

Estación de transición de Djibou, Afrik,

ciento seis días antes del asalto

La escala del tren desafió la creencia. Zenobi y otros investigaron su nuevo entorno mientras el resto del regimiento abordó; Incluso la idea de que un solo vehículo pudiera transportar al 64º Cuerpo de Defensa de los diez mil efectivos parecía una locura.

Al tratar de ascender por las escaleras, fueron rechazados por los manifestantes armados y les dijeron que la cubierta superior era solo para la tripulación. Estos centinelas amenazadores llevaban fajas rojas sobre sus uniformes, marcándolos como elegidos dinásticamente, los sirvientes directos de los señores de la dinastía de la dinastía de la colmena. Zenobi no sabía cuándo habían llegado; ciertamente no habían viajado con los pelotones de trabajadores sobre los que ahora estaban vigilando.

Unos pocos exploradores que se atrevieron a mirar más allá de estos guardias de rostro impasible informaron que el almacenamiento de armas y las puertas que los soldados reunidos dedujeron eran para acceder a las torretas que cubrían el techo. Se especuló sobre qué más se podría encontrar, y en media hora el nivel superior había alcanzado un estado semimítico como un reino de abundancia y comodidad.

Las conversaciones con los vagabundos de las cubiertas de abajo confirmaron que cada nivel era idéntico y sin ventanas, excepto por la cubierta inferior, que albergaba enormes enlaces de cableado que conectaban los inmensos carruajes. Había instalaciones básicas para cocinar

en un extremo de cada carro, pero no había desorden; al parecer, se esperaba que comieran en sus catres. En el extremo opuesto estaban los bloques de abluciones, que parecían lamentablemente inadecuados para la cantidad de personas que los usarían. La posibilidad de tareas adicionales de letrinas se convirtió rápidamente en uno de los peores castigos que los sargentos y oficiales podrían amenazar.

Dos horas después de abordar, el tren aún no se había movido. Zenobi abrió una delgada barra de raciones que había introducido de contrabando en su mochila y se sentó en la cuna de Menber para compartirla con su prima.

"Todo lo demás tiene que ver con" moverse, moverse, moverse ", ¿qué está tomando tanto tiempo?", Preguntó Zenobi, pero recibió solo un encogimiento de hombros silencioso en respuesta mientras Menber masticaba su porción de la barra de racionamiento. "Ya deben tener a todos a bordo, ¿cuál es el retraso?"

"Estás ansioso", dijo Sweetana desde donde yacía con las manos detrás de la cabeza, dos literas más. 'Esto no es tan malo. ¡Creo que esta cama es más grande que la que tenía en Addaba! "

Era extraño darse cuenta de la verdad de lo que dijo. Zenobi nunca se había dado cuenta de lo apretada que había sido la vida en las fábricas de colmenas, pero comparándola con el espacio en el tren, ¡un tren! - Estaba claro que, a fin de cuentas, había más comodidad en este cuartel móvil que en los dormitorios de los trabajadores de su hogar.

Un repentino revuelo entre los acuartelados cerca de la primera escalera llamó la atención desde el otro lado de la cubierta del cuartel. Zenobi se paró en el catre para ver qué estaba pasando. Justo cuando ganó su posición elevada, vislumbró remolinos de color carmesí y púrpura cuando un grupo de oficiales se reunió con la misma rapidez en las cercanías de los recién llegados.

"Colores dinásticos", dijo Zenobi a quienes la rodeaban, con voz apagada con respeto. "Tal vez los rubíes nacen con nosotros".

“No seas tan fala, Obi”, dijo Menber, tirando de su brazo para desmontar la litera. Se apartó de su agarre para poder seguir mirando. “Se están quedando en Addaba para supervisar las defensas y mantener las cosas funcionando”.

Las discusiones dispersas fueron silenciadas por ladridos de sargentos y oficiales de pelotón, y unos momentos después los oficiales se separaron para revelar media docena de recién llegados, tres hombres y tres mujeres, cuyos uniformes azules de oficiales estaban adornados además con fajas de seda de color rojo y malva, como Zenobi lo había visto. Todos tenían la cabeza afeitada y las mejillas limpias y tenían la constitución delgada y musculosa de la aplicación de la ley de los escalofríos. La tinta roja marcaba sus párpados y labios, dándoles una mirada severa y de otro mundo.

“Supongo que era a quien estábamos esperando”, dijo Menber.

El capitán Egwu dio un paso adelante, con los ojos recorriendo la compañía reunida.

“Estos son los oficiales de integridad de nuestra compañía, enviados en nombre de los jefes dinásticos para asegurar que su reputación e intención sean mantenidas por el cuerpo de defensa reunido en sus nombres”.

Uno de los oficiales de integridad se unió al capitán, una mujer con nariz y mejillas afiladas, con la frente adornada con un tatuaje de diamante rojo adicional.

Ja Soy Jawaahir Adunay Hadinet, alto funcionario de integridad de su empresa. Algunos de ustedes pueden conocerme por el nombre que mis presos me dieron como supervisor punitivo del complejo correccional East Main Spur: el Guardián de Hierro “.

El nombre no significaba nada para Zenobi, pero a juzgar por los murmullos dispersos de toda la compañía, el anuncio significaba algo para los demás. Ciertamente fue un título que augura mal para cualquier transgresor.

‘No estamos aquí para cumplir con las regulaciones del Ejército Imperial. No juzgaremos la calidad de su kit ni supervisaremos su ejercicio de entrenamiento. Nos ocuparemos de las infracciones disciplinarias que reducen la efectividad de la lucha y la disciplina de esta empresa. Nos aseguraremos de que se adhiera a una verdad más profunda de lealtad y dedicación a la causa “.

Esto fue recibido con silencio. Los soldados reunidos tenían suficiente experiencia en la línea de trabajo para mantener sus labios sellados cuando un superior hizo tal anuncio. Desde el principio, los oficiales de integridad estarían atentos a cualquiera con la lengua floja o mostrando signos de insubordinación.

Zenobi de repente se sintió bastante expuesta de pie en la cama de su prima, pero no se atrevió a bajar en caso de que el movimiento llamara más la atención.

“Habrá un oficial de integridad para cada pelotón”, dijo el capitán Egwu. “Se darán a conocer”

Se detuvo cuando el tren tembló. El gruñido de los reactores que llegaban a su máxima potencia se podía escuchar a través de las paredes. El piso tembló cuando los motores se engancharon. Apenas había sensación de movimiento, solo el más leve tirón de inercia que daba paso a la aceleración.

“Se darán a conocer a cada uno de ustedes a tiempo”, continuó Egwu, alzando la voz mientras el latido de la locomotora seguía creciendo. Se le unió el primer ruido metálico de las ruedas, silenciado por el grueso casco del carro. Ella miró a Jawaahir. De Se remitirá a los comandos de los oficiales de integridad en todo momento. Su palabra es ley, su juicio absoluto. Le aconsejo que ahora no pruebe su paciencia o resolución, sino que cumpla con sus deseos sin dudarlo o disputarlo “.

El alto oficial de integridad se aclaró la garganta y Egwu retrocedió un paso, cediendo incluso su autoridad a Jawaahir.

“Todo el cuerpo será sometido a una entrevista introductoria en los próximos días, para conocerlos mejor”.

“Gracias–” comenzó Egwu pero fue interrumpida por una mirada del alto oficial. La mirada era lo suficientemente pasiva, sin fruncir el ceño u otra advertencia visual en su expresión, pero silenció al capitán de inmediato.

“Quiero que no tengan ilusiones, soldados de Addaba”, les dijo Jawaahir, cruzando los brazos. Un movimiento en la multitud entre Zenobi y el oficial de integridad le brindó brevemente una vista completa. Un largo mazo colgaba de una cadera y una pistola enfundada en la otra. ‘Hay quienes buscan desviarnos de nuestro propósito, buscando debilidad en nuestros corazones. El enemigo no se detendrá ante nada para estrangular toda libertad y resistencia, y sus agentes se están moviendo entre ustedes incluso ahora “.

Zenobi miró a su alrededor, esperando que estos espías se revelaran de alguna manera inmediatamente después de ser acusados. Había otros lanzando miradas sospechosas a sus compañeros y ella comenzó a preguntarse qué tan bien conocía a las personas en los otros pelotones y compañías. Captó una mirada de molestia en el rostro de Menber y le lanzó una mirada inquisitiva. Sacudió sutilmente la cabeza, señalando con los ojos a los oficiales de integridad.

“Esta es una guerra que ganaremos con coraje, determinación y sacrificio”, continuó Jawaahir. ‘Su resolución será probada. Su resistencia será empujada más allá de cualquier cosa que haya sufrido. Su lealtad … Su lealtad a la causa será cuestionada una y otra vez. Contra todas estas amenazas, físicas y mentales, debes mantenerte firme. Estaremos aquí para recordarle sus deberes y juramentos “.

Su mano cayó sobre la pistola en su cadera, inconscientemente o no Zenobi no podía decirlo, pero el mensaje era claro.

“¡Compañía!”, Espetó Egwu, llamándolos a todos la atención. Se detuvo durante varios largos segundos, su mirada pasó sobre cada soldado bajo su mando. ‘Las raciones de almuerzo se emitirán en treinta minutos. Los oficiales de tu pelotón detallarán a aquellos en servicio de catering. El resto

de ustedes atenderá el mantenimiento. Las fuerzas de Horus no están muy lejos y pronto comenzará la batalla por Terra. Estará listo cuando se le solicite “.

Con un movimiento de cabeza, los despidió y se volvió hacia sus oficiales, ignorando deliberadamente a los oficiales de integridad, que se movieron en grupo hacia la escalera más cercana que conducía al nivel del techo.

Un suspiro colectivo escapó de los soldados reunidos cuando el último de ellos desapareció por la escotilla, y Zenobi se dejó caer sobre la litera, una risa nerviosa escapó de ella cuando aterrizó.

Okoye escuchó su nombre cuando Okoye cruzó el carruaje, junto con otros que fueron convocados a la cocina.

“No tenemos nada de qué preocuparnos”, dijo Menber, agarrando su mano mientras la arrastraba fuera del catre. ‘Sean cuales sean las entrevistas, solo diga la verdad. Recuerda que eres de los Adedeji y nuestros antepasados fueron reyes “.

Ella le dedicó una media sonrisa y una palmada en el brazo antes de moverse para unirse a los demás reunidos alrededor del teniente. Echó un último vistazo al poste de pancartas que había guardado entre su catre y la pared. Era su insignia de orgullo, su talismán de lealtad.

¿Seguramente ella no tenía nada de qué preocuparse de los oficiales de integridad?

Las armas grandes nunca se cansan

Borde dentado

Noticias del vacío

Llanuras Katabatic, hora de asalto

Toda una vida de guerra había forzado a Forrix a la libra de armas pesadas tanto como a los latidos de sus propios corazones. Sin embargo, había algo majestuoso sobre el poder desatado en el Palacio Imperial por el Señor de la Guerra. El cielo en sí estaba ennegrecido, una tormenta de descarga y plasma, a través de la cual las rondas masivas ardientes se estrellaban como meteoritos y haces de luz de lanza se desvanecían.

Perturabo había desbloqueado los secretos de los auspicios que habían protegido las paredes, exponiéndolos a bombardeos directos y asaltos, pero el Sanctum Imperialis y sus alrededores aún estaban envueltos en pantallas de energía. También lo fue el puerto espacial Lion's Gate. El aire a su alrededor brillaba con energías apenas contenidas.

Grandes cañones sobre la circunferencia del puerto espacial impidieron que los buques de guerra permanecieran en órbita directamente arriba por temor a un contra-bombardeo. El riesgo de que una nave espacial rota se estrellara en los muelles de aterrizaje que intentaban capturar era un riesgo demasiado grande, que se había señalado a Kroeger cuando había enviado una solicitud de apoyo orbital a su primarca. Pequeños conjuntos de armas, que aún eclipsan a los transportados por algo más pequeño que un Titán, rodearon el puerto en afloramientos de bastiones.

Rugieron ahora, escupiendo desafío a los regimientos apiñados del ejército imperial y las criaturas devotas. Las baterías antiaéreas esperaban su turno para reprender a la corteza, porque Kroeger aún no había comprometido sus activos aéreos para el ataque.

Si Forrix hubiera evaluado la situación en lo que podía ver, sin saber lo que estaba por venir, se habría reído del asalto como un asunto desordenado y descoordinado sin posibilidad de éxito.

Hubiera sido un error. Kroeger era un guerrero directo, criado en las mejores y peores tradiciones de terquedad y dogma de los Guerreros de Hierro. Le faltaba delicadeza, o incluso cualquier deseo de delicadeza, pero eso no lo convertía en un idiota. Le había explicado su plan en detalle a Forrix y Falk, asegurándose de que entendieran sus partes lo suficientemente bien como también sus objetivos generales. No había nada que hacer sino promulgar la voluntad de Kroeger o arriesgar la ira de Perturabo, por lo que Forrix había aceptado su papel asignado sin dudarlo. Había muchas posibilidades de que su franqueza fuera solo el martillo necesario para romper la cerradura de Dorn, como Perturabo creía.

Avanzando con el bólter en la mano, una marea de soldados y bestias a su alrededor, los sentidos automáticos de Forrix recogieron las primeras grietas distintivas del tren de asedio que perdieron su ira. Una docena de kilómetros detrás de él, batería tras batería de cañones tosían una nube de proyectiles. La llamarada de su ira iluminó los cielos, recortando sus rondas mortales. Siguió un estruendoso trueno, una onda expansiva que barrió a los legionarios y auxiliares que avanzaban, doblando los postes de pancartas, agitando los nudos superiores en los yelmos de los cruzados y arrastrando las masas desarmadas con un viento caliente que trajo gritos de asombro y consternación. Aullaron cuando los tímpanos se partieron y los senos nasales estallaron, aquellos lo suficientemente tontos como para mirar el momento de disparar se tambalearon como una llamarada más brillante que el sol quemó su vista.

El ruido de las armas perdidas no era nada para la detonación de los escudos defensivos. El bombardeo no pudo alcanzar las secciones más altas, pero fue dirigido a las capas intermedias, de modo que el puerto espacial parecía ceñido por un anillo de fuego de cinco kilómetros de altura, arcos de poder que se bifurcaban a diez kilómetros del suelo. La liberación de tanta energía creó una contra explosión que fluyó por los flancos desiguales del puerto como una avalancha, acumulando vapor y escombros mientras descendía para estrellarse contra las primeras compañías de auxiliares que desafiaban los cañones menores en la base. Cientos de cuerpos fueron recogidos y arrastrados a través de la nube aplastante de metralla y fuego, cortando una franja a través de los que siguieron.

Fue la explosión más poderosa que Forrix había presenciado, y sin embargo, fue la obertura de la fusión que seguiría.

Cuando se disipó el último resplandor de los escudos vacíos, los cañones volvieron a hablar, esta vez acompañados por el silbido de cincuenta mil cohetes y veinte mil misiles. Esta nueva ola de brutalidad se estrelló contra los escudos laboriosos solo medio minuto después del primero. Púrpura y azul coruscaron en el aire a unos cientos de metros de la piel blindada del puerto espacial. Las explosiones sacudieron su superficie, arrojando trozos de placa y arrojando escombros ardientes por sus laderas montañosas, no por impactos sino por generadores de escudos vacíos que se habían desgarrado bajo la tensión de resistir los gigatones de ira desatados sobre ellos.

Y de nuevo dispararon las grandes armas de los Guerreros de Hierro.

Puerto espacial de Lion’s Gate, aproximación de superficie, Autopista Cuatro,

una hora antes del asalto

Era casi imposible pensar, y mucho menos escuchar, bajo la fuerza del bombardeo. El suelo se sacudía constantemente, mientras la suciedad caía de las vigas del pozo de armas. El soldado Alijah Goldberg se llevó una mano a la oreja para escuchar lo que el sargento Kazhni le gritaba al escuadrón. Estaba de pie en la línea dura de voz desde la fortificación de la sede y había estado asintiendo en silencio durante los últimos sesenta segundos.

“¡Es nuestro momento!” El sargento colgó el receptor de voz e hizo un gesto hacia las dos armas de apoyo montadas en las ranuras de disparo. “No hay tractor, tiraremos de los cañones láser nosotros mismos”.

“¡Esto es ridículo!” Goldberg sacudió la cabeza y señaló el destello intermitente de explosiones de conchas afuera. Él ahuecó sus manos para poder ser escuchado. “¿Quieren que renunciemos a un búnker seguro y agradable y salgamos en esto?”

“Puedes quedarte aquí y esperar medio millón de mutantes, traidores y hombres bestia si quieres”, respondió el sargento.

Goldberg consideró sus opciones y suspiró y se puso de pie.

“¿Tenemos que llevarlos?”, Preguntó el soldado Kawar. “Nos retrasarán y el puerto espacial tiene muchas armas grandes”.

“Los tomamos”, dijo Kazhni con decisión. “No quiero que me disparen mis propias armas mañana”.

El escuadrón se ocupó de preparar los cañones láser para moverse, encerrándolos en los senderos de metal, asegurando las células de energía y separando los pasadores de ruptura para que las ruedas de goma tocaran el piso. Habían comenzado con tres, pero un tercio de su pequeña batería había sido sacada por una pieza de metralla deshonesta a través de la ranura de disparo tres semanas antes, junto con el soldado Sabbagh.

Goldberg y Kosta levantaron los rastros del cañón láser más cercano y lo arrastraron hacia la rampa fuera del pozo de armas. Más cerca de la apertura, el bombardeo fue aún más impactante. Olas de viento le cubrieron la cara con viento caliente y parpadeó contra el fuego y las detonaciones.

"¿A dónde vamos?", Le gritó al sargento.

Kazhni agitó una mano directamente a través de la puerta.

"Solo diríjase al puerto espacial y continúe". El sargento miró a su alrededor mientras el segundo cañón láser avanzaba detrás de él, Kawar y Adon, en la barra de elevación. Sacó una pistola láser, aunque Goldberg no tenía idea de para qué se usaría. '¿Todos listos?'

Todos asintieron y dieron la espalda a la tarea, un tirón lento se convirtió en una caminata constante mientras subían a la cresta de la rampa. Goldberg levantó la vista para ver los cielos bailando con fuego azul y naranja, que se enroscaban sobre la pantalla de los escudos vacíos. A pesar de los campos de energía, los cohetes y proyectiles perdidos cayeron al suelo, creando cráteres en la amplia franja de ferrocreto de la carretera y sus alrededores embarrados, abriendo agujeros sangrientos en la marea de soldados que regresan al santuario del puerto espacial Lion's Gate.

El escuadrón de armas pesadas aceleró al golpear la superficie plana de la carretera, uniéndose a miles más de soldados del Ejército Imperial. Al mismo tiempo, las medias vías y los camiones de plataforma se balanceaban y se balanceaban mientras se abrían paso sobre la tierra con cascos, llevando a los heridos y a aquellos que se consideraban demasiado importantes para caminar. Por encima de un transporte salpicado de barro, Goldberg vio el enorme estandarte del coronel Maigraut, de color escarlata brillante y bordeado con trenzas doradas. Parecía incongruentemente colorido entre los uniformes de barro y gris.

Todos parecían tan cansados como se sentía Goldberg. Algunos caminaban con una mirada medio vacía que había llegado a conocer bien, uniformes grises y verdes salpicados de sangre, la suya o la de otros, y sucios por el largo asedio. Con las caras manchadas de mugre, vendadas, los brazos en

cabestrillos o mostrando otras heridas, se convirtieron en un río de humanidad que fluye a lo largo de la Autopista Cuatro.

Goldberg apenas se estremeció cuando un proyectil detonó unos cientos de metros a su derecha, convirtiendo un vehículo blindado en un naufragio en llamas que cayó por una pendiente lejos de la carretera. Le ardía la espalda por el esfuerzo cuando comenzaron a trotar lentamente, sintiendo que la multitud a su alrededor se movía más rápido.

Nadie contaba exactamente, pero todos sabían que el enemigo estaría en la línea de defensa en minutos, si es que ya no estaba allí. En cualquier momento, el fuego láser y las balas podrían comenzar a perseguirlos por la carretera, mucho más letales que la furia de la artillería que se gasta en los escudos vacíos de arriba.

Un estruendo más profundo y prolongado envió un temblor a lo largo del camino. Algunos soldados gritaron, viviendo sus pesadillas despiertas; otros llamaron advertencias y salieron corriendo, ignorando los gritos de los sargentos y oficiales.

“Eso no es una bomba”, dijo Goldberg, mirando hacia atrás. Los otros se detuvieron con él y se volvieron.

A lo lejos, un par de kilómetros atrás, un muro de fuego se extendió detrás de la línea de retirada, siguiendo el arco de la última línea de defensa. Más detonaciones extendieron las llamas cada vez más, cada trinchera, pozo de armas, búnker y trinchera se convirtió en un infierno.

Adon se echó a reír y palmeó el cañón del cañón láser.

“Estaremos esperando a los sobrevivientes”.

Goldberg escupió en la tierra.

“¡Quema, escoria traidora!”, Gritó. “¡Todos pueden quemarse!”

Puerto espacial de Lion’s Gate, aproximación de superficie,

Carretera cuatro, hora de asalto

Los cadáveres traidores se apilaron tan alto que formaron una muralla sangrienta frente a la pared del escudo de los Puños Imperiales. El enemigo continuó presionando independientemente, luchando sobre sus propios muertos, para ser atrapado por armas pesadas y tiradores mientras alcanzaban la cresta de los cadáveres a unos veinte metros por delante de Rann, recortados contra los fuegos que seguían enfurecidos a lo largo del antiguo Ejército Imperial. puestos.

Una línea de guerreros con armadura amarilla se extendía casi desde un promontorio de la defensa exterior hasta el siguiente, de medio kilómetro de ancho, un sólido banco de armaduras de poder y escudos de abordaje tan inflexibles como una muralla de plástico.

La línea no se movía, un último obstáculo a superar si algún enemigo sobrevive a la tormenta de fuego que rugió sobre sus cabezas de los escuadrones de apoyo y Dreadnoughts, así como los bastiones del puerto espacial.

Aquí y allá, una criatura mutante o un soldado del ejército de caparazón se tambaleó casi imposiblemente a través del cañón, solo para encontrarse con la sólida pared de Puños Imperiales. La partición más pequeña permitió que un bólter disparara con una precisión mortal, quitando la cabeza del traidor o destrozando su cofre con un solo rayo. La línea se cerraría de nuevo, como si nada hubiera pasado.

Rann miró a través de la visera de su escudo en busca de cualquier amenaza, tan alerta dos horas después de la batalla como lo había estado en el momento en que dirigió el contraataque desde el bastión blindado. Hasta el momento, los Guerreros de Hierro continuaron dirigiendo su fuego contra el puerto espacial, ignorando principalmente la fuerza de los Marines Espaciales que se habían concentrado. La artillería de corto alcance que apoyaba el ataque hasta ahora había sido mantenida a raya por la pantalla de defensa extendida. Rann levantó la vista para ver una aurora de oro y verde arriba, ondulando bajo los impactos de cohetes y ráfagas de aire.

Si algún artillero enemigo tiene ganas de invadir la cúpula de los campos, un flanco completo de cañones láser y lanzacohetes múltiples se preparó para saludarlos con fuego de contrabatería. Se han preparado precauciones

similares para el ataque aéreo. Aun así, Rann esperaba escuchar el silbido revelador de un proyectil descendente, listo para abortar el ataque blindado y retirar su fuerza en el instante en que el bombardeo asesino de la Legión IV comenzó a caer sobre sus guerreros.

“Comandante, este es Verdas, en el flanco izquierdo”, crujió su voz, el mensaje de uno de los Dreadnoughts asignado para apoyar el Primer Cuadro de Asalto. ‘Las líneas de fuego se vuelven muy estrechas. Los muertos están bloqueando nuestra vista más allá de treinta metros. Sugiera un avance para establecer una nueva base de fuego “.

La frase fue tan respetuosa que hizo sonreír a Rann, viniendo de un veterano terrano del Capítulo que había servido más tiempo que él.

‘Entendido, Verdas. Te daré más espacio. Rann cambió el canal de voz para contactar a Lion Primus. “Informe de estado sobre ataque blindado”.

‘Bombardeo preliminar en curso. Las puertas se abren ahora, comandante. Estime el contacto con el enemigo en tres minutos “.

“Informe al teniente comandante que adelanto nuestra zona de batalla en cincuenta metros”.

“Zona segura afirmativa, recalculando para ataques aéreos y de artillería, comandante”.

Un ogryn mutante se abrió paso a través de una parte estrecha del montículo de cadáver. Estaba revestido con piezas de armadura angular, un yelmo afilado atado sobre su cabeza deformada. Llevaba en sus manos un trozo de metal rematado con un trozo de ferrocreto: un poste de luz roto desde el tabique de la carretera. Los rayos explotaron en su improvisada placa de guerra, y aquellos que encontraron carne no obstaculizaron su avance en lo más mínimo.

Cinco segundos más y estaría en la línea. El riesgo de incluso una sola violación era inaceptable y Rann respondió al instante.

“Por tres, apunte al frente, fuego convergente”, dijo a sus Huscarls, deslizando un dedo en la protección del gatillo de su bólter. ‘Ronda única. ¡Fuego!’

Cada tercer guerrero gira su escudo hacia la izquierda, permitiendo que el Marine Espacial a su derecha dispare a través del espacio. Cincuenta bólters, incluido Rann, ladraron como uno, envolviendo la monstruosa aberración en una tormenta de detonaciones. Fragmentos de metal y trozos de carne salieron volando del torrente de tornillos, dejando un desorden irregular que cayó al suelo, con el poste de luz cayendo a su lado. Tan rápido como la línea se abrió, se cerró de nuevo, los escudos volvieron a su lugar uno al lado del otro.

Rann no creía en el concepto de “exageración”. Lo que sea necesario para asegurar que el objetivo bajó, lo consideró proporcionado. Incluso cincuenta disparos para una ogryn solitaria.

Comprobó el cronómetro. Noventa segundos hasta que las columnas de armadura golpeen. Eso también podría considerarse más fuerza de la necesaria, pero estaba decidido a enviar un mensaje a los Guerreros de Hierro de que los hijos de Dorn no estaban en esta batalla solo para recibir el castigo.

La IV Legión seguiría los pasos de su horda prescindible y los últimos informes habían detectado que los guerreros de Fulgrim y Angron se movían en apoyo de esta ofensiva. Era casi la hora de retirarse para contrarrestar a los legionarios traidores que se acercaban que venían a la Puerta del León desde el norte y el sur. Rann se obligó a esperar otros treinta segundos, asegurándose de que atrajeran la mayor cantidad de escoria traidora posible para el ataque blindado.

“Cuadro para asistir”, expresó toda su orden, los corazones latían más rápido en anticipación a la acción. ‘Los Huscarls se preparan para serrar y avanzar. Escuadrones de Echelon para dar apoyo de fuego “.

Respiró hondo, conteniéndose solo por otros dos latidos atronadores.

‘Tres dos uno. ¡Serrado!’

Comenzando con los guerreros a ambos lados de Rann, todos los demás Puños Imperiales en la línea del frente levantaron su escudo y avanzaron cinco zancadas. Dos guerreros de las filas traseras siguieron el talón de cada uno, uno disparando a la izquierda, el otro a la derecha, barriendo el suelo ante ellos con una ráfaga de disparos. Tan pronto como la primera dentadura plantó sus escudos, los legionarios de primera línea restantes levantaron los suyos y avanzaron diez pasos, cada uno también unido por dos guerreros de apoyo. Rann avanzó con ellos, midiendo su zancada, y luego hundió su escudo en la inmundicia de barro y sangre que empapaba el suelo.

Una y otra vez, la línea avanzó, empujando con fusiles y escudos contra el enemigo que cargaba, los Huscarls como una sierra cortando el corazón del ataque, mientras que los enemigos que intentaban rodearlos fueron derribados por el fuego de los escuadrones de flanco y apoyando a Dreadnoughts. . Veinte metros a la vez, a través de diez veces su propio número, avanzaron.

‘Los escuadrones de Echelon avanzan, ataque de reloj de arena. Huscarls, enlace por incumplimiento “.

Los escuadrones de flancos se retiraron detrás de las paredes del escudo para permitir que el enemigo fluyera a la izquierda y a la derecha de la línea. Rann juzgó el momento, esperando veinte segundos, luego dio la orden de avance por punta de lanza. Como una cuña a través de la tierra, los Puños Imperiales se abrieron paso hacia adelante, usando sus escudos como una cuchilla de excavadora, girando hacia afuera para atrapar a los enemigos que flanqueaban contra las espuelas de las paredes, pisoteando a los muertos mientras lo hacían. Los escuadrones de apoyo sostuvieron el centro con voleas rápidas y armas pesadas, hasta que la línea se unió de nuevo. Los ojos muertos miraban a Rann desde la cresta de cuerpos llenos de tornillos y huesos rotos.

Rann sintió orgullo por la disciplina de la maniobra. Había sido lo suficientemente simple como para dibujarlo en la pantalla táctica, pero la precisión de sus lugartenientes y sargentos era algo hermoso para él. Deseó que Lord Dorn hubiera estado presente para apreciarlo.

Con la línea completa avanzando todo lo que pudo, los Huscarls sujetaron sus bólter y tomaron sus armas de combate cuerpo a cuerpo, en su mayoría espadas de cadena, algunas con hachas como Rann. Como lo habían hecho con la maniobra de dentado, alternaban cortando a los muertos y viviendo igual, mientras sus compañeros avanzaban con sus escudos, presionando los montículos de carne hecha jirones. Rann lanzó un respingo, inclinando ligeramente el escudo para poder cortar las extremidades y los cuerpos como si cortara las ramas de los árboles a través de un sendero en la jungla. Trozos de cadáveres fueron pisoteados en el lodo mientras avanzaba.

Empujar, pisar, hackear. Empujar, pisar, hackear. Empujar, pisar, hackear.

Los muertos se apilaron más de lo que se había dado cuenta, casi quince metros de carne para cortar antes de que sus guerreros se despejaran, formándose una vez más en el otro lado del montículo de charnel. Aún así, el enemigo no se rindió, atacando a los Puños Imperiales con gritos roncos y gritando invocaciones a sus amos oscuros. Las ráfagas de fuego bólter redujeron decenas de traidores a la vez. Los Huscarls golpearon con escudo y cortaron con cuchilla, desmembrando y decapitando a cualquier enemigo que llegara a la línea.

A través del smog y el gas, más allá de la agitada masa de enemigos, Rann vio el amarillo hundiéndose en la horda a medio kilómetro por delante de izquierda a derecha. Cuando las columnas blindadas rodearon las espuelas de defensa, como naves antiguas de la línea que rodeaban las cabeceras en un puerto, destellos de fuego láser y destellos iluminaron la nube enfermiza, el destello de los rayos láser múltiples destellando como luces rojas de navegación.

Atrapada entre los tanques y el muro de escudos, la horda de traidores finalmente disminuyó la velocidad, sin saber si presionar contra la infantería o girar para abrumar a esta nueva amenaza con sus números. Las columnas blindadas se unían en la carretera y giraban hacia adentro juntas, espaciadas para que pudieran dispararse una a la otra, dirigiéndose hacia la pared del escudo, con armas disparando sin parar a ambos lados, torretas arrojando explosiones de cañón láser y disparos de cañón automático. El fusilado cortó líneas a través del enemigo desarmado, sus muertos cayeron en olas como las ondas de piedras arrojadas a un estanque.

“¡Huscarls, formación de la puerta!”, Gritó Rann cuando los vehículos principales estaban a solo cien metros de distancia, acercándose rápidamente. Como una puerta doble que se abre, la línea del escudo se divide, Rann en el extremo derecho de una “puerta”, el sargento Ortor asegurando la otra. Marcharon hacia afuera, de modo que la línea se movió pero aún se enfrentaba directamente al enemigo. Rann pudo ver a los mutantes y traidores aplastados contra las hojas dozer bajadas o lanzados por púas de asalto cuando la columna apareció sin disminuir la velocidad, atravesando la horda como un puño blindado.

Cruzaron la línea, las armas se callaron en el último momento, tanque tras tanque avanzando a través del espacio entre las dos puertas de la pared del escudo. Se separaron nuevamente, pelando a la izquierda y a la derecha para formar una línea de apoyo detrás de las compañías de infantería, tomando posiciones al lado de los Dreadnoughts.

Apenas quedaban unos pocos cientos de enemigos por atacar, muchos de ellos corriendo de una forma u otra en una aterrorizada confusión, algunos acurrucados entre sus muertos para esconderse de la ira de los Puños Imperiales.

“¿Permiso para buscar y destruir, comandante?”, Fue la llamada del teniente Leucid, al frente de la reserva rápida.

‘Concedido. Solo diez minutos, luego retírese al puerto “.

‘Entendido.’

‘Primer asalto, retirarse por escuadrones. Armadura para proporcionar fuego de cobertura y luego retirarse por escuadrón “.

El último de los vehículos pasó a través de la línea, un tanque de asalto espartano que giró para detenerse a pocos metros detrás de Rann, con armas que iban y venían sobre su cabeza. El señor senescal se acercó a él y apoyó su escudo contra el costado. Usando el sponson para asideros, para gran diversión audible del artillero, se subió al techo. El comandante del tanque estaba de pie en una de las escotillas delanteras, con las empuñaduras de un

bólter montado en un perno en sus manos. Deslizó el arma a un lado y se levantó para unirse a Rann, el puño chocó contra su pecho en saludo.

‘Bienvenido a bordo, comandante. Esa es una gran vista, ¿no es así?

El zumbido de los motores antigravedad y el chillido de los aviones propulsores llenaron el aire cuando seis escuadrones de Land Speeders barrieron por encima, a pocos metros de la línea defensiva. Rann sonrió mientras los veía pasar, un puño levantado para saludarlos a la victoria.

“¡Buena caza!”, Gritó sobre el vox.

El parloteo de bólters pesados y el silbido de los misiles se desvaneció con la distancia mientras la reserva rápida de Leucid perseguía objetivos de oportunidad. Rann volvió a mirar hacia el puerto espacial Lion’s Gate y luego a lo largo de la carretera. Filtros multiespectrales parpadearon a través de su vista, captando el calor corporal de los muertos que se enfriaban. Era como si el suelo estuviera alfombrado con ondulaciones de color naranja oscuro y rojo oscuro, hasta donde sus sentidos aumentados pudieran penetrar en los bancos de smog.

Con los Niños del Emperador y los Comedores del Mundo entrantes, fue solo el comienzo. Sin embargo, pensó, trescientos mil enemigos muertos en dos horas no era un mal trabajo de la mañana.

Macizo de Arabia, noventa y siete días antes del asalto

Hasta donde se podía ver, el tren se movía a una velocidad conservadora de diez kilómetros por hora, lo que no sorprendió a nadie dado su inmenso tamaño y peso, incluso con dos reactores de plasma que impulsaban sus motores. Su propósito era transmitir grandes volúmenes de personas, pero ciertamente no lo hacía tan rápido.

La rutina había sido la piedra angular de la vida en la línea de la fábrica y rápidamente se convirtió en la piedra angular de la existencia de Zenobi como miembro del cuerpo de defensa. Cada día fue cuidadosamente programado y regulado, las tareas asignadas se movían a través de los pelotones de la compañía como lo dictaba la lista y el castigo ocasional.

Perforaron con sus armas (se quitaron los paquetes de energía) y convirtieron colchones de repuesto en muñecos para practicar bayoneta. La comida era prácticamente indistinguible día a día, pero dado que todos habían vivido en las espuelas de la colmena durante toda su vida, ese tedio culinario no fue un comentario.

Los oficiales de integridad eran una presencia constante y discreta. Como se advirtió, comenzaron a realizar entrevistas desde el primer día. Se llamaron los nombres y los soldados fueron escoltados hasta la cubierta superior. Regresaron en cuestión de minutos o después de más de una hora; nunca parecía haber ausencia entre estos dos extremos. No querían discutir lo que habían visto, pero la persistencia extrajo algunos detalles de los labios vacilantes, aunque había poco que contar, ya que todos habían sido llevados por la escalera central y por un estrecho pasaje a una sala de entrevistas desnuda. Habían vislumbrado los rondels de artillería y otras puertas, que suponían que eran los cuartos de la tripulación, pero poco más.

Algunos de los que habían sido convocados habían espiado un poco de los alrededores del tren a través de las puertas de la torreta abierta y las ranuras de disparo más allá. Aun así, no había nada en sus informes que emocionara, porque todos regresaron con descripciones de cielo gris interminable y, si vieron el suelo, una extensión ondulante de lecho marino seco.

De lo que ocurrió dentro de la cámara de entrevistas se dijo aún menos, aparte de eso, no había nada de qué preocuparse si todos decían la verdad. Zenobi esperaba ser entrevistada temprano, siendo parte del escuadrón de comando del pelotón y el abanderado de la compañía, pero pasaron días sin que se llamara su nombre. Había comenzado a tomar nota de quién había hecho un esfuerzo por predecir cuándo sería su turno, pero después de tres días se vio obligada a concluir que o no tenía idea de cuáles eran los criterios para el orden de selección, o los soldados eran ser llevado arriba al azar.

Aproximadamente una semana después de abandonar Djibou, el capitán y los tenientes desaparecieron poco después de la inspección del mediodía, ascendiendo en masa al mundo misterioso de la cubierta superior. Como muchos otros, Zenobi quería seguir, para tratar de echar un vistazo a las

delicias y los secretos que se encuentran arriba. Sin embargo, los ejecutores dinásticos estaban en número, visibles en la parte superior de cada escalera.

No era solo la compañía de Zenobi. Los oficiales de las cubiertas inferiores pasaron hasta que quedó claro que todo el carruaje había sido vaciado de todos los rangos superiores al sargento.

“Escuché que habrá grandes noticias, sí”, dijo Seleen. ‘A todos se les informará al mismo tiempo. Sin rumores, solo una verdad “.

“¿No hay rumores?”, Se rió Menber. ‘Entonces que estas diciendo? ¡Eso es un rumor! “

“Sabes a lo que me refiero, fala”, dijo Seleen sacudiendo la cabeza.

“Tiene que ser Horus”, dijo Kettai.

“Mantenlo abajo”, dijo Menber, mirando hacia la escalera más cercana a la cubierta superior.

“¿Qué?” El soldado se encogió de hombros. “Decir su nombre es un crimen ahora, ¿verdad?”

“Podría ser”, gruñó Menber.

“No, he estado con los oficiales de integridad”, dijo Seleen. ‘Nuestro pelotón es bueno. Todos somos fieles a la causa y ellos lo saben. Voluntarios, si? Estábamos haciendo el reclutamiento “.

“No me importa si recibiste una carta firmada por los propios jefes dinásticos”, dijo Menber. “No creo que esos oficiales de integridad necesiten mucho para ofenderse”.

“Incluso si las noticias son sobre Horus, podrían no ser malas noticias”, dijo Zenobi.

“Podría ser cualquier cosa”, acordó Menber. “Pero no creo que todos estarían tan callados si hubieran escuchado que Horus estaba muerto”.

“Cierto, muy cierto”, dijo Seleen. ‘¿Mi apuesta? Las naves de Horus están aquí, en el sistema.

“No apostaría en contra de eso”, dijo Kettai. “Si las historias son correctas, que hubo una guerra nula en los últimos meses, probando las defensas, el ataque principal tenía que venir …”

Se desvaneció cuando escucharon pasos arriba, muchos de ellos. Vieron a los oficiales bajando de nuevo. Menos de lo que subió.

“¿Dónde están los otros?”, Preguntó Zenobi, cuando el último de los oficiales de la cubierta más baja se había ido; los que ahora bajaban llevaban las insignias de la Compañía Beta, acuarteladas en la cubierta directamente debajo. “Veinte subieron, solo quince bajaron”.

“¿Deberes especiales?”, Sugirió Menber, aunque ni siquiera él parecía convencido por su respuesta.

Los oficiales que regresaban tenían los labios apretados, mirándose el uno al otro con expresiones puntiagudas cuyo significado se perdió en los soldados vigilantes.

“¿Se ven preocupados?”, Dijo Kettai.

“No parecen preocupados”, dijo Zenobi. ‘No tienen miedo de sí mismos, preocupados. Más como culpable. YO-‘

Se detuvo cuando el capitán Egwu descendió los peldaños de la escalera en el centro del carruaje. Okoye lo siguió, al igual que la mayoría de los demás de la compañía.

“¿Tres?”, Susurró Seleen. ‘¿Quién falta?’

“Gbadamosi, Adeoyo, Onobanjo”, dijo Kettai rápidamente. “Todos los lugartenientes”.

“¡Adeoyo era un comandante de pelotón!”, Dijo Zenobi. ‘¿Qué significa eso?’

“Estamos a punto de averiguarlo”, dijo Menber, dirigiendo su atención a los oficiales recién regresados.

El Capitán Egwu se paró en el medio de la cubierta mientras la mayoría de los lugartenientes regresaron a sus respectivos pelotones y escuadrones. Okoye se detuvo a poca distancia, con los ojos moviéndose de un subordinado al siguiente, agitado.

“Ojos y oídos en el capitán”, dijo en voz baja, girando sobre sus talones para enfrentar al comandante de su compañía.

Egwu estaba de pie con las manos detrás de la espalda, dando vueltas lentamente para mirar toda la cubierta. Seguía mirando la escalera hacia la cubierta superior y la escotilla a la que ascendía. Era imposible no sentirse atraído por el objeto de su atención, por lo que Zenobi se encontró mirando los peldaños de hierro con creciente inquietud, transmitida por el capitán, aunque Egwu no dijo nada y mantuvo la expresión reveladora en su rostro.

Una sucesión de informes agudos seguidos de fuertes golpes en la cubierta de arriba hizo que Zenobi se estremeciera, no solo entre los soldados reunidos. A su alrededor, los soldados miraban hacia arriba, murmullos de inquietud que rodeaban la habitación.

No se podía confundir el ruido, incluso amortiguado por la cubierta: disparos.

La primera reacción de Zenobi fue volverse con los ojos abiertos y buscar a Menber. Él la miró, sacudió la cabeza un poco y volvió la mirada a la escalera. Los pies pateados aparecieron unos segundos después, y pronto se reveló que eran los de un ejecutor de integridad. Una veintena de ellos descendió, seguido de Jawaahir y su cohorte de oficiales. Seis asignados a la compañía permanecieron y el resto descendió con escolta ejecutiva a las cubiertas de abajo.

El alto oficial de integridad asintió con la cabeza a Egwu, quien se aclaró la garganta antes de dirigirse a la compañía.

‘Las fuerzas del Señor de la Guerra Horus han llegado al Sistema Solar. Las flotas navales y de la Legión participan en una guerra nula contra estas flotillas en las puertas cerca de Plutón y Neptuno “. La capitana se paseó mientras ella continuaba. ‘No tenemos más información sobre el estado actual de esa batalla y no planeamos proporcionar un comentario continuo. Trataremos de mantenerlo informado sobre cualquier desarrollo estratégico importante, pero la suposición a partir de este momento es que Horus, tarde o temprano, alcanzará la órbita sobre Terra y comenzará la invasión “.

Ya sea que fue la disciplina o la conmoción lo que contuvo la lengua, los soldados del cuerpo de defensa recibieron esta noticia en estoico silencio. Aunque Zenobi había estado de acuerdo con la predicción de Seleen y esperaba que se anunciara algo como esto, escuchar las palabras reales aceleró su corazón. Durante gran parte de su vida había estado preparada para las próximas batallas, y pensar que eran semanas, posiblemente incluso días de combate, fue emocionante y aterrador.

Principalmente aterrador, cuanto más lo consideraba, pero estaba templado por el nudo del deber que sentía duro en sus entrañas. Ella no era guerrera. Ni un legionario ni un soldado del ejército imperial. Pero cuando los reclutadores vinieron y hablaron con ella y el resto de su familia, todos estuvieron de acuerdo. Para Addaba, para las generaciones futuras, tuvieron que luchar y dar sus vidas si era necesario.

Recordaba no haber entendido del todo lo que estaba sucediendo, sino sentir el agarre de su madre sobre su hombro, tranquilizadora y orgullosa. Y todos los días desde entonces, ya sea en la línea o con la compañía, había dirigido sus pensamientos al momento en que la promesa se haría realidad.

La trajo de vuelta al presente la voz alzada de Jawaahir.

“Las fuerzas del Señor de la Guerra se están acercando a Terra”. Sus palabras fueron tranquilas y seguras, sin tener un tono amenazante como lo habían hecho en su primera presentación. Ella podría haberles dicho con la misma facilidad que la rotación de la letrina había cambiado. ‘No se tolerará nada más que la máxima dedicación a la tarea por delante. Hemos completado nuestra inspección de sus oficiales a la luz de esta noticia. Los que no cumplieron con nuestras expectativas han sido ejecutados “.

Nuevamente, hubo poca reacción de los soldados de Addaba. Los ruidos que habían escuchado habían dejado pocas dudas sobre el destino de los oficiales desaparecidos. Hubo, sin embargo, voces de consternación que se alzaron desde las cubiertas inferiores. Zenobi se dio cuenta de que no podían haber sido advertidos y estaban escuchando esta noticia primero de la boca de sus oficiales de integridad.

“Tal acción puede parecer dura, y en tiempos de paz estarías en lo correcto”, continuó Jawaahir. Giró su mirada mientras hablaba, dirigiéndose a todos, sus ojos parecían caer sobre todos los presentes por un segundo cada uno. No lo suficiente como para registrar una reacción, pero una sensación de escrutinio constante de todos modos. ‘La decisión no se tomó a la ligera ni arbitrariamente. No te aflijas por ellos. Si los hubieran dejado en sus puestos, su falta de compromiso habría erosionado los suyos y habría puesto en peligro la integridad y el coraje de esta fuerza de combate.

‘Así como no permitiremos que ninguno de ustedes se desvíe del curso que debe seguirse, también mantenemos aquellos que los llevan a los más altos estándares. La vacilación frente al enemigo costará vidas. Las dudas de que sirvamos a una causa mayor que nosotros socavaremos la disciplina “.

Su expresión se suavizó, volviéndose casi matriarcal mientras giraba lentamente una vez más.

‘No deseamos aterrorizarte para que obedezcas. Es natural que considere las decisiones que ha tomado y se pregunte si ha hecho lo correcto. Tales fallas son comprensibles, pero no tienen lugar en la batalla. Debes actuar sin pensar, sin cuestionar, sin arrepentimiento. Hacer lo contrario es arriesgar la victoria hacia la cual todos nos esforzamos, por la cual todos debemos estar preparados para dar nuestras vidas “.

Siguió el silencio, roto solo por el ruido de fondo de las ruedas sobre rieles y el zumbido de los cables de energía. Zenobi sintió que se balanceaba, al principio pensando que era el movimiento del carruaje, pero cada vez más a medida que una sensación de irrealidad descendía sobre ella. Le recordó el momento en que le habían contado sobre el Señor de la Guerra y lo que había sucedido durante la Gran Cruzada, de haber sido sometida a ideas mucho más grandes que ella que era casi abrumador pensar en ellas.

Una mano sobre su codo la estabilizó.

“Respira, primo”, le dijo Menber con una mirada preocupada. ‘Respirar…’

“Trabajaré con los oficiales de integridad para seleccionar reemplazos adecuados para esos …” Egwu hizo una pausa, miró a Jawaahir y luego continuó. ‘Los espacios en la estructura de comando se llenarán de los rangos. Al igual que en la línea de fábrica. Eso es todo.’

Zenobi se hundió, dándose cuenta de que se había mantenido tan tensa como un cable durante varios minutos. El balbuceo que estalló en la cubierta fue inmediato, dividido entre los dos temas de conversación: la inminente llegada de Horus y las ejecuciones.

Antes de que pudiera decir algo, Zenobi sintió que le tocaban el hombro y se volvió para encontrar al sargento Alekzanda mirándola. Dio un paso atrás e inclinó la cabeza hacia los oficiales de integridad. Zenobi miró más allá de él, su mirada se encontró con la mirada de Jawaahir.

“Hora de la entrevista, Zenobi”, dijo Alekzanda. “Eres el siguiente”.

Carga del berzerker

Lealtad examinada

La sala de telaethesic

Puerto espacial Lion’s Gate, aproximación de superficie, autopista dos, hora de asalto

El aluvión de los Guerreros de Hierro iluminó la cima de la Puerta del León como una vela. Las llamas rojas se arrastraban por sus unidades de hab y muelles, largos mechones de escarlata que bailaban con una vida extraña. En el sureste, al otro lado de la montaña artificial, las llamas púrpuras se recortaban en los altos astilleros y los muelles de embarque de un kilómetro de largo, el faro gemelo de Fulgrim y los Hijos de su Emperador.

‘Eso es … hnnh. ¡Esa es la señal! “Ladró Khârn, golpeando su puño contra el techo del Land Raider para alertar al conductor. A su alrededor, otros respondían de manera similar, gritando y gritando a Khorne que bajaban por la carretera junto con el repentino gruñido de los motores que cobran vida.

Se había necesitado toda la fuerza de voluntad de Khârn para quedarse con sus hermanos, luchando contra el impulso de atacar de frente al enemigo. Hacer eso hubiera significado arrojarse a los dientes de la defensa sin ningún apoyo de la Legión de Perturabo.

Levantó a Gorechild en su otra mano cuando los motores de quinientos transportes y tanques crecieron con un rugido, sus huellas gruñeron sobre ferrocreto deshuesado: rinocerontes, Land Raiders y transportes espartanos flanqueados por un escalón de depredadores y vindicadores. Este elemento de apoyo disminuyó mucho, ya que muchos de los hermanos de Khârn fueron incapaces de controlarse lo suficiente como para dirigir o guiar un arma pesada. Los esclavos fueron encadenados a sus posiciones, o se instalaron servidores para tomar el lugar de los verdaderos vivos. Liberados de otras preocupaciones, los legionarios podrían irrumpir y matar sin distracción una vez que alcanzaran su objetivo.

Khârn fue arrojado hacia atrás en la cúpula cuando el conductor embistió el transporte de asalto hacia adelante, el Land Raider se inclinó y se balanceó a medida que aumentaba la velocidad, tronando a través del suelo lleno de miles de explosiones de proyectiles. A su alrededor, otros competían por

tomar la iniciativa, sus gritos instaban a crujir a través de la voz, mezclados con las almas de las almas que enviarían al reino de Khorne ese día.

El rugido y el humo de la columna de asalto rodearon a Khârn, un alboroto que comenzó a que sus corazones golpearan su propia percusión, el implante en su cráneo agregó un pulso insistente y rápido a la sinfonía.

Pero fue por dentro que la música creció. Sintió que el Dios de Sangre lo alcanzaba, encendiendo un fuego en sus entrañas para encender una ira que ningún caparazón mortal podría contener. Aceleró a Gorechild, deleitándose con el brillo de la llama de la señal en el zumbido de los dientes de dragón de mica que servían como su espada. Soltó un rugido que se convirtió en un aullido, y luego, desde el fondo, dio voz a las demandas de Khorne, golpeando su puño sobre la armadura al ritmo de su canto.

‘¡Matar! ¡Mutilar! ¡Quemar!’

Macizo árabe,

noventa y siete días antes del asalto

La emoción de que finalmente se le permitiera pisar la cubierta superior sagrada momentáneamente sofocó la enfermedad que se agitaba en las entrañas de Zenobi. Contuvo el aliento mientras su línea de ojos despejaba la escotilla y le concedieron su primer vistazo al dominio de los oficiales.

Fue decepcionante. Los mamparos de metal desnudo crearon un pequeño espacio cuadrado directamente alrededor de la escalera. Un banco estaba atornillado a la pared, y aunque actualmente estaba desocupado, el rasguño frente a él era evidencia de los centinelas que lo habían estado usando. A su lado, unos pasos conducían a una escotilla blindada con una pequeña ventana redonda, aunque todo lo que podía ver más allá era un cielo cubierto de nubes oscuras iluminadas por el sol de la mañana.

A la izquierda y a la derecha se extendían estrechos pasillos alineados con más puertas, que conducían a otra escalera que aterrizaba a unos diez metros de distancia, y así sucesivamente a lo largo del carro.

Se dio la vuelta, lejos del banco, para encontrar otro corredor, más ancho que los demás, que corría a lo ancho del tren. Aquí había peldaños de escalera cortados en la pared, que conducían a las entradas del techo, blindados como las otras torretas. A pocos metros de distancia, un ejecutor dinástico esperaba, maul sostenía la parte delantera de sus muslos con ambas manos, los pies separados a la altura de los hombros en pose de regulación.

"De esta manera", le dijo a Zenobi, dando un paso a un lado y señalando una puerta abierta a unos metros más allá del pasillo.

El sonido de pasos en los peldaños detrás de ella llevó a Zenobi a moverse, consciente de que Jawaahir la estaba siguiendo. Pasó apresuradamente al ejecutor y entró en la sala de espera. Adentro había más metal, y al principio lo tomó como una celda. Había agujeros en las paredes donde se habían atornillado los soportes del estante, revelando el propósito original de la cámara como almacén. En lugar de las cajas y sacos que había contenido, ahora albergaba una pequeña mesa de metal y dos sillas colocadas una frente a la otra.

Había una pancarta triangular colgada en la pared: tela real de un poste de madera real. El diseño incorporó los seis símbolos de los jefes dinásticos, oro contra un fondo rojo, todo adornado con hilo púrpura enrollado.

"Uno de los viejos estándares, de Unificación". Zenobi se volvió para encontrar a Jawaahir en la puerta. El alto oficial de integridad miró la silla de espaldas a ellos y Zenobi se movió a su lado de inmediato. "Un recordatorio de que Hive Addaba tiene una historia con el Emperador que se remonta a generaciones".

Zenobi abrió la boca para responder pero fue silenciada por una mano levantada. Jawaahir entró en la celda de la entrevista y cerró la puerta detrás de ella. Puso una mano sobre el hombro de Zenobi mientras pasaba, empujándola firmemente contra la silla de metal, antes de tomar el asiento opuesto. Juntó los dedos sobre la mesa y Zenobi notó el escarlata brillante de sus uñas, implantes que supuso, no pintados. Al igual que los tatuajes, fueron modificaciones permanentes para declarar su posición y lealtad.

‘Eres Zenobi Adedeji, trabajador de línea y ahora soldado. El Capitán Egwu responde por usted e incluso le ha confiado la pancarta de la compañía. Eso es bastante notable, una responsabilidad seria para un joven de diecisiete años “.

Zenobi mantuvo la calma y su silencio. No se había formulado ninguna pregunta y no parecía prudente ofrecer información voluntaria.

“Creo que tiene razón”. Jawaahir se echó hacia atrás y sus manos se movieron a su regazo. “Estoy seguro de que sabes todo sobre la historia del Adedeji”.

Share Comparto el nombre de una dinastía rubí. Su sangre está en mí, incluso si mi familia ha bajado de estatus en las últimas décadas “.

‘Antigua dinastía rubí. Avergonzado por el Emperador, por resistir la Unificación “.

Zenobi luchó contra la tentación de defender el honor de sus antepasados. Muchas disputas, y algunas peleas directas, habían demostrado que, independientemente de los hechos, la historia aceptada de los Adedeji era que habían traicionado al Emperador.

Ade Los Adedeji ya no están entre los Seis Dotados. Soy un trabajador de línea, no sé mucho sobre la política de las colmenas o lo que les sucedió a mis parientes lejanos “.

“Y eres leal a Addaba”.

Zenobi asintió con la cabeza. No parecía haber nada más que añadir a la afirmación. El fantasma de una sonrisa pasó por los labios de Jawaahir.

‘¿Te asusto?’

La verdad, recordó Zenobi. Todos los que habían salido de las entrevistas tenían un solo mensaje que transmitir: solo decir la verdad.

“Te encuentro a ti y a tus oficiales intimidantes”, dijo. ‘Sé que mi lealtad a la causa es tan fuerte como los cimientos de Addaba. Aun así, me preocupa

que no veas eso “.

Jawaahir frunció los labios, los ojos nunca se apartaron de los de Zenobi. El soldado se encontró con su mirada todo el tiempo que pudo, por orgullo más que por desafío, pero finalmente su mirada se posó en sus manos. Estaba apretando el borde de la mesa con fuerza y no se había dado cuenta.

“No has dicho una sola palabra para convencerme de tu dedicación”, dijo Jawaahir. “Estás muy tranquilo”.

Esta vez, Zenobi no pudo contener el impulso de hablar.

‘No tengo nada que temer, si lo que dices es verdad. Soy leal. Hice los juramentos. Supervisar: el mismo capitán Egwu me reclutó a mí y a mi familia. Si no confiara en ti, todavía confiaría en ella. Y desde que regresó después de … Dado que todavía es comandante de la compañía, supongo que también debes confiar en ella “.

“¿Encuentras esa lógica tranquilizadora?” Los ojos de Jawaahir todavía se clavaron en Zenobi. No estaba segura de si el alto oficial de integridad había parpadeado. “¿Es así como ves el mundo, un lugar de razones y reglas?”

“Vivía en la línea de la fábrica, bana-madam”, dijo Zenobi. ‘Todo funciona de cierta manera o no funciona en absoluto. La gente muere si sale mal “.

Jawaahir sonrió de nuevo, aunque ahora la expresión era seca, carente de humor.

“No quise ofenderte”, agregó Zenobi rápidamente.

‘Las personas también mueren en la batalla, si las personas no siguen el sistema. Usted es un seguidor, ¿no es así, soldado Adedeji? “

“Voy a obedecer las órdenes de mis oficiales, bana-madam”, le aseguró Zenobi a su interrogador. “Nunca traería desgracia al nombre de Adedeji”.

‘No, estoy seguro de que no lo harías. Que hayas retenido el nombre, cuando la mayoría de tus parientes lejanos lo tiraron como un viejo imbécil,

me dice que significa mucho para ti “.

Zenobi tuvo que cerrar los dientes para detener las palabras que querían salir de ella. Durante más de una semana se había endurecido ante la idea de ser gritada, acusada, insultada y amenazada, pero no había esperado esta línea de conversación molesta y hostil. Era como la mirada silenciosa de su abuela cuando habían sido reunidos cuando eran jóvenes para descubrir a los autores de algún delito menor. Los culpables siempre fueron los primeros en saltar en defensa propia. No fue hasta los catorce años que Zenobi se dio cuenta de esto. Desafortunadamente, demasiado tarde para usarlo, su abuela había sido trasladada a las forjas finales dos años antes.

“¿En qué estás pensando?” Jawaahir se sentó hacia adelante nuevamente, con las manos juntas sobre la mesa. ‘¡Respóndeme ahora!’

“Abay Su-su”, respondió Zenobi sin pensar. Ella se sonrojó, avergonzada por el apodo infantil. ‘La madre de mi padre. Ella era la encargada de la ley en la familia cuando yo era pequeña “.

‘Soy mayor que tu abuela, Zenobi. ¿Puedes creerlo?’

‘No, bana-madam. Tú … Tu piel, tu cabello … Tal vez, para los mejores. No hay smog de trabajo en tus pulmones, no forjes calor en tu piel. Zenobi frunció el ceño y miró a los tatuajes y las uñas. ‘Tal vez los jefes dinásticos te den un estímulo, ¿verdad? Escuché que los que hieren más pueden vivir setenta, ochenta años o más “.

‘Eso está bien, y también está mal. Tengo poco más de noventa años. Viviré unos años más pero no puedo recibir otro tratamiento. Este viaje, esta batalla a la que viajamos, será mi último esfuerzo para los jefes dinásticos. No hay fuegos para mí, espero. Ni tú, Zenobi. ¿Cómo te hace sentir eso, saber que tu cuerpo probablemente terminará en una pila, pudriéndose bajo el sol en un lugar del que nunca has oído hablar?

‘Estaré muerto, no me importará de ninguna manera. Lo que importa es cómo muero “.

“¿Y cómo será eso?”

“Luchando por la libertad y la vida de mis compañeras, bana-madam”. Zenobi se levantó, sintiendo una ola de afirmación que la obligó a ponerse de pie. Sus rodillas temblaron ligeramente, pero mantuvo su lugar y una mirada con el alto oficial de integridad. ‘Si mis palabras no te convencen, entonces espero vivir lo suficiente como lo hacen mis acciones. Si dudas de mí, entonces saca tu arma y dispara como esos oficiales “.

“¿En serio?” Jawaahir se puso de pie y volteó la parte superior de su funda. Sacó una pistola automática de cañón largo, con la cresta de la dinastía Ellada grabada en una placa a su lado. El hocico giró hacia Zenobi, el pequeño agujero negro se tragó toda su atención. “¿Es así como morirías por Addaba?”

Zenobi trató de hablar, intimidada por el hocico, lamentando su imprudencia y el toque de orgullo que la había llevado a atreverse a la ira de esta mujer. Había sido un acto tonto y egoísta. Insolente.

Ella cerró los ojos e inclinó la cabeza, aceptando su castigo.

‘Si he hecho mal, castígueme, bana-madam. Pero hágase una pregunta primero. Zenobi se enderezó y volvió a mirar al oficial a los ojos. “¿Prefieres no tener una bala más para tus verdaderos enemigos?”

Puerto espacial de Lion’s Gate, aproximación de superficie,

Highway Two, hora de asalto

Antes del asalto, miles de bestias esclavas y los siervos de los Guerreros de Hierro continuaron arrojándose a la línea defensiva que había sido dibujada a través de la carretera que conducía a la puerta suroriental del puerto espacial. Las torres de armas y las cajas de pastillas arrojaron fuego a la masa innumerable, impidieron que atacaran los transportes entrantes por líneas de fuego bloqueadas y el miedo a ser invadidos por el enemigo mucho más cercano. Los capitanes armados más arriba en los flancos del puerto de la Puerta del León no tenían tales preocupaciones y no pasó mucho tiempo antes de que los proyectiles comenzaran a caer entre el borrón de los transportes rojos tallando surcos en la ceniza, el polvo y el humo que cubrían las Llanuras Katabatic.

Los tanques que lideran la carga abrieron fuego, su precisión disminuyó severamente por la velocidad de avance y la inexperiencia de sus tripulaciones. Aun así, un cúmulo de proyectiles de cañón de asedio, explosiones láser y plasma atravesaron el remolino de smog y escombros, dispararon contra los campos de poder locales y se estrellaron contra las paredes de ferrocreto.

El escalón de apoyo se hizo a un lado, las armas aún disparaban, permitiendo que los transportes pasaran corriendo, sus propias armas ardiendo y rugiendo.

“¡En el corazón de la batalla!”, Gruñó Khârn. “¡Conduce tus cuchillas por sus gargantas!”

El camino estaba lleno de cadáveres de ataques anteriores, aplastado bajo las huellas del Land Raider, enviando salpicaduras de sangre por sus flancos azules y blancos. El sentido del olfato mejorado de Khârn estaba inundado con los olores de la muerte y la batalla. Sus ojos giraron hacia atrás en su cabeza mientras tomaba una profunda corriente, intoxicado por el pensamiento de un inminente derramamiento de sangre.

El Land Raider redujo la velocidad y Khârn se obligó a concentrarse. Delante, una multitud de soldados y esclavos de la Legión presionaron a lo largo de la carretera, bloqueando el camino.

“Conduzca”, gritó a través de la escotilla. ‘¡Atravesar!’

El conductor se echó a reír y aceleró nuevamente, llevando al Land Raider a la velocidad máxima de combate. Algunos de esos desafortunados en la parte de atrás de la multitud escucharon el acercamiento de los motores por encima del estruendo del bombardeo y giraron a tiempo para huir. Otros no lo hicieron y fueron golpeados a un lado, o aplastados bajo las vías, o clavados en las cuchillas afiladas que habían sido fijadas al frente del tanque.

Sus gritos pasaron por alto los oídos de Khârn y estallaron en su cerebro como rayos de electricidad, haciéndolo aullar de nuevo. La baba cayó de los

dientes descubiertos dentro de su yelmo mientras los impulsos de caza de animales abrumaban cualquier sentido humano superior.

Como una espada que separa la carne, la columna de asalto tallada a través de la presión de los guerreros menores, cubriendo la carretera con una mancha de órganos y huesos pulverizados. El rociado de las pistas cubrió los siguientes vehículos en sangre. Los guerreros dentro lucharon entre sí para empujarse a las escotillas abiertas para que pudieran ser ungidos con sangre por su nuevo dios, la armadura ya estaba manchada de carmesí y obtenía nuevas manchas de fluido vital.

Varios vehículos se hicieron a un lado, cayendo a un lado mientras su tren de rodaje se obstruía con vísceras. Sus pasajeros salieron de las rampas de asalto y atravesaron las escotillas del techo, saltando a la carretera para continuar el asalto a pie.

Como si se abriera una cortina, la multitud de siervos y soldados se separó y Khârn escuchó un gran estruendo por encima de la columna voladora y los grandes cañones de los Guerreros de Hierro. Las detonaciones florecieron entre la ola de plomo, los proyectiles incendiarios y las ráfagas de aire golpearon a cientos de soldados mortales y mutantes presionados en la brecha. Más allá de ellos se alzaban imponentes vehículos blindados vestidos con el amarillo ocre de la Legión de Dorn. Mighty Leviathans y Capitol Imperialis, tres de cada uno, emergieron de la vasta puerta de entrada, las armas arrojaron una alfombra de fuego que destrozó compañías enteras en pedazos sangrientos en segundos. Con ellos vinieron otros vehículos súper pesados: Baneblades, Shadowswords y otras variantes en colores del Ejército Imperial, y VII Legion Malcador, tanques pesados con cañones de plasma y desintegradores láser de disparo rápido.

La primera ola se desaceleró, sacudida por este repentino muro de poder blindado y los rayos de energía mortal que salían de sus baterías. Algunos de los regimientos de la horda más rezagados se dieron la vuelta para huir del contraataque, solo para encontrarse en el camino de los apresurados elegidos de Khorne. Las armas rugieron por su cobardía, cortándolos incluso cuando cayeron debajo de los vehículos blindados.

Incluso a través de la locura espumosa de sus uñas de carnicero y el espíritu de Khorne corriendo por su cuerpo, Khârn reconoció vagamente el peligro. Trató de ordenar que la columna se desacelerara, para que las armas pudieran ser utilizadas. Las palabras no vendrían. Pensó en indicar a los Guerreros de Hierro que redirigieran sus ataques o lanzaran ataques desde las naves de combate que volaban en círculos sobre sus cabezas, pero todo lo que pudo hacer fue jadear a un animal.

Entonces, en lugar de miedo, abrazó la naturaleza de su maestro y admitió en ese momento lo que había sabido en su alma durante muchos años. Moriría en la batalla, roto y ensangrentado, pero su espíritu no se apagaba. Ahora él dio su muerte a una causa mucho más digna que el Emperador, porque su sangre se derramaría por el Dios de la Batalla y un día su cráneo sería levantado y colocado en honor en el trono de Khorne.

Pero no sería este día.

El aluvión de balizas había llamado no solo a los legionarios de los World Eaters. Khârn sintió que un brillo de anticipación lo recorría y levantó la vista al oír un rugido sobrenatural que atravesaba el tumulto de la guerra. Contra las nubes cubiertas de relámpagos que se apiñaban sobre el Palacio, apareció la silueta de una gran bestia alada. Se zambulló, siguiendo el fuego de los dioses y las sombras, el brillo de su espada mágica como un rayo en la oscuridad.

Angron, el demonio primarca de los World Eaters, no bajó la velocidad para aterrizar, sino que se dirigió hacia el Capitolio Imperialis más cercano. Los escudos estallaron y fallaron, envolviendo el motor titánico en breves capas de oro y púrpura. La punta de la espada atravesó una armadura como la del bastión de un castillo, y una lluvia de plasteel fundido y fragmentos de ceramita surgieron de la herida abierta. Aunque el vehículo era del tamaño de un bloque de hab, el impacto de Angron fue suficiente para sacudirlo en sus enormes pistas. Con un sonido de metal torturado, cayó de lado cuando el primarca batió sus alas y aulló su ira.

La última vez que Khârn vio a su señor fue en medio de chispas y llamas, cuando Angron saltó a las entrañas expuestas de la máquina de guerra caída. Sonrió al imaginarse la carnicería que se forjaba en el interior, la

matanza de una compañía de soldados en estrechos confines, las paredes y el piso y el techo decorados con su sangre y partes del cuerpo, sus cráneos ofrecidos en alabanza al Dios de Sangre.

Los restos del vehículo de comando súper pesado explotaron, envueltos por una bola de fuego de plasma de doscientos metros de diámetro, sobrecargando los escudos de su vecino e incinerando varios tanques más pequeños en la brecha entre los gigantes.

Khârn recuperó la vista del destello cegador para ver a Angron caminando desde la ruina fundida, restos de restos ardientes que sobresalían de su armadura y carne antinatural, arrastrando llamas negras.

Un Leviatán volvió su cañón principal sobre el primarca, arrojando un proyectil que podría abrir los Titanes de batalla. Angron cortó el aire con su espada de filo de maldición, cortando el caparazón en vuelo para que su detonación rodara inofensivamente a su alrededor.

El bastión de mando móvil se disparó con las baterías llenas, golpeando proyectiles tras proyectiles y descargas láser en la forma insensible de Angron. No había nada que pudiera detenerlo: un miasma de sangre rodeaba al primarca, evitando ataques como un campo de poder, extrayendo energía de la matanza continua.

El contraataque vaciló ante la imparable bestia, y los tanques superpesados se retiraron, dejando un Capitol Imperialis como retaguardia. Pelotones de soldados descendieron de sus rampas, no para desafiar al primarca sino para huir por la seguridad del puerto espacial. Angron gritó tras ellos, frustrado en su persecución por un nuevo cañón de un Leviatán con el lado de la losa.

La columna casi se había nivelado con su señor, sus armas esponjosas y monturas de clavos persiguiendo a los soldados que huían hacia la sombra del puerto espacial de la Puerta del León. Khârn se arrastró desde la cúpula y saltó al suelo cuando el Land Raider se detuvo, rodeado por una oleada de berzerkers con armadura de poder que cantaban por sangre y pedían favores de batalla a Khorne.

El primarca cortó el vehículo de comando imperial mientras Khârn y la columna de asalto se acercaban. Angron abrió las tiendas de municiones y los proyectiles dentro detonaron, rodeando su forma inmortal como fuegos artificiales de celebración. Con la hoja en alto, sus hijos una marea roja a su alrededor, el demonio primarca lideró el avance. Por delante, las grandes puertas comenzaron a cerrarse.

Angron gruñó y saltó al ala, volando más allá de la ruina del Capitolio Imperialis, convirtiéndose en una mancha escarlata a medida que ganaba velocidad.

Tal vez estaba a trescientos metros de la puerta aún abierta cuando una llamarada de luz plateada latió a su alrededor, arrojándolo desde el cielo. El primarca se estrelló, rompiendo piedras, las alas enrolladas arrastrando chispas plateadas, los ojos en llamas con una luz pálida. Con un rugiente desafío, se puso de pie y se lanzó nuevamente a las fortificaciones, pero fue rechazado por segunda vez, la energía plateada se enroscó en sus extremidades como cadenas mientras caía al suelo una vez más.

A pie se acercó, con la espada y el puño golpeando la barrera insustancial, pero cada golpe se reflejó en él, de modo que retrocedió de su propia furia, la armadura se rompió en una docena de lugares como si su espada mística la hubiera abierto.

El vigor de Khârn lo abandonó al presenciar la impotencia de su señor, agitándose sin pensar en la barrera psíquica que mantenía a raya su forma de demonio. Las armas de defensa que se habían callado durante el contraataque volvieron a tener voz destructiva. Los transportes explotaron bajo el aluvión renovado y los legionarios murieron por cientos, obligados a refugiarse en las defensas que habían invadido, mientras que los transportes aún cargados retrocedieron en busca de refugio.

Angron se alejó, frustrado por el escudo, y se elevó hacia el norte. Un rayo crujió de las puntas de sus alas mientras probaba la extensión de la barrera. Desapareció con la altitud, y luego regresó, antes de volar hacia el sur en busca de presas más fáciles.

La claridad ardió a través de la ira de batalla de Khârn. Sus World Eaters quedarían atrapados contra la puerta cerrada, tanques superpesados listos para atacar desde dentro, armas que los golpearían desde arriba. Sin su primarca bendecido por Khorne, la Legión se rompería inútilmente sobre las paredes del puerto espacial.

Morir en una batalla cuerpo a cuerpo, cara a cara con el enemigo, era un destino, pero no permitiría que los favorecidos de Khorne fueran destruidos desde lejos, enfureciendo a un enemigo fuera de su alcance.

A regañadientes, asqueado por la idea de que las uñas de su carnicero encendieran su agonía en su cerebro, Khârn emitió la orden de retirarse.

Puerto espacial de Lion’s Gate, aproximación de superficie,

Autopista Tres, hora de asalto

Agitando un cubo de agua, Aggerson volvió a rociar la recámara del arma, llenando de vapor el búnker de ferrocreto mientras silbaba desde el cañón sobrecalentado.

“Dale dos minutos”, dijo Olexa, el capitán de la pistola. Sacó un lho-stick de su bolsillo y lo encendió. Aggerson frunció el ceño y miró los tres proyectiles alineados junto al elevador de municiones de la revista de abajo. Olexa se encogió de hombros. ‘¿Qué? Hay un ataque a gran escala. Nadie está haciendo inspecciones de armas … “

Aggerson no se molestó en discutir, pero intercambió una mirada con Maxxis, el tercer y último miembro de su tripulación. Llegó a un acuerdo tácito con ella y ambos se trasladaron a la ranura en la pared que servía como su única ventana.

La batería 65-B estaba situada con vistas a la Autopista Tres, que corría hacia el norte desde el puerto espacial Lion’s Gate. Las otras cuatro armas de la batería todavía disparaban, enviando sus proyectiles hacia la franja de figuras blindadas de color púrpura a un kilómetro debajo. A su alrededor, cañones más grandes tronaron sus cargas mortales aún más a lo largo del camino, apuntando a los vehículos de comando y súper pesados que se

habían movido en apoyo del ataque de los Niños del Emperador. Las armas antipersonal más pequeñas se sacudieron y ladraron desde los emplazamientos en los niveles inferiores, aunque mucho estaba envuelto en humo y ahogado con escombros por los ataques del enemigo.

La distancia le dio a la escena una calidad irreal. Las coordenadas del objetivo aparecerían en la alimentación de comandos y dispararon en ese lugar, sin ver realmente a qué apuntaban. Incluso a simple vista, la procesión de marines espaciales traidores y enjambres de guerreros menores parecía algo de una proyección de video.

Aggerson vio una franja de púrpuras y oro, arremolinándose con una niebla multicolor que le recordaba más a los quemadores de incienso de su madre que el humo de la batalla. Banderines y pancartas volaban desde vehículos y estándares de la compañía, sus aquilas y honores reemplazados por runas estilizadas que nunca había visto antes, pero que lo hacían sentir mareado al mirar de todos modos. Los vehículos estaban adornados con una nueva decoración, como púas de barandilla barrocas con partes del cuerpo empaladas sobre ellos.

Y entre el estruendo de los motores y el choque de las armas, creyó oír música: desarmonías de obras orquestales estridentes junto con chillidos electrónicos que destrozaban los nervios y lamentos inhumanos.

“¡Están retrocediendo!”, Exclamó Maxxis, señalando la rendija.

Aggerson se dio cuenta de que era verdad. Al amparo de un nuevo bombardeo, los escuadrones de los Niños del Emperador se alejaban del puerto espacial, mientras que escuadrones de guerreros con armadura de poder se retiraban de las brechas en las baterías más bajas. Llegaron a sus transportes, el humo caleidoscópico eructó de los motores cuando los transportistas de tropas se aceleraron, dirigiéndose hacia el norte. Otros siguieron a pie cubiertos por fuego de escuadrones posicionados a los lados de la carretera.

“¡Y no vuelvas!” Maxxis se echó a reír, sacudiendo un puño.

Aggerson no compartió su buen humor. Algo estaba mal.

“Cap, pásame el magnox”, dijo, alejándose de la ranura para tenderle una mano a Olexa.

“Son míos”, dijo.

‘Por favor.’

“Bien”. Olexa le arrojó el magnox del observador, que acaba de atrapar.

Volviendo a la rendija, se inclinó tanto como se atrevió, con el magnox en los ojos. Las lentes de enfoque automático hicieron clic hasta que vio el suelo. Se dirigió hacia la carretera principal y vio a cientos de marines espaciales con armadura púrpura marchando de regreso a la carretera. No estaban solos. Cada uno llevaba o arrastraba a dos o tres prisioneros, algunos inconscientes, otros agitando inútilmente a sus captores sobrehumanos. Los rinocerontes, los Land Raiders y otros tanques se arrastraron fuera del alcance de los cañones, los cautivos se apilaron en sus techos y se ataron a los costados como paquetes de equipaje. La mayoría vestía uniformes del Ejército Imperial, incautados de las baterías más bajas y de los regimientos que habían estado defendiendo los accesos a la autopista.

“Se llevan a la gente”, susurró. Escaneando el camino, vio a cientos, tal vez miles siendo transportados de regreso a los transportes que esperaban. Volvió a entrar y miró a sus compañeros, con la boca seca de miedo. “¿Por qué se llevan a la gente?”

Una canción de guerra

Nuevo asalto

Hierro defectuoso

Karachee Flats, setenta días antes del asalto

“¡Dos minutos!”, La llamada dio la vuelta, deteniendo todo el sonido y el movimiento mientras se movía de una parte del carro a la siguiente, saltando de escuadrón a pelotón a toda la compañía como una epidemia auditiva.

Dos minutos.

Dos minutos fue la llamada en la línea para prepararse para el cambio de turno. Dos minutos para colocar los seguros en la maquinaria. Dos minutos para colocar las herramientas. Dos minutos para despejar las tuberías, asegurar los cables, guardar los pernos de bloqueo y realizar los cientos de otras tareas pequeñas pero esenciales que condujeron a una entrega suave y segura.

Zenobi miró a su alrededor, el pecho hinchado con emoción reprimida cuando vio que la compañía se detenía como una sola. Al otro lado de la brecha, llamó la atención de Sweetana, que esperaba junto a otras personas junto a la escalera.

“He estado trabajando en la línea, trabajando la línea, trabajando todo el día”, comenzó Zenobi, su voz temblando un poco.

“Al igual que mi padre antes”, cantó Sweetana en respuesta, junto con más voces de la compañía.

“He estado trabajando la línea, trabajando la línea, trabajando toda la noche”, continuó Zenobi, creciendo en confianza. Podía ver al teniente Okoye ocultando una sonrisa detrás de su mano, otros oficiales mostrando una mezcla de diversión, orgullo o desprecio. Los ejecutores dejaron de merodear cuando el coro creció, hinchándose para llenar el carruaje de voces.

Un estallido aún más fuerte y desafiante de la canción surgió de la cubierta de abajo, pulsando a través de las escaleras como una cosa física.

“¡Todos mis días, trabajando en la oscuridad, todos mis días, llevando mi propia luz!”

Zenobi recordó que la Segunda Compañía provenía de la parte más baja del cradlespur, en su mayoría mineros hivecore que recuperaban las materias primas del sustrato antiguo de la ciudad.

“¡He estado trabajando en la línea, trabajando en la línea, trabajando todo el turno!”, Gritó, su voz casi quebrándose por el esfuerzo mientras competía con la canción desde abajo, los dos formaron una armonía. Las palabras apagadas de un tercio de la cubierta más baja entraron y salieron del ritmo. Las tres canciones subieron y cayeron en competencia.

Zenobi casi se ahogó, su garganta se apretó de emoción, deteniendo sus palabras. No importaba, el carruaje casi se balanceaba de las voces combinadas de las tres cubiertas, que se unieron en el himno no oficial de Addaba: Adelante, Señores y Damas de la Industria.

Escuchó las primeras notas vacilantes que perturbaban la canción unos momentos antes de que el movimiento atrajera sus ojos hacia las escaleras desde la cubierta superior. El canto se fracturó cuando uno tras otro los soldados vieron al Alto Oficial de Integridad Jawaahir. Desconcertadas por la falta de armonía que se arrastraba desde la cubierta superior, tal vez preguntándose qué estaba mal, las compañías de abajo tartamudearon y se callaron en el minuto siguiente.

Otros oficiales de integridad pasaron junto a su líder, dirigiéndose a las cubiertas inferiores, silenciando las últimas voces que se alzaron en la canción.

“No necesitan silenciarse en mi cuenta”, dijo Jawaahir, con la voz alzada para llevarla a través del compartimento del tamaño de una sala. ‘Pero tal vez es hora de dejar de cantar sobre el pasado. Ya no estás en la línea. Ahora quizás convierta los corazones y las lenguas al futuro. Una nueva canción para Addaba. Una canción de guerra “.

Esta declaración fue recibida con murmullos especulativos, pronto silenciados por amenazas susurradas de los tenientes y sargentos.

“Es hora”, declaró la jefa de los oficiales de integridad, frotándose las manos con gusto. Sobre qué estaba tan animada, Zenobi no lo sabía. Mientras se daba la orden de prepararse para el desembarco, recordó un consejo de Menber e intentó no pensar demasiado en ello.

Llanuras Katabatic, cuatro horas desde el asalto

Forrix se encontró viendo el ataque continuo desde el techo de una estación de servicio incendiada, a unos siete kilómetros del puerto espacial Lion’s Gate. El paso de tantos tanques y fortalezas móviles había hecho que la carretera que corría al costado se convirtiera en arena ferrocreta.

La IV Legión había creado obras de circunvalación en un arco de veinte kilómetros alrededor de su objetivo, formado por vehículos blindados y fortificaciones de creación propia basadas en los antiguos sistemas de Construcción de Plantillas Estándar. El Khan había dirigido sus Cicatrices Blancas contra los motores de los legionarios deformados de Pneumachina y Mortarion y había causado grandes daños y demoras, y la sorpresa de los Puños Imperiales contra el asalto inicial hizo que Kroeger reflexionara un poco sobre su impaciencia. Si Dorn o alguno de sus aliados pensaran lanzar otro contraataque contra la Legión de Perturabo, encontrarían una oposición mucho más rígida.

Pensar en lo que le había sucedido a la Guardia de la Muerte hizo que Forrix se detuviera. No había habido ningún informe formal sobre su llegada tardía, pero estaba claro que su tránsito a través de la urdimbre se había encontrado con complicaciones. Los que una vez había conocido como Dusk Raiders ya no existían. Su primarca se había convertido en una encarnación de la pesadilla, como Angron y Fulgrim, y sus cuerpos habían sido cambiados por la exposición a algo más allá del conocimiento de Forrix. No era ingenuo sobre las fuerzas a las que se había comprometido el Señor de la Guerra, pero tampoco era un experto. Había visto portadores de palabras alterados con demonios y hechiceros mutados, así como los resultados de los experimentos de Pneumachina con tecnología warp previamente prohibida. Ver el mar de criaturas que alguna vez fueron

humanas y seudohumanas arrojándose a las defensas exteriores dejó un sabor agrio en su boca. La idea de que los Guerreros de Hierro algún día sucumbirían a ese tipo de degradación lo hizo sentir enfermo.

Se volvió hacia su compañero, Soltarn Vull Bronn, conocido como Stonewrought. Comandante general del bombardeo, observaba la efectividad de sus cañones y cohetes. Un grupo de Cataphractii Terminators merodeaba detrás de él, su presencia era más una insignia del rango de Stonewrought que una precaución militar.

“Me alegra que al menos un verdadero Guerrero de Hierro esté a mi lado”, dijo Forrix.

“¿Qué quieres decir?” El Stonewrought no giró la cabeza, la mirada fija en la conflagración que envuelve el puerto espacial Lion’s Gate.

‘Te tendría en el Tridente, ¿sabes? Tienes talento para la destrucción “.

“Estoy contento con mi papel asignado”, respondió Soltarn Vull Bronn. “Al Tridente no le falta un miembro”.

‘Sería una exorbitante fortuna si los tres sobreviviéramos a esta batalla, lo sabes. Preferiría tener a alguien más firme en mi hombro “.

Ahora el Stonewrought giró, su yelmo bruñido captó la luz de un millar de fuegos, centelleando cuando los cañones de los volcanes escupieron su furia en el fuego de contrabatería contra sus máquinas de asedio.

Assume Asumes que sobrevivirás mientras que los demás podrían caer. Eso limita con una amenaza “.

“Ninguno estaba destinado a ti ni a ellos”. Forrix se acercó y bajó la voz. ‘Sin embargo, la pérdida de uno o ambos de mis compañeros triarcas no me causaría dolor. Personalmente, y como comandante de la Cuarta, tengo serias reservas “.

“Ambos tienen el favor de Perturabo”. El Stonewrought se detuvo cuando cientos de cohetes estallaron en lo alto, iluminando el cielo como si fuera

un día de celebración. Giró la cabeza mientras seguía su progreso, y asintió con satisfacción cuando se sumergieron y cayeron en los niveles más bajos del puerto, no muy lejos de las líneas principales de infantería de ataque. Volvió su atención a Forrix. “Hablar contra ellos es hablar contra el primarca”.

‘El favor es fugaz, lo sabes tan bien como yo. Solo pregúntale a Berossus. Kroeger se está volviendo rápidamente inestable. Lo vi con los World Eaters e incluso en un lapso de horas se ha vuelto aún más irracional, como contaminado por su sed de sangre “.

No No es ningún secreto que deseabas que Toramino reemplazara a Harkon, pero Kroeger se crió en su lugar. Tu desdén por Falk me parece más sorprendente. Su recomendación se derramó fácilmente de tus labios cuando Harkon fue deshonrado, pero ahora hablas en contra de él “.

“Ese era el Barban Falk que conocíamos”. Forrix se colocó al lado del Stonewrought y agarró los restos de la pared que bordeaba la azotea plana. Ferrocrete se derrumbó bajo sus dedos, debilitado por los virus anti-fortificación que habían sido liberados en el aire por la Pneumachina. “Lo que insiste en ser llamado Warsmith no es lo mismo Barban Falk”.

“¿Y tiene una queja común contra sus dos compañeros?”

“Su lealtad es cuestionable”, dijo Forrix. Sense Siento que Kroeger ha puesto un pie en el camino que lo lleva a la misma manía que nuestros aliados en los World Eaters: el susurro de un poder sangriento ahora habla en su oído. En cuanto a la lealtad del Warsmith, ya no creo que sea por preocupaciones mortales.

“Este malestar, este poder que se apodera de nuestros primos que alguna vez fueron orgullosos y despoja de todo honor y humanidad … Proviene del propio Warmaster, y tiene hambre para todos nosotros”.

‘Ya nos hemos convertido en traidores del Emperador, ¿quieres que nos volvamos una vez más, en el Señor de la Guerra? ¿O incluso contra nuestro padre genético?

“¡No!” La idea de que tal acusación pudiera llegar a oídos de Perturabo hizo que Forrix se estremeciera. Las manos del primarca ya estaban ensangrentadas por subordinados que lo habían perjudicado, por crímenes reales e imaginarios, y Forrix no deseaba atreverse a tanta ira. ‘Eso no es lo que dije. Pero Horus no es nuestro padre genético, y nos está utilizando al igual que los demás han utilizado el Cuarto desde que dejamos Terra “.

“No deseo participar en tus conspiraciones, Forrix”. Stonewrought hizo un gesto hacia el puerto espacial Lion’s Gate. ‘Tengo una tarea a mano y es toda la ocupación que necesito. Desde la batalla con los eldar … Desde que vimos lo que pasó con Fulgrim y sus hijos … Prefiero centrarme en problemas físicos inmediatos en estos días. No deseo aventurarme en el reino menos tangible, y eso es lo que implicaría su plan “.

‘No puedo obligarlo a compartir mis dudas, pero le daría más advertencia. Estos poderes en juego son cortejados por algunos de nuestros hermanos, a sabiendas o no. Nos desean e ignorarlos no nos librará de su amenaza. Cuando hayamos terminado con los lacayos del Emperador, habrá cálculos dentro de la Legión “.

“No escucho nada”, dijo Stonewrought, y se alejó.

El señor del hierro baulked

La ayuda de un hechicero

Piercing the Starspear

El espíritu vengativo, terrano cerca de la órbita, diez horas después del asalto

Abaddon despreciaba la sala de la corte de Horus a bordo del Espíritu vengativo. Cada vez que regresaba parecía más una burla de lo que había sido, lo que alguna vez había significado para él. Su maestro pasó cada vez más tiempo detrás del portal del empíreo, supuestamente para luchar psíquicamente con el Emperador mismo, aunque Abaddon se preguntó si podría haber razones más oscuras por las que el Señor de la Guerra se retirara tan regularmente a su santuario irreal.

La noticia había llegado al espíritu vengativo del fracaso de Angron y Fulgrim para entrar en el puerto espacial de la Puerta del León. Al igual que el Palacio propiamente dicho, estaba bajo la protección del Emperador. Ningún ser de origen demoníaco podría cruzar el umbral. ¿Había un precio similar para que Horus pagara cuando no estaba inundado de las energías del empíreo?

El líder del Mournival se sorprendió al encontrarse como el único miembro de ese honrado grupo presente, y se consternó al ver que el Apóstol Carmesí lo seguía como siempre. Zardu Layak y sus esclavos silenciosos se deslizaron por las sombras alrededor de la periferia, quizás eligiendo observar en lugar de intervenir para un cambio. Los ojos de la máscara del hechicero de los Portadores de la Palabra brillaron, seis destellos amarillos en la penumbra.

Horus estaba presente, con la cabeza calva cubierta de sudor espeso, los ojos hundidos, rodeados de oscuridad como uno que sufre una fuerte fatiga. Abaddon pensó que era imposible que un primarca mostrara tanto cansancio, mucho menos su maestro, pero Layak le había contado cómo la presencia de los Poderes Ruinosos en su forma mortal gravaba al máximo la fuerza del Señor de la Guerra.

La expresión de Horus era sombría cuando levantó la mirada para encontrarse con la mirada de Abaddon.

“La guerra progresa muy lentamente, Ezekyle”, pronunció el Señor de la Guerra. No hubo acusación, simplemente una declaración de hechos. Horus apretó los dientes y contuvo el aliento, luces extrañas bailando en sus ojos por unos segundos. Los apartó y parecía restaurado, su rostro no estaba tan arrugado como unos momentos antes, sus hombros más rectos.

“No pensé que Perturabo te fallaría”, dijo Abaddon. ‘Si no puede idear un medio para entrar al Palacio, no creo que sus hermanos lo hagan. Quizás es hora de que el más grande de nuestros líderes tome el lugar que le corresponde en la vanguardia de la batalla “.

“¿Crees que eludí mis deberes como general?” Horus parecía divertido por la idea.

‘Para nada, señor de la guerra. Creo que tus Legiones y muchos otros sirvientes lucharían más para verte a la cabeza. Su visión nos ha llevado a la puerta de la sala del trono del Emperador, pero en el momento de su victoria, se hace a un lado y deja que otros lo derriben “.

“Todavía no se puede hacer”, dijo Horus con un lento movimiento de cabeza, su expresión se volvió sombría.

“¿Por este escudo psíquico que bloquea a los demonios?”

‘En parte. Pero también, los poderes que trabajan a través de mí reúnen aún más fuerza. Cuando ataco, debo aniquilar a mi padre por completo, en cuerpo y alma, física y psíquicamente. Ni una pizca de él puede sobrevivir para que no vuelva a crecer en algún siglo futuro “. Las garras de guantelete golpearon el brazo del trono durante varios segundos. Rt Perturabo es el más cuerdo de mis hermanos. Su agenda es únicamente para servirme, para demostrar que es tan fuerte como cree que puede ser. Ya has visto cómo los demás trabajan con propósitos cruzados, excepto bajo mano firme. Al Señor del Hierro se le debe permitir su tiempo de gloria o perderá la fe. Y si pierdo a mi comandante confiable, ¿qué puedo lograr con los no confiables? “

‘¿Lo que se debe hacer?’

“Ya veremos”. Horus volvió la cabeza y asintió con la cabeza a uno de los ejércitos de criaturas menores que asistieron a la corte. El incienso surgió de los quemadores y el conjunto de comunicaciones hololíticas parpadeó, trayendo consigo las imágenes de los aliados primarios del Señor de la Guerra. Angron lamió el gore de una mano con garras, retorciéndose con el sabor, sus rasgos bestiales amplios y grandes en la columna de luz que se proyectaba desde el techo. Fulgrim parecía estar descansando en un sofá hecho de cadáveres, con la cola moviéndose lánguidamente de un lado a otro, mientras era atendido por criaturas con los ojos y la boca cerrados, ofreciendo banderas y platos de golosinas al primarca. Mortarion parecía ser el más atento, aunque sus rasgos estaban oscurecidos por oleadas de vapor que brotaban de su máscara con cada respiración estentoriana. Estaba vestido en la oscuridad y lo que Abaddon primero consideró vox estático pronto se resolvió en el zumbido de miles de moscas.

Pasaron varios segundos más antes de que Perturabo respondiera al consejo. Caminaba, apareciendo y desapareciendo de la vista cuando entraba y salía de la unidad de captura de comunicaciones a bordo de Iron Blood. Sus dedos se flexionaron asesinamente y Abaddon vislumbró restos en la sala del primarca.

De Magnus no había señal.

Perturabo dejó de pasearse y miró a través de la proyección a sus hermanos.

‘¡El puerto espacial ya debería estar invertido! Perdimos muchas vidas y mucho tiempo en ataques sin sentido, cuando mis hermanos malditos no pueden cruzar la frontera hacia el dominio del Emperador “.

“Maldito?” Arrastró Fulgrim. “Dice uno que no ha experimentado las delicias que una existencia inmaterial tiene para ofrecer”.

“Maldito”, espetó Perturabo. “Eres menos que yo, porque ni siquiera puedes pisar los terrenos del Palacio”.

“Entonces toma Forgebreaker y llama a las puertas del Emperador tú mismo”, respondió Mortarion, con bocanadas gaseosas acompañando sus palabras.

“No pensé que el Señor del Hierro fuera tan cauteloso de pasar la vida de sus guerreros”, dijo Abaddon. “El Cuarto con razón se ganó una reputación de forzar la batalla incluso ante la costosa resistencia y las tremendas bajas”.

“Los gastaría por una buena causa, no los golpearía contra las paredes mientras mis hermanos se divierten con delicias inhumanas”. La imagen de Perturabo se volvió hacia Horus y se dejó caer sobre una rodilla. ‘Sé que te prometí los muros, Warmaster, pero no tengo las herramientas para desmantelar este escudo. No solo desprecia la presencia del Neverborn, estoy seguro de que acelera los corazones de los sirvientes del Emperador. Podría pasar un siglo desarmando el puerto espacial pieza por pieza y, sin embargo, mis hermanos nunca conducirían a sus Legiones al suelo santificado por nuestro padre “.

“Mi fe en ti no está fuera de lugar, Perturabo”, dijo Horus, poniéndose de pie. Hizo un gesto al Señor del Hierro para que hiciera lo mismo. ‘Un revés no es la derrota, como bien sabes. Fue un error de mi parte enviarte desarmado al enemigo que enfrentarías “.

Horus se retorció, un guante con garras se extendía para apuntar hacia Layak.

‘En ausencia de Magnus, que ayuda a la batalla del alma a su manera, los mayores defensores de estas artes son los Portadores de la Palabra. Te envío mi Apóstol Carmesí, el oráculo del Nunca Nacido “.

“Me siento honrado”, dijo Layak, inclinándose de las sombras en una reverencia. ‘Tengo algunas teorías sobre la sala telaethesica del Emperador. Convocaré al más poderoso de nuestros hermanos, y si Lord Mortarion lo permite, discuta los asuntos con Lord Typhus. Nuestros esfuerzos combinados encontrarán un medio para romper este escudo “.

“Compartirás todo lo que tu arte puede decirme”, insistió Perturabo. “Si voy a entregar el Palacio a nuestro Warmaster, debo tener una comprensión adecuada de todos los elementos”.

‘Por supuesto. Será necesario para mí estar en Terra, si está dispuesto a celebrar un consejo allí conmigo “.

“Lo haré”, estuvo de acuerdo Perturabo.

“Y tendrás a Abaddon para acompañarte”, agregó Horus.

“Hay mejores objetivos para los que podría ser empleado”, argumentó el Primer Capitán. “Los Hijos de Horus pueden alejar a los defensores de la Puerta del León al presentar una amenaza en otra parte”.

“Irás a donde yo ordene”, dijo Horus pesadamente, con los ojos brillantes de ira. ‘Layak es para mi alma como tú lo eres para mi cuerpo. Donde va uno, también lo hace el otro “.

Abaddon contuvo cualquier argumento. Miró a Layak, pero fue imposible leer cualquier reacción del rostro enmascarado e inhumano del Apóstol Carmesí.

“Por tu voluntad se me ordena”, dijo Abaddon, inclinando la cabeza hacia su primarca.

“Voy a tener Typhus listo para su instrucción”, dijo Mortarion. Su imagen vaciló y luego desapareció.

“Entonces me prepararé para mi descenso”, dijo Perturabo. “Transmita sus coordenadas, Layak y la hora de la reunión”.

La alimentación del Señor del Hierro desapareció de la existencia.

Fulgrim murmuró una despedida distraída y también se desvaneció, dejando la inmensa cara de Angron flotando en medio de la cámara.

“Prepárate, Angron, cuando Perturabo te llame”, dijo Horus, volviendo a su trono. Hizo un gesto y el enlace se cortó, hundiendo la cámara en la oscuridad una vez más.

Puerto espacial de Lion’s Gate, núcleo mesophex,

dieciocho horas desde el asalto

A Manish Dhaubanjar no le gustaba la tranquilidad en absoluto. Durante sus cuarenta y ocho años había vivido y servido al Emperador dentro de la gran torre del puerto espacial Lion's Gate. Lanzamiento estelar por nacimiento y operador de transporte por trabajo, rara vez se aventuraba por debajo del nivel de treinta kilómetros. Su mundo siempre había sido una maquinaria que hacía ruido, supervisores que gritaban y el retumbar de los motores de plasma de naves espaciales.

Ahora todo lo que podía escuchar era el temblor distante del bombardeo del Palacio. El ataque orbital se había trasladado desde el puerto espacial. A través de anuncios y reuniones informativas, el coronel Maigraut había advertido a la gente que este cese del ataque de artillería probablemente era una advertencia de un nuevo asalto. Las baterías de los cañones superiores habían quedado en silencio por el momento, negando objetivos por su ira mientras el enemigo reunía sus fuerzas.

“Todavía tenemos que estar listos”, le dijo a su esposa, Daxa. Ella asintió, tocando la pistola automática en su regazo mientras se sentaba en una mecedora hecha de piezas de repuesto.

“Estaremos listos, flor de mi corazón”, respondió ella. “Cuando suenen las alarmas, esperaremos en el pasillo con los demás”.

“Cuando suenan las alarmas”, dijo Manish.

Se levantó de su silla baja, las extremidades rígidas con artritis protestando por el movimiento repentino. Apoyando su arma contra el armario de su pequeña unidad de cocina, tomó una sartén y la llenó de la urna de agua: el suministro de la red eléctrica se había cortado en caso de que fuera envenenado por el enemigo. La peste estaba desenfrenada en el Palacio principal, pero el puerto espacial hasta ahora había sido aislado del flujo y las viruelas que estaban matando a cientos de miles más allá del muro. El anillo de cocina eléctrica también estaba desconectado, pero el Ejército Imperial había emitido decenas de miles de estufas de campamento. Uno se sentó en la encimera, oliendo ligeramente a alcohol refinado.

“¿Té?” Él miró por encima del hombro. Daxa estaba frotando una mancha de lubricante para armas del puño de su vestido.

“¿Cuál es la ocasión especial?”, Respondió ella con una sonrisa. “No recibiremos más por un tiempo”.

“También podría beberlo”, le dijo.

Justo cuando alcanzó el caddie, a quince mil kilómetros de distancia en órbita baja, el crucero de los Guerreros de Hierro, Rebuke, se preparó para disparar su matriz de lanza principal. Al igual que los siete barcos de su grupo de batalla, además de muchos otros. Simultáneamente, un centenar de cañoneras entraron en el rango de objetivos, perdiendo una tormenta de misiles y proyectiles.

El peso combinado de este fuego de cañón sobrecargó un parche de los campos protectores de la Lanza Estelar de unos trescientos metros de diámetro. En este ojo relativo de la aguja, el Rebuke y sus compañeros de guerra dispararon rayos de partículas energizadas lo suficientemente potentes como para perforar agujeros a través de la armadura de la nave espacial y nivelar las fortificaciones terrestres.

La atmósfera superior casi no causó difracción en absoluto, por lo que los rayos combinados golpearon el parche de blindaje debilitado con una fuerza de casi el cien por ciento. En microsegundos, decenas de explosiones láser perforaron la piel del puerto espacial, se cortaron a través de diez kilómetros de mamparos y soportes, pero evitaron dañar los ejes centrales de la red de transporte.

Lo primero que Manish y Daxa supieron del ataque fue cuando su habitación se vaporizó, dejando un agujero brillante en la pared entre esta y la sala de estar. La descompresión los levantó a ambos de sus pies junto con sillas, ollas, hornillas, pistolas y otros detritos.

El grito de Manish salió de su boca como una nube de vapor, un momento antes de que sus pulmones se vaciaran, su tejido se interrumpió por la repentina pérdida de presión. El rugido de los vientos desapareció cuando sus tímpanos estallaron. Manish giró en el aire junto a su esposa, la

humedad cubrió su piel, los cuerpos de miles de otros trabajadores volaron junto a ellos hasta que los fuertes vientos los arrastraron a la atmósfera, a cuarenta kilómetros del suelo.

A pesar del frío helado, la temperatura de su cuerpo era lo suficientemente alta como para hervir su sangre a esa altitud, aunque afortunadamente estaba inconsciente por la hipoxia antes de que sus ojos gotearan sangre y su lengua se hinchara para ahogarlo.

Ya estaba muerto antes de comenzar a caer y las siluetas de cientos de cañoneras aparecieron contra el amanecer.

De vuelta en Starspear, las alarmas comenzaron a aullar.

Los archimagos

Obliteración

Una cuchilla oculta

Puerto espacial Lion’s Gate, núcleo mesófex, dieciocho horas desde el asalto

Los sensores olfativos tradujeron el hedor de la muerte en una serie de componentes moleculares cuantificables, mientras que los interceptores de audio convirtieron el chasquido de los blasters de volkita y el ruido de los radiadores en datos de longitud de onda. Para Archmagos Inar Satarael, estos añadieron a la belleza de la batalla en lugar de restarle valor, al igual que la anotación para una sinfonía orquestal contenía todo el potencial para el drama que luego se gastó durante una actuación.

Para la inserción en el corazón del puerto espacial de Lion’s Gate, se había construido una forma de guerra más pequeña que las monstruosidades cibernéticas que había favorecido últimamente; sería vergonzoso que se le negara la entrada a las salas de control porque las puertas no eran lo suficientemente grandes como para un cuerpo. En cambio, se había centrado en el armamento antipersonal y la máxima eficiencia del escudo, así como en la movilidad que ofrece un diseño de extremidad superior. Aun así, su volumen era el doble que el de un legionario, aunque los materiales compuestos significaban que no era más pesado que un hombre normal. De estos aumentos, los reforzadores de escudo demostraron ser los más valiosos, desviando las explosiones láser y las rondas automáticas por puntaje cada minuto mientras avanzaba a lo largo del paso arterial hacia los controles principales del muelle.

La velocidad era vital. El Guerrero de Hierro, Kroeger, había ideado un plan simple, y una gran parte de él dependía de que los sistemas de los defensores fueran ciegos a la verdadera naturaleza del ataque que se estaba lanzando. Si los archimagos y el aliado que debía conocer sufrieran retrasos indebidos, todo el esfuerzo estaría en riesgo. Con esto en mente, Satarael se estrelló contra el fuego enemigo con poca preocupación, sabiendo que la clave de los servidores de batalla que le seguirían reduciría cualquier cosa que evadiera la atención de sus máximos bólters e implosionador de gravitones.

A través del pulso noosférico también podía sentir el enfoque convergente de sus aliados en los Guerreros de Hierro. Al llegar a un ángulo de setenta y dos grados para su propio ataque, la fuerza de asalto de la IV Legión era igualmente pequeña pero especializada. Su poder de fuego combinado abrumaría rápidamente a cualquier defensor que aún estuviera vivo para mantener la sala de comando central.

Los archimagos barrieron las cámaras exteriores sin pausa, las rutinas de esclavos dirigieron el fuego de sus armas mientras su mente consciente se aplicaba a la cuestión del portal blindado que sellaba el santuario interior.

Era sustancial, reforzado con barras gruesas y ruedas de bloqueo de gran calibre. Las chispas que emanaban del panel de control a su lado revelaban una estratagema desesperada de los defensores: las cerraduras eléctricas habían sido activadas desde el interior, imposibles de anular. Estaban sellados por dentro, pero era una barrera efectiva para la entrada de Satarael. El zumbido continuo de los circuitos sobrecargados resaltó que la medida se había tomado tal vez solo un minuto antes, en respuesta a la rapidez de su avance.

Los quemadores de melta parecían la mejor opción, pero no había ninguno en su vanguardia. Su implosionador de gravitón eventualmente torcería las cerraduras de las puertas en chatarra, pero eso sería costoso en términos de tiempo y producción de energía, durante el cual su parte en el plan de Warsmith Kroeger no se cumpliría, poniendo en riesgo el éxito de toda la empresa.

Aunque tenía toda la confianza en sus propias habilidades, Satarael consideró que era algo insensato por parte de Kroeger colocar tanta necesidad en una sola operación, especialmente una llevada a cabo por una fuerza militar relativamente pequeña. Independientemente de los méritos del plan, si el New Mechanicum iba a prosperar, el derrocamiento del Falso Omnissiah era esencial y Satarael estaba decidido a jugar cualquier parte que pudiera en esa revolución. El futuro sería escrito por visionarios como él.

Mientras proyectaba vigas activas de topógrafo a través de la puerta blindada para evaluar sus cualidades estructurales internas, Satarael recogió

una oleada de energía al alcance de la mano. Dos pinchazos de luz blanca se resolvieron en parches brillantes alrededor de los engranajes de la cerradura central. La acumulación de energía continuó hasta que surgieron chispas desde el lado cercano de la puerta, momentos antes de que el lavado de radiación de alta intensidad atravesara los dos agujeros limpios.

Algo poderoso se estrelló contra el portal desde el interior de la cámara de la terminal de comando, rompiendo los restos de los engranajes de la cerradura. Gotas de metal fundido y astillas de metal se abrieron hacia afuera cuando la puerta se partió por la mitad, el chillido de metal torturado llenó la antecámara mientras giraba sobre sus inmensas bisagras.

Una figura del tamaño de un Dreadnought de la Legión se alzaba a través del humo de metal vaporizado y ceramita, el brillo revelador de dos cortadores de melta donde deberían haber estado los ojos.

“Llegas tarde, archimagos”. La voz de la criatura chirrió con modulación artificial, pero también hubo un efecto secundario extraño que no se registró con los sensores de Satarael: la voz de demonio del cohabitante de la criatura.

“Volk-Sa’ra’am, estoy agradecido por su intervención”, dijeron los archimagos. ‘Es un privilegio estar finalmente en su vecindad física. Es un honor encontrar alianza con la persona que marcará el comienzo de una nueva era para el Mechanicum y las Legiones por igual “.

Volk-Sa’ra’am parecía un legionario de la misma manera que un acorazado podría verse como un transbordador orbital si se confundía el tamaño con la perspectiva. Todo en él era de mayor escala, hinchado con el poder del demonio junto con las mejoras tecnofágicas que le habían dado miembros notables del New Mechanicum. Era imposible saber dónde terminó la antigua placa de batalla y comenzó la piel dura como el hierro, pero el metal de su vieja armadura dio paso a parches de carne oscura en algunos lugares, mientras cuernos y espinas de hueso y metal sobresalían de las grietas en el brillante caparazón que había sido una vez la mochila de la planta de energía del Marine Espacial.

Su forma no era estática, sino una masa siempre cambiante, más que una simple mutación. Los cortadores de melta, o el análogo que había creado el híbrido máquina-demonio, retrocedieron a la cara y volvió algo parecido a rasgos humanos, una cara plana con una nariz bulbosa. Los ojos aún brillaban con circuitos, desprovistos de cualquier sentimiento humano.

“¿Estás listo para la transferencia?”, Preguntó Volk-Sa’ra’am, apartándose. Los engranajes de los huesos zumbaban y los pistones se estremecían con cada paso que daba a la cámara, en dirección a un banco de consola hexagonal en el centro. Una mano con garras tan grande como un polipasto de servicio se alzó hacia los cogitadores. “Todavía hay una conexión aquí que podemos explotar”.

“¿Entiendes lo que se te pedirá?”

“Yo … dividiré y venceré”, dijo la criatura descomunal, un esbozo de una sonrisa torciendo su rostro asumido. “Eliminaré toda oposición”.

‘¿Obliterar? Sí, esa es ciertamente la palabra. Todo rastro de la máquina de encarnación anterior será reemplazado por su anaethemix “.

“Se requiere sangre, me dijeron”. Volk-Sa’ra’am giró el brazo como si le ofreciera una muñeca. Las placas de metal se despegaron como los pétalos de una flor mecánica, exponiendo los vasos sanguíneos acanalados con cables. Tuberías delgadas que transportaban otros fluidos corrían al costado, pulsando con rojo y verde y manchas de púrpura.

A instancias de los archimagos, un servidor avanzó, con un cable sanguinaxial enrollado en sus manos. Un extremo estaba inclinado por una interfaz imperial estándar de cinco pines, y el otro encajaba en un dispositivo que parecía la descendencia impía de una cánula intravenosa y una daga ornamental. Satarael sacó una mecandenita de debajo de su forma de batalla, levantando suavemente el extremo irregular del cable sanguinaxial mientras el servidor conectaba el otro a la consola principal.

“Primero necesitas apaciguarme”, dijo la máquina híbrida, alejando el brazo del enfoque de Satarael. “Este es el poder del Caos, hay formas y rituales para observar”.

“Entiendo”, dijeron los archimagos, aunque en realidad su comprensión era limitada.

No había habido nada como Volk-Sa’ra’am antes, y los estudios de Satarael en el área esotérica de la manipulación de urdimbre eran poco profundos. Fue solo su experiencia de auto-recreación lo que le dio alguna idea: habiendo reconstruido su conciencia de partes dispersas, estaba mejor ubicado para transmitir una conciencia demoníaca parcial a los sistemas del puerto espacial de la Puerta del León.

“Ofrezco fidelidad a los Poderes que cera y decaen”, entonó Satarael, recordando las palabras impresas para él a través de los Guerreros de Hierro de los expertos Nunca Nacidos de los Portadores de la Palabra. Verdaderamente, este fue un esfuerzo de la gran nueva alianza que daría forma a la futura galaxia bajo el gobierno de Horus. ‘De los mortales que tomamos, y de los inmortales que damos. Trillado hasta el alma de la urdimbre, dirijo el barco de la voluntad a través de la tormenta de la necesidad. ¡Gloria a los poderes! “

La mechadendrita salió disparada, hundiendo la cuchilla sanguinaxial en el brazo expuesto de Volk-Sa’ra’am. La luz se encendió en el contacto, como chispas saltando de un cable roto, y viajó a lo largo del cable. La sangre se filtró de la herida, rápidamente se congeló alrededor del punto de entrada como la acumulación de coral en un naufragio, burbujeó y ampollas.

“Siento la conexión”.

La voz provenía de una rejilla de comunicaciones situada encima de una pantalla rota por impactos de bólter. La estación de monitoreo cobró vida, mostrando una cara con cuernos entre remolinos de estática, dientes de relámpagos en una sonrisa.

“Eliminaré todo”.

Puerto espacial Lion’s Gate, aproximación a la superficie,

Dieciocho horas desde el asalto

Habían pasado veinte años desde Bious, y Forrix no había pensado previamente en ese mundo desde su eventual cumplimiento. Pero había algo en la irrealidad de esta batalla que lo llevó de regreso a esa campaña. Sus sentidos automáticos se habían sobrecargado a los tres minutos del comienzo del asalto principal, reduciendo su audición a la de sus propios oídos mejorados, aunque amortiguada por su timón. Bancos de humo y gas recorrían su vista, de modo que sus lentes oscilaban constantemente entre diferentes imágenes de espectro dependiendo de dónde mirara, un momento brillante con radiación infrarroja y luego deslizándose a través de la luz visible y de regreso, antes de cambiar a visión nocturna y ciclismo amortiguadas. de vuelta en ultravioleta. Todo fue cortado por rayas de rondas trazadoras, destellos continuos del hocico y el brillo posterior de las detonaciones de plasma.

No podía quitarse el timón: incluso su fisiología mejorada comenzaría a sucumbir a la mezcla de toxinas que se acumulaban entre las cenizas y los escombros, toxinas que su propio lado había desatado en el bombardeo que ahora ahogaba a los aliados del Señor de la Guerra tanto como habían devorado el pulmones de los sirvientes del Emperador en semanas anteriores. A los guerreros de guerra les importaba poco, conduciendo cientos de miles de bienes mortales hacia las brumas mortales y el cañón de guadaña.

Como las cuchillas giratorias de un cosechador automático, batería tras batería de armas antipersonal y más pesadas desgarraron franjas de cien metros de ancho a través del gruñido y lamento de las tropas. Las ráfagas de stubber de Staccato ondularon a través del latido más lento y profundo de los macro cañones, cada cáscara rasgó cráteres abiertos de cincuenta metros de diámetro. Las ráfagas de aire llovieron una granizada de metralla con filo de navaja, dejando montones de carne de alquiler para que las siguientes compañías cruzaran.

Forrix se subió a uno de esos montículos, las botas se hundieron en la carne ensangrentada del cofre de un hombre bestia, se atornillaron a su armadura para poder usar ambas manos para ayudar a su ascenso a la colina de los

muertos. A su alrededor había soldados mortales: había prestado poca atención cuando su comandante se presentó y nombró su mundo de origen, casi tres mil de ellos, armados con crudas pistolas y hachas de tiro sólido. Parecían excesivamente orgullosos del hecho de que habían sido elegidos para llevarlo a la Puerta del León, sin comprender que su propósito era como un escudo de carne literal. Quinientos ya habían sido derribados por la artillería de largo alcance, los otros tendrían suerte de ver los portales blindados rotos en las laderas del sur del puerto espacial, puertas que fueron dolorosamente abiertas por los quinientos mil soldados. .

Bious había sido lo que los adeptos de Terra más tarde designarían un mundo de la muerte. Un solo organismo de cría, completamente enemigo de otra vida, pero para la única sociedad humana avanzada que había establecido su hogar allí. Todo un mundo y una población decidieron destruir a los que consideraban intrusos. Una gente avanzada y un ecosistema unidos en un propósito compartido. Ahora se enfrentaba a una oposición similar, pero había una sola mente dirigiendo esa enemistad, una figura cuya intención estaba escrita en los cuerpos esparcidos y las cañones de limpieza: el Emperador. Y, como con Bious, no habría rendición ni posibilidad de compromiso. Solo el exterminio total vería a la IV Legión a la victoria.

Con la cresta del montículo de los muertos, el pie pateado golpeando el cuerno rizado de un esclavo mutante, Forrix hizo una pausa de medio segundo para mirar a izquierda y derecha, antes de continuar hacia el cráter irregular en el otro extremo. Delante de él, a unos trescientos metros de distancia, una rápida serie de explosiones desgarró el suelo y arrojó partes del cuerpo al aire. La forma en que el campo de minas no había sido provocado por las olas anteriores era un misterio, o tal vez las minas habían quedado deliberadamente inactivas hasta ahora, pero cuando las partes del cuerpo cayeron en una espeluznante ducha, Forrix se desvió a la izquierda, los soldados que lo rodeaban se volvieron como peces pez mirando hacia el suelo masticado por miles de pisadas anteriores.

El zumbido de los aviones atrajo su atención hacia el cielo, pero no pudo ver nada a través del smog de la batalla. Su cronómetro le dijo que el ataque aéreo había comenzado, el segundo frente en el plan simple de Kroeger.

Mientras observaba, comenzó a llover, pero al aumentar la lluvia resultó ser cuerpos cayendo. Decenas de miles de ellos, cayendo a través de la capa de nubes, brillando con hielo y fragmentos como cometas humanos.

Observó el primer golpe al costado del puerto espacial a unos cuatro kilómetros de altura, una extraña combinación de roturas y salpicaduras cuando cabezas, extremidades y torsos congelados se dispersaron como vidrios rotos mientras sus cálidos interiores manchaban los flancos de ferrocreto. Los cuerpos descendieron como granizo, chocaron contra las baterías de las armas y rebotaron en los cañones de los cañones. Cadáver después del cadáver, hasta que el flanco del puerto espacial fue alfombrado en una masa compacta de carne y sangre congelada. Incluso Forrix se sorprendió al ver a decenas de miles de víctimas de la IV Legión cayendo, partiéndose y rebotando en la piel metálica de las instalaciones de la Puerta del León.

La horda auxiliar de los Guerreros de Hierro estaba a aproximadamente medio kilómetro de la barbacana blindada que había protegido los accesos del sur, la estructura ahora una ruina humeante de metal y ferrocreto arruinado. Adelante, protegidos por generadores de campo de energía direccionales, tanques de asedio con cuchillas de empuje excavaron caminos a través de la ruina de mampostería y carne, mientras que los equipos pioneros con flamers y misiles de fospex despejaron los bunkers restantes del anillo exterior.

Encauzada por las crestas naturales y las paredes proyectadas del puerto espacial, la ola de asalto se desaceleró cuando llegó a las defensas, un mar de criaturas vivientes se apretó cada vez más cerca mientras el fuego se arrastró desde arriba y los proyectiles de mortero cayeron en bombardeos constantes. Con enemigos al frente y a los lados, y las armas de sus amos amenazando con la misma ruina detrás de ellos, los regimientos vasallos continuaron, cada guerrero confiando en que alguna forma de providencia, o tal vez patrocinio generado por deformación, los vería sobrevivir cuando millones de otros Ha caido.

Si los Guerreros de Hierro hubieran podido recurrir a tales hordas interminables e incuestionables en Bious, la campaña habría durado semanas, no meses. Fue el uso más crudo del poder en bruto, típico del

pensamiento de Kroeger. Pero en medio de la incalculable carnicería había un núcleo de brillantez. Kroeger no era un estratega maestro, no en el molde de Forrix o Perturabo, pero era un luchador, un luchador callejero que no le importaba el honor ni las formas de combate. Como Kroeger lo había dicho, reflejando tal vez un joven del que Forrix no quería saber más, a veces un shiv era más efectivo que una espada ancha si se empujaba al lugar correcto.

Continuó explicando algo de la tradición de su gente en Olympia, algo sobre comer las larvas encontradas cerca de su ciudad. La mayoría eran machos inofensivos, pero las hembras tenían picaduras ocultas, indistinguibles de los machos, excepto durante una temporada de apareamiento. Era un método de asesinato tradicional para ocultar a algunas mujeres en la comida de un enemigo. A través de esta prolongada analogía, Kroeger les había contado sobre su plan para llevar a mil Guerreros de Hierro al puerto espacial, escondidos entre los escombros vivos de las tropas vasallos.

Parecía estar funcionando.

Forrix fue uno de los miles de Guerreros de Hierro ocultos en la marea del ataque, su armadura en sistemas mínimos y cubierta de sangre, silenciosa para reducir las posibilidades de detección. Solo una inspección manual cercana lo distinguiría de la agitada ola de mortales, y solo el bombardeo indiscriminado que asaltó a la horda podría tomarlo por casualidad.

Las-fire se unió a los proyectiles de las armas más grandes que se encontraban a menos de cien metros de la muralla rota de la barbacana. Los niveles más bajos del puerto espacial bostezaron más allá, llenos de humo iluminado por un infierno que rabiaba en su interior, como si asaltaran la boca de algún antiguo infierno.

El suelo se estremeció con los impactos y el retroceso, haciendo que los que lo rodeaban perdieran el equilibrio. Se revolvió, se agachó y avanzó tambaleándose entre ellos, tratando de no revelarse en medio de sus luchas.

Con la boca seca, los corazones latiendo como un martillo de forja olímpico, salió a la sombra de las puertas rotas, que se elevaban cuarenta

metros por encima de él. Las granadas destellaron y los gritos de los moribundos se sumaron al estruendo, pero él no les prestó atención. Las ogryns mutantes trogloditas, más grandes incluso que un legionario, se estrellaron en las puertas laterales con brillantes mazos y martillos, mientras cientos de mortales menores ingresaron a las entrañas iluminadas por el fuego, solo para ser derribados por voleas de pelotones de defensores uniformados con ocre.

Los mutantes que rompen el asedio atravesaron su objetivo, abriendo las puertas de acceso de emergencia adyacentes al patio dentro de la barbacana. Los soldados continuaron avanzando, derribando las líneas de los defensores con números absolutos, mientras que Forrix y muchos otros se volvieron hacia la nueva avenida de ataque.

De hecho, un shiv, pensó, golpeando un pasillo lateral hacia la oscuridad del laberinto de mantenimiento del puerto espacial.

Actualización desde el frente

Apóstol del caos

The Utterblight

Karachee Flats, sesenta y nueve días antes del asalto

Al salir de debajo del enorme tren, Zenobi esperaba que fuera de noche y se sorprendió al descubrir que un extraño crepúsculo saludaba a las tropas que desembarcaban. Sus alrededores inmediatos estaban desprovistos de iluminación, excepto por el brillo de las rejillas de ventilación del reactor del tren y unas pocas luces encapuchadas estiradas en cables colgados entre los postes altos que se alejaban de las vías. Otros se arrastraban lentamente hacia adelante, con los ojos hacia arriba, y ella los miró con la boca abierta ante lo que vio.

El cielo nocturno estaba iluminado de color: ráfagas de rojo y púrpura, arcos abrasadores de verde y azul. Las estrellas fugaces eran un movimiento constante de movimiento a través de la bóveda de los cielos, más allá del cual un miasma cambiante de polvo brillante borraba las estrellas.

“Escombros”, dijo Menber, y Zenobi sabía que se refería a las chispas que caían.

“Guerra nula”. Ella pronunció las dos palabras en un susurro asombrado, apenas creyendo que estaba presenciando tal cosa.

“Sigue moviéndote”, gritó el teniente Okoye desde atrás. “¡Otros tienen que salir de la plataforma!”

Todavía mirando hacia arriba, Zenobi se unió a la horda de soldados que avanzaban por la pista débilmente iluminada, solo uno de una multitud de espectadores distraídos que se movían más por consenso de masas que por voluntad individual.

“¡Mira!” Alguien más adelante empujó un dedo hacia la mancha de luz anaranjada del atardecer. Una llamarada de blanco brillante ardió sobre él cuando una nave estelar paralizada se hundió en la atmósfera, arrastrando más chispas a medida que su casco se desintegró. Un coro de jadeos saludó

la vista, como una multitud observando las celebraciones del Día de la Unificación.

"Horus está en órbita …" Esto vino del sargento Alekzanda, traicionando su estoicismo normal. "El Warmaster está casi aquí".

"Si está ganando", respondió Kettai. "Hay muchos barcos y armas entre él y Terra".

"Recuerda lo que dijo Jawaahir: tenemos que asumir que los ejércitos del Señor de la Guerra aterrizarán", dijo Zenobi.

"No aquí", respondió Kettai. Apuntó hacia el noreste. El cielo más allá del horizonte era una fluctuación constante de colores, la intensidad de la batalla espacial como una aurora artificial. 'Himalazia. El Palacio Imperial ".

"Podría haber terminado antes de llegar allí", dijo alguien detrás de Zenobi.

La cabeza de Zenobi se volvió hacia un lado y luego hacia otro mientras intentaba ver todo, casi cayendo cuando su dedo del pie quedó atrapado en una rutina en el camino sin pavimentar. La casi caída le devolvió la mente al presente y sus alrededores.

"¿A dónde vamos?" Aparte de los débiles lúmenes en lo alto y el grueso del tren detrás de ellos, no había nada que ver. Pensó en las plataformas, simples losas elevadas de roca de roca, aparentemente en el medio de la nada. "¿Pensé que era Karachee?"

"No sé", respondió Menber, sacudiendo la cabeza. Miró a su alrededor y volvió a sacudir la cabeza. "No veo nada".

'¿Viste lo que les pasó a los demás? ¿Los que dejaron la empresa? "

"Nada, ya se habían ido para cuando bajamos del tren".

Zenobi se sumió en un silencio agitado y siguió a la enorme manada de soldados. Decenas de miles de ellos estaban caminando por este desierto sin rasgos distintivos; quizás incluso aquellos en el frente no sabían su destino.

Después de unos minutos, los postes de luz se detuvieron y la única iluminación provino de la pirotecnia orbital que continuaba brillando en aerosoles de láser y plasma.

A medida que los minutos se convirtieron en media hora y luego en una hora, la sensación de inquietud creció. El frío comenzaba a morder y los soldados lucharon por sacar abrigos más pesados de sus bolsos mientras seguían presionados y moviéndose. El teniente Okoye se abrió paso a través de la masa para ayudarlos, organizándolos en tríos que se ayudarían mutuamente, dos sosteniendo bolsas y equipo mientras el tercero se ponía el abrigo. Zenobi tenía la carga adicional de la norma, que cedió brevemente al cuidado de Seleen y el sargento Alekzanda, pero recuperó el momento en que se abrochó el abrigo.

“Pensé que esto era solo una transferencia, bana-teniente”, dijo Zenobi. “Ya hemos caminado kilómetros”.

“Sigue caminando, soldado”, respondió el teniente, pero por su actitud estaba claro que no tenía más idea de lo que estaba sucediendo que ninguno de ellos.

Siguieron caminando, dispersándose un poco más cuando el grupo se separó de la línea principal de avance. Zenobi escuchó gritos cuando los ejecutores dinásticos les ladraron a los que consideraban que se alejaban demasiado de su curso invisible. No había señales del Capitán Egwu ni de los oficiales de integridad, pero de vez en cuando Zenobi creía haber escuchado el murmullo de los motores y asumió que se había asegurado algún tipo de transporte para los rangos superiores. Ciertamente no podía imaginarse a Jawaahir caminando penosamente por el recipiente de polvo aparentemente interminable.

‘¡Luces!’

La llamada hizo eco a lo largo de la columna de las compañías en el frente, pero Zenobi no pudo ver nada en absoluto y sus consultas con sus compañeros más altos no arrojaron nada. Fue solo después de unos minutos más de anticipación cuando Menber habló.

‘Luces. Se ven como … Vehículos. ¿Reflectores?

La columna se desaceleró y luego se detuvo, aunque para aquellos que se encontraban a cierta distancia del frente, la razón del alto era invisible. Lentamente, pelotón por pelotón, comenzaron a cambiar de nuevo, avanzando solo unos pocos pasos cada minuto, hasta que finalmente la Primera Compañía del 64 pudo ver otra cabeza de ferrocarril a unos cientos de metros por delante. Era mucho menos imponente que la gran estación donde habían sido depositados por los helipuertos. Solo un laberinto de vías de conexión y docenas de locomotoras con múltiples chimeneas, mucho más pequeñas que la que las había traído aquí, aunque cada una de ellas todavía arrastraba una serpiente de carruajes de varios cientos de metros de largo. Intercalados entre los compartimentos de transporte había vagones blindados con torretas en sus techos y puertos de tiro más pequeños a lo largo de sus tramos. Todo estaba iluminado por los faros y lúmenes montados de una veintena de pistas. Cuando se llenó un tren, gimió bajo columnas de humo de escape, cada una serpiente de máquina de cerca de trescientos metros de largo. Compañía por compañía, los soldados de Addaba fueron canalizados hacia los transportes que esperaban y enviados hacia el este, hacia el brillo de la batalla orbital.

Una camarilla de oficiales de la compañía esperaba junto a la pista. Zenobi se sintió aliviado al ver al capitán Egwu entre ellos.

“El bloqueo orbital se ha derrumbado”, anunció el comandante de la compañía. Zenobi escuchó la respiración colectiva a su alrededor, su propio jadeo perdido entre la reacción de sus compañeros. ‘Las fuerzas del Warmaster irrumpieron en la atmósfera hace cuatro horas. Karachee ya ha sido objeto de bombardeos orbitales esporádicos, por lo que estamos evitando las estaciones de transferencia. Se esperan aterrizajes en Terra, pero nuestro destino y propósito siguen siendo los mismos “.

Un oficial de integridad, un hombre de rostro delgado llamado Oyenuzi asignado a Alpha Platoon, extendió un puñado de hojas de papel mientras Egwu continuaba.

Leaders Los líderes de escuadrón tomarán uno de estos y difundirán la información a su escuadrón. Detallan órdenes y comportamientos

específicos para minimizar la detección por escaneo orbital y sobrevuelo de aviones. Hay objetivos mucho más grandes y más importantes que media docena de trenes que cruzan las tierras árabes. Aun así, tenemos varios días de viaje por delante y cuanto menos atención llamemos, mejor “.

Se detuvo cuando un oficial subalterno apareció en la penumbra, las bobinas y la caja de un vox de largo alcance colgando de un arnés de hombro. Zenobi no estaba lo suficientemente cerca como para escuchar lo que se dijo, pero la urgencia en la expresión del joven y la reacción del capitán fueron suficientes para comunicar que las noticias no eran bienvenidas. La garganta de Zenobi se apretó con simpatía cuando Egwu comenzó una agitada y silenciosa consulta con el oficial de integridad y el puñado de tenientes cercanos.

Los que estaban detrás estaban inconscientemente pero inexorablemente empujando hacia adelante para ver o escuchar, creando una ola de presión contra los más cercanos al frente. Alguien pisó el talón de Zenobi mientras cambiaban de posición, con una mano apoyada en su hombro. Hubo quejas gruñendo a su alrededor, y ella vio codos e incluso puños arrojados cuando los soldados comenzaron a empujarse uno contra el otro.

“¡Tenemos que movernos!”, Gritó Kettai, señalando con la mano a uno de los agentes que se alineaban al costado del tren. Un grupo de soldados del pelotón, incluido Zenobi, avanzó varios pasos, tratando de dejar más espacio, pero este vacío simplemente atrajo a los que estaban detrás, haciendo que una ola fluyera a través de la creciente multitud de soldados que esperaban.

Entonces las luces se apagaron.

La repentina oscuridad succionó a Zenobi, quitándole el último nervio de su cuerpo. Un chillido de un grito escapó de sus labios antes de reprimir el miedo. Gritos mezclados de pánico y enojo rompieron la quietud de la noche.

Zenobi dio otro paso, torciéndose el tobillo en una roca enterrada. Extendió una mano y agarró un brazo para evitar caerse, con el corazón palpitante

mientras imaginaba la compañía surgiendo hacia adelante, pisoteándola en los momentos de su caída.

“Constante”. Fue el sargento Alekzanda quien agarró su abrigo, manteniéndola erguida. Se dio vuelta, con los dientes al descubierto mientras reprendía a los soldados directamente detrás de ellos. Sus ojos se estaban acostumbrando a las tenues iluminaciones de la batalla orbital, el contorno del tren y la gente que se concentraba enfrente de ella.

Una pequeña linterna apareció desde la izquierda, iluminando al ejecutor que la llevaba. El grupo de oficiales se separó, los tenientes se apresuraron hacia el crepúsculo.

“¡Todos, suban al tren ahora!” Ladró Okoye, golpeando el hombro de Menber, casi empujando al soldado hacia la locomotora. ‘Por escuadrones y pelotón. ¡Ahora ahora ahora!’

Fue la peor decisión posible.

Como el agua a través de una presa rota, los soldados del cuerpo de defensa irrumpieron, asustados por la oscuridad y luego aterrorizados por el comando repentino. Agarrando con fuerza el poste del estandarte, su pistola láser y su bolsa de mano golpeando su costado, Zenobi comenzó a avanzar, fue atrapada con su vecina y cayó. Las manos la agarraron por los hombros y la empujaron hacia arriba, y fue impulsada hacia la puerta del tren más cercana, un conjunto de escalones de metal doblados hacia abajo para acceder. Ella recuperó sus pies antes de que tuvieran que ser arrojada a bordo, luchando con sus cargas de lado a través de la puerta incluso cuando Kettai se empujó a su lado.

Por el mismo milagro por el que siempre parecía estar por delante de su escuadrón, el sargento Alekzanda estaba en la escalera justo al otro lado de la puerta, reuniendo a los recién llegados.

‘Al otro lado, hasta el final. Al otro lado, hasta el final “.

Los soldados se amontonaron en la oscuridad del compartimento. Tenía unos treinta metros de largo, seis de ancho, y la única luz brillaba a través

de una fila de pequeñas ventanas que corrían a lo largo de la unión entre la pared y el techo. Había redes de hamacas agrupadas en el techo y los bancos que corrían en forma transversal a lo largo del carruaje tenían bolsillos de tela para aquellos que estaban sentados detrás para guardar pequeñas posesiones. El vagón estaba dividido en toda su longitud por una delgada celosía, a través de la cual Zenobi podía ver a otros subiendo al tren. Las maldiciones siguieron a los soldados mientras negociaban su camino alrededor de bancos de madera con taquillas debajo, navegando por espinillas magulladas y rodillas golpeadas hasta que encontraron espacio.

Con los soldados llegó la espuma de la especulación murmurada.

"Enemigo en camino, escuché".

"Algo nos ha descubierto".

"Debe ser un barco en órbita".

'Ataque aéreo, dijo ella. Definitivamente ataque aéreo ".

"Escuché al capitán decir que teníamos que movernos en cinco minutos".

"No hay forma de que todos estemos a bordo para entonces", dijo Menber en respuesta a este último reclamo.

Zenobi se subió a un banco para mirar por la ventana y vio figuras que fluían entre los vagones, dirigiéndose a otros trenes en vías paralelas. Un gruñido anunció que los motores arrancaban, y con una sacudida unos segundos después, el tren comenzó a moverse, casi derramando a Zenobi del banco.

'¡No! ¡Alto! —Gritó ella, como si el conductor la escuchara, doscientos metros más arriba de la pista. "¡Hay gente que pasa!"

Presionó su rostro contra la ventana para poder mirar a través de los reflejos en la oscuridad, otros alrededor de ella subiendo a los bancos para mirar también. El tren se movía a gatas, y aún algunos de los soldados se atrevían a lanzarse entre los vagones. No podía ver, pero escuchó gritos ya que

algunos de ellos no fueron lo suficientemente rápidos y desaparecieron bajo el metal de las ruedas.

Dándose la vuelta, miró a las tropas apiñadas para ver que las puertas aún estaban abiertas. Alekzanda y algunos otros estaban allí, arrastrando a los recién llegados a través de la abertura mientras corrían junto al vehículo en movimiento. Un poco más cerca en medio de la misa estaban los uniformes de los oficiales, Egwu entre ellos.

Ahora había personas que iban a bordo de ambos lados, pero la velocidad de su abordaje se había reducido a una persona cada pocos segundos, no el constante apuro que había recibido el comando original. El tren estaba acelerando, pasando de una caminata a un trote, lo suficiente como para que aquellos que lo habían estado persiguiendo comenzaran a quedarse atrás, las piernas no acostumbradas a correr dando paso al cansancio después de unos pocos cientos de metros.

La pista se curvaba hacia la izquierda. A través de la ventana, Zenobi pudo ver grupos de soldados abandonados recortados contra el brillo de las luces en el horizonte. Destellos más brillantes brillaron a través de la noche. Un coro de grietas distantes atravesó el sonido del tren.

“¡Bolters!”, Gritó alguien. Más pequeñas bengalas de rojo atravesaron la penumbra, convergiendo en las manchas de sombra más oscura que dejaron los soldados. Un repentino destello de fuego de bozal iluminó la distancia y un trueno de fuego rápido se desplazó después de los trenes que partían.

Unos segundos después, una explosión iluminó la distancia media, destacando brevemente los edificios destartalados que bordeaban la pista, una estación improvisada que la noche había ocultado. Zenobi se estremeció por el brillo, la repentina luz abrasó su visión. Pero en el instante anterior a la ceguera momentánea, pensó que había visto figuras blindadas contra la ola de llamas.

Bajó del banco y arrastró su mochila y su pistola láser a su regazo, dejándose caer en el asiento en un silencio aturdido.

“¿Los viste?”, Susurró Menber, inclinándose sobre el respaldo del banco desde atrás.

Zenobi miró hacia adelante, sin mirar realmente nada, su visión empañada por el shock.

“No estoy seguro de lo que vi”.

Levantó una mano temblorosa para limpiarse la frente. Su abrigo ahora estaba caliente entre la multitud de soldados y sus cortos rizos de cabello enmarañados por el sudor de los breves pero repentinos esfuerzos que la habían llevado al tren. Su intestino estaba girando y su pulso era insoportablemente fuerte en sus oídos, tamborileando incesantemente como un martillo de forja. Todo lo demás estaba silenciado, cientos de conversaciones tenían lugar en una habitación vecina.

En ese momento supo que la guerra era real. No fue una batalla distante más allá de las estrellas. Ni siquiera era un conflicto futuro al final de una línea de tren, para luchar alrededor de los muros del Palacio Imperial. La gente de Addaba estaba muerta ahora, asesinada por la violencia de la lucha entre el Emperador y Horus. Probablemente, miles de personas murieron en las líneas de producción, trabajaron más allá de su límite, resultaron heridas por máquinas que deberían haberse mantenido mejor, sus cuerpos envejecidos por el mayor esfuerzo del esfuerzo de guerra. Pero eso fue diferente. Eso fue en casa, donde serían recordados, sus cuerpos llevados al fuego final. ¿Qué pasaría con los que habían dejado en las Árabes? ¿Ella conocía a alguno de ellos? ¿Serían extrañados?

De repente fue tan grande e impersonal.

¿Alguien la recordaría?

Gotas de agua cayeron sobre sus manos y durante varios segundos estuvo confundida, incapaz de reconocer sus propias lágrimas.

Llanuras Katabatic, dieciocho horas desde el asalto

Bajando la rampa de la nave, Abaddon hizo una pausa por un segundo antes de pisar la tierra ensangrentada de Terra. Se detuvo unos metros y miró a su alrededor, por primera vez viendo el asedio desde abajo en lugar de desde arriba. Detrás de él vino un guardaespaldas de Hijos de Horus, pero una mano levantada los detuvo cuando desembarcaron.

“Espérenme aquí”, les dijo, volviéndose hacia los restos rotos de una torre de defensa que Layak había elegido para ser el sitio de su ritual. El suelo estaba cubierto de cadáveres de soldados del Ejército Imperial, piel manchada, lenguas colgando, muertos por alguna enfermedad mortal o veneno.

Al pasar a la ruina, Abaddon se encontró con Layak en una sala central. En las horas previas a la partida del Espíritu vengativo, había estado ausente de la presencia de Abaddon, inusualmente, y el comandante de los Hijos de Horus había encontrado la experiencia en parte un alivio y en parte llena de sospecha. Con la premisa de que uno debería mantener a sus enemigos cerca, estaba seguro de que no debería dejar a Layak fuera de su vista, por todo lo que el Portador de la Palabra disfrutó de un apoyo casi incomparable del Señor de la Guerra.

Ahora se encontraba muy cerca del Apóstol Carmesí y opinaba firmemente que la ausencia siempre era preferible. El hechicero había seleccionado una de las posiciones de defensa invadidas, un bastión de las defensas exteriores directamente al norte del puerto espacial de la Puerta del León. A través del techo roto, Abaddon pudo ver la lanza del puerto llegando a las nubes de tormenta.

Evidentemente, el bastión había cambiado de manos varias veces y nadie se había molestado con el gasto de energía requerido para eliminar a los muertos. Los pasillos y los pasillos estaban llenos de bajas de ambos lados: en su mayoría humanos, pero unos pocos humanos, mutantes. Había dos cuerpos blindados, en la librea de la Legión de Mortarion. El bastión estaba ubicado cerca del eje central del primer asalto de la Guardia de la Muerte, a más de mil kilómetros de la Puerta del León.

“¿Por qué aquí?”, Gruñó Abaddon. “¿Cómo llevará esto a Perturabo al puerto espacial?”

Layak hizo un gesto hacia el suelo. Los comedores de carroña se arrastraron por los cuerpos, milpiés gigantes, ratas mutantes y escarabajos de espalda negra, impermeables a los humos tóxicos que yacían como una nube hasta los tobillos en gran parte de las llanuras catabáticas. Los hongos crecieron con vida extraña, hinchando nubes de esporas en el aire contaminado.

God El Dios de la Decadencia ya ha pasado la vista por este lugar y lo ha encontrado agradable. La barrera para el Neverborn no proviene del puerto de Lion Gate, sino del Emperador. Es desde el corazón del Palacio que erosionaremos el escudo “.

Tifón de la Guardia de la Muerte también estaba allí, agachado junto a un cadáver distendido, permitiendo que un artrópodo segmentado se arrastrara alrededor de su mano como una mascota obscena. Desde que Abaddon lo había conocido por última vez, Calas Typhon había cambiado tanto como su padre genético. Abaddon recordó que Mortarion lo había llamado Tifus, como si la transformación de su cuerpo necesitara una nueva identidad. Aunque todavía llevaba su pesada placa Terminator, al igual que Abaddon, tenía una extraña corrosión, la ceramita estaba cubierta de lesiones como huesos enfermos. Los embudos de aspecto orgánico se extendían desde el caparazón a través de la planta de energía sobre su espalda, un humo de insectos zumbidos constantemente se filtraba. Un cuerno sobresalía de la frente del timón de Typhus, que recordaba a los emisarios del Dios de la Decadencia que Abaddon a veces presenció en la cámara de urdimbre del Señor de la Guerra. La Guardia de la Muerte portaba una guadaña larga, una réplica más pequeña del arma de Mortarion. Su hoja picada brillaba con una luz sobrenatural, un brillo pálido en la niebla de la muerte.

Perturabo llegó poco después, su comportamiento agrio llenó el bastión tanto como su bulto. Su presencia era más opresiva que la de Horus, su mirada era un desafío para cualquiera que se atreviera a enfrentarla mientras barría la cámara en el corazón del bastión.

“Sus compañeros mecánicos deben esperar afuera”, dijo Layak, señalando hacia el Círculo de Hierro que avanzaba por la puerta detrás del primarca.

“¿Enviar a mis guardias para que me quede solo entre algunos de los guerreros más poderosos de la Legión?” Perturabo volvió la cabeza hacia

los esclavos de la espada, que estaban un poco alejados de Layak. ‘Todos sabemos cómo el engaño es la esclava de la brujería. No he olvidado cómo Fulgrim se ganó su transformación a mi costa “.

Los esclavos de la espada de Layak se volvieron uno y partieron por un arco. El Apóstol Carmesí mantuvo su mirada inhumana sobre el primarca, su voz templada por la paciencia.

‘Tu presencia no es necesaria, Señor del Hierro, si deseas irte. Usted fue invitado para que pudiera observar, como lo solicitó. Sus mentes sin alma perturban las cualidades etéricas del ritual “.

Con su propia orden reflejada en él, Perturabo no tuvo más remedio que cumplir, y el Círculo de Hierro se retiró, chocando contra una antesala. Cuando se fueron, Layak entró en el centro de la habitación. Su mirada se movió de una a la siguiente, luego se detuvo, sus palabras destinadas al primarca.

‘Si le preguntaras a Magnus o a uno de sus Mil Hijos sobre la naturaleza de la urdimbre, llegarías a una comprensión muy diferente de lo que te mostraré. Los místicos de Prospero analizan la urdimbre como analogía, pensando que pueden discernir patrones, leyes y ecuaciones de sus movimientos. Si bien tiene estados de ánimo, fases y texturas, la urdimbre es una ley en sí misma, y así es como la arrogancia de Magnus lo llevó a la locura. Debe abandonar cualquier sensación de que hay una ciencia que aprender y, en cambio, centrarse en el concepto de ritual y fe “.

Perturabo gruñó, escuchando atentamente cada palabra. Abaddon no estaba seguro de si era prudente impartir demasiados detalles al Señor del Hierro. Perturabo se destacó en perfeccionar lo que otros comenzaron y crear maravilla de la nada. Armado con un conocimiento más profundo de los poderes, puede que no haya límite a lo que su imaginación y habilidad podrían conjurar.

‘Piense en nuestro lugar dentro de la urdimbre como una relación, emocional más que física. Así como tú y yo tenemos un contexto mutuo que está separado de nuestros cuerpos: nuestro pasado, nuestras actitudes mutuas, nuestras experiencias compartidas. Estos no pueden ser

catalogados. Desafían el cálculo. Incluso podrían ser mal recordados o imaginados. Sin embargo, para la urdimbre, todo eso es real, mientras que lo físico es irreal “.

“No estoy seguro de comprender completamente tu significado, pero continúa”, dijo el primarca.

Ritual El ritual que solíamos permitir que tus hermanos aterrizaran en Terra tenía un componente físico y uno espiritual. Slaughter jugó su parte. Layak agitó una mano hacia los cadáveres que los rodeaban. ‘La matanza no tiene sentido sin emoción. Si talara un bosque de árboles terminaría con tanta vida, pero nadie lo llamaría matanza y no podría usarlo para invocar la manifestación más pequeña de los poderes. La muerte es intangible, como lo es el miedo, el odio, la ira. Estas son las energías de la urdimbre, el sustento de los dioses. Lo físico crea lo espiritual. Cuando los dos se moldean y se dirigen de manera apropiada, se establece un vínculo y puede ocurrir un paso entre los reinos “.

“Veo tu significado más claramente”, dijo Perturabo. “¿Y cómo se conecta el vínculo?”

“Ese es el arte, no la ciencia”, ronroneó Layak. ‘Es la creencia la que da forma a todas las cosas, y la dedicación de corazón a los poderes. Las palabras, los símbolos y las acciones siguen siendo propiedades físicas del ritual, para ayudar a dar forma a la fe que surge desde adentro. He estudiado estos misterios durante años, para suavizar el pasaje, pero es mi fe la que crea el vínculo entre mí y los dioses. Por sus bendiciones, deben entregarse a ellos “.

Abaddon vio que los ojos de Perturabo se estrechaban.

“¿Como mis hermanos?”

‘Eso es solo una forma. Se han tomado un patrón y se han formado por sus deseos internos. Los dioses están colectivamente felices de recibir tu adoración “.

‘¿Adoración? ¿Dioses? Perturabo claramente luchó con los conceptos, aunque ya sea intelectual o dogmáticamente era imposible saberlo.

“Una vez seguiste a un dios, aunque Él no te dejaba llamarlo así”. Layak miró ahora a Abaddon. “¿Por qué no servir poderes que otorgan favor a cambio, en lugar de despreciar tu amor y dedicación?”

“Estamos aquí para un propósito más específico”, gruñó Abaddon, incómodo bajo la mirada del Apóstol Carmesí. “Para romper la barrera que protege el puerto espacial”.

Layak se agachó, hundiendo sus dedos hacia las vísceras expuestas de un cuerpo a sus pies. Los insectos se escabulleron y se agruparon alrededor de los pies de Typhus como pollitos que buscan protección contra su gallina. El hechicero de los Portadores de la Palabra se puso de pie, sacando una cuerda de intestino. Estaba claramente enfermo, marcado por ampollas pálidas y costras oscuras.

Gods Los dioses se deleitarán con la luz del Emperador y al hacerlo la extinguirán. Debemos empoderarlos con nuestras oraciones y sacrificios, dándoles fuerza con nuestra fe, dándonos a ellos para que puedan proveernos. En nuestro compromiso les otorgamos energía. Llegamos a este mundo en un momento propicio, cuando la urdimbre se fortalece y el poder físico del Emperador disminuye. El mismo adelgazamiento del velo entre reinos que permitió que nuestras naves penetraran en el sistema estelar también acerca el aliento de los dioses “.

Hablar de extinguir la luz del Emperador, y lo que los Dioses del Caos pretendían para la humanidad, se sentó incómodo con Abaddon, pero él no dijo nada. Perturabo estaba incómodo por una razón diferente.

“Hablas en metáfora, nublando la verdad con tonterías esotéricas”. El primarca flexionó los dedos con agitación. ‘No escondas tus conocimientos con estos acertijos. Habla en términos claros “.

“Regreso a mi punto inicial”, dijo Layak, mirando el órgano en su mano. ‘Lo físico y lo inmaterial. La sala de telaethesic es generada por el Emperador mismo. El es lo físico. No hay ninguno, excepto quizás Magnus,

que pueda romperlo en oposición directa, y mataría a tu hermano al hacerlo. La única forma de eliminar la barrera es acumular tal presión del material que su creador no puede sostenerla. Y, como sabrán, maestro de asedios, la mejor manera de apoderarse de un muro es desde adentro como desde afuera “.

“¿Tenemos que estar dentro de la sala?”, Gruñó Perturabo. “¡Pero es para entrar al puerto lo que necesitamos para derribar la barrera!”

“No es así, señor del hierro”, dijo Abaddon. ‘Quizás necesitamos la presencia de tus hermanos para la victoria, pero se puede hacer una violación de antemano. ¿Su plan seguramente no se basa en que Angron lidere la carga hasta los puentes? “

“No.” Perturabo fulminó con las dagas al Primer Capitán. “Puedo abrir las puertas por medios convencionales”.

“Eso es bueno”, dijo Layak. ‘Podemos comenzar la unión de lo inmaterial antes de que necesitemos crear lo físico. Algo para comenzar el proceso, se podría decir. ¿Te acuerdas de Samus?

“¿El demonio que casi destruyó la Falange?”, Dijo Perturabo. “Ese fue un plan magistral, aunque Dorn finalmente lo frustró”.

‘Pudimos insertar a Samus en una posición tan vulnerable al implantar una conexión en la forma de Mersadie Oliton, que ya estaba vinculada a la entidad por una experiencia compartida. Para romper las barreras de la naturaleza que enfrentamos aquí, para crear una puerta de enlace a través de la sala de telaethesic, uno puede usar un recipiente físico para enmascarar la presencia de Neverborn o anclarla. Ningún demonio puro puede pisar Terra todavía, pero nuestros aliados demonio primarca pueden hacerlo debido a su naturaleza física. Aunque ahora están hechos del inmaterio, aún dejan una huella en el universo real que les da su presencia … solidez. Del mismo modo, mis hermanos poseídos y ciertos artefactos de nunca nacidos han sido traídos a la superficie debido a su físico “.

“¿Y qué vas a usar?” Typhus se acercó, un humo de pequeñas moscas saliendo de la rejilla de su timón mientras hablaba. ‘¿Por qué estoy aquí?’

“Te has convertido en el anfitrión de la Colmena Destructora, y eso te da un poder considerable”, dijo Layak. “Tu voz hace eco en la urdimbre y hay una que debes ayudarme a llamar”.

“¿Qué convocarás?”

‘Samus pertenece a una orden de Neverborn the Word Bearers llamada Heraldos de la Tormenta de Ruinas. Hay uno para cada uno de los poderes, fuerte a favor de sus patrocinadores. Tu abuelo, el Señor de la Decadencia, puede enviarnos una criatura que se llama Cor’bax Utterblight “.

“Pensé que habías dicho que ningún demonio puede ser convocado a la superficie de Terra”, dijo Abaddon.

“Y estamos afuera de la sala”, agregó Perturabo. “¿De qué sirve una entrada de criatura prohibida tanto como mis hermanos distorsionados?”

“Ningún demonio puede manifestarse”, dijo Layak bruscamente. ‘Samus era un Neverborn del alma, trabajando a través de las mentes de aquellos que buscaba. Todos los Heraldos de la Tormenta de la Ruina son tales, su mayor poder es la corrupción del pensamiento, no del cuerpo. El Utterblight no necesita tomar forma para comenzar su trabajo. La vida dentro de la muerte. El aliento en tus labios. Es el Espíritu de la Esperanza, sembrado en los corazones de todos los humanos “.

Mientras hablaba, el intestino comenzó a moverse en sus manos, un pulso lento ondeando a lo largo de su longitud. El pulso se hizo más vigoroso, se retorció y luego salió del cadáver como una serpiente víscera. Con una lágrima húmeda, el órgano se desprendió del cuerpo, su extremo irregular crecía como una mandíbula, hileras de colmillos brotando de la carne pálida.

“He aquí el gusano cósmico, el gusano cruach que se alimenta del universo”, declaró Layak. Extendió la masa en espiral hacia Tifus, que extendió un brazo para que se arrastrara, girando alrededor de la muñeca y el antebrazo.

“Una maravilla”, dijo el Guardia de la Muerte, girando su mano de un lado a otro para examinar a la entidad. “Un zarcillo de los gusanos que cavan en el jardín de Nurgle”.

“De hecho, eso se abre camino a través de toda la existencia: los gusanos de la entropía”. Layak se agachó y golpeó su puño a través del cofre de otro cadáver. Abrió el esternón roto y luego alargó la mano para liberar el corazón que había dentro. Parecía una pequeña cosa arrugada en su palma. ‘La fuente de la vida. El asiento del amor. La bóveda de la esperanza, el coraje y el desafío “.

El portador de la palabra levantó el corazón y comenzó a cantar en una lengua extraña, la luz de la bruja jugando alrededor de su mano. Abaddon sintió que algo tiraba de él, un agarre insustancial que se burlaba de sus propios corazones y parecía arrancarle las arterias del pecho. Intentó recuperar el aliento pero se encontró incapaz, como si se estuviera ahogando.

Su mirada se dirigió a Perturabo, que observaba los procedimientos intensamente, sus ojos se movían de un componente del ritual al siguiente, sin detenerse por mucho tiempo en Layak o Typhus o sus espeluznantes pertrechos. El canto de Layak se hizo más fuerte y el brillo de la urdimbre se intensificó, con el corazón en sus manos como una débil luz amarilla.

Los corazones de Abaddon casi se habían detenido, tan lento fue su latido, pero no pudo respirar para pronunciar un mandato y su cuerpo parecía paralizado. Miró el corazón en la mano del hechicero y lo vio latir, al ritmo del ruido sordo en su pecho. Solo su corazón humano funcionaba; su órgano secundario era como un peso inútil detrás de su esternón. Su corazón latió de nuevo y la cosa en los dedos de Layak se retorció en simpatía. El hechicero se volvió hacia él entonces, ofreciendo el corazón como un premio.

Abaddon levantó la mano para tomarla, casi retirando los dedos hacia atrás mientras el corazón bombeaba una vez más a su ritmo, ganando ritmo y velocidad. Los seis ojos de Layak se clavaron en él, volutas amarillas en la niebla y las moscas, moviéndose dentro y fuera de foco cuando la falta de oxígeno comenzó a afectar la visión de Abaddon.

Cuando la ofrenda se dejó caer en su palma, Abaddon sintió un momento de liberación y respiró hondo y tembloroso. Ahora sintió un pulso triple, de sus propios corazones y el órgano en su mano, golpeando al unísono entre sí.

De Typhus, la serpiente intestinal se alzó como si oliera a presa, con la boca llena de dientes abierta, barriendo de izquierda a derecha en una búsqueda sin ojos. Abaddon dio un paso más cerca, extendiendo el corazón palpitante y brillante. La serpiente intestinal se destacaba directamente del brazo de Tifus, como una cobra en crecimiento, un gorgoteo saliendo de su garganta ondulante.

Descendió con un propósito, sin golpear rápidamente, pero casi delicadamente arrancando el corazón de la palma del guante de Abaddon. Dejando una cuerda de baba espesa, retrocedió, el paso del corazón en sus entrañas visible por el bulto que recorrió su longitud.

El canto de Layak se reanudó, se volvió más estridente, casi un chillido. La serpiente intestinal comenzó a tejer de un lado a otro, y saltó de Tifus a vibrar por el suelo, temblando como si sintiera dolor. Se enroscó sobre sí misma, los dientes se hundieron en su propia carne por donde brillaba el brillo del corazón. Los dientes afilados como cuchillas abrieron su carne con facilidad, y se tragó el corazón nuevamente, masticándolo por dentro. Comenzó a hincharse mientras comía, las espinas y las escamas se desprendían de la superficie, las hileras de alas emparejadas se partían en la forma de una polilla que emerge de su capullo.

Levantando del suelo con un zumbido de docenas de alas, la criatura serpentina escalada tejió alrededor de las piernas de Layak, moviéndose a tiempo al ritmo de su voz. Se movió hacia su bastón de iconos, y luego alrededor de su cabeza, formando un halo obsceno. Luego ascendió, revoloteando a través de la cámara, enrollando y desenrollando como si estuviera en juego, creciendo aún más hasta que su circunferencia era tan ancha como la cintura de Abaddon.

Con un chillido que se hizo eco de la máscara de Layak, se lanzó hacia abajo, lanzándose a la pila de cadáveres frente al hechicero. Como un taladro láser, se enterró rápidamente en el montón de charnel. Tenía varios metros de largo, mucho más grande que la profundidad de los cuerpos, pero

continuó hacia abajo, desapareciendo en el suelo. Cuando su cola se desvaneció en las vísceras expuestas, Abaddon vio por un momento una flor floreciente hecha de cartílagos y venas, un agujero giratorio en el centro, antes de que los repugnantes pétalos se cerraran y la herida estallara en una pila de carne supurante atada con cientos de gusanos. .

Con un grito ahogado, Layak tropezó hacia atrás, los ojos se oscurecieron. Abaddon no hizo ningún movimiento para ayudarlo, pero observó cómo el Portador de la Palabra se enderezaba y se apoyaba un poco en su bastón.

“Hermoso”, susurró Tifus.

“Está hecho”, gruñó Layak. Giró tres pares de ojos hacia Perturabo. “El Utterblight comenzará a excavar en las almas de los defensores, ahora es el momento de que inicies tu ataque”.

El primarca examinó la cámara, examinando a Layak y Typhus, los cadáveres donde el gusano-demonio había desaparecido. Él asintió, una vez, y luego se fue sin decir una palabra. El sonido del Círculo de Hierro que se unía a él reverberó a través del bastión.

“Ahora volvemos a Horus”, dijo Abaddon.

“No, todavía no”, respondió Layak. Ritual El ritual debe completarse dentro de la sala, cuando el Utterblight ha reducido la barrera lo suficiente. Tifus, regresa con tu primarca y continúa tus asaltos. Sepa que cada cadáver plagado de enfermedades alimenta al gusano cruach y lo hace más fuerte “.

“Haremos un banquete para el Utterblight”, prometió el hechicero de la peste, levantando su guadaña en señal de saludo.

Abaddon lo vio irse y luego se acercó a Layak. Se detuvo, a dos pasos del alcance de las armas, consciente de los esclavos de la espada que habían entrado en silencio en la cámara detrás del Portador de la Palabra.

“¿Qué me hiciste, hechicero?”, Gruñó, reteniendo el impulso de apoderarse de Layak y golpear la respuesta de él.

‘Te di una idea de lo que vendrá. El más mínimo indicio de lo que su padre genético ha soportado para ganar su poder. Cuando se presente ante los dioses y exija su apoyo, debe entregarse a sí mismo por su favor “.

“¿Y soy yo … el ritual, de alguna manera me unió a esa criatura?”

‘No, usted está libre de cualquier negociación o influencia. El destino de Typhus es que el gusano estelar sea atraído, no el tuyo. Esta no será la última vez que Typhus busca el gusano de la entropía para sus diseños “.

“Hablas de asuntos más allá del final del asedio”.

La victoria o derrota de “Horus” no es el final, es el principio. Layak se dio la vuelta, dio un paso y miró a Abaddon. “Con el tiempo abrazarás ese destino”.

Abaddon observó al Portador de la Palabra partir, su humor agrio. Pensó en el Señor de la Guerra y sus hermanos, los cambios provocados en Tifus y sus compañeros, y en el Nunca Nacido y poseía lo que había visto en la corte de Horus: Tormageddon y otros. Podía ver claramente qué precio exigían los poderes, más allá de la simple lealtad. Layak parecía convencido de que Abaddon algún día lo pagaría voluntariamente. ¿Qué estaba dispuesto a dar para servir a su padre y hermanos?

El fantasma

Creencias peligrosas

Suministros cortos

Zona de cuarentena del Palatine Arc, Barracks-C, dos días después del asalto

Varias pesadillas diferentes habían atormentado a Katsuhiro desde que había llegado a la línea de defensa. Al entrar dentro de las paredes, había esperado que quizás sus torturas nocturnas terminarían. Como todas las esperanzas que había nutrido desde su llegada, esa era otra que debía ser aplastada por la realidad.

Murmuró en su litera, atrapado en una visión en la que su piel y carne se caían pieza por pieza. No sintió dolor, pero quedó un esqueleto desnudo, musgo verde y gris que crecía de sus huesos mientras yacía en una tumba poco profunda. El musgo se espesó hasta convertirse en músculo fresco, dándole una nueva forma, y las flores florecieron en su verde no cadáver. Todo el tiempo escuchó cantos, sin palabras, pero las notas como una cascada, a veces ligeras y refrescantes, otras veces en auge y poderosas.

No era el sueño lo que era la pesadilla, sino el despertar.

Esta noche fue arrancado del abrazo de la muerte de la planta por Chastain irrumpiendo en el dormitorio que compartía con otros cincuenta guardias. Todos ellos eran veteranos del exterior. Ya nadie lo llamó la primera línea o las defensas externas. El exterior era todo lo que tenían que decir. “Estaba en el exterior, ¿verdad?” Incluso a través de los pedos y los ronquidos, todos los hombres y mujeres se despertaban con los fuertes pasos de la nueva llegada, sus sentidos apuntados a cualquier peligro potencial, una paranoia que incluso kilómetros de paredes altas y armas las torres nunca se tranquilizarían por el resto de sus vidas.

“¿Cuál es la raqueta?”, Preguntó el sargento Ongoco.

“¡Hay algo en el comedor!”, Les dijo Chastain. “¡Consigue tus armas!”

“¿Dónde está el oficial de la guardia?”, Preguntó Ongoco mientras Katsuhiro y los demás salían de sus literas. Katsuhiro esquivó a un lado

cuando el cabo Lennox en la litera sobre él cayó directamente al suelo.

“¡Rápido, olvida tus camisas!” Chastain se cernía sobre las puertas con el rostro ceniciento y los ojos muy abiertos, y luego desapareció de nuevo en el pasillo.

Con los pies descalzos sobre el piso de ferrocreto barnizado de los cuarteles, la Compañía de la Segunda Guardia de East Wall los siguió, tomando las pistolas láser de los estantes de la pared mientras fluían hacia el pasillo.

Katsuhiro tenía aproximadamente cinco años desde el frente de la línea, Lennox a su lado.

“¿Por qué no hizo sonar la alarma?”, Preguntó Katsuhiro. Lennox se encogió de hombros en respuesta.

El desastre estaba a solo cincuenta metros, probablemente la razón por la que Chastain se había dirigido al dormitorio en lugar de a la estación de vigilancia en el piso de arriba. Con la pistola en la mano, Katsuhiro siguió a los demás a través de las puertas dobles hacia un amplio salón lleno de mesas y bancos, lo suficiente para que se sentaran quinientos soldados al mismo tiempo. La única luz provenía de lúmenes naranjas opacos colocados en las paredes, apenas lo suficiente como para ver las vagas formas de los muebles.

Las escotillas de servicio en la pared del fondo estaban cerradas con persianas de plastil, pero una luz más pálida brillaba a través de los huecos de las cocinas más allá, balanceándose y sumergiéndose como si la fuente se moviera de un lado a otro.

“Primer y tercer escuadrón conmigo”, llamó Ongoco, sin molestarse en esperar para ver si aparecía algún oficial. Señaló las puertas a la derecha de las persianas. ‘Segundo y cuarto, de esa manera. Quinto sostenga la parte trasera “.

Parte del segundo escuadrón, Katsuhiro se apresuró hacia las puertas de la derecha. La luz se extendía a través de las grietas entre y debajo, ondas

blancas teñidas de verde. Sus cabellos se erizaron sobre sus brazos y la parte posterior de su cuello cuando percibió un olor extraño. Me recordó un dosel del bosque y hojas molidas debajo, aunque nunca había visto algo así. Mientras Lennox alcanzaba la puerta, Katsuhiro tuvo un destello del sueño, el aroma terroso del mantillo se suavizó bajo su forma renaciente.

“Armas listas”, gruñó el cabo, con la voz quebrada cuando dedos temblorosos se enroscaron alrededor de la manija de la puerta.

Katsuhiro levantó su pistola láser, Spilk y Kalama a cada lado de él con las armas preparadas también.

Lennox abrió la puerta y el trío dio un paso adelante, Spilk giró a la izquierda, Kalama a la derecha mientras Katsuhiro estaba enfocado hacia adelante.

La luz venía de todas partes, destellando desde las superficies reflectantes de los enormes hornos y las estufas, bailando alrededor de los accesorios de lumen latentes, brillando en las filas de sartenes colgadas en los ganchos de las paredes. El ruido sordo de las puertas que se abrían en el otro extremo les llamó la atención, las armas apuntando hacia el sargento Ongoco y su escuadrón.

Katsuhiro avanzó, permitiendo que el resto del segundo escuadrón entrara a la cocina, el cañón de la pistola balanceándose hacia las sombras proyectadas por la luz errática. Los azulejos estaban fríos bajo los pies, la sensación ayudaba a mantenerlo conectado a tierra en medio del brillo de otro mundo. El olor de la naturaleza se hizo más fuerte y Katsuhiro creyó oír el sonido del viento en los árboles, el susurro de las hojas y el crujido de los gigantes arbóreos.

“¡Ahí!” Kalama apuntó con su pistola láser hacia un parche de pared entre las chimeneas de dos hornos de pan. La luz ondulaba sobre el ladrillo desnudo, filtrándose a lo largo de las líneas de mortero. El polvo se desmoronó donde tocó, cada mancha cayó lentamente, brillando como una pequeña partícula de luz.

Parpadeando, Katsuhiro creyó ver un contorno en las motas reunidas. Instantáneamente pensó en un hombre, hermoso y fuerte, con un brazo extendido hacia los soldados.

Oyó a Spilk gruñir de asco y el zumbido de una célula de energía cargando.

“¡No!” Katsuhiro golpeó la pistola láser de su compañero hacia arriba mientras apretaba el gatillo, el rayo de luz roja estalló en el techo. Los gritos de pánico vinieron de otros y una ráfaga de disparos estalló a lo largo de la cocina desde ambos extremos, ocultando la pared en una nube de polvo de ladrillo en explosión.

Por un instante más, Katsuhiro vio una cara en medio de las motas ondulantes, el ceño fruncido por la decepción, los labios carnosos fruncidos.

Entonces se fue.

“Por los antepasados, eso fue asqueroso”, murmuró Kalama. Katsuhiro se giró para ver su labio ondularse con disgusto, con los ojos fijos en donde había aparecido la aparición.

El estaba confundido. La entidad que había visto en la luz fantasma había sido cualquier cosa menos asquerosa. El recuerdo dejó un dolor en su pecho, anhelando su regreso.

“¡Todos quédense donde están!”, Ladró el sargento Ongoco. “Nadie irá a ningún lado hasta que esto se informe”.

Katsuhiro captó una última ráfaga de susurro de hojas y el aroma del bosque.

“¿De qué estás feliz?”, Preguntó Lennox con los ojos entrecerrados.

“Nada, cabo”, dijo Katsuhiro rápidamente, empujando la sonrisa de sus labios.

Karachee Flats, sesenta y ocho días antes del asalto

Una luz extraña sacó a Zenobi de un sueño irregular. Se despertó acurrucada en un banco, con la pancarta de la compañía pegada a ella como una niña, su mochila y su pistola láser sobresalían de un casillero medio abierto debajo. Su cabeza descansaba sobre el hombro de Seleen, un abrigo doblado para una almohada, que a su vez estaba a tope contra Menber, que estaba encajado contra la pared.

La luz entraba por las ventanas en una neblina dorada y vacilante. Era la luz del sol, una rareza para los downhivers, pero a diferencia de lo que Zenobi había visto antes. Ella había logrado el viaje ocasional a la piel de la colmena para ver un amanecer, era prácticamente un rito de paso para aquellos que trabajaban en la línea, y reconoció que había algo enfermizo en la luz que se colaba en el carruaje para proyectarse delgada y larga. oscuridad.

Había muchas más personas dentro del compartimiento de lo previsto, de modo que los bancos estaban llenos de soldados medio dormidos, casi tantos acurrucados en el suelo. Se levantó silenciosamente, murmurando y gruñendo los que la rodeaban mientras su peso cambiaba, aunque trató de liberarse sin molestarlos. Casi tropezó con su mochila y se tomó un par de segundos para cambiarla y forzarla completamente en el casillero de madera.

“¿Qué estás haciendo?”, Murmuró Achebe, hundiéndose de lado en el espacio creado por su partida. Sus párpados se abrieron, un bostezo le partió la cara para revelar una lengua oscura y dientes manchados. ‘¿Es el desayuno?’

Otros estaban agitados o ya se habían despertado, ya sea simplemente sentados en silencio donde se habían encontrado o, como Zenobi, abriéndose paso cuidadosamente a través del laberinto de cuerpos para ver qué estaba pasando.

Ella no vio nada de los oficiales - integridad o regular - y asumió que habían encontrado alojamiento alternativo más adecuado para su rango. Los sargentos Alekzanda y Asari-dokubo estaban agachados en el vestíbulo junto a las puertas, compartiendo un cuchillo para cortar rebanadas de algo de un paquete de raciones. Alekzanda levantó la vista cuando su

movimiento llamó su atención. Sus ojos estaban inyectados en sangre, bordes oscuros a su alrededor, pero su expresión era tan determinada como siempre.

“Necesito un poco de aire fresco”. Zenobi dijo las palabras y un momento después se dio cuenta de lo ridícula que debía sonar la solicitud, proveniente de un downhiver que había vivido en una habitación familiar apenas un poco menos concurrida que el vagón del tren. ‘Siento…’

Alekzanda le entregó el cuchillo al otro sargento y se levantó, moviendo la mano hacia la manija de una puerta detrás de él.

“Hay una especie de pórtico en el techo”. Abrió la puerta y el ruido del paso del tren se intensificó. “Ya hay algunas personas allá arriba”.

Ella le dio las gracias con un movimiento de cabeza y pasó. Una mano nudosa la bloqueó, los dedos se movieron hacia el mango de la pancarta que Zenobi había traído con ella.

“No quiero que eso pase por alto, ¿verdad?”, Dijo Alekzanda severamente.

Zenobi reconsideró salir, pero su cabeza daba vueltas y realmente necesitaba alejarse del olor y el calor de todos. De mala gana, renunció a su agarre en la pancarta y observó a Alekzanda guardarla en la esquina.

A través de la puerta había una pequeña pasarela que conectaba con el siguiente carruaje, hecha de listones de madera y lona. Las cuerdas de guía se alineaban a los lados a la altura de la cintura y los hombros, pero no se veía nada atractivo ya que se balanceaba con el movimiento de la locomotora. Afortunadamente, la escalera al techo del carro era un conjunto de peldaños de metal atornillados al extremo del automóvil. Zenobi se levantó, respirando profundamente mientras lo hacía. El aire era frío, no frío, contaminado por el humo del aceite del motor que pasaba por las chimeneas, pero no sabía a sudor ni a miedo, lo que lo convertía en la corriente más refrescante que había tomado.

Otro olor persistió en la brisa. Mozo Le recordó a sus tías y tíos: su madre y su padre estaban en contra del tabaquismo, una rareza entre su familia, y sus

pensamientos se desviaron miles de kilómetros en todo el mundo hasta Addaba.

Había otros tres en el pórtico, que era poco más que una tira de metal de un metro de ancho con un borde corto que recorría todo el techo. No había nada que impidiera que alguien se cayera, pero el tren no iba rápido, por lo que si la caída no causaba una lesión grave, no sería demasiado problema correr y saltar de nuevo.

Ella no reconoció a los tres que estaban allí, dos hombres y una mujer. Sus ojos se posaron en su pecho y los de ella en los de ellos, revisando sus insignias de identidad.

'Epsilon. ¿Escuadrón de comando? ", Dijo la mujer, levantando una ceja y afectando un aire de estar impresionado. Sus ojos estaban llenos de arrugas, un toque de gris en sus sienes. Sus manos tenían callos por el trabajo manual, algunas cicatrices de quemaduras en sus mejillas que hablaban de trabajo de parto cerca de las forjas. Si hubiera sido un temblor, podría haber tenido cuarenta o cincuenta años, pero la vida envejecía rápidamente y Zenobi supuso que la otra mujer era diez años mayor que ella, tal vez quince como máximo.

"Zenobi", se presentó, eligiendo dejar su segundo nombre por el momento. "¿Todos ustedes son de Beta Platoon?"

"Mejor Beta que nada", bromeó uno de los hombres, mostrando una sonrisa dentada. Él extendió una mano. 'Llave de nombre. Bueno, no es mi nombre, obviamente, pero lo que la gente me llama ".

'¿Llave inglesa? Eres bueno arreglando cosas, supongo ".

Él asintió y sacó un tubo delgado de papel enrollado a mano del interior de su abrigo, y se lo ofreció. Zenobi sacudió la cabeza con una sonrisa cortés y levantó los últimos peldaños. Todos se arrastraron lo mejor que pudieron para permitirle pasar, aventurándose a lo largo de la parte superior del carruaje. Zenobi se abrió paso cuidadosamente. Había montado las grúas móviles cuando no tenía más de diez años, pero las fábricas carecían definitivamente de viento cruzado, a diferencia del techo del tren.

Miró hacia atrás a lo largo del vehículo y vio que la pista más allá se extendía hasta la nada. El terreno era más montañoso aquí que donde se habían embarcado, una línea de montañas bajas visibles a lo largo del horizonte a la derecha. Había una mancha en el cielo, quizás humo donde los habían transferido. Estaba empequeñecido por enormes columnas de humos negros que se elevaban hacia el cielo desde más allá del horizonte. De vez en cuando creía ver un destello o escuchar el trueno distante de una detonación. Podría haber sido un truco de la luz del sol y el traqueteo del auto.

Dándose la vuelta, miró hacia dónde se dirigían. Una neblina indistinta en la distancia más remota podría haber sido más montañas, pero era imposible saberlo. El cielo sobre ellos bailaba con colores constantes, rojos y naranjas de fuego en su mayoría, a veces golpeados con destellos de azul y púrpura o un rayo de amarillo que parpadeaba desde la órbita.

Observó durante varios minutos, pensando que la pantalla se detendría. No lo hizo. Ella tragó saliva, confrontada por la imposibilidad de imaginar el poder que se estaba desatando sobre el Palacio Imperial. Extendió la realidad al considerar las fuerzas que azotaban la atmósfera y la energía titánica que la mantenía a raya. ¿Cuánto tiempo podrían durar tales defensas contra tal poder rebelde?

Zenobi se volvió rápidamente cuando sintió a alguien de pie detrás de ella. Era el tercero de los miembros del Pelotón Beta, el que no se había presentado. Los otros dos estaban inmersos en una conversación tranquila, discutiendo sobre algo que sostenía Wrench, un libro o folleto de algún tipo.

“Cuando nos encontramos impotentes, entendemos lo que es buscar el poder más allá de nuestro conocimiento”, dijo el hombre. Él sonrió cálidamente y metió las manos en los bolsillos de su overol, balanceándose suavemente con el movimiento del tren. Tenía el equilibrio fácil de uno que había vivido como un instalador de mineral, montando los monorraíles desde la fundición hasta la línea de producción.

“Sé de dónde viene este poder”, respondió Zenobi, con los ojos girando hacia el cielo. “La ira de Horus visitó la ciudad del Emperador”.

“Y se resiste, ¿no es así?” El hombre respiró hondo, con la nariz abierta. ‘Soy Natto. Zenobi, ¿verdad?

Ella asintió con la confirmación.

“¿Y si te dijera que no se trata del Warmaster, sino algo más vasto y más majestuoso?”

“Yo diría que tienes un don para las historias”, respondió Zenobi con cautela. “O quizás te consideres un filósofo de línea”.

‘Todos nos preguntamos acerca de la vida, ¿no? ¿De que se trata? ¿Por qué hacemos lo que hacemos? ¿Quién nos hace lo que somos? Se acercó, así que Zenobi se hizo a un lado. Natto pasó caminando, todavía hablando, sin mirarla. “La mayoría de las veces no equivale a un cubo de tornillos, ¿estoy en lo cierto?”

Zenobi no dijo nada, no estaba seguro de qué estaba hablando. Esto no lo disuadió.

‘Estamos parados encima de un tren minero reacondicionado, eso es lo que es, los he visto, dirigiéndose hacia la fuerza más destructiva que jamás haya visitado Terra. ¿No te gustaría saber de qué se trata realmente? ¿Por qué esta guerra tuvo que suceder? “

“Se trata de Terra”, respondió Zenobi. ‘Todos lo sabemos. Controla Terra, puedes controlar el Imperio. La esclavitud por un lado, la libertad por el otro. Para Addaba, para Terra y para toda la humanidad “.

“Las palabras de los reclutadores, tan bien elaboradas, ¿no?”

“¿Son falsos?”

Natto se volvió, todavía casual, con una media sonrisa en sus labios.

‘No estoy tratando de engañarte, Zenobi. No voy a decirte qué pensar, qué creer “. Metió la mano dentro de su overol y sacó un pequeño libro del interior. Parecía ser lo mismo que la llave que sostenía. Zenobi miró hacia

atrás para ver que los otros soldados del pelotón Beta la miraban a ella y a Natto, levantando la vista de su discusión con frecuencia.

“No sé por qué crees que estoy aquí …”

“Este libro no dice tener las respuestas”, continuó Natto, ajeno a sus sospechas. Ask Hace algunas preguntas interesantes. Se llama Lectitio Divinitatus “.

“¿El lecto-qué?”, Dijo Zenobi.

‘Lectitio Divinitatus. Eso significa el Libro de los Poderes, algo así, en el idioma del Palacio. Hay toda una esfera de comprensión que nos ha sido ocultada. El Emperador, Horus, es parte de un universo que estaba escondido “.

Le tendió el folleto, pero Zenobi cruzó los brazos, decidida a no ser arrastrada a la locura del hombre.

“¿A qué tipo de cosas te refieres?”, Se encontró preguntando. Casi inmediatamente se arrepintió de haber abierto la boca, pero Natto no le dio tiempo para revocar su interés.

‘La urdimbre. No es solo otra parte de nuestro universo que permite que las naves viajen rápido “. Su mano todavía sostenía el libro y abrió algunas páginas, tratando de mostrarle las líneas de letra pequeña dentro. ‘Y el emperador. El emperador no es un hombre, Zenobi. Él es un-‘

“No necesito escuchar esto”, espetó ella. Ella avanzó, pero no había espacio para pasar. Por un momento, ambos se tambalearon, casi cayendo del techo, pero él se alejó con un movimiento fácil, dejándola recuperar el equilibrio. Natto dijo algo más, pero ella estaba sorda a sus palabras.

Los otros dos se pusieron de pie pero no trataron de detenerla. Con un esfuerzo por calmar sus manos temblorosas, Zenobi se bajó de la escalera y descendió al carro en un tobogán.

Atravesó la puerta y casi chocó con alguien del otro lado. Vio el destello carmesí y miró las características implacables de un oficial de integridad. Se llamaba Abioye, asignado al pelotón Gamma.

“¿Hay algún problema, soldado Adedeji?”

Ella retrocedió, con el corazón latiendo con fuerza. Dio un paso adelante, con los ojos fijos en su rostro, tratando de leerla como un libro.

“Pareces fuera de lugar”.

Zenobi se estabilizó, sintiéndose apretada entre el oficial de integridad y el mamparo final del carruaje. Era difícil ver más allá de él, a la presión de los soldados que llenaban el resto del compartimento, donde estaban sus compañeros y amigos del pelotón.

No había nadie para ayudarla.

Ella tragó saliva, pero su miedo disminuyó, reemplazado por una ira repentina. No había hecho nada malo, ¿por qué se sentía tan culpable?

La mentira de la omisión. Así se llamaba, cuando sabías algo pero no se lo contabas a alguien.

“En el techo”, dijo, moviendo sus ojos hacia el techo. ‘Pelotón Beta. Lo intentaron … Tenían un libro que querían mostrarme “.

Abioye tardó un momento en comprender su significado. Cuando lo hizo, solo había un destello de reconocimiento en sus ojos.

“Ya veo”. Dio un paso atrás, permitiendo que ella pasara. ‘Regresa a tu pelotón. No se lo cuentes a nadie.

“Sí, señor”, espetó ella, levantando su mano en saludo automático.

Ella tropezó con la parte principal del carruaje. Había más una apariencia de orden que cuando se había despertado. Los sargentos estaban reuniendo sus escuadrones y se estaban haciendo arreglos de alojamiento adecuados con armas y bolsas de mano.

Zenobi miró hacia atrás y vio que Abioye se había ido. Se sintió complacida por su honestidad, y no solo porque mitigaba la culpa por asociación que había empañado su conciencia en el momento en que había visto el libro prohibido. Como abanderada de la compañía, tuvo que cumplir con los más altos estándares de lealtad y, sí, integridad.

Al reincorporarse a su escuadrón, pronto fue arrastrada a la vida cotidiana del cuerpo de defensa, llegando a un acuerdo con la misma rutina pero en diferentes circunstancias. Aproximadamente media hora después fueron llamados para atender al capitán, que había reaparecido en el carruaje desde cualquier lugar que se hubiera asegurado lejos del grueso de la compañía. Se subió a un banco cerca de la puerta para que pudiera ser vista por todo el compartimiento, varios cientos de pares de ojos se volvieron hacia ella como uno solo.

“La estación de transferencia donde abordamos ha sido destruida”, les dijo, cada palabra enunciada cuidadosamente, su expresión un estudio en impasible sobriedad. “No hubo sobrevivientes”.

Zenobi tomó esta noticia con un suspiro de resignación, y no hubo una reacción particular del resto de la compañía.

Trains Los trenes que abordamos siguen diferentes líneas hasta el frente de batalla. Es poco probable que volvamos a ver a los demás. Ciertamente no este lado de la victoria para nosotros. Elementos del 64º, 65º y 70º Cuerpo de Defensa se han unido en este tren. Casi seis mil soldados y trescientos oficiales y otros rangos. El coronel Tadessa no está entre ellos. El cuerpo está combinando funciones de personal de oficiales superiores y nos uniremos como una sola unidad operativa. Las antiguas designaciones de escuadrones, pelotones y compañías permanecerán por simplicidad. Sin embargo, ya no somos el 64º Cuerpo de Defensa. Todos los soldados, oficiales y otros rangos a bordo de este tren ahora son orgullosos soldados del Cuerpo Libre de Addaba “.

Hubo sonrisas y gritos de aprobación para saludar esta noticia. Zenobi sonrió, mirando a Menber más allá de los cuerpos de sus compañeros.

“¡El Cuerpo Libre!”, Gritó alguien.

“¡El Cuerpo Libre!”, Zenobi respondió, junto con un coro ensordecedor de otras voces.

Egwu sonrió, asintiendo con la cabeza reconociendo su entusiasmo.

“Sí”, se rió. “Pensamos que sería popular”.

El grito de “Cuerpo Libre” volvió a subir, y una vez más, hasta que la capitana levantó las manos para callarse. Los soldados se acomodaron cuando su expresión se volvió seria.

‘La verdad es que la transferencia apresurada nos ha dejado en mal estado. Tenemos la misma mano de obra que antes, pero aún se estaban cargando armamento más pesado y equipo especializado en el momento de nuestra partida rápida. Lo mismo ocurre con las raciones, los paquetes de saneamiento del agua, las municiones y otros suministros “.

El capitán hizo una pausa para permitir que la importancia de esto se asimilara. Su mirada recorrió su orden.

“Además, la tripulación que fue entrenada para operar los sistemas defensivos de esta locomotora estaba principalmente en el suelo”. Los murmullos inquietos recibieron esta noticia, y Zenobi se hundió con la idea de ir casi indefenso al ataque contra el Palacio. ‘Algunos que estaban reparando sus armas se quedaron atrás. A cada uno se le mostrará cómo manejar las armas en las próximas horas y los turnos de defensa serán elaborados por los oficiales de su pelotón “.

Una vez más, esperó a que esta información se filtrara en las mentes de los soldados, con las manos entrelazadas y relajadas alrededor del bastón que sostenía en la cintura. Zenobi solo podía imaginar la tensión que las últimas doce horas habían ejercido sobre su comandante y los demás oficiales. No se hacía ilusiones de que el resto de su vida sería brutal y breve, pero al menos no tuvo que sopesar las decisiones que alterarían las posibilidades de vida de cientos, quizás miles de personas más.

“Alpha Platoon, serás el primero en presentarte para el entrenamiento de artillería”. Egwu levantó su porra en el despido y recibió el saludo de su

compañía a cambio. Un estallido de charla llenó el carruaje cuando ella bajó del banco y desapareció por la puerta.

“Nunca iba a ser una pelea larga de todos modos”, dijo el teniente Okoye.

El shiv corta más profundo

Evidencia de demonios

Castigo

Puerto espacial de Lion's Gate, núcleo de tropophex, veinte horas desde el asalto

Ciento veinte fuertes, la fuerza de inserción de los Guerreros de Hierro empujó hacia el puerto espacial de la Puerta del León como una astilla que se abre paso hacia el corazón de una persona. Se habían reunido uno por uno, la pequeña fuerza se unió en el transcurso de varias horas, mientras que formaciones similares hicieron lo mismo en otras partes de la ciudad portuaria.

Forrix había esperado más resistencia, pero tras atravesar la piel exterior del puerto espacial, los guerreros de la IV Legión habían encontrado poco en el camino de la oposición. La mayoría de los defensores estaban ocupados con el tumulto de hombres bestia y soldados rebeldes que arrasaban los niveles inferiores o se defendían contra los ataques aéreos y los aterrizajes que habían comenzado en los alcances más altos. Hasta ahora parecía que los Puños Imperiales y sus aliados pensaban que los niveles medios del puerto no estaban amenazados.

"Auspex no muestra nada dentro de los setecientos metros de nuestra posición", informó Allax, barriendo el dispositivo de escaneo de izquierda a derecha mientras la compañía esperaba en el cruce de un corredor de viaje inactivo y un corredor arterial.

Las entrañas del puerto espacial traicionaron su propósito como un lugar de trabajo en lugar de una colmena doméstica. Mientras que las regiones exteriores habían estado repletas de bloques de viviendas, áreas comunales y plazas de tránsito defendidas, el núcleo del puerto espacial de Lion's Gate estaba lleno de una inmensa maquinaria para el transporte de materiales hacia y desde los muelles de aterrizaje en la cumbre y dispuesto en un baja en espiral por los flancos. Habían pasado bahías de carga lo suficientemente grandes como para que los Titanes de clase Emperador pudieran pasar, a las que podían acceder los levantadores capaces de transportar una compañía de tanques de batalla. Las estaciones de monorraíl colindaban con estos

espacios cavernosos, faltaban sus locomotoras pero sus apartaderos estaban llenos de vagones, cada uno de cien metros de largo y cuarenta de alto.

Con el contacto de vox como un riesgo de detección excesivo, los infiltrados de la Legión IV se vieron reducidos a recoger las firmas de energía de la armadura de poder, junto con balizas de transpondedor con un alcance de solo doscientos metros, señales demasiado débiles para que las estaciones de monitoreo estándar las recojan. . El clic-clic-clic del auspex en el escaneo pasivo era audible por encima del crujido del antiguo esqueleto de metal del puerto, el ruido de las cadenas balanceándose y el rumor de los continuos bombardeos.

“Nos moveremos hacia arriba”, dijo Forrix, apuntando con su bólter hacia el andador estacionario. Arrojaron lámparas de traje al oscuro túnel, la luz se tragó después de cuarenta metros. “Nadie a quien encontrar aquí”.

El Capitán Gharal abrió el camino, un escuadrón de diez miembros con él. Los otros lo siguieron cien metros detrás, lo suficientemente cerca como para brindar apoyo si fuera necesario, lo suficientemente lejos como para escapar si eso demostraba el rumbo más prudente. Cada uno de los miles de Marines Espaciales había sido elegido por el Tridente, según los informes de los comandantes de campo con respecto al temperamento y la paciencia. Sin héroes de la gloria, sin guerreros que pondrían el honor personal por encima de la misión.

Falk lo había llamado un ejército de pragmáticos.

Forrix estaba al mando, pero su objetivo era nebuloso. El astuto plan de Kroeger fue lo suficientemente bueno como para llevarlos al interior del puerto espacial, pero se quedó sin detalles sobre qué hacer una vez que estuvieron dentro. Para seguir la analogía del shiv, Forrix había prometido encontrar un órgano vital para perforar.

Al carecer de inteligencia detallada sobre el interior del puerto espacial, sus aliados en la Legión Alfa habían sido decepcionantes en ese sentido, Forrix se quedó con la búsqueda de un objetivo de oportunidad. En lugar de cualquier objetivo definido, había elegido una cita geográfica, designando una coordenada de cuadrícula como el punto de encuentro final para la

fuerza. A las formaciones más pequeñas dentro del ejército se les habían dado puntos de referencia para que se acercaran desde diferentes rutas, con toda su fuerza oculta hasta que se uniera.

Falk se había reído del plan, acusando a Forrix de confundir a la IV Legión con la Guardia del Cuervo. Las burlas del Warsmith eran fáciles de ignorar: probablemente pronto estaría muerto, su cuerpo, tal como quedó, perdido en los tramos superiores del puerto espacial.

Forrix comprobó su relé posicional a través de un punto parpadeante y un telémetro en su visor. Estaban a dos kilómetros por debajo y a cuatrocientos metros al sudeste del punto de encuentro final. Era demasiado esperar que los mil guerreros asignados a la misión evadieran la detección, pero Forrix esperaba poder reunir una fuerza lo suficientemente considerable antes de que los defensores se dieran cuenta de lo que significaban los Guerreros de Hierro dispersos.

Después de eso, simplemente se trataría de esperar un refuerzo. ¿Los ataques duales arriba y abajo se volverían a conectar con la fuerza de Forrix a tiempo, o serían aplastados por los hijos de Dorn y sus aliados, atrapados en las profundidades del puerto espacial lejos de la asistencia?

Zona de cuarentena del Palatine Arc, Barracks-C, dos días después del asalto

Los cuartos del personal del Ejército Imperial se habían convertido en la morada de gigantes. Tres custodios vigilaban las entradas a la cuadra principal de la guarnición, impidiendo todo paso dentro. Los que estaban estacionados en esa sección del perímetro de cuarentena habían sido trasladados a un lugar de espera más profundo dentro del Palacio Imperial, para alivio de muchos de ellos.

En el interior, en el comedor donde se había presenciado la aparición, la única figura que no parecía fuera de lugar era Malcador, vestido con su túnica de oficina, personal en mano. Con él estaban Constantin Valdor, el comandante de los Custodios de Legio, y el primarca de la VII Legión, Rogal Dorn. Hicieron que sus alrededores parecieran un extraño escenario de juegos de menor tamaño para los niños. Otros elementos de las defensas

del Palacio eran de una proporción adecuada para los semidioses, de modo que los Marines Espaciales, los primarcas y los motores de guerra pudieran pasar a voluntad, pero estos cuarteles apresuradamente erigidos estaban destinados solo a humanos mortales.

Dorn se agachó dentro de la cocina en lugar de pararse con la cabeza torcidamente inclinada hacia un lado, mientras Valdor se había quitado el yelmo de plumas altas antes de pasar por las puertas.

“La Hermandad Silenciosa ha estado en cada parte del cuartel”, dijo Valdor. “No hay nada psíquico aquí”.

“Sin embargo, cuatro docenas de hombres y mujeres vieron algo en este lugar”, respondió Dorn. Miró fijamente el lugar de ladrillo desnudo donde había aparecido la visión, recordando los recientes acontecimientos en la Falange. Apenas podía soportar la amenaza de un ataque demoníaco aquí, dentro del perímetro de los muros del Palacio.

“¿Viste qué?”, Dijo Valdor. ‘Algunos informaron de una mujer vestida con túnicas de hojas verdes. Otro confesó haber visto moscas del tamaño de un puño saliendo de la pared. Algunos afirman que los ladrillos se convirtieron en carne putrefacta, otros un monstruo tuerto con garras rotas y el hedor de las heces “.

“¿Algún tipo de toxina alucinógena?”, Sugirió Dorn.

“Posiblemente”. Valdor miró alrededor del resto de la cámara. ‘No existe un sistema ambiental central a través del cual podría haberse introducido. Algo en la comida tal vez “.

‘¿Por qué aquí? ¿Porqué ahora? La Guardia de la Muerte de Mortarion ha estado bombardeando este sector durante un mes sin descanso, pero no hay nada que valga la pena atacar aquí excepto los locos y las víctimas de la peste “.

“Quizás este sea el punto”, dijo Valdor. ‘Tarde o temprano, algo ha llegado a la zona de cuarentena. Eso dio lugar a esta … ¿aparición?

Malcador tosió y se llevó una mano a la boca.

“Los dos parecen decididos a bailar alrededor del tema real en cuestión”. El Regente los miró fijamente, mirando a cada uno por igual durante varios segundos. “Fue un demonio”.

“¿Daemon?” Gruñó Dorn. ‘Imposible.’

‘Demonio. Neverborn Nosferatus. Diabolarum Nephilla. Malcador se sentó en uno de los taburetes junto a una encimera de preparación. ‘Muchos nombres. Todo lo mismo. Una incursión warp “.

“¿Cómo?” Valdor dio un paso hacia la pared desnuda, con una mano levantada hacia ella. “El poder del Emperador nos protege del ataque de ese tipo”.

“Hemos visto que la sala de telaethesica es imperfecta”. Malcador miró a Rogal Dorn. ‘Tus hermanos contaminados que pisaron Terra son el ejemplo más problemático. Debemos suponer que el bombardeo de la Guardia de la Muerte y esta llegada están conectados. Quizás no era prudente reunir a todas las víctimas de la peste en espacios restringidos. Tal encierro concentra su miseria. Proporciona un … Piense en ello como una fuente de energía “.

‘¿Fuente de alimentación? ¿Un ritual de urdimbre, quieres decir? ‘Dijo Valdor. “¿Como la gran matanza que permitió a los retorcidos primarcas caer en el planeta?”

“Eso sugeriría ayuda desde adentro”, dijo Dorn fuertemente. Dirigió su atención a Valdor. ‘Tengo a todos los guerreros que puedo reunir estacionados en las paredes. No puedo ahorrar ninguna para patrullas dentro del Palacio también “.

‘Me quedan pocos custodios suficientes después de nuestra retirada de la vía web. Sin embargo, estoy de acuerdo con usted, este es un asunto para mi gente “.

“Una respuesta proporcionada, Lord Valdor”, dijo el Regente.

“No debemos dejarnos arrastrar demasiado por este tema, Malcador”, agregó Dorn. “El Emperador nos protegerá contra cualquier asalto peligroso del inframundo”.

El Regente miró hacia otro lado en ese momento, moviendo la mano hacia su boca como para ocultar su reacción.

‘¿Qué sabes, Malcador? ¿Te estás conteniendo?

El sigillita se rascó el costado de la nariz, su mirada se movió de Dorn a Valdor y luego otra vez.

“Hubo un tiempo antes cuando la sala de telaethesic se rompió”.

“¿Cuándo?”, Exigió el primarca de los Puños Imperiales. “¿Por qué no me dijeron esto?”

“Lo sabes”, dijo Valdor, captando el significado de Malcador. “Cuando Magnus llegó ante el Emperador, atravesó las salas psíquicas”.

“Ya veo”. Dorn fijó su mirada en Malcador. “¿Crees que este es el trabajo de Magnus?”

“Dudoso”. Malcador frotó un pulgar y un dedo mientras pensaba. Last Su última, eh, llegada fue hecha por pura fuerza de voluntad. Requeriría una concentración de esfuerzo igualmente sutil “.

“Sin embargo, pareces preocupado”, dijo Valdor. “¿Magnus está organizando un ataque más insidioso?”

“No sé”, confesó Malcador.

“Debería ser bastante obvio”, dijo Dorn. “Sé poco sobre el ámbito de lo psíquico, pero entiendo que un ser tan potente como el Rey Carmesí dejaría huellas para que una de tus habilidades las detecte”.

“Yo …” Malcador suspiró profundamente. ‘No sé dónde está Magnus. He sentido a sus hermanos, los tocados por los poderes enemigos, pero del Señor de los Mil Hijos no siento nada. Puede que no esté en Terra “.

“Sus legionarios son”, dijo Dorn. “Parece poco probable que los libere al mando de Horus sin compañía”.

“¡No puedo darte una respuesta!” Malcador se puso de pie, el personal golpeó los azulejos. “Como dije, no sé dónde está Magnus”.

Dorn se tomó un momento para absorber esto y decidió que no había nada que ganar presionando más la Sigillita. Si aparecían las noticias de Magnus, Malcador estaría seguro de compartirlo.

“En ausencia de una causa obvia, ¿qué debemos hacer?”, Preguntó el primarca a sus dos compañeros.

“Haré que un Custodio investigue para ver si se requiere alguna acción adicional”. Constantin Valdor miró al Regente con una leve sonrisa. “¿Es un custodio lo suficientemente proporcionado?”

“Una cantidad perfecta”, respondió Malcador. “¿A quién tienes en mente?”

Karachee Flats, sesenta y seis días antes del asalto

Había un voluminoso cronómetro analógico montado encima de cada puerta del carruaje, aunque de manera predecible sus manos decoradas con filigrana decían tiempos ligeramente diferentes. Zenobi encontró su atención atraída hacia ellos una y otra vez, comprobando el paso del tiempo. Era algo que nunca antes había podido hacer. Los cronómetros personales eran caros, solo los que viven arriba tendrían esas cosas. Todos los demás estaban gobernados por las sirenas de turno, sus observancias personales y la rutina de la vida diaria. Zenobi siempre había sabido cuando faltaban diez minutos para la sirena de advertencia de cambio de turno porque su vecina, una señora mayor llamada Babette, era una cantante habitual y tocaba una melodía a la misma hora todos los días cuando lavaba su ropa en el turno de adolescentes. . Que ahora pudiera desglosar su día por minuto era increíble y se encontró cronometrando varias actividades para ver cuánto tiempo tomaban. Tres minutos para desempacar y reempacar su kit básico de combate; cinco minutos para que una ración de autocalentamiento pueda alcanzar la temperatura máxima; menos de dos minutos para devorar el contenido cálido después.

Varias veces el sargento Alekzanda la amonestó por estar distraída, pero su nueva fascinación significaba que sabía que eran alrededor de las dos y media de la tarde cuando el chirrido de los frenos detuvo el tren. Los tenientes y sargentos ladraron castigos cuando los soldados comenzaron a moverse hacia las ventanas para investigar si se podía ver algo afuera.

"¡Forma filas!", Llegó la llamada desde la puerta cuando entró el Capitán Egwu.

Los escuadrones se apresuraron en sus bancos, con los brazos a los lados y los ojos fijos en su comandante. Egwu entró flanqueado por Jawaahir y otro oficial de integridad. Otros dos oficiales merodeaban detrás de ella en el vestíbulo de la puerta.

"A partir de este momento, estoy asumiendo el mando del Cuerpo Libre de Addaba", anunció Egwu. Rank Mi rango será capitán general y tendré autoridad conjunta con el Alto Oficial de Integridad Jawaahir. Es un honor haber sido elegido para este puesto por mis compañeros oficiales ".

"La votación fue unánime", interrumpió Jawaahir con una sonrisa.

"De hecho, un honor", continuó Egwu.

Antes de que ella pudiera decir algo más, los sobrevivientes de su compañía comenzaron a gritar, un rollo de felicitaciones y cumplidos. Egwu esperó pacientemente a que la ovación disminuyera, su expresión extrañamente sombría. Cuando las últimas voces de celebración se desvanecieron, miró a través de la compañía, moviendo los ojos de un oficial a otro.

"El cuerpo se reunirá para presenciar el castigo", dijo con gravedad. 'Escuadrones alternos ascenderán al techo. Otros desembarcarán para ver desde el suelo. El castigo se promulgará en veinte minutos ".

Esto atravesó el estado de ánimo al instante. Egwu y su escolta avanzaron por el carruaje, las filas se separaron cuando ella se acercó, hasta que se trasladaron al siguiente compartimento. El teniente Okoye se volvió hacia su pelotón.

Heard Escuchaste a nuestro capitán general. Primer escuadrón al techo. Los soldados se apresuraron hacia la pasarela, pero fueron detenidos por el teniente, que sacó una pistola láser de debajo del banco y la metió en los brazos de la soldadura más cercana. ‘Armado. Estamos en guerra “.

Recuperaron sus pistolas láser, revisaron sus paquetes de energía como habían sido entrenados para hacer y luego siguieron a sus sargentos de manera ordenada fuera de las puertas y hacia el techo.

Ahora que el tren se había detenido, el ascenso era menos precario. Condujeron a Epsilon Platoon hacia arriba y se encontraron con el primer escuadrón de Alpha Platoon a la mitad del carruaje. Zenobi se encontró entre Seleen y Menber. El crepitar del ataque orbital hacia el noreste no había cambiado un poco en las horas desde la última vez que había estado allí y sus compañeros de escuadrón se maravillaron de la exhibición como lo había hecho.

“Ha estado así durante medio día”, dijo Menber. “¿Cuánto tiempo pueden durar los escudos del palacio?”

“Escuché al teniente decir que deberíamos estar en el Himalazia dentro de dos días”, dijo Kettai desde el techo. “¿Crees que durarán tanto?”

“No importa”. Esto vino del sargento Alfa. Zenobi no sabía su nombre. ‘El bombardeo podría nivelar el Palacio, pero necesitas soldados a pie para despejar las ruinas. El Emperador no se parará sobre el Sanctum Imperialis y dejará que Horus arroje bombas y plasma sobre Su cabeza, ¿verdad? Habrá muchas peleas antes de que esto termine “.

“Suenas ansioso”, dijo Menber.

“En los próximos años, cuando mi hijo y mis hijas hayan crecido, quiero mirarlos a los ojos y decir que luché por ellos”, respondió el sargento, con los ojos fijos en el distante e invisible Palacio. Una media sonrisa bailaba en sus labios. “Les diré que estaba con el Cuerpo Libre de Addaba, y luché en el Palacio Imperial para asegurarme de que nunca fueran esclavos de los tiranos”.

“¡El Cuerpo Libre!”, Gritó Zenobi, hinchándose de orgullo, su puño golpeando el cielo. Algunos otros hicieron eco de su grito, pero Menber la miró con curiosidad.

‘¿Recuerdas lo que decíamos antes? ¿Qué nos dijo el teniente? Bajó la voz y se inclinó más cerca. ‘Nadie volverá a Addaba. Nadie les dice nada a sus hijos o nietos “.

“Quizás no”, admitió Zenobi, “pero nuestros nombres, lo que vamos a hacer, serán recordados por mucho tiempo”.

“Cuidado, sí”, dijo Seleen. “La gloria es un plato vacío para alimentarse”.

“No quiero gloria, quiero inspirar”, dijo Zenobi. Era la primera vez que podía articular esa ambición particular, pero las palabras parecían capturar sus sentimientos lo suficientemente bien. ‘Quizás algún día un niño en Addaba leerá sobre Zenobi Adedeji y cómo ella llevaba el estandarte de la compañía en el Palacio Imperial, y tal vez piensen que valió la pena y tal vez quieran hacer algo valiente y fuerte también. Estaré muerto, lo sé, pero al menos mi vida y mi muerte significarían algo “.

“No hay muchos héroes en juego”, dijo Kettai.

“No, todos los que trabajan en la línea son héroes”, dijo Menber. ‘No tienes que luchar y matar para ser un héroe. Todos siguen de vuelta en Addaba, manejando las armas, cargando paquetes de energía, bombeando los filtros de agua es un héroe “.

“Dijo como un verdadero creyente”, dijo Kettai. “Los reclutadores realmente hicieron su trabajo en su familia”.

Cualquier respuesta fue interrumpida por la actividad más abajo del tren. Una de las puertas del vagón de almacenamiento se abrió, jadeando por el sistema hidráulico para hacer una rampa hacia el suelo gris. Apareció una procesión de oficiales de integridad, varias docenas de ellos. Descendieron en parejas, cada una con un cuerpo. Zenobi contuvo el aliento cuando los vio, vestidos con overoles del Cuerpo Libre, sus cuellos y frentes manchados de oscuridad. Los cuerpos fueron arrojados sin ceremonias en

una pila a unos treinta metros del tren y los oficiales de integridad regresaron, pero emergieron minutos más tarde con una nueva carga de los muertos.

La especulación susurraba de un lado a otro a lo largo de los tejados, y de esos escuadrones más cercanos a la acción surgió el rumor de que podían ver las insignias en los cuerpos, la mayoría parecía ser de Beta Platoon en la compañía de Zenobi, algunos de otros pelotones y otras dos compañías. Tenía que haber más de cuatrocientos muertos acumulados en el polvo para cuando los oficiales de integridad hubieran terminado.

Cut Gargantas cortadas ’, llegó el murmullo a lo largo de la línea.

“No desperdiciar municiones”, siguió poco después.

Los emisores cobraron vida a lo largo del tren. La distorsión en la voz que siguió fue tan grave que Zenobi tardó varios segundos en descifrarla como perteneciente a Jawaahir.

‘Estos son los muertos deshonrados. Se ha encontrado que albergan intenciones que van en contra de la causa a la que todos nos hemos comprometido. La podredumbre de las falsas creencias había arraigado en sus corazones y era profunda, pero afortunadamente aún no se había extendido mucho entre nosotros.

‘En tiempos mejores podríamos perdonar tales transgresiones con castigos más leves, pero estamos en guerra. No escatimen en pena por estos traidores, ya que nos habrían condenado y la causa por la cual lucharemos. No es por sus creencias que han sido castigados, aunque están en desacuerdo con nuestros ideales. Es la desobediencia y la conspiración clandestina que rodea sus acciones lo que los ha sacado del camino de la integridad. Al permitir que estas ideas prohibidas se fomenten, se entreguen a la presunción de la especulación, han demostrado ser poco confiables en todos los asuntos. Se han permitido escuchar falsas promesas, considerar fantasías que erosionarían su dedicación y coraje “.

Una veintena de oficiales de integridad apareció a la vista, dos columnas de diez; entre ellos revolvían media docena de otras figuras. Estaban desnudos

e incluso a esta distancia Zenobi podía ver que estaban magullados y ensangrentados, con los ojos hinchados cerrados, algunos cojeando, otros sosteniendo torpemente los brazos rotos.

‘Sus líderes. Si hubieran sido ignorantes, el castigo por negligencia sería debido. Peor aún, fueron los orquestadores de esta deshonestidad. No te hagas ilusiones, guerreros de Addaba. El enemigo todavía tiene espías entre nosotros. Se le advirtió que había elementos peligrosos para nuestra causa y, sin embargo, estos delincuentes no solo protegieron a los infractores de la ley, los alentaron, patrocinaron sus mentiras en un esfuerzo por contaminar aún más nuestra resolución “.

La retroalimentación gimió a través de los altavoces. Zenobi hizo una mueca, los dientes apretados contra el horrible ruido. La voz de Jawaahir fue reemplazada por un tono más profundo: el del Capitán General Egwu.

“Free Corps, asistan al castigo”, ordenó a través de los crepitantes de los emisores. Zenobi, como los miles de otros que se alineaban en el techo, llamó la atención, apuntando con su arma a su lado, el mástil de la bandera se apretó fuertemente en su mano derecha. “Por la difusión deliberada de propaganda enemiga y otras acciones en desacuerdo con la causa del Cuerpo Libre de Addaba, estos oficiales antes de que seas condenado a ejecución sumaria”.

Los hombres y mujeres desnudos fueron obedientes, con los espíritus destrozados, ya que fueron obligados a arrodillarse junto al montículo de los que habían llevado al engaño y la muerte. Los oficiales de integridad dieron un paso atrás y sacaron sus pistolas. Uno de los cautivos se puso de pie de repente, con los puños cerrados. El informe del fuego de la pistola cruzó el aire y cayó, medio retorcido por los impactos de bala. Se escuchó otra descarga, que cayó de rodillas, con gotas de sangre explotando de sus frentes antes de caer al suelo.

“En cuarenta y nueve horas, llegaremos al final de nuestro viaje”, anunció Jawaahir a través de los emisores. ‘Debes permanecer atento a toda desviación. No revelar las transgresiones es en sí mismo un crimen contra nuestra integridad “.

Estas últimas palabras hicieron que Zenobi se estremeciera. Menber debe haber sentido su inquietud, ya que cuando fueron despedidos, se volvió hacia ella.

“¿Qué pasa, primo?”

“Me hablaron”, dijo en voz baja. Las palabras llegaron como un tartamudeo cuando la magnitud de lo ocurrido la golpeó. ‘Los conspiradores. Intenté reclutarme. Podría haber … ¿Y si no hubiera …? “

Ella se desvió, la mirada arrastrada hacia los cadáveres que quedaron bajo el sol descuidado. Ya se estaba acumulando una nube de moscas. Habría gusanos y otros insectos. No hay despedida de limpieza en los incendios finales. Quizás los oficiales de integridad ya sabían sobre su secreto. Parecía poco probable. Zenobi sabía en su corazón que la pila de muertos era una consecuencia directa de sus acciones. Nunca había levantado su pistola láser, no había sacado su cuchillo. Con solo unas pocas palabras, había matado a varios cientos de personas.

El pensamiento la adormeció.

“No lo hiciste, y no lo harías”, dijo Menber, agarrando su brazo para arrastrarla por el techo con el resto del escuadrón. “Nunca nos traicionarías”.

El tren se puso en movimiento, el gruñido de inmensos motores palpitó a lo largo. Volvió a enfocar los pensamientos de Zenobi. Aquellos que habían sido atrapados por las mentiras de la Lectitio Divinitatus habían sido atacados por una razón. Era un virus, alegando que el Emperador era un dios. Erosionó todo por lo que lucharon. Y alguien había sido el primero en susurrar sus falsedades en los oídos de Beta Platoon. La podredumbre se había introducido, tal vez ni siquiera maliciosamente, pero no fue ella la que mató a esos hombres y mujeres.

Alguien había corrompido a sus compañeros, a sabiendas arriesgándolos por sus propios ideales. Solo hizo falta un traidor para contaminar todo a su alrededor. Zenobi se estabilizó y miró a los otros miembros del escuadrón,

con los ojos fijos en su primo, y luego más allá de él, vislumbrando a Kettai mientras se balanceaba hacia la escalera.

No era su lealtad lo que le preocupaba.

Un custodio investiga

Apoya tus armas

Berossus

Zona de cuarentena del Palatine Arc, Barracks-C, dos días después del asalto

Durante tres horas, Amon Tauromachian había recorrido los pasillos y corredores de los cuarteles de la fuerza de cuarentena para aclimatarse a su disposición y atmósfera. Estaba apretado para el Custodio, que se había quitado la armadura después de una hora para poder inspeccionar algunos de los espacios más pequeños. Vestido con una túnica antibalas y nada más, regresó una vez más a la cocina donde se había encontrado la manifestación.

Se agachó ante él, con los ojos cerrados, imaginando la escena tal como había sido cuando los soldados del Ejército Imperial se habían agrupado en la cámara de azulejos. Había leído sus cuentas y hablado con cada uno de ellos en persona, y podía ubicar a casi todos dentro de un metro o dos de donde probablemente habían estado parados.

Se puso de pie, con la cabeza rozando el techo, los ojos aún cerrados, usando el ojo de su mente en lugar de cualquier sentido físico. Dos fuerzas, que convergen de cada conjunto de puertas. Temerosos, algunos de ellos habían abierto fuego.

Amon se movió hacia la pared, moviendo suavemente los dedos a través de los toscos ladrillos y las líneas de mortero. Las hendiduras donde las huelgas láser habían golpeado. Algunos de la izquierda, la mayoría de la derecha. Ninguna agrupación que pudiera discernir.

Retrocedió medio paso, agregando el patrón de golpe a su imagen mental. ¿Por qué aquí?

Se retiró unos pasos más y abrió los ojos, mirando el silencioso ladrillo. ¿Qué era lo importante de la cocina?

El primer testigo, el soldado Chastain, había confesado haber escabullido en las instalaciones de desorden para obtener una comida ilícita fuera del

turno. El interrogatorio cruzado no había revelado nada extraño en su personaje o registro. Un ladrón oportunista, pero no un enemigo del Emperador.

Entonces, ¿por qué apareció la aparición en la cocina? ¿La presencia culpable de Chastain había provocado algo? ¿Alguno de ellos habría sido más sabio si el soldado hambriento no hubiera entrado en ese momento para encontrarse con la manifestación?

Dejó que su mirada mental se ampliara nuevamente, abarcando todo el bloque de guarnición y el lugar de la cocina dentro de él. Era un edificio rechoncho y poco atractivo que chocaba contra la pared de cuarentena baja alrededor del Arco Palatino, ahora el barrio pobre de la peste apodado Poxville. La cocina, una de las tres, estaba ubicada en la esquina suroeste, más cerca del muro exterior que las demás. ¿Eso fue significativo?

Como si controlara un dron pictórico, volvió a pensar en los pasillos, volviendo sobre los pasos de los soldados que habían llegado a la cocina. Un viaje corto, nada importante allí.

Ese fue el momento en que Amon se dio cuenta de que había un punto ciego. Había paseado por todos los pasillos y habitaciones. Había un vacío de unos cuatro metros cuadrados al lado de las cocinas, justo detrás de la pared.

Con pasos rápidos, circunnavegó el área de desorden y se encontró con los cuartos de los oficiales que estaban detrás. Una gran pancarta hecha jirones colgaba en la pared del fondo del pasillo principal, que conducía a cuatro dormitorios individuales de oficiales. El pasillo tenía unos cuatro metros de corto.

Amon levantó con cuidado la pancarta de su gancho y la dejó a un lado. La pared era de cartón yeso, pintada de gris claro como el resto de los barracones.

Puso su mano en el lado derecho de la línea central y empujó. Hubo una pequeña cantidad de donaciones, pero no pasó nada más. Moviéndose hacia

el lado izquierdo, hizo lo mismo. Esta vez hubo un leve clic y la sección de la pared giró sobre un eje central, revelando una cámara más allá.

Sus ojos perforaron la oscuridad y observaron los alrededores de inmediato. Tan pronto como vio lo que había más allá de la pared, Amon activó su voz.

'Señal Regente Malcador. Dile que necesito que venga a los cuarteles de cuarentena de inmediato ".

Era un santuario excepcionalmente humilde.

Dos cajas habían sido cubiertas con un lienzo áspero para una tela de altar. Sobre esto se habían colocado dos copas de metal, maltratadas por mucho uso, las inscripciones del regimiento todavía claras a los lados: Mercio XXIV y Gallilus XXXI. Una jarra de líquido rojo, vino barato, le dijo la nariz de Amon, se sentó entre ellos. En frente se colocó cuidadosamente un pequeño cojín sobre el que se había colocado un libro.

El libro era poco más que un fajo de papeles que no coincidían, unidos con alambre delgado. Dos palabras fueron escritas en el frente, en letra clara.

"Lectitio Divinitatus", dijo Amon.

"Un fane del Emperador", dijo Malcador, con los ojos pasando por el resto del contenido de la habitación. La mirada de Amon siguió la suya, tomando algunas sillas en círculo, y algunas velas altas probablemente saqueadas de las pertenencias de un oficial superior.

"¿Y esto?" Amon señaló una mancha en la pared desnuda, justo detrás de donde se había presenciado la aparición en la cocina más allá. La escarcha se había derretido casi por completo, dejando rayas por el ladrillo. El piso de abajo también estaba húmedo, el ferrocreto desnudo oscurecido por el líquido.

"Eso …" Malcador se aclaró la garganta y miró el fenómeno más de cerca. 'Esas no son buenas noticias.'

Amon olfateó el aire, detectando sudor viejo, aceite para armas y esmalte para botas, así como el aroma almizclado de las velas apagadas y el fuerte sabor a ozono que siempre asociaba con el Regente del Emperador.

“Es solo hielo de agua, nada más”.

“Sí, solo hielo”, dijo Malcador, rascándose la barbilla. “Creado por una caída masiva de temperatura localizada”.

“Pero está entre dos hornos grandes en el otro lado”, dijo Amon. Podía imaginarlos con precisión, sin siquiera recurrir al conjunto especial de sistemas visuales de su timón.

“Muy localizado”. Malcador abrió el pequeño libro, con los ojos escaneando las páginas.

“Hemos sabido que el culto al Emperador ha estado activo en el Ejército Imperial durante algún tiempo; esto no es una revelación”, dijo Amon. Le La Lectitio Divinitatus está aún más extendida en la población civil. Los esfuerzos para frenar su influencia se suspendieron cuando comenzó el asedio “.

‘Sí, los recursos se gastan mejor en otro lugar. Recuerdo haber estado en el Senado cuando se tomaron esas decisiones “.

‘¿No estás de acuerdo?’

‘No estoy seguro. La Lectitio Divinitatus podría terminar siendo una enorme distracción del problema real “.

‘Pero…?’

Malcador hizo un gesto hacia la pared sucia de hielo.

“Esto es residuo de actividad psíquica”.

“¿El escudo del Emperador no suprime tales energías?”

“De ahí mi preocupación”, dijo Malcador al encontrarse con la mirada del Custodio. “El fane y esto están conectados, pero no está claro cómo”.

‘¿Qué significa eso?’

“Esa es una pregunta bastante complicada, ¿no es así, Amon?” Malcador se rió por un momento y luego volvió a ponerse serio. ‘Significa una grieta, una pequeña grieta en la sala de telaethesic. Forzado desde adentro “.

‘Puede haber otras instancias que hayan quedado sin documentar. Tal vez incluso tomado como signos de la divinidad del Emperador. Amon salió de la sala del santuario, sus recuerdos de las batallas de la red tratando de surgir ante la idea de actividad demoníaca. “El capitán general debe ser informado”.

Dor Valdor tiene muchas preocupaciones, al igual que Lord Dorn. Esto será traído a su atención durante la sesión informativa por hora como de costumbre. Y él dirá que debes continuar investigando, porque solo tienes evidencia de un incidente menor hasta ahora. ¿Es este un fenómeno aislado o causa mayor preocupación? “

Worship Esta adoración al Emperador está prohibida. Monarchia fue destruida y toda una Legión de Marines Espaciales castigados por piedad fuera de lugar. El Emperador ha dejado muy claros sus pensamientos sobre el asunto “.

“Yo también estaba en Monarchia, no necesito recordar lo que piensa el Emperador sobre la divinidad”, espetó Malcador. ‘Y sin embargo, no podemos luchar contra nuestra propia gente al mismo tiempo que combatimos a Horus. La practicidad requiere un margen de maniobra “.

“Leeway es solo un eufemismo para una debilidad que puede ser explotada”, dijo Amon.

War A nuestra guerra le importan poco los absolutos. El asunto en cuestión requiere un examen cuidadoso. No puede esperar encontrar y procesar cada reunión de la Lectitio Divinitatus. Descubra lo que es particular acerca de este grupo. ¿Por qué ocurrió la manifestación aquí?

“Creo que es obvio que la proximidad al asalto de la Guardia de la Muerte nos da alguna respuesta”.

‘Pero, ¿qué tan extendido es el efecto? No se encuentran todas las víctimas de la peste. ¿Hay alguna otra conexión que podamos perseguir?

Cult El culto es secreto. Llevará mucho tiempo avanzar en su funcionamiento “.

El regente se unió a él en el pasillo, el personal golpeteó el duro suelo cuando pasó. El señor de Terra se detuvo unos pasos por delante de Amon y se volvió hacia él.

“Allí puedo ser de mayor ayuda para usted, Amon”, dijo Malcador. “Alguien con un … conocimiento interno de tales cosas”.

Territorios de Nagapor, sesenta días antes del asalto

Una serie de máquinas staccato emiten pitidos sobre los emisores de voz que despertaron a Zenobi de medio sueño. Abrió los ojos, todavía se desplomó contra el respaldo del banco, y miró primero hacia las ventanas, aún durante el día, avanzando hacia la noche. Se sentó cuando su mirada pasó por encima de los demás a su alrededor. Todos miraban los altavoces con cierta confusión, un fuerte silbido que emanaba de ellos.

Los frenos chirriaron a la vida, frenando de repente el tren. Como una ola humana, los que estaban de pie se tambalearon y se balancearon por la repentina pérdida de impulso, varios soldados tropezando unos con otros o bancos, sus juramentos perdieron en medio de la risa de sus compañeros.

Las luces parpadearon y se apagaron cuando el tren se detuvo. La luz amarilla de la tarde hizo poco para iluminar el interior a través de las ventanas sucias.

Los emisores crepitaron nuevamente, y luego llegó la voz del Capitán General Egwu.

‘Existe un alto riesgo de detección por exploración orbital. Todos los sistemas se están reduciendo a modo de espera para opacar nuestra firma energética. Permanezca dentro de los carruajes hasta más instrucciones “.

Un silencio preocupado siguió a este pronunciamiento hasta que el teniente Folami rompió la quietud.

“Puedes hablar”, dijo sacudiendo la cabeza. “No podrán escucharnos en el espacio …”

“Esto es solo una precaución”, agregó Okoye, abriéndose paso entre los bancos. ‘El comando recibió la noticia de que una nave espacial está pasando sobre este sector. Es poco probable que atraigamos alguna atención, no cuando hay objetivos mucho más importantes para atacar “.

La mención de objetivos y ataques no hizo nada para calmar las preocupaciones de Zenobi. Se paró en el banco para mirar por la ventana, con la esperanza de ver algo que pudiera distraerla de la repentina quietud. El antiguo lecho marino seco se extendía por kilómetros a su alrededor, nada más a la vista. Se sintió una bendición y una maldición estar tan aislado. Parecía poco probable que fueran descubiertos entre la extensión de desierto, pero por otro lado, cualquier señal de energía o señal de voz detectada se destacaría como una llamarada de guía por la noche.

Una ráfaga de movimiento atrajo su atención hacia la puerta en el otro extremo de la cabina. El corte de escarlata anunció la presencia de un oficial de integridad. Otro rondaba entre los bancos al otro lado del enrejado que dividía la longitud de la cabina.

“Recuerden, estén atentos en todo momento”, les dijo mientras comenzaba a patrullar lentamente el compartimento, con las manos entrelazadas a la espalda. ‘Esté atento a sus compañeros, esté atento a cualquier rareza en su estado de ánimo. La seguridad solo demora un momento y la traición nos vería destruidos.

‘Mientras esté atento, sepa también que lo están observando. No por tus hermanos y hermanas en armas, sino por enemigos disfrazados de soldados

leales a Addaba. Verán tu laxitud y la explotarán. Apelarán a su compasión y empatía y convertirán esas virtudes en debilidades para ser explotadas.

‘No son solo nuestras armas las que nos llevarán a la victoria sobre aquellos que serían esclavos de nuestras futuras generaciones, es nuestra determinación la que demostrará ser la mejor de las armas. Si uno de nosotros retrocede ahora, incluso antes de que se nos haga la prueba, ¿cuáles serán sus acciones bajo fuego? “

El oficial de integridad se detuvo cerca de dos tercios del camino, casi a la altura de Zenobi. Sus ojos eran de un azul sorprendente, inusual entre la gente de Addaba, y eran como dagas de hielo cuando pasaban momentáneamente sobre ella. Ella se mantuvo nerviosa, recordándose a sí misma que no tenía vergüenza de soportar, que no temía nada por el escrutinio de esa mirada penetrante. El oficial siguió adelante.

“Simplemente sentado aquí, esperando que suceda”.

Zenobi giró la cabeza para encontrar a Babak trepando a su lado. Era casi tan bajo, sus delicados dedos libres de callos se movían nerviosamente con el cinturón de su overol. Ella lo conocía como un husillo, uno de los que mantenían las máquinas que fabricaban las piezas para la línea de producción.

“Sé lo que quieres decir”, dijo. ‘Creo que estoy listo para la batalla, pero esto no es eso. No hay posibilidad de contraatacar. Solo esperando que un rayo de luz baje y nos destruya “.

“No seas tonto”, dijo Kettai desde el otro lado de la brecha entre los bancos. Parecía relajado, las manos detrás de la cabeza. ‘Un barco no va a desperdiciar un golpe de lanza en un tren. Incluso si nos detectan, solo se catalogará entre todos los demás datos “.

“Experto topógrafo de la nave espacial, ¿verdad?”, Dijo Babak.

“Es solo sentido, ¿no es así?” Kettai se sentó hacia adelante, moviendo las manos a un bolsillo del que sacó un delgado matraz de plastek. Tiró del tapón y les ofreció la bebida.

Zenobi percibió el olor de los espíritus. Nunca había bebido antes y tenía curiosidad, pero ahora no era el momento de ceder a esa tentación. Ella sacudió su cabeza.

“¿No es ese contrabando?”, Dijo Babak, su mirada recorría nerviosamente el carruaje. “¿Qué pasa si los oficiales de integridad se enteran?”

“Es como el tren y la nave espacial”, dijo Kettai encogiéndose de hombros. ‘Esto no es lo suficientemente importante como para molestarlos. Tal vez el teniente Okoye me pondrá en servicio de letrinas, pero nadie me está sacando y poniendo un cerrojo en mi cabeza por algo de té “.

“Corte de garganta”, dijo Babak. ‘Como esos otros. No vales la pena. “

Kettai se echó a reír y tapó el matraz antes de deslizarlo. Zenobi notó que en realidad no había tomado un trago, pero no dijo nada.

Una explosión repentina de los emisores de voz hizo que Zenobi saltara, casi haciéndola tumbarse en el banco. Los motores cobraron vida y los motores zumbaron por el suelo cuando el tren comenzó a ponerse en marcha.

“Mira, nada para–” comenzó Kettai, pero fue interrumpido por un anuncio por los altavoces.

‘¡Cuartos de defensa! Todos los escuadrones activos a sus armas. Todos los escuadrones inactivos asumen posiciones protectoras “.

Un gemido de sirena reemplazó la voz, su urgencia hizo que el corazón de Zenobi golpeara sus costillas.

“Tanto por no ser visto”, dijo Kettai, levantándose del suelo.

La diminuta estatura de Zenobi la convirtió en una artillera ideal y se arrastró hasta la cúpula mientras los demás se preparaban detrás de ella. Escuadrones del carruaje en el extremo opuesto del carro de artillería estaban entrando y moviéndose a sus posiciones también.

Se ató a la silla de artillería, con un solo lazo sobre la cintura, y luego tiró de la palanca que la elevaba al domo del reloj de arena en la parte superior del automóvil.

Delante de ella, en una pinta, había un cañón automático de cuatro cañones. Era demasiado pesado para apuntar manualmente; en cambio, su mano llegó a un palo de control entre sus piernas, un percutor proyectándose desde la parte superior.

“Enganche los motores transversales”, respondió ella. Ella fue respondida por un gemido de poder y el palo vibró en su agarre. Algunos movimientos de prueba hacen que los cañones automáticos suban y bajen y se ajusten ligeramente a izquierda y derecha. Sus pies encontraron los pedales que giraban todo el conjunto de armas. “Activar motores rotativos”.

Una prueba de los pedales la envió en un círculo primero a la izquierda y luego a la derecha. Alargó la mano y presionó un interruptor, activando una pantalla verde granulada justo enfrente de ella: la cámara de imágenes. No había nada que ver excepto nubes, casi imperceptible entre los destellos de estática y el cielo oscuro.

“Comprobar las alimentaciones de munición desactivadas”.

“Munición desconectada”, fue la respuesta desde abajo, sonando extrañamente distante dentro de los límites de la cúpula. Zenobi deprimió el semental de disparo. Los cañones automáticos hicieron clic y golpearon contra sus pantalones vacíos.

‘Prueba de disparo completa. Involucrar alimentaciones de munición “.

Hubo un fuerte crujido y un raspado de metal cuando las cuatro alimentaciones del cinturón se volvieron a colocar en su lugar dentro del mecanismo de la torreta. El pulgar de Zenobi se cernía sobre el percutor. Si lo empujaba hacia abajo, se enviaría una corriente de proyectiles explosivos al cielo.

Ella había disparado con su pistola láser durante sus escasos ejercicios de entrenamiento, pero esto era de una magnitud de destrucción totalmente

diferente. Sumado a eso estaba el conocimiento de que probablemente estaría disparando en un combate genuino. La idea le hizo temblar las piernas y la cabeza girar. No fue la idea de su muerte lo que le hizo temblar los nervios, sino el conocimiento de que otros confiaban en ella para protegerlos. Si fallaba, si se equivocaba de alguna manera, no solo sería ella la que moriría, sino Menber, Seleen.

Incluso Kettai …

Como un tanque de batalla emergente desde el final de la línea, las experiencias de Zenobi se unieron en ese latido para traer otra realización. Todo lo que dijeron los oficiales de integridad sobre la vigilancia era tan cierto e importante como su paso como artillero. Un solo desliz podría traer calamidad. Si se permitiera a un espía o simpatizante enemigo infiltrarse en el Cuerpo Libre de Addaba, podrían arruinar toda la causa.

Sus piernas habían dejado de temblar. El altavoz colocado en el mamparo justo encima de su cabeza había silbado en silencio a la vida. Podía escuchar a alguien moviéndose en la cámara de comando en el corazón del coche de artillería; el chirrido de una silla, el ruido sordo de algo que cayó al suelo. Unas pocas respiraciones jadeaban mecánicamente a través del enlace de voz interno.

“Este es el teniente Okoye, cuarto oficial de comando del coche de artillería”. Hubo una pausa marcada por unos pitidos y un silbido de estática, que luego se desvaneció, dejando la conexión clara pero ocasionalmente un crujido. Aircraft Hay aviones entrantes a nuestra posición desde la órbita. Podría ser un sobrevuelo, podrían dirigirse a otro lugar, pero tenemos que asumir lo peor. Todas las armas ahora están vivas. Se han cargado rondas explosivas antiaéreas “.

Hubo otra pausa y un sonido que Zenobi no identificó de inmediato, pero después de unos segundos se dio cuenta del crujido de las transparencias.

Ners Los artilleros de la tripulación se han extendido por todo el tren para proporcionar fuego experimentado y preciso. Recuerda lo que te enseñaron antes. Sigue la línea de tus rondas trazadoras y dirige a tus objetivos. Entre el momento en que aparece algo en su generador de imágenes de objetivo y

el momento en que abre fuego, una nave de movimiento rápido habrá cubierto cien metros y más. El peso del fuego los mantendrá alejados de nosotros, no conserve municiones innecesariamente “.

Puerto espacial de Lion’s Gate, exterior de mesophex, un día desde el asalto

A setenta kilómetros sobre el asalto terrestre, donde la atmósfera se convirtió en espacio, decenas de escuadrones de lanchas de desembarco y ataque descendieron hacia la Lanza Estelar. Habían estado viajando durante la mayor parte de veinte horas, a la deriva a decenas de miles de kilómetros de barcos más allá del alcance de los mejores láseres de defensa.

A medida que se acercaban a la órbita cercana, uno a uno sus motores se encendieron, un firmamento de chorros de plasma cobrando vida contra la oscuridad. Al igual que las estrellas fugaces, cayeron, cientos de naves intentaron apuntar a un objetivo diferente, apuntando hacia uno de los más de trescientos largueros, plataformas y muelles de atraque de Starspear.

Seis cruceros de ataque atravesaron el vacío y se lanzaron a la estela creada por el asalto de la artillería. Se abrieron cascadas de caída, que arrojaron cargas útiles de vainas de asalto, expulsadas de sus bahías por propulsores de cohetes en ausencia de suficiente gravedad. Cuando los rayos láser de los cañones de defensa se dispararon, las naves espaciales vacías se separaron. El último no fue lo suficientemente rápido, sus escudos vacíos iluminados por el impacto de una explosión volátil. Como una manada de sabuesos, las otras posiciones de defensa convergieron su fuego sobre la nave en apuros, sobrecargando rápidamente sus escudos restantes. Un último corte de energía roja atravesó sus motores, las detonaciones de plasma se derramaron como fuego azul a lo largo de su longitud.

A bordo de una de las vainas más grandes iluminadas por el breve destello azul, Berossus, una vez favorecido por el Tridente, cayó en descrédito después de casi morir a manos de su primarca. Los sistemas de su cuerpo artificial destellaron con datos del sensor, destacando el afloramiento de ferrocreto en el que cayó, así como un pico de radiación del recipiente detonante arriba, el barco en el que había estado a bordo solo unos minutos antes. No le importaba nada la pérdida de la nave, y había superado cualquier pensamiento fugaz de mortalidad que su destrucción pudiera

haber engendrado, sus pensamientos totalmente preocupados por su futuro inmediato.

Era bastante raro que un objetivo tuviera convenientemente trescientos kilómetros cuadrados de espacio de muelle para cañoneras y vainas de aterrizaje. No era un hecho que divirtiera a Berossus cuando la cápsula de metal que lo depositaba hacia el cuarto espolón del muelle hacia el este se estrelló contra la delgada atmósfera sobre el puerto espacial. Debería haber sido su asalto a la cabeza, una gloriosa campaña para uno de los guerreros de guerra más elogiados de la IV Legión.

En cambio, estaba encerrado en un marco artificial, despreciado por el primarca y casi olvidado por sus hermanos de batalla. El cuerpo de un semidiós con la autoridad de un infante.

Dispararon chorros retro, frenando el descenso de la cápsula casi tan duramente como un impacto, pero se escondió en el sarcófago de su armadura Dreadnought. Berossus no sintió nada. Solo era apenas consciente de las piernas neumáticas, sus brazos reemplazados por armas pesadas. No es para él la conocida corriente de hormonas antes de la batalla, una pila de combustible atómica apilada para un corazón. La retroalimentación cinestésica cruda le dio una conciencia rudimentaria de sí mismo, pero a todos los efectos era una mente atrapada en una prisión de ceramita, titanio y plasteel.

En cambio, fue fácil considerar su salvación como un castigo. Los que lo habían mantenido vivo, habían conectado los restos rotos de su cuerpo a esta máquina, habían pensado que estaban preservando su legado. Todo lo que habían hecho era extender la vida que viviría sabiendo la vergüenza de la censura de Perturabo. Más que la agonía física, el dolor imaginado de las extremidades fantasmas, el tormento mental de ese fracaso molestó a Berossus. Había estado ascendiendo hacia su mejor posición como comandante, aseguró un largo servicio en el Tridente.

Y todo porque tuvo la desgracia de llevar malas noticias.

La cápsula se estrelló contra el delantal de ferrocreto en medio de una explosión de chorros y la metralla dispersa de lanzadores de fragmentos, no

es que hubiera un alma viva en la plataforma para oponerse al aterrizaje. La rampa de acceso gimió y los rayos explosivos detonaron para liberar las abrazaderas que mantenían su forma blindada en su lugar. Dando un paso pesado, el ruido sordo de su pisada perdida en el aire, Berossus avanzó hacia el suelo metafórico de Terra.

Con contactos oculares y sensores inhumanos observó su entorno. Setecientos Guerreros de Hierro formaron la fuerza de aterrizaje encargada de asegurar los diez kilómetros superiores del puerto espacial. Apenas había algo vivo, los niveles superiores sin aire ahora eran una guarida solo para aquellos con armadura de poder o trajes de vacío. Trozos de escombros de la nave espacial destruida cayeron alrededor de la Lanza Estelar. A esta altura, tenían poco impulso, trozos de metal y plasma de mil toneladas que flotaban a través del azul de la medianoche tan serenos como los copos de nieve.

Berossus apenas evitó pensar en los meteoritos descendentes. Incluso esta misión fue un castigo, se le asignó el papel de un perro guardián en lugar de encabezar el asalto.

No esta vez. Era un guerrero en su alma, incluso si fue despojado del prestigio.

“¡Mis guerreros, escúchenme!” Su bramido saltó a través de los enlaces de voz a sus hermanos de batalla. ‘¿Estamos parados sobre este delantal estéril mientras guerreros menores roban nuestra gloria? ¡Aquellos con almas forjadas en la batalla no soportan el centinela, buscan al enemigo y los destruyen! “

Sin importarle si alguien lo seguía o no, Berossus giró su enorme cuerpo hacia la rampa más cercana que conducía al cuerpo del puerto espacial. Reclamaría su estatus de guerrero o sería destruido en el intento.

Ataque aéreo

Gambito de Khârn

En el camino de los fieles

Territorios de Nagapor, cincuenta y nueve días antes del asalto

Zenobi sintió la vibración de la torreta detrás de ella moviéndose. Al mirar a través de la cúpula del reloj de arena, vio que las puntas de los cañones de dos cañones láser se balanceaban hacia el frente del tren.

Apretó el pedal izquierdo y giró en la misma dirección, sintonizándose con la velocidad de la rotación. Parecía dolorosamente lento y hubo un segundo retraso entre su pie empujando el metal y los motores activados. El controlador de palanca era más receptivo, apuntando los cañones hacia el cielo, pero su alcance estaba limitado a unos diez grados a cada lado de la línea central de la torreta.

El emisor crepitó en la vida.

‘Tenemos un contacto confirmado. Aeronaves que descienden de la órbita hacia el noreste “.

“¿De qué manera es eso?” Zenobi recordó que necesitaba empujar el botón de transmisión en el panel de control frente a ella. Su mano izquierda encontró el interruptor. “¿En qué dirección está el noreste?”

“Comprueba tu esfera de rumbo”, llegó una voz desconocida. El acento provenía de una colmena más afrik del sur, tal vez de Ciudad del Cabo. Después de un momento, recordó que era DeVault, el artillero que los había llevado a través del breve entrenamiento de ese día. “Está arriba ya la derecha del interruptor de transmisión, como una bola flotante detrás de un disco de vidrio plex”.

Zenobi escaneó el grupo de controles, intentando recordar el apresurado tutorial de DeVault. Encontró el dial de rumbo, una esfera blanca sucia marcada con puntos de brújula y un nivel de elevación, que mostraba hacia dónde apuntaba la torreta y en qué ángulo del tren. Ella vio que estaba apuntando casi hacia el norte y usó el pedal derecho para girar hacia el este unos grados.

“Gracias”, dijo, recordando activar la transmisión.

Miró a través de la cúpula rayada, tratando de encontrar algo contra el azul del cielo. Hubo destellos ocasionales que podrían haber sido el sol reflejado en el avión entrante, o igualmente podrían haber sido los destellos de las últimas estaciones de defensa orbitales destruidas, o tal vez el fuego antisuperficie de una de las naves en el vacío.

'Las aeronaves que se dirigían hacia nosotros confirmaron tres señales más grandes de clase bombardero. No se detectó ninguna escolta ".

"¿Estás bien allá arriba?" La voz de Menber fue distorsionada por el tubo de metal que unía la pasarela principal con la torreta.

"No me distraigas", respondió Zenobi. "Solo asegúrese de estar listo para cambiar las líneas de alimentación cuando se acabe la munición".

'No te preocupes, primo. Todos estamos aquí en la línea con usted ".

Ella flexionó sus dedos sobre el control, sus nudillos palidecieron por la intensidad de su agarre. Su otra mano se movía nerviosamente con la costura que corría por el muslo izquierdo de su overol, apretando un hilo gris suelto.

No había cronómetro dentro de la torreta. Podrían haber pasado dos minutos o diez desde que había subido por primera vez, no estaba segura. Bajando el arma, usó el generador de imágenes para mirar hacia atrás a lo largo de la larga línea de carruajes. Los vapores de los motores oscurecían la vista ya turbia, pero podía ver que había una ligera curva hacia el tren, la vía que los doblaba a la izquierda, hacia el norte. Dando vueltas, volvió a mirar hacia adelante. Las montañas eran más grandes que cuando las había visto desde el techo, los cielos encima de ellos eran una luz estroboscópica constante de luz esmeralda y oscuridad en la tosca pantalla.

El sonido de la sirena desde el compartimento principal la hizo sacudirse contra el cinturón sobre su regazo. Su cabeza golpeó contra el respaldo de metal liso, volviendo a concentrarse en la torreta.

"Objetivos detectados a treinta kilómetros". El teniente Okoye habló rápidamente, la primera vez que lo escuchó sonar de forma controlada y

tranquila.

Era fácil olvidar que, a pesar de ser oficiales, los que comandaban el pelotón y la compañía no tenían tanta experiencia en la guerra como los soldados que lideraban. La autoridad en la línea era muy diferente a la perspectiva del combate. Se les había asignado sus roles debajo del personal general del 64º Cuerpo de Defensa, pero todo ese cuadro de oficiales se había quedado atrás o eliminado.

Era inevitable realmente, decidió. En algún momento, la jerarquía designada habría dado paso a la realidad de la guerra. En cierto modo, era mejor que ya hubiera sucedido, en lugar de más tarde cuando se vieron envueltos en la batalla.

‘Todavía en un enfoque de intercepción. Los objetivos estarán dentro del rango en cuatro minutos “.

Zenobi comenzó a tararear una de las canciones de trabajo para mantener su mente tranquila. Entrenó la cámara de imágenes de armas hacia el noreste, recorriendo unos grados hacia la izquierda y hacia la derecha con la esperanza de ver algo contra la tormenta artificial que hervía sobre las montañas distantes. Las nubes cruzaban la vista, oscureciendo aún más el cielo.

Ella pensó que vio un destello más brillante, pero podría haber sido por el bombardeo en curso del Palacio Imperial más allá del horizonte. Un segundo después volvieron a sonar las bocinas de advertencia, sonando a través del mamparo de metal y subiendo por la vía de acceso.

La chispa se convirtió en una llamarada distinta, corriendo hacia el tren desde más allá de las nubes.

‘Prepararse para-‘

La advertencia de Okoye se cortó cuando una detonación atronadora sacudió el tren. El grito de metal torturado y el rumor del ruido de un carro a otro barrieron a Zenobi. Las protestas del motor gruñeron debajo, las ruedas chirriaron a lo largo de los rieles.

“¡Misil golpeado, misil golpeado!” Okoye estaba sin aliento en la voz, con la voz alta en su oído, cortando el ruido posterior de la explosión. “¡Más entrantes!”

Un sonajero más rápido y agudo reemplazó el ruido de los motores en dificultades. Pasaron dos latidos fuertes antes de que Zenobi lo reconociera como las torretas de gatling disparando a los misiles entrantes. Pequeñas rayas borrosas a través de la vista de la imagen del arma, iluminadas por la chispa más brillante de las rondas trazadoras cada pocos segundos.

Algo más grande pasó rápidamente por el círculo de jade de su mundo, una fracción de segundo antes de que otra explosión sacudiera el tren. Tal vez fue solo un golpe de vista, o tal vez se había acostumbrado a la violencia de la primera detonación. Fuera lo que fuese, el segundo impacto parecía menos traumático.

‘Zenobi! ¡Abran fuego!’

El grito de Okoye a través del transmisor la arrastró de regreso a la vista en el generador de imágenes de armas. En la parte superior derecha de la pantalla, tres formas de pájaros se difuminan contra las nubes. Ella empujó la palanca de control hacia ellos, presionando el botón de disparo mientras lo hacía.

El trueno de los cañones cuádruples se estrelló contra ella como golpes físicos, su cabeza se estrelló contra la silla hacia atrás nuevamente mientras se encogía por su furia. En la pantalla de la imagen, rayas de oscuridad zumbaban inútilmente hacia el cielo debajo de los oscuros puntos de sus objetivos.

Dos flashes, casi simultáneos, anunciaron el lanzamiento de más misiles. Les tomó apenas tres segundos desgarradores antes de que golpearan. Como antes, atacaron en algún lugar hacia la parte trasera del tren, las detonaciones duales eclipsaron brevemente la cacofonía de armas que azotaban a Zenobi.

Sintió que todo el tren se sacudía, el chirrido de las ruedas mucho más largo que antes, acompañado de un horrible roce metálico.

Zenobi apretó los dientes, las orejas resonaban y disparó nuevamente, usando una combinación de columna de control y pedal para guiar su larga descarga hacia las manchas más grandes en el visor. Otras rayas de proyectiles convergieron desde más abajo en el tren, junto con flores de ráfaga de aire de los cañones antiaéreos dedicados montados en los vagones locomotoras.

La nave enemiga se separó, convirtiéndose en tres formas distintas ahora. Uno parecía venir directamente hacia Zenobi. Otros dos se dirigieron a su derecha. Ella hizo todo lo posible para rastrear la nave de ataque que venía en su dirección, apuntando hacia abajo con la esperanza de que la nave de buceo descendiera a su línea de fuego.

Podía ver la silueta distintiva cuando cayó por debajo de la línea de la nube, marcada contra los picos de las montañas. Las alas anchas y de punta plana portaban un fuselaje abultado con posiciones de arma. Explosiones rojas brillantes apuñalaron de la batería, anotando golpes en algún lugar justo detrás de la posición de Zenobi.

Quizás golpearon el carruaje de la Compañía Epsilon.

Se le secó la boca y se le encogió el estómago al pensarlo. Ella golpeó su pie sobre el pedal de la derecha, girando la torreta con fuerza mientras la nave de ataque se alejaba, acercándose con sus armas de flanco rugiendo proyectiles hacia el tren de transporte.

Ella pensó que su próximo golpe de explosión, pero no podía estar segura. Brillos de metralla y metal roto se alejaron de los vórtices cortados por sus alas y escuchó un grito desafiante desde una de las otras posiciones de armas.

“¡Recargando!”, Llegó el grito desde abajo. Se dio cuenta de que había estado presionando el botón del gatillo durante varios segundos, desgarrando la última carga de municiones.

Retiró el pulgar para no atascar el mecanismo en el momento en que los nuevos cinturones se introdujeron en el cargador. Sus oídos estaban acostumbrados al estruendo de las armas y a través de su rugido oyó el

aullido de los motores de plasma. El avión atacante se alejó, dos columnas de azul empujándolo hacia arriba nuevamente mientras buscaba altitud, la ira de los cañones del tren lo seguía hacia la nube.

“¡Recargado!”, El grito de Menber se produjo en un instante después del fuerte crujido del cargador al volver a su posición.

Su objetivo se había ido, ya sea dando vueltas para otra carrera de ataque o volviendo a la órbita. Zenobi suspiró y levantó una mano temblorosa del control.

Su alivio duró unos segundos, solo hasta que el gruñido y el trueno de las otras armas le recordaron que había otros dos aviones en el ataque. En el mismo momento en que llegó a este recuerdo, el coche de artillería se sacudió como un cable que se rompe. La llama cubrió la parte superior de la cúpula del reloj de arena, llevando consigo piezas giratorias de metal dentado.

El estallido del impacto la consumió cuando el auto se inclinó, arrojándola contra la correa de la silla. Levantó las manos, pero no lo suficientemente rápido como para evitar que su cara se estrellara contra la consola de control.

El mundo figuraba locamente y ella sabía a sangre. El chirrido del metal retorcido, los gritos de sus compañeros y el destello de las llamas se desvanecieron, reemplazados por la oscuridad y el silencio de la inconsciencia.

Mesosfera superior, un día desde el asalto

Los torpedos de abordaje nunca se habían usado fuera de un asalto nulo y Khârn estaba empezando a entender por qué. Incluso en el aire delgado de la atmósfera superior, la fricción comenzaba a sobrecalentar el cono de la nariz. Su visión se llenó de pantallas de color ámbar del sistema de red del torpedo. Una ligera deformación hizo que todo el misil de cuarenta metros de largo se estremeciera de manera irregular, mientras que el calor se deslizaba más y más en los circuitos dentro de la nariz.

Podría disparar los detonadores de impacto, arrancando el cono de la nariz y expulsando una intensa explosión de melta diseñada para atravesar los cascos de naves espaciales de treinta metros de espesor, a treinta kilómetros sobre el nivel del mar.

La alternativa tal vez fuera incluso menos atractiva: los circuitos se sobrecargarían, apagando todos los sistemas de impacto para que el torpedo golpeara el costado del puerto espacial Lion's Gate a cuatrocientos kilómetros por hora sin retroceso ni detonación de ruptura …

"Soy la espada de Khorne", murmuró para sí mismo. 'No hay vida sin muerte. Hnnh Matar o ser asesinado, tal es la ley de la batalla ".

La lectura brilló cuando pasaron la marca de cinco kilómetros. Menos de un minuto hasta el impacto.

Al igual que con el resto del ataque a Starspear, el silencio de voz era absoluto, para no darles a los defensores ninguna advertencia de lo que estaba a punto de golpearlos. Otros World Eaters los seguían en cañoneras, tres mil de los elegidos de Khorne, pero la punta de la lanza era Khârn y quinientos de sus combatientes más mortales.

"¿Qué tan gruesas son las paredes?" La pregunta vino de Balcoth, que estaba atado a su arnés a cuatro asientos de Khârn, uno de los treinta en el torpedo de embarque. "¿Cortará la explosión de melta?"

'Hnnh. Demasiado tarde para preguntar ahora, "el capitán gruñó. "Debería haber pensado en eso antes".

La risa saludó la respuesta.

"Mi cuchillo se deleitará con las entrañas de Segismundo", gruñó Khordal Arukka.

"Si la Espada de Dorn está allí, él es mío", gruñó Khârn. Sus dedos se flexionaron alrededor del mango de Gorechild. "Mataré a cualquiera que desafíe mi reclamo".

Asustados por su afirmación, el resto de los guerreros se quedaron en silencio.

“Diez segundos”, les dijo Khârn.

Las restricciones se apretaron más, los arietes hidráulicos se deslizaron a su posición a lo largo de los lados del torpedo para absorber parte del impacto.

Las luces parpadearon en ámbar y luego en rojo. Khârn sintió una desaceleración repentina con una oleada de alivio. A veinte metros del impacto, los meltas dispararon, convirtiendo la punta del torpedo en una lanza candente.

La armadura chilló las protestas y los carneros se separaron, bañando fluido hidráulico cuando la proa se encontró con el ferrocreto. El cuello de Khârn se retorció con fuerza y escuchó una maldición de Galdira, quien perdió el control de su espada, el arma retumbó junto a ellos a lo largo de la cubierta. Khârn miró las cadenas que había usado para atar su hacha a su brazalete. Sí, tenía asuntos pendientes con Sigismund, una lección para completar.

La detonación en auge palpitó a lo largo del torpedo incluso cuando los restos del cono de la nariz pétalos hacia afuera en una rampa de asalto. La restricción explotó hacia arriba y Khârn estaba fuera de su asiento, con una pistola de plasma en una mano y Gorechild en la otra.

El torpedo había alcanzado una posición de artillería, atravesando el revestimiento exterior de un láser antorbital. Los restos de la tripulación estaban manchados entre los escombros, sus trajes de ambiente se volvieron jirones negros, su arma poco más que giros de metal fundido salpicados contra las paredes.

Mientras se sumergía en el vapor, las sirenas aullaban a su alrededor, Khârn se dirigió hacia adelante, escuchando los latidos de sus corazones y los golpes de las botas de su compañero sobre el ferrocreto roto.

Las formas se alzaban adelante, con casco y semi-blindadas. Gorechild rugió, tomando la cabeza del primero, barriendo las tripas del segundo.

Khârn dejó que sus uñas lo llevaran a la dicha de la destrucción, sabiendo que no había nada más que enemigos en el frente.

Sanctum Imperialis, tres días desde el asalto

El cielo sobre el Sanctum Imperialis era una hoja de púrpura y negro parpadeante, y lo había sido durante meses. El crepúsculo antinatural había proyectado su sombra sobre la capital del Emperador durante tanto tiempo que Amon apenas le prestó atención. Ahora lo miraba con una nueva visión, preguntándose si la tormenta de arriba era más que un síntoma físico del largo bombardeo. ¿Era indicativo de esa otra guerra invisible?

Disfrutaba de un buen mirador en una pasarela que corría junto a una terraza abandonada con vistas a la Vía Principa, la principal ruta arterial desde la plaza de la Puerta del León hasta la inmensidad del propio Sanctum Imperialis. Una ciudad dentro de una ciudad que albergaba a millones, lo suficientemente grande como para que en el pasado hubiera sido considerada más grande que la mayoría de los estados nacionales. Inicialmente, su población se había purgado, pero a medida que el Muro Supremo demolía cada vez más las afueras a la espera de un avance de traidor, un número cada vez mayor de sus habitantes desplazados buscaron refugio en las amplias chabolas que habían crecido entre las columnatas y los foros de los grande y poderoso.

Fue a uno de los barrios bajos de la tienda donde viajó Amon, con los ojos fijos en una figura solitaria en las masas, a medio kilómetro debajo.

Coronel Nhek Veasna. Un oficial condecorado de los Dragones Angkorianos, uno de los elogiados regimientos de los Cien Viejos que habían participado en la Unificación de Terra. Era su nombre que el teniente a cargo de la guarnición de cuarentena finalmente había confesado como su introducción a la Lectitio Divinitatus. Encontrarla había sido bastante fácil; ella estaba unida a la Tercera Brigada de los Dragones como enlace de comando. Una posición, Amon había notado, que le permitía moverse libremente entre muchos elementos diferentes de la fuerza de defensa sin obstáculos. Con toda probabilidad, tenía un patrón más importante en el personal general de uno de los regimientos de defensa, pero por el momento Amon se había centrado en ella como el líder más prometedor a seguir.

Había pasado dos días siguiéndola de una guarnición del Ejército Imperial a la siguiente, y ella había intercalado estos deberes con visitas a varios campamentos de refugiados. Amon había decidido no intentar infiltrarse en tales reuniones, contento de saber que la única razón de su presencia era el proselitismo de su fe a las personas sin hogar y desesperadas. Un Custodio no era una vista tan rara que atraía una atención inoportuna, pero para acercarse a tales reuniones tendría que deshacerse de su armadura, lo que parecía imprudente dado que el Palacio estaba bajo ataque directo.

Ese mismo día, el coronel Nhek había sido convocado a un consejo de oficiales superiores, organizado por instigación de Valdor a petición de Amon. Había dejado la solicitud y luego inició protocolos de juegos de sangre bajo el supuesto de que la Lectitio Divinitatus podía extenderse hasta los miembros del Senado Imperial. No podía permitirse el lujo de que nadie influyera en su misión, ni se arriesgaría a que ningún informe sobre ella pasara más allá de los Custodios de Legio. Silencioso, había rastreado a Nhek sin ninguna otra comunicación con su orden, y no haría contacto hasta que estuviera listo para hacer su informe.

Traído al Sanctum Imperialis, Nhek Veasna había aprovechado la oportunidad para ponerse en contacto con varios otros heraldos de la Lectitio Divinitatus. Apenas había intentado mantener el secreto, tal era la creciente confianza del culto que no serían procesados. No fue decisión de Amon hacer, pero tenía la intención de abogar por un castigo muy visible y memorable.

Amón podía entender su debilidad de espíritu, pero no podía perdonarlo.

A Nhek también se le había concedido un permiso de doce horas antes de ser enviado de vuelta a su comandante. Los primeros seis los había usado para descansar y probar algunos lujos del mercado negro: nada específicamente contrabando, solo consumibles que se estaban volviendo muy raros, como agua dulce, lho-sticks y algunas bebidas alcohólicas suaves.

Amon había estado a punto de seguir algunos de sus contactos que había descubierto cuando se dio cuenta de que había sido parte de un engaño bien organizado. No estaba dirigido específicamente a él, pero las reuniones e

intercambios más obvios habían sido concebidos como señuelos para cualquiera que siguiera al coronel. Seis horas de indulgencia de bajo grado proporcionaron la oportunidad perfecta para cualquier movimiento para arrestar al coronel Nhek, y al mismo tiempo ofrecieron cobertura para una comunicación mucho más sutil. Después de todo, ¿qué tenía que cambiar un coronel por bienes raros? La moneda había caído rápidamente en desgracia, excepto entre los traficantes más optimistas que pensaban que tendría valor después de que se levantara el asedio. Para la mayoría era información o trueque, pero Nhek Veasna no había estado apropiando indebidamente los suministros. Lo mismo se aplica a los datos confidenciales que su posición le proporcionó. No había evidencia de que ella estuviera traicionando la confianza de su rango militar.

Eso dejó solo intercambio espiritual.

Si se confirmaban sus sospechas, estaba siguiendo a Nhek a una reunión secreta de fieles dentro del Sanctum Imperialis, que consistía quizás en unos pocos funcionarios de alto rango con tratos en el mercado negro. El comercio ilícito era una máscara conveniente para aquellos que deseaban comunicarse sobre un tema aún más delicado, y aquellos que actuaban como vendedores tendrían la misma probabilidad de intercambiar información sobre la fe y la divinidad del Emperador que como paquetes de raciones de poder y raciones robadas desde la primera línea. envíos

Se desvaneció en la expansión de la humanidad de miles de personas que se hinchó alrededor de la puerta Procesional 16, donde los almoners del Palacio distribuyeron paquetes médicos y nutricionales a los necesitados. La investigación de Amon había demostrado que las religiones florecientes frecuentemente se aprovechaban del apoyo menos afortunado, y esperaba que la Lectitio Divinitatus no fuera diferente.

Al llegar al transportador al otro lado de la terraza, perdió de vista a Nhek, pero no le preocupaba. Su aroma particular, realzado por la cerveza ilegal y los lho-sticks picantes solo una hora antes, la haría fácil de rastrear incluso a través del interior del Palacio.

Descendiendo casi hasta el nivel del suelo, Amon cruzó a los distritos exteriores del edificio Senatorum a unos trescientos metros de donde la Vía

Principal terminaba en el enorme Bastión Argentus. Una vez dentro, recogió el rastro del coronel Nhek cerca de la Concordia Central, y desde allí lo siguió hasta que la tuvo a la vista en el vestíbulo que conduce al Salón de las Viudas. La vio entrar por una puerta lateral y subió varios pisos hasta llegar a un balcón centinela que daba al salón principal. Mientras se acercaba, encontró el puesto de vigilancia sin vigilancia, sin duda los guardias relevados de sus funciones mientras se realizaba la reunión conspiratoria.

Al entrar, recogió el murmullo de voces desde abajo, mucho más fuerte de lo que esperaba. Moviéndose hacia el borde con cortinas, miró hacia el anfiteatro y vio que había al menos un centenar de personas reunidas. Otros seguían entrando.

Al mismo tiempo, observó que los sentidos de Amon se erizaban, atrayendo su atención hacia uno de los otros balcones centinelas en el lado opuesto del pasillo, unos tres pisos más abajo. Una mujer de mediana edad estaba parada allí mirándolo directamente. Era rubia, de piel pálida, vestida con una falda larga de blusa azul claro y azul oscuro. Levantó el marcador de voz cerrado en la pared y un instante después el dispositivo instalado en su balcón ronroneó.

El respondió.

“¿Cómo estás aquí?”, Preguntó.

Había reconocido a la mujer en el momento en que la había visto. Al igual que muchos de los detenidos por Dorn o Malcador, su imagen había circulado entre los Custodios en caso de que de alguna manera escapara de su confinamiento. Ahora estaba mirando a Amon con una sonrisa irónica, obviamente esperándolo.

Euphrati Keeler.

Technophage

Asistencia inesperada

Humo y fuego

Lion Primus Strategium, cuatro días desde el asalto

A Rann no le gustaban las luces rojas y las sirenas. El Lion Primus Strategium estaba vivo con ambos en armonía estruendosa y gritando. Aunque era inmune al pánico, los soldados menores no lo eran y sintió que el clamor repentino era una forma pobre de provocar un pensamiento rápido y claro. A pesar de sus dudas, los ayudantes, la logistaria y los legionarios se movieron con un rápido propósito de consola en consola, actualizando las pantallas primaria y secundaria a raíz de la última alerta. Los esquemas del puerto espacial de Lion's Gate aparecieron en cada pantalla, cubiertos con símbolos de advertencia y runas de desplazamiento.

Fue casi una ocurrencia por hora cuando nuevos ataques enemigos desde arriba y desde abajo atacaron a los defensores. El mal funcionamiento del topógrafo y los errores del sistema se burlaron de intentar predecir sus aterrizajes y movimientos, y esta vez parecía que todo el puerto estaba a punto de ser invadido. Era imposible, el enemigo estaba lejos de tal victoria, pero la vista de señales hostiles que regresaban a través de su zona de comando era un recordatorio impactante de lo que Rann estaba tratando de evitar.

“Apaga ese ruido y esas luces también”, espetó. Rann se inclinó sobre la mesa de exhibición principal, tratando de captar la repentina riqueza de información. Dio la vuelta a la logistaria en el panel de control. “¿Cómo está sucediendo esto?”

La sacerdotisa hizo clic y gimió por unos momentos, los lentes de latón se dilataron y se estrecharon varias veces dentro de los pliegues de su capucha roja.

“Ha habido otra intrusión noosférica, comandante Rann”.

“Esa no es una respuesta”. Rann hizo un gesto con la mano hacia los datos que aún se acumulaban en la pantalla. “¿Es esto real o no?”

Confirmed Se han confirmado aterrizajes enemigos en las plataformas mesófex, comandante Rann. Se han confirmado contactos enemigos en el núcleo de stratophex, el comandante Rann. Hay compromisos constantes en la piel de tropophex y mantlezones, comandante Rann “.

‘Pero muchas de estas señales son … ¿falsas? Errores?

La logistaria accionaba los controles del panel y un pulso de estática ondulaba a través de la pantalla, en algunos lugares convirtiendo algunos de los sigilos de datos rojos en azules y en otros verdes. Todavía había mucho rojo en todo el puerto espacial. Gran parte de la base estaba cubierta de verde, lo que Rann tomó como una buena señal hasta que la logistaria habló.

‘Las runas verdes significan contactos confirmados con el enemigo con un peso de ochenta o más en la escala de factorización de amenazas empleada por mi conjunto de datos, el Comandante Rann. Las runas azules significan contactos confirmados con el enemigo ponderado treinta o menos en la escala de factorización de amenazas empleada por mi conjunto de datos, el Comandante Rann. Las runas rojas significan contactos no confirmados con enemigos de ponderación desconocida en la escala de factorización de amenazas empleada por mi conjunto de datos, el Comandante Rann “.

“Entonces, ¿los rojos son falsos?”

‘Desconocido. Las runas rojas pueden representar contactos enemigos legítimos pero no confirmados de nivel de amenaza variable, Comandante Rann “.

“Haz lo que puedas para confirmar los informes y restregar el resto”, le dijo al marciano.

Le dio a la pantalla una última inspección, tratando de ver si la experiencia estratégica podía burlarse de la verdad de los grupos de íconos parpadeantes. Si miraba los patrones de cierta manera, parecía haber un movimiento general desde los niveles superiores hacia abajo. Ciertamente había enemigos en las áreas circundantes de los puentes y las conexiones de monorriel a la Puerta del León principal. Los rieles y caminos de conexión

estaban bien defendidos, pero si caían en manos del enemigo, los traidores estarían a una distancia sorprendente de la caseta de vigilancia.

Rann conocía sus puntos fuertes y las limitaciones de su autoridad, y ambos estaban siendo probados por la crisis inminente.

‘Comunicaciones, necesito una conexión urgente con Lord Dorn. Urgente.’

‘Sí comandante. Priorizar un comando vox para usted “.

Sintió que debería estar dando órdenes para lidiar con lo que estaba sucediendo, pero la verdad era que Haeger ya estaba en el lugar para tomar esas decisiones. La mayoría de sus comandantes de campo tenían la experiencia suficiente para evaluar por sí mismos la situación local; mejor de lo que podía con datos de batalla poco confiables.

Revisó la pantalla nuevamente, pero no estaba más claro que treinta segundos antes.

“Comandante, tengo el cementerio de Lord Dorn en contacto de voz”.

‘Dile que necesito al primarca. Necesito hablar con él de inmediato “.

Hubo un intercambio silencioso entre el legionario y el escudero en el otro extremo del enlace de voz. Por primera vez en varios años, el comandante escuchó varias frases de maldición Inwit, incluido un comentario puntual de que el oyente entraría en una tormenta de hielo sin abrigo, uno de los insultos más graves del mundo natal de Rann.

“¿Debo conectar el canal a la sala de información, comandante?”, Sugirió el operador de voz, señalando con la cabeza hacia la cámara adyacente.

“Eso parece razonable”, respondió Rann, dándose cuenta de que podría necesitarse cierta discreción en las circunstancias.

Rann entró en la cámara y se sentó en el amplio escritorio ovalado dentro, golpeando el botón de conexión de voz colocado en una almohadilla de runas sobre su superficie. El altavoz integrado en el techo siseó a la vida.

‘Estoy llevando a cabo operaciones de contra-asedio contra el ataque de la Guardia de la Muerte, y el Teniente Takko está exigiendo un duelo de honor con tu oficial de vox. Explicar rápidamente “.

El señor senescal respiró hondo y descubrió por dónde empezar. No tenía sentido tratar de ser tímido con la situación.

‘La defensa del puerto de Lion’s Gate está comprometida, Lord Dorn. Los traidores llegaron a la base, establecieron una presencia en Sky City y en la última hora realizaron aterrizajes en masa en las torres de atraque. Nuestra respuesta se ve obstaculizada por una intervención a través de la noosfera y los sistemas electrónicos, lo que hace que los augures y las comunicaciones sean erráticos “.

‘Dame una evaluación de la amenaza. ¿Puedes recuperar la situación? “

‘Depende de lo que quieras que haga, Lord Dorn. Si concentro las defensas alrededor de las conexiones de la puerta, tendré una posición estática que puede mantenerse por algún tiempo. Si quieres que recupere el terreno perdido … El ataque en la base puede ser contenido, pero creo que si no los presionamos en Starspear, tendrán una ruta de refuerzo constante. Por supuesto, eso dejará a los puentes vulnerables “.

‘No permitas que el enemigo gane un punto de apoyo. Parece que tienes un plan, ¿qué quieres de mí?

“Permiso para destruir los puentes, Lord Dorn”.

‘Negado. Es preferible retener la posesión y el acceso al puerto espacial. El tiempo es esencial y puede darse el caso de que cuando llegue Roboute Guilliman necesitemos el puerto de la Puerta del León para derribar a sus tropas con la velocidad suficiente para dar la vuelta a la batalla. Cada hora puede ser la diferencia entre la victoria o la derrota del Emperador. Los puentes también proporcionan los medios para un contraataque masivo en caso de que se sobrepase demasiado el puerto “.

Rann contuvo los argumentos que surgieron en su lengua, sabiendo que el primarca había tomado una decisión.

‘Entendido, mi señor. En ese caso, solicito el envío de un comandante de segundo rango para garantizar la redundancia del liderazgo. Tengo la intención de salir al campo para combatir las ganancias enemigas “.

“¿Tienes a alguien en mente?”

“La presencia del primer capitán Segismundo sería invaluable”.

Rann resistió el impulso de tamborilear con los dedos en el borde de la mesa mientras esperaba la respuesta de Rogal Dorn. Pensó que la solicitud no había sido rechazada de inmediato era una buena señal, pero comenzó a redactar sus argumentos a favor de la decisión por si acaso.

Spare Puedo ahorrar tres mil legionarios más. Tomará algún tiempo reunirlos desde el otro lado del Palacio para que no nos debilitemos en otro lugar. Tendrás que conformarte con eso “.

‘Serán de gran ayuda, mi señor. Si es posible, sugeriría un asalto contra-aéreo para que coincida con una ofensiva renovada de mi ataque desde Sky City “.

“¿Quieres que envíe la fuerza de Sigismund por aire?”

“Ese sería el camino más rápido a la batalla, mi señor”.

‘Estoy de acuerdo. Haré que Sigismund se ponga en contacto con usted directamente para resolver los detalles una vez que la fuerza de ataque esté lista para partir “.

‘Gracias-‘

La voz siseó en estática muerta, la conexión rota. Rann movió el dial a su canal de comando.

‘Teniente Comandante Haeger! Trae mi consejo estratégico a la sala de reuniones. Tenemos un contraataque para planificar “. Se recostó en sus pensamientos por un momento antes de activar el interruptor nuevamente. ‘Que venga también Magos Deveralax. Necesitamos discutir cómo eliminar

esta nueva amenaza electrónica. Y que traiga a sus mejores expertos en demoliciones “.

Sanctum Imperialis, zona central, tres días desde el asalto

Euphrati Keeler miró a través de la extensión del Salón de las Viudas y observó al Custodio cuidadosamente, el ritmo constante de su respiración llegando a su oído a través del receptor de voz. No había levantado su arma, lo cual era alentador solo hasta cierto punto. Sus siguientes palabras enmarcarían el resto de su relación. Quería decirle que el Emperador la había guiado a este tiempo y lugar, pero una verdad menor tendría que servir por ahora.

“Malcador me envió para ayudarte”.

‘Veo. ¿Cómo sabías que estaría aquí?

“Lo siento, pero te han guiado por un camino falso”.

‘Explique.’

‘Te pusiste en la sombra antes de que Malcador pudiera decirte que te estaría ayudando. Tu entrenamiento significaba que ignorarías todo contacto de voz. Intenté encontrarte pero tuve que rendirme, aunque sabía que seguías al coronel. Eres muy bueno en lo que haces “.

“¿Cómo sabías que seguiría al Coronel Nhek a este lugar?”

‘No me sentiría molesto, custodio Amon. Fue el propio Valdor quien ayudó a poner el anzuelo una vez que estuvo claro que no podíamos contactarlo por medios convencionales. De su solicitud dedujo que seguiría el ejemplo del coronel y Sindermann recibió la noticia de que ella iría a esta reunión. Pensé que tendría que esperar un poco más, pero fuiste muy rápido “.

‘¿Ha sido algún tipo de prueba? ¿Un juego inverso de sangre para probar mis habilidades?

Ella sacudió su cabeza.

‘No, custodio Amon. Todo esto es muy real. La aparición, la confesión, la reunión que estás presenciando no fueron organizadas para tu beneficio “.

‘Estos son miembros de la Lectitio Divinitatus. Conspiradores en el culto al emperador “.

‘Alto rango, como puedes ver. No son conscientes de nuestra presencia. Acepté ayudarte a navegar por el laberinto de la Lectitio Divinitatus. Condicional a mi ayuda estaba la promesa de Malcador de que nadie dentro del culto será procesado a menos que sea declarado culpable de algún delito mayor. Estás aquí para descubrir la fuente y la escala de la intrusión demoníaca, no para hacer la guerra a la Lectitio Divinitatus “.

“No recibo órdenes de agitadores políticos, ni el juramento de Malcador me obliga”.

Keeler suspiró.

‘En primer lugar, sin mi ayuda no descubrirás nada. En el momento en que la Lectitio Divinitatus sepa que los estás buscando, desaparecerán. En segundo lugar, tal vez te pierdas el significado de la participación de Valdor. Estoy aquí con su completa, ah, bendición “.

Amon la miró en silencio durante varios segundos más, sin moverse en absoluto. Su expresión era imposible de leer, un lienzo en blanco de emoción. Finalmente dio un asentimiento superficial.

‘Muy bien. Necesitamos acordar nuestros objetivos y enfoque. Hay un área común en desuso en el cuarto nivel de los cuartos adyacentes. ¿Lo sabes?’

‘Puedo encontrarlo. Te veré allí en diez minutos, Custodio “.

Colgó el auricular sin más reconocimiento y desapareció por las cortinas un instante después. Keeler deslizó su auricular de voz de nuevo en su aplique y se volvió para recostarse contra la pared al lado, dejando que la tensión fluyera de su cuerpo. La cortina se movió.

“¿Está hecho?”, Preguntó una voz desde el pasillo más allá.

Ella bajó la cortina para revelar a un hombre de cabello plateado, la cara llena de edad. A pesar de sus rasgos marchitos, se mantuvo erguido, mirada firme, voz fuerte. Era tan imponente y carismático como lo había sido en el apogeo de su destreza como uno de los iteradores de la Verdad Imperial. Kyril Sindermann, ahora su heraldo de las crecientes masas de la Lectitio Divinitatus.

“Eso fue mejor de lo esperado”, le dijo. Cador Malcador advirtió que él es un intransigente cuando se trata de asuntos de fe. Estaba en Monarchia “.

“Quizás por eso Valdor lo eligió para la tarea”.

Val Si Valdor quisiera erradicar la Lectitio Divinitatus, lo habría ordenado así, mucho antes. Creo que el custodio Amon tiene talento para erradicar cosas ocultas. Nada mas.’

‘Aun así, no puedes confiar demasiado en él. Eres un santo, un valioso rehén … “

Keeler atravesó la cortina y respondió con una sonrisa.

‘La confianza es una mercancía que viene y va, mi querido amigo. La fe es eterna “.

Territorios de Nagapor, cincuenta y nueve días antes del asalto

Un golpe insistente y el hedor a humo despertaron a Zenobi. Todavía estaba atada a su silla de artillería, colgando sobre la consola de control. El reloj de arena de la cúpula estaba intacto, muy manchado y rayado, pero a través de él podía ver los barriles doblados de los cañones automáticos y los surcos que habían marcado a través de la tierra cuando el automóvil había salido de la pista.

El sonido metálico de un martillo arrastró sus sentidos hacia adentro. Entre cada golpe, oyó el crepitar de las llamas y, a través del zumbido de sus oídos, captó su nombre, muy amortiguado desde el exterior. Apoyó un pie contra el costado de la torreta y desabrochó la correa, cayendo de lado entre la consola de control y el domo. Desde esta nueva posición, pudo ver que

un panel se había roto, bloqueando la escalera de acceso a la cúpula. Las llamas parpadeaban de los cables que habían quedado expuestos. El fuego no parecía muy grande, pero estaba entre ella y la ruta.

Fue entonces cuando recordó la alimentación de municiones.

“¡Ayuda!” Deslizó las botas primero a lo largo de la escotilla y golpeó su pie contra la hoja de metal retorcida. ‘¡Estoy vivo! ¡Estoy aquí! ¡Dibuja el suministro de munición! ¡Hay un incendio!’

Golpeó el metal varias veces más, gritando a sus compañeros que quitaran la alimentación del cinturón de municiones. El fuego estaba creciendo en brillo, chisporroteando y ardiendo cuando llegó a la plataforma giratoria lubricada de los cañones cuádruples. Le preocupaba que una descarga eléctrica pudiera hacer que toda la torreta de metal viviera y retrocediera, tratando de meterse en la cúpula de reloj de arena no conductora, con una bota con suela de goma presionada contra la silla.

Un golpe justo detrás de ella sacudió su cabeza hacia atrás, golpeándola nuevamente. Había figuras afuera, raspando la mugre que se había acumulado en la cúpula. Menber miró a través, con los ojos protegidos por sus manos, un grito de alivio se convirtió en una breve risa cuando sus ojos se encontraron. Él sonrió y dijo algo, pero el grueso reloj de arena lo redujo a murmullos sin sentido.

“No puedo oírte”, murmuró deliberadamente, encogiéndose de hombros. ‘Hay un incendio. Necesitas desconectar la munición antes de que explote “.

Él asintió y levantó los pulgares. Zenobi se concentró en su boca lo mejor que pudo, girando su cuerpo para que estuviera más o menos paralela a él. Menber asintió con la cabeza, pero no podía decir si realmente lo había entendido. Alzó la voz, gritando cada palabra con entonación cuidadosa mientras señalaba hacia la escotilla.

‘¡Fuego! ¡Obtener! ¡Yo! ¡Fuera! ¡De! ¡Aquí!’

Algunos otros se reunieron, con sus pistolas láser en sus manos. Comenzaron a golpear el reloj de arena con las culatas de sus armas, pero el único resultado perceptible fue un ruido ensordecedor dentro de la torre.

“¡Detente, detente!” Zenobi agitó las manos y luego se tapó los oídos. Menber se dio cuenta y pidió a los demás que retrocedieran.

Los ojos de Zenobi ardían y cada vez era más difícil respirar a medida que el humo continuaba llenando la cúpula. Se giró para mirar hacia la escalera. El fuego todavía ardía dentro del mamparo expuesto. No era grande, pero los humos eran ácidos, una mezcla de lubricante ardiente y plastek fundido. Mirar alrededor de la torreta no reveló nada que pudiera apagar las llamas.

El humo era mucho más peligroso que el calor del fuego. Zenobi fue casi incapaz de mantener los ojos abiertos, parpadeando con fuerza todo el tiempo mientras las lágrimas corrían por la mugre de su rostro. Cada aliento se sentía como inhalar cuchillas de afeitar.

Fue entonces cuando surgió una idea. Zenobi volvió su atención a la cúpula y le indicó a Menber y a los demás que retrocedieran. Casi ciega, sus dedos manipulando cada movimiento delicado, ella persistió. Cada pocos segundos la tos la sacudía y la doblaba. Eventualmente se desabrochó las botas y las colocó debajo de los pedales de control. Un hechizo mareado la detuvo por varios latidos erráticos. Ella quería aspirar aire, pero sabía que eso solo lo empeoraría.

Luego vino el mono, una lucha aún más incómoda en los confines de la torre. Primero un brazo y luego el otro se soltaron. Una grieta repentina y una llamarada verde desde la entrada marcaron el fuego llegando a una nueva fuente de combustible. El humo se volvió más oscuro, dejando una mancha negra a lo largo del metal a medida que fluía hacia la torreta. Se movió hacia el asiento de goma, casi acostada para quitarse el pesado uniforme de las piernas. Doblando un rectángulo áspero, con los brazos y las piernas metidos dentro, lo puso a un lado y volvió a ponerse las botas, todavía nerviosa por la electrocución.

Se movió por la escalera agachada, tratando de no tocar nada. Los rizos de su cabello se erizaron con estática y el humo asfixiante era espeso en su

garganta. Con el mono doblado extendido ante ella como un escudo, se lanzó hacia adelante, empujándolo en el compartimento del cable expuesto.

Los gruesos pliegues de material encajaban casi exactamente, cortando el aire. Con cautela, lo retiró para ver si quedaban llamas. Una chispa de un cable cortado la hizo estremecerse, pero por lo que podía ver, el fuego había desaparecido. Zenobi llenó el agujero con su uniforme por si acaso, con la esperanza de que no se incendiara por una descarga perdida. Ella comenzó a patear la cubierta que había salido para bloquear la compuerta de entrada.

‘¿Puedes escucharme?’

Había voces y movimiento debajo. La cara del teniente Okoye apareció en el pequeño espacio entre la sábana desalojada y el piso.

‘Estamos improvisando un cortador fuera de laspacks. Paso atrás.’

“¿Qué pasa con una melta?”, Respondió ella.

“Demasiado poderoso, podría explotar hasta la torreta”.

Ella obedeció, volviendo a la cúpula. Un silbido se unió a la sinfonía de otros ruidos que crujieron y sacudieron el automóvil descarrilado, y vio un resplandor rojo aparecer en una esquina de la placa de metal alojada.

El martilleo se reanudó, doblando el metal donde se había calentado. Las manos enguantadas se aferraron al borde rasgado, girando y tirando. Zenobi estuvo a punto de desmayarse nuevamente, tratando de respirar lo menos posible: el fuego ya no producía más humo, pero no había suficiente ventilación para dejar escapar los humos atrapados.

La sábana se dobló. Casi inconsciente, Zenobi se lanzó hacia él, golpeando primero el hombro contra el metal. Las esquinas chirriaron a lo largo de la entrada pero cedió bajo el impacto, enviándola a ella, el metal y varios soldados a la pasarela principal. Un chillido salió de sus labios, proveniente de un lugar que no sabía que existía, seguido rápidamente por una bocanada de aire acre pero sin humo.

Se tumbó sobre el metal, con los ojos cerrados, el pecho agitado durante varios segundos, el calor de donde la cortadora se había derretido calentó la parte posterior de sus piernas.

Fue esto lo que le recordó que estaba vestida solo con ropa interior. Lentamente abriendo los ojos, se encontró con cinco soldados y el teniente Okoye mirándola con una mezcla de humor y asombro. Kettai estaba entre ellos.

“Necesito un trago”, gruñó ella.

“Tengo un poco de agua aquí”, dijo uno de los otros rescatistas, sacando una cantimplora de su cinturón.

Kettai se encontró con su mirada mientras bebía agua tibia, con una sonrisa en sus labios.

“Vamos a llevarte afuera”, dijo, pasando un brazo sobre su hombro para alejarla, su otra mano se movió hacia el matraz en su bolsillo.

Abaddon se une al ataque

Entre las masas

Una cuestión de fe

Puerto espacial Lion’s Gate, núcleo mesophex, dos días después del asalto

Había mucho que decir sobre el simple placer del combate. Abaddon siempre había sido un luchador, ante todo. Nacido para ser rey, había elegido el camino de la batalla en lugar de gobernar, renunciando a ese derecho de nacimiento para honrar a sus parientes.

Envuelto en una energía que destroza la armadura, su puño hizo un pequeño trabajo con el guerrero de la VII Legión que le impidió el paso a los sensores superiores del puerto espacial de la Puerta del León. Otro cayó sobre las espadas de los guardaespaldas de Layak, mientras que el hechicero terminó un tercero con un tenedor de rayos negros de su bastón.

Esto fue pureza. Ser victorioso y vivir, o conocer la derrota y la muerte. Un enemigo claro, un objetivo definido.

El arma de Abaddon rugió, una lluvia de rayos abrió el plastrón de un legionario de los Puños Imperiales con la librea de un sargento veterano. Siguió con largas zancadas, rompiendo su guante contra la armadura rota, pulverizando huesos y órganos debajo, el golpe arrojó al luchador de Dorn por el suelo de baldosas.

A Bolt y Blade no les importaba la lealtad, ni las artimañas de los sacerdotes y hechiceros. Fueron soltados por muchas razones, honorables y viles, pero una vez que se pusieron en camino, dieron en el blanco o fallaron. Abaddon recordó un momento de claridad similar, cuando había sido un legionario, recién reclutado en los Lobos Lunares.

Seguir las órdenes. Mata al enemigo. Protege a tus hermanos.

Ahora apenas podía soportar estar en la misma habitación que aquellos que alguna vez había pensado que eran parientes. Levantó su espada junto a una abominación que prestaba servicio a los poderes existentes más allá de la

comprensión mortal. Y más que nada, luchó por un señor cuyas verdaderas ambiciones eran imposibles de conocer.

A pesar de sus dudas, tal vez por ellas, el Primer Capitán de los Hijos de Horus no se contentó con ser un observador durante la batalla por Terra. Detrás de él llegaron tres mil hijos de Horus, sus armas atacando a los guerreros de Rogal Dorn. Por Stormbird y Thunderhawk habían sido convocados, otra cuchilla dirigida al corazón del puerto espacial de la Puerta del León.

No había sido por orden de Abaddon que habían venido; más bien habían sido enviados por el Warmaster en la palabra de Layak. Aunque no había recibido ninguna orden, Abaddon había asumido el mando.

Ezekyle Abaddon, Primer Capitán de los Hijos de Horus, la mano derecha del Señor de la Guerra y vencedor de innumerables campañas no había venido a Terra para ver a otros derrocar al Emperador. Preferiría morir en la batalla que ver a un hechicero de los Portadores de la Palabra guiar al primero de sus hermanos de batalla al Palacio Imperial.

La línea amarilla que sostenía los pasillos alrededor del sensoria superior se dobló bajo el ataque, incapaz de resistir la ferocidad de sus enemigos recién llegados. En los estrechos confines del interior, Abaddon cambió su bólter por una cuchilla eléctrica, de modo que con la espada y el puño reluciente se abrió camino hacia el objetivo.

Con él venían los Justaerin, su armadura de guerra Terminator a prueba de ataques de fuego fulminante, su lealtad a Abaddon tan segura como su armadura. En un momento en el que confiaba poco pero a sí mismo, puso su vida en manos de su guardia cercana sin dudarlo y lo siguieron sin dudarlo.

Un último grupo de guerreros de la VII Legión sostenía las puertas de la sensoria. En un conjuro de Layak, una nube negra los cegó, parpadeos de energía distorsionada en su corazón. Abaddon cargó en la penumbra, ignorando los disparos esporádicos que salían de su placa de guerra. Su espada tomó la cabeza del primer enemigo que encontró, su puño desvió el gladius del segundo. Un esclavo de la espada pasó de largo, enterrando sus

extremidades en forma de daga en el cuello del Marine Espacial, su impulso los llevó a ambos a la oscuridad.

Abaddon giró ante el sonido de fuertes pisadas, empujando la punta de su espada hacia adelante para encontrarse con el puño imperial. Redujo la velocidad demasiado tarde, corriendo hacia la punta de la cuchilla. Abaddon avanzó, empujando la espada hasta que estalló desde la espalda del Marine Espacial. Al soltar su espada, la penumbra se disipó cuando el hechizo de Layak se desvaneció, pasó el cuerpo que caía en la amplia cámara del sensorio superior.

“También cegaremos a sus comandantes”, dijo Layak, pasando apresuradamente, volviendo la cabeza rápidamente mientras inspeccionaba la habitación.

“Asegure los canales de augur orbitales”, dijo Abaddon a los legionarios blindados Terminator que se desplegaban en la cámara. Los datos de su sensor llevaban las señales del resto de la fuerza dispersándose para asegurar el área contra el contraataque. Dentro de treinta segundos, la sensoria fue rodeada por Hijos de Horus.

“Por aquí, primer capitán”, respondió uno de sus Justaerin, indicando una consola cercana.

Layak se acercó, el personal dejó rastros de chispas donde golpeó el suelo ensangrentado.

“Sí, esto es perfecto”, cantó el hechicero de los Portadores de la Palabra. “Guiaré la esencia de Volk a los augurios para enmascarar la llegada”.

“¿Y qué hay de la barrera del Emperador?”, Exigió Abaddon. “He visto poco de ti como para abrir el escudo que protege contra el Nunca Nacido”.

‘Ese trabajo está en curso. Todos los elementos deben unirse, Ezekyle. Layak se volvió para mirar al Primer Capitán con seis ojos brillantes. Gods Los dioses están con nosotros y el Utterblight está creciendo en fuerza. Nuestro trabajo aquí ayuda al gran plan. A pesar de que Dorn debe comprometerse más en la defensa del puerto espacial, su control sobre el

Palacio Interior se debilita, su ojo se ve atraído hacia otro lado. Se están haciendo progresos, aunque no es visible para usted “.

“Estamos a punto de tomar el puerto, independientemente de sus esfuerzos”.

“Los dioses decidirán cuándo cae el puerto espacial, y lo reclamaremos no un momento antes”. Layak volvió su atención a la consola. Sacó un cuchillo curvo y comenzó a grabar símbolos en el plasteel de la carcasa de la terminal. El rasguño de su punta puntuó sus palabras. “Cuando nos traslademos al Muro Supremo, ¿harías que los primarcas elevados sean atacados nuevamente, o conducirán a sus Legiones en la batalla final?”

“Fulgrim ya se cansó del ataque y se retiró de la vecindad de la Puerta del León”, le dijo Abaddon. Ron Angron arrasa sin propósito fuera de los muros y Mortarion continúa sus bombardeos. Veo poco de su participación “.

“Horus y sus hermanos ascendidos son los elegidos de los dioses, son la voluntad del Caos dada”, respondió el Portador de la Palabra. Dio un paso atrás, mirando su obra. Las runas brillaban, verde suave y rojo oscuro. ‘Estar a su favor es ser favorecido por los dioses mismos. Estas son fuerzas que aprenderá a equilibrar cuando llegue a aceptar su destino “.

“Si es mi destino, sucederá si lo acepto o no”, gruñó Abaddon. “Pareces dispuesto a convencerme de que debo tomar una decisión y decirme que no tengo ninguna”.

Layak no respondió a esto y se ocupó en la terminal de augur durante un tiempo, pintando marcas rituales en la consola con la sangre de los muertos. Con su bastón encendió los fluidos, de modo que los sigilos bailaron en llamas, extrañas intersecciones de lo místico y lo mecánico.

“Nada de esto hubiera sido posible sin el patrocinio de los dioses”, dijo Layak a Abaddon cuando su ritual se completó. “La victoria no es segura excepto por su favor”.

“La victoria nunca es segura”.

“Sin los dioses, tus ambiciones habrían muerto en una cabaña iluminada por las llamas en Davin”. Una nota de ira entró en la voz de Layak, la primera vez que Abaddon había escuchado algo así. “Sin los dioses, la estrella del Señor de la Guerra habría ascendido y caído, e incluso la sombra de su memoria habría eclipsado todo lo que había logrado”.

Esta vez fue Abaddon a quien le robaron una réplica. No estaba seguro de dónde estaba la causa y el efecto entre Horus que buscaba el poder del Caos y los dioses que se acercaban a él.

“¿Está hecho?”, Preguntó, señalando hacia la terminal augur. “¿El conjunto de sensores fallará por completo?”

Layak examinó las imágenes que parpadeaban en la pantalla. Abaddon vio espirales y espirales que se unían como olas o llamas superpuestas. A sus ojos, eran formas sin sentido.

K Volk ha visto el faro y se acerca. La oscuridad caerá cuando la necesitemos “.

“Entonces seguiremos adelante”, dijo Abaddon, apretando el puño. ‘Los puños imperiales fortalecen su control sobre los puentes del cielo: es solo cuestión de tiempo antes de que enfrentemos un contraataque desde dentro del Palacio. Kroeger se ha extendido demasiado lejos sin consolidación, apresurando el ataque. Si no logramos alcanzar nuestros objetivos en el próximo impulso, nunca lo haremos “.

“¿Y crees que conseguirás la victoria solo con tu fuerza?”, Se rió Layak. “Tal arrogancia”.

Abaddon levantó un guante en forma de rayo.

“No solo por mi fuerza, sino en la guerra cerrada, un solo golpe puede cambiar el rumbo”.

Sanctum Imperialis, zona oeste, cuatro días desde el asalto

Los alrededores del Sanctum Imperialis eran un extenso campo de refugiados. Varios miles de kilómetros cuadrados de habs y dormitorios y otros bloques dentro del Muro de la Eternidad habían sido despejados en preparación para un nuevo asalto. Algunos, como el Arco Palatino, habían sido golpeados por el enemigo, convertidos en escombros, arrasados por llamas y toxinas. Decenas de miles, luego cientos de miles, habían sido desplazados, huyendo a través de la Puerta del León hacia la ciudad alrededor del Sanctum Imperialis antes de que esa barbacana impenetrable fuera cerrada contra la llegada del enemigo.

Las calles palpitaban con una vida diferente. La luz del fuego reemplazó los lúmenes que habían sido apagados para conservar energía. Contra el atronador telón de fondo de las armas de asedio, el murmullo de mil conversaciones resonó en los bulevares reales. Las fuentes se habían convertido en pozos. Las plazas se habían convertido en mercados. Cada chatarra de material se utilizaba como refugio, transporte o ambos.

Y en la masa de la humanidad, Amon siguió a Keeler.

"Me pregunto qué verá un Custodio cuando vea esto", dijo, extendiendo una mano para abarcar a la masa de personas que viven en las calles, arcos y edificios abandonados.

No respondió de inmediato. Muy poco sorprendió a Amon, pero se deleitó al ver cómo los lugares podían cambiar tan dramáticamente. Había visto el Palacio Imperial erigido sobre la antigua ciudad de sus cimientos, una ciudad que el Emperador aparentemente había construido en una época anterior a Old Night. Un monumento a la humanidad, no su amo, el Emperador había asegurado sus creaciones. Había sido un lugar de belleza y conciencia de las fortalezas y debilidades de la humanidad. No solo un museo, sino un bloque de construcción para el futuro. Una plantilla no un templo.

La función había comenzado a subsumir su forma. Se convirtió en una capital no solo de Terra, sino de un floreciente imperio más allá de las estrellas. El Administratum había surgido de la necesidad de oficiar un esfuerzo tan inmenso. Hab-blocks, arcologías y colmenas habían añadido procesiones flanqueadas por estatuas y amplios claustros. Edificios

dedicados a un tipo diferente de deidad, sacrificando al ídolo de la burocracia, con la esperanza de domar una galaxia con números en vid-ledgers.

El Emperador había estado preocupado por el proyecto de la vía web y los Custodios lo habían acompañado. Habían entregado la mayor parte del palacio a los humanos, supervisados por Malcador, aunque no del todo mortal en el cuerpo, ciertamente en la mentalidad. Incluso ahora sorprendió a Amon pensar en el extenso otro mundo a pocos kilómetros bajo sus pies, más allá de las salas, puertas y bastiones de la Mazmorra Imperial. También le dio una pausa para recordar la horda ilimitada de Neverborn que esperaba abajo, cerrada de Terra por máquinas arcanas y la voluntad del Emperador. Los traidores no necesitaban rituales viles para convocar a sus aliados antinaturales: una legión de la urdimbre ponía a prueba las defensas constantemente, una dimensión completa pero a la distancia de un periódico.

“Veo los restos del orgullo de un Señor de la Guerra”, le dijo. ‘Hace siete años, el Imperio se volvió sobre su eje por el egoísmo de Horus. Ese momento ha conducido directamente a esto y cada sufrimiento que se siente aquí, cada dolor sobre la gente del Emperador que le siguió, puede imponerse sobre él “.

Keeler no dijo nada en respuesta.

Rogal Dorn había venido para convertir el Palacio en una fortaleza. Inmensos muros, torres dominantes y contrafuertes por miles habían fortalecido el Sanctum Imperialis, y al respecto se habían levantado y ensanchado las grandes fortificaciones de cortina del Muro de la Eternidad y el Muro Supremo, cada una estirando una ciudad-estado por derecho propio. Los administradores se quedaron pero los trabajadores por millones se unieron a ellos. A estos últimos se les dieron armas y se convirtieron en soldados, se les ordenó defender las murallas que sus manos habían construido.

Amon había cambiado con todo, pero se mantuvo constante en su núcleo. A través de los juegos de sangre había aprendido de las sociedades y los ecosistemas en constante cambio que existían tanto en el centro como en los

márgenes del Palacio Imperial. Algunas cosas nunca cambiaron, como los demagogos, los vendedores negros y los gángsters. Solo los medios de comercio, amenaza y pago cambiaron con las décadas pasadas.

Y en los últimos meses, el Palacio se había transformado en algo nuevo nuevamente.

Su presencia causó alguna reacción, una conmoción entre las multitudes apáticas, pero tan cerca del Sanctum Imperialis la presencia de un Custodio no era rara, incluso si no era un lugar común. Algunas almas desesperadas pidieron ayuda, la audiencia más exigente y desquiciada con el Emperador mismo. Otros se acercaron con agradecimiento por la vigilancia del Custodio, confundiendo su presencia con una de las patrullas irregulares a través de los campamentos en crecimiento.

“No es de extrañar que los desposeídos tengan un oído listo para los sermones de la Lectitio Divinitatus”, dijo a la profesa Santa Señora de Terra. “Cuando uno no tiene poder, buscará la esperanza de cualquier fuente”.

“De hecho”, dijo Keeler con el ceño fruncido.

Atravesaron una plaza dominada por una gran hoguera. Entre las llamas, Amon reconoció las formas rotas de las estanterías y los atriles de Administratum. El edificio en el otro extremo era una casa de conteo, las ventanas se habían roto hace mucho tiempo, el contenido fue saqueado. Las lámparas improvisadas parpadearon dentro.

“¿Has considerado la alternativa?”, Continuó Keeler. “Si estas personas empobrecidas no cambian sus pensamientos para adorar al Emperador, ¿dónde más podrían buscar ayuda?”

“No entiendes el alcance de la locura”.

“He sido testigo de primera mano de la oscuridad de la urdimbre que puede consumir un alma”, respondió en voz baja. “Olvidas que vi al Warmaster caer presa de ese mismo engaño”.

“Una razón más para que ese conocimiento no se comparta ampliamente”, le dijo Amon. Pasó con cuidado sobre formas envueltas en mantas. Solo los movimientos más débiles mostraban que estaban vivos, no muertos, en las garras de la fatiga profunda y ajenos a todo lo demás.

“Aceptar su propia divinidad no sugiere que exista otro”, respondió Keeler.

“¿Dónde escuchaste algo así?”, Preguntó Amon bruscamente.

Keeler sacó un libro de una bolsa sobre su hombro. Amon no necesitaba mirarlo de cerca para saber que era la Lectitio Divinitatus.

“Es la sabiduría en estas páginas”, le dijo.

“Sin embargo, es un sentimiento que cayó de los labios de Lorgar, uno que hace mucho tiempo que pasó de la veneración del Emperador a una vida mucho más oscura”.

“El conocimiento es poder, la ignorancia ergo es debilidad”, dijo Keeler. Battle Es una batalla en la que el Emperador haría que Sus sirvientes no estuvieran preparados y desarmados. ¿Es de extrañar que tantos hayan caído cuando les parece que el Emperador los engañó?

‘El emperador está por encima del juicio. He caminado a su lado muchas veces y no afirmaría conocer su mente en estos asuntos “.

“Sin embargo, ¿estás seguro de que Él condenará mi fe?”

‘Aceptar cualquier tontería supersticiosa invita a la especulación y la sinrazón. Es el camino que conduce al final de todo lo que el Emperador ha construido. Es para combatir esos mismos poderes que … Amon guardó silencio, consciente de que no debería compartir demasiado con Keeler. Tenía una perspectiva única sobre los acontecimientos en torno a Horus, pero el secreto de la vía web y los verdaderos objetivos del Emperador era inviolable. “Saber es ser tentado”.

“Lo sé y no estoy tentada”. Se detuvo en los escalones del pórtico del edificio Administratum y miró a la cara de Amon. ‘El Emperador me da la

fuerza para resistir sus artimañas. ¿No te creó Él para ser inmune a tales deseos también? “

“Cada Custodio es un trabajo singular, imbuido de fuerza y propósito individual”, le dijo Amon. “Cuando los primarcas pueden ser descarriados, hay pocas esperanzas de que el humano común pueda resistir las púas y los señuelos del enemigo oculto”.

‘No creo que estemos de acuerdo, ni que esta sea nuestra última discusión sobre el tema. Todo lo que le pido es que se acerque a lo que ve “, señaló hacia el interior del edificio” con la mente abierta “.

‘¿Y crees que veré algo diferente hoy? Esta es la quinta reunión a la que me has traído, y todo lo que veo son rituales vacíos y charlatanes “.

‘Quizás eso sea lo mejor, desde su punto de vista. ¿Y si fueras testigo de un verdadero milagro del Emperador? ¿Lo aceptarías? “

Amon no dijo nada, sino que simplemente le indicó a Keeler que lo condujera a la casa de conteo.

Un hombre y una mujer esperaron en el vestíbulo, pero permanecieron en silencio, apartándose para permitirles pasar la escalera principal y dirigirse hacia un pasillo más allá. Agachándose a través del arco, Amon se encontró en una cámara circular de unos treinta metros de diámetro, con el suelo embarrado por muchas pisadas, el diseño original del mosaico perdido bajo la mugre. El techo estaba negro con hollín de un puñado de fuegos, algunos tragaluces rotos que actuaban como chimeneas.

Lo primero que le llamó la atención fue el canto. La mayoría de los reunidos estaban arrodillados en líneas al azar sobre una alfombra vieja que había sido rescatada de algún lugar, con las manos en los regazos. Escogió tres docenas de voces diferentes de los fieles reunidos, algunos de ellos hábiles, muchos de ellos no. El esfuerzo dedicado al canto no estuvo relacionado con la calidad del resultado. Se detuvo en el umbral por un momento, escuchando las palabras, descifrando el eufemismo y la metáfora lo mejor que pudo.

Era una canción de alabanza, de esperanza y de gracias.

“¿Por qué le agradecen al Emperador?”, Preguntó en voz baja a Keeler, que esperaba a su lado. ‘Sus casas están destruidas. Viven en la pobreza extrema. Es probable que mueran de exposición o violencia muy pronto “.

“Pero todavía están vivos hoy”, dijo Keeler, con los ojos brillantes de humedad. Se llevó la mano al pecho y el bulto del libro dentro del abrigo debajo. “El Emperador los ha protegido durante la tribulación cuando tantos otros han perecido”.

“El sesgo del superviviente no es una bendición”.

Keeler lo ignoró y entró. Kyril Sindermann se adelantó a la pareja para preparar el camino y lideraba los versos desde el frente del grupo. Había varios otros con él, presumiblemente los líderes del grupo.

Cuando se notó su presencia, el canto vaciló y se detuvo. La congregación dirigió su atención a los recién llegados, algunos con jadeos, levantando las manos a la boca con sorpresa. Al principio, Amon pensó que era una reacción a su presencia, ya que se había vestido con una panoplia completa, como había sugerido Keeler. Pero escuchó susurros: “¡La bendita está aquí!”, “¡Ella camina entre nosotros!”, Y vio que, aunque los ojos se desviaron hacia él, se quedaron con Keeler. Era la primera vez que había estado en presencia de un humano, excepto Malcador, que había llamado más la atención que él.

Keeler respondió, con la cara enrojecida a la luz del fuego, los ojos muy abiertos. Escuchó su corazón acelerarse.

“Ven, ven”, gritó Sindermann, guiándolos al frente del grupo. Hizo presentaciones, pero Amon no reconoció ninguno de los nombres como personas importantes. La congregación era de una especie, muy parecida a las que había visto en sus excursiones anteriores con Keeler. Hombres y mujeres, en su mayoría mayores que el promedio porque los más jóvenes y saludables habían sido reclutados en el Ejército Imperial. Había algunos que él consideraba adolescentes, que no tenían la edad suficiente para ser entrenados con un arma láser.

Lo miraron con una mezcla de sospecha y asombro. El primero se debió a la naturaleza ilícita de la reunión, había aprendido, y el segundo a su existencia como una creación de los trabajos del Emperador. Se encontró incómodo bajo su mirada, pero no mostró nada de sus sentimientos en su expresión, un estudio en calmado interés.

Y la noche continuó de manera predecible, con algunas canciones más, algunas discusiones sobre ciertos pasajes de su libro sagrado y un intercambio de bienes en forma de comida, bebida, medicinas y cosas que habían sido recolectadas desde la última reunión. Estos fueron tomados por los líderes del grupo para su distribución a los más necesitados, o eso afirmaron. Si eran fieles a su palabra no era asunto de Amon.

Finalmente, se ofrecieron oraciones al Emperador a cambio de protección, orientación y perdón. El último de estos confundió a Amon particularmente, como si el Emperador se preocupara por las supuestas infracciones morales de estas personas. Al final de la ceremonia, Amon se acercó a Sindermann y a los otros líderes de culto.

“Es un honor recibir su visita, Custodio”, dijo una mujer de cabello gris llamada Coral. Ella lo miró de manera extraña, con la mano medio moviéndose hacia su armadura y luego retirándose. “Pensar que has estado en presencia del Dios Emperador”.

Amon se puso rígido al escuchar ese término, extraído del libro prohibido escrito por el traidor Lorgar. El hecho de que hubiera entrado en común era testimonio del precio de la laxitud. Coral actuó como si algo de esa conexión supuestamente divina pudiera pasarse por simple proximidad.

“Sindermann nos aseguró que no estás aquí para condenar nuestras prácticas”, dijo otro, un hombre de piel oscura con bastón, vestido con la túnica de un administrador menor.

Amon miró a Keeler. Ella levantó una ceja.

“Estoy buscando aquellos que pueden haber sido testigos de fenómenos extraños”, dijo el Custodio. ‘Una visión o sueños compartidos, tal vez.

Voces, imágenes, cualquier cosa que no pueda explicarse por la ley natural “.

“¿Como señales del Emperador?”, Preguntó el más joven del trío, una madre con un bebé en una honda de no más de unos pocos meses. Amon se dio cuenta de que el niño debía haber nacido desde que comenzó el asedio. Su sorpresa debe haber pasado por su expresión cautelosa.

“Su padre pelea en las paredes”, dijo la mujer con orgullo, acariciando la mejilla del bebé. Su voz tembló un poco. ‘Al menos, lo hizo la última vez que lo escuché hace un mes. Ruego al Emperador que lo vea a salvo a través de sus tribulaciones. ¿Supongo que no podrías hablar de él?

Miró a Amon con una esperanza que estaba en marcado contraste con sus rasgos hundidos y sus ojos de borde oscuro. Podía ver que el niño también estaba desnutrido, al igual que la mayoría de la congregación. Sus ropas estaban hechas jirones, casas destruidas. Sin embargo, dieron gracias a una ficción del Emperador y pidieron noticias de sus seres queridos en lugar de denunciar al Maestro de la Humanidad, que seguramente algunos podrían culpar por su difícil situación.

La magnitud de la batalla por el Palacio Imperial significaba que no se podía dar cuenta de ningún soldado. Compañías enteras murieron sin comentarios. No parecía productivo compartir este punto con la joven desesperada.

“No creo que sea posible”, le dijo suavemente.

“La vida continúa”, dijo la mujer mayor. “Horus no puede detener a toda la humanidad”.

“De hecho, el gran ciclo continúa”, dijo Keeler, uniéndose a ellos después de haber terminado una conversación con uno de la congregación. Ella miró a la madre. “¿Qué sabes del grupo que se reúne en la Basílica Ventura?”

“Mucho extraño”, dijo el hombre, cojeando más cerca. ‘Se dieron un nombre. ¿Qué fue, Chikwendu? ¿Los que siguen a Olivier? “

“Oh …” La mujer mayor se frotó la barbilla por un momento. ‘¿Los portadores de la lámpara? Lamplighters? ’

“¡Portadores de luz!”, Dijo la joven madre. “Vi a uno de sus emisarios en la carretera del arco oeste esta mañana”.

“Sí, los Portadores de la Luz”, dijo Chikwendu. ‘Quieres acontecimientos extraños, los Lightbearers son los que debes ver, seguro. Olivier, dice que puede curar a los enfermos, y eso es solo el comienzo “.

Amon intercambió una mirada con Keeler. Ella sonrió y extendió sus manos a los líderes del grupo, abrazando a cada uno a su vez.

“Mantente fuerte”, susurró a cada uno de ellos.

“Gracias por su ayuda”, dijo Amon con un gesto de reconocimiento. Estaba a punto de partir, pero sintió que no podía hacerlo sin más comentarios. No era su lugar alimentar la adoración falsa, pero tampoco era su deber anular toda sensación de esperanza. ‘Esta vez pasará. El emperador prevalecerá “.

Elige un objetivo

Vox-silencio

Los portadores de luz

Puerto espacial Lion’s Gate, núcleo stratophex, dos días después del asalto

Acumulando lentamente a más guerreros en el avance, la fuerza oculta de Forrix se había alejado de las hordas que penetraban en la base del puerto espacial, cortando varios cordones del Ejército Imperial para llegar al corazón del stratophex. Resultó que el punto de encuentro que Forrix había seleccionado estaba ubicado en un nido de dormitorios habitados agrupados alrededor de uno de los ejes de caída principales. Los civiles con autoguns y cuchillos de cocina habían resultado ser un obstáculo menor que la distancia a recorrer, sus cuerpos se dejaron enfriar en los pasillos y habitaciones que habían llamado hogar.

El avance no había pasado desapercibido; de hecho, no estaba destinado a ser totalmente clandestino. Con los defensores inseguros de la amenaza planteada por los Guerreros de Hierro, varias fuerzas de exploración fueron enviadas tras ellos, cada uno recibido por un repentino y abrumador contraataque. Para Forrix, parecía que el coronel del Ejército Imperial o quien estaba a cargo del sector finalmente había decidido que era suficiente y había enviado una fuerza a nivel de compañía para tratar con los intrusos.

Tan pronto como los augures piquetes detectaron a los soldados entrantes, Forrix respondió, preparando emboscadas y una reserva móvil. Habían pasado veinte minutos desde que se disparó el primer disparo y se estaba lanzando más personal del ejército a la lucha. Algunos morteros y pistolas de apoyo habían sido aplicados, bombas fragmentarias y proyectiles perforadores de armadura que obligaban a los Guerreros de Hierro a un modo más defensivo alrededor del grupo central de hab. El guerrero era muy consciente de que su misión de alejar al enemigo de la próxima ofensiva arriba y abajo estaba comenzando a tener efecto.

Era difícil distinguir lo que Gharal estaba diciendo sobre el sonido de los bultos y el ruido sordo de los proyectiles que aterrizaban no muy por encima de la posición de Forrix, aunque su segundo al mando estaba a solo unos metros de distancia.

“Ahora es seguro romper el silencio de voz”, transmitió Forrix al capitán. Una ráfaga láser roja atravesó su caldero izquierdo, dejando una marca gris en su insignia. “Creo que saben dónde estamos”.

“La contraofensiva sigue siendo esporádica, triarca”, le dijo el capitán. “Puedo confirmar que ochocientos once guerreros han llegado a la cita”.

“Llevamos dentro más de veinticuatro horas, no espero que nadie nos lo haga”.

‘No, triarca. ¿Cuáles son tus pedidos?

“¿Sin contacto ni con la ola de ataque aéreo ni con los refuerzos de superficie?” Tan pronto como hizo la pregunta, Forrix se dio cuenta de que era redundante. “Olvídalo, me habrías dicho si lo hubiera”.

‘Todos los escuadrones están actualmente en guardia perimetral o asignaciones de reserva móvil, triarch. Esta es una posición defendible. La entrada y salida es solo a través de cuatro corredores. ¿Hay que cavar? “

‘Fácil de defender, pero si nos quedamos atrapados aquí, es muy difícil salir. Cuanto más tiempo nos quedemos, más posibilidades hay de que una fuerza de defensa insignificante nos empantane. Para llamar su atención, debemos plantear una amenaza mayor. No voy a esperar a más rezagados: es hora de identificar un objetivo y empujar este shiv un poco más “.

Otro enemigo empujado a lo largo del pasaje hacia el este llamó la atención de Forrix. Decenas de soldados con armadura de caparazón chapada lideraron la nueva ofensiva, desafiando el fusil bólter mientras corrían de una puerta a la siguiente. Habían perdido la mitad de su número en los primeros quince metros. No podía decidir si eran valientes o estúpidos para intentar un ataque forzado contra sus Marines Espaciales.

“Tengo algunos esquemas, triarca”. Gharal empujó a través del escuadrón que protegía a Forrix y ofreció un proyector de pizarra, su superficie entrecruzada con una representación en alambre de sus alrededores. “Hay varios objetivos potenciales a menos de tres kilómetros de nuestra posición”.

‘El objetivo de nuestro ataque es abrir un frente dentro del puerto espacial para permitir que las fuerzas superiores e inferiores avancen con fuerza. Estos ataques mediocres nos aturdirán, pero no son un compromiso significativo. Cada descarga que tengamos podría matar a un soldado y no lograremos nada. Son los hijos de Dorn los que son la columna vertebral de esta defensa. Necesito asegurarme de que los Puños Imperiales se desplieguen en números contra nosotros “.

‘¿Entonces que significa eso? ¿A qué objetivo apuntamos? “

‘Una vez que hayamos despejado esta paja, envíe ocho fuerzas de exploración. Diez legionarios cada uno. Quiero incluso dispersión, vertical y horizontalmente, hasta donde puedan llegar. Haga que cada informe informe niveles de resistencia cada doscientos metros. En particular, esté atento a nuestros primos en amarillo. Cualquier contacto con los puños imperiales debe señalarse de inmediato “.

“Sí, triarca …” La incertidumbre de Gharal fue traicionada por su vacilante afirmativa. “¿Qué están buscando?”

“Cualquiera que sea la fuerza que encuentre el mayor aumento de resistencia es la que seguiremos”.

Los soldados imperiales blindados continuaron empujando nuevamente, usando su impulso para cubrir la llegada de un par de múltiples láseres montados en trípode. Pronto, rayos rápidos de fuego azul estallaron a lo largo del corredor oriental, surgiendo de la armadura de los guerreros de Forrix y dejando marcas de quemaduras a lo largo de las paredes de color amarillo pálido. Los misiles y los bólter pesados rugieron en respuesta, convirtiendo las armas pesadas y sus tripulaciones en metal y carne rotos.

‘Yo … disculpa mi ignorancia, triarca. ¿Por qué a sabiendas avanzaríamos a la defensa más dura?

“Si estuvieras defendiendo el puerto espacial y tuvieras roaming enemigo a voluntad, ¿cómo organizarías tus tropas?”

Assign Asignaría defensores en función de una escala de importancia y vulnerabilidad. Cuanto mayor sea el valor de un objetivo potencial, mejor será la defensa … Gharal se echó a reír cuando llegó a su conclusión. “Las mejores defensas se colocarán alrededor de los objetivos que más valen para nuestro enemigo”.

‘Exactamente. No importa lo que ataquemos, solo que los Puños Imperiales lo valoran mucho. Cuanto más luchan por defenderlo, mayor es su valor para ellos “.

“Y cuando hemos identificado el objetivo, ¿triarca?”

‘Nos movemos con toda su fuerza, asalto rápido con punta de lanza. Romperemos la defensa, tomaremos lo que sea que estén tratando de proteger los hijos de Dorn y luego nos prepararemos para el contraataque. Cuanto mayor sea su respuesta, mejor lo estamos haciendo … “

Territorios de Nagapor, cincuenta y nueve días antes del asalto

La magnitud del daño fue difícil de asimilar. Cuando Zenobi miró a lo largo de medio kilómetro de metal retorcido y quemado, le recordó el momento en que, cuando era niña, había visto una implosión en el horno. Incluso eso no se comparó realmente: un episodio breve y violento que mató a cientos pero causó poco daño permanente a la línea de producción del cradlespur.

Al menos diecisiete vagones y pistolas se habían descarrilado por completo, incluido uno en el que había estado Zenobi. Media docena más habían saltado las vías y estaban enumerando de una forma u otra, zigzagueando juntos por la repentina desaceleración del tren. Los cuatro autos delanteros mostraron signos de golpes pero estaban intactos, al igual que la última docena más o menos.

No era la vista lo que le recordaba a la llamarada en Addaba, era el olor. Cuerpos carbonizados y aceite en llamas. Le devolvió el recuerdo, rígido y ardiente, sus padres gritando por familiares perdidos.

Fue más tranquilo aquí. El caos inmediato había disminuido mientras ella estaba atrapada en la torre. Los equipos de búsqueda atravesaron los restos

que no estaban encendidos, liberando a los vivos y los muertos. Un flujo constante de heridos, caminando y estirados, pasó a las ásperas estaciones de medicamentos que se habían instalado lejos del tren.

Con una sorpresa que la detuvo sin rumbo, Zenobi recordó el avión. Levantó la vista y examinó los cielos manchados de humo. El anochecer teñía el cielo de morados y rojos.

‘Se fueron.’

Zenobi se giró al escuchar la voz de Seleen. Menber estaba justo detrás de ella, con un uniforme de repuesto en sus brazos.

“Póntelo, se pondrá más frío”, dijo, pasándole el mono.

Luchó para ponerse el voluminoso uniforme, que estaba hecho para alguien al menos cinco centímetros más alto. Dobló los puños y se apretó alrededor de los tobillos por la parte superior de sus botas.

“Me siento como una niña”, dijo, agitando los brazos hacia arriba y hacia abajo.

“No lo eres, primo”, dijo Menber.

“Eres una mujer inteligente”, le dijo Seleen. ‘Bien pensado, usando tu uniforme para apagar ese fuego. Ese es un cerebro brillante dentro de tu cráneo “.

“¿Ya sabemos quién está muerto?”, Preguntó Zenobi en voz baja, inspeccionando los restos.

“Sargento Alekzanda”, dijo Seleen, tragando saliva.

Zenobi contuvo un sollozo y Menber la sostuvo del brazo mientras se balanceaba.

“Vamos, siéntate”, dijo, alejándola del tren en llamas. Dio varios pasos y luego sacudió la cabeza, apartándose.

“Puedo ayudar”, le dijo, secándose el hollín y las lágrimas de la cara con la manga de su ropa nueva. “No estoy herido”.

“Tomó mucho humo, Obi”, dijo Seleen. ‘Eso no es bueno.’

“No estoy herido”, insistió Zenobi, comenzando de nuevo hacia el carruaje detrás del coche de artillería. “Y la pancarta de la compañía está allí en alguna parte”.

Ella vio a los dos intercambiar una mirada.

“Es importante”, insistió Zenobi.

Había dos pilas de cuerpos, uno en cada extremo del automóvil a pocos metros de las puertas. Todo el carruaje se había inclinado junto con el carruaje de artillería, pero había espacio entre ellos para llegar a las entradas. Zenobi se abrió paso fácilmente, una vez más agradecida por su pequeño tamaño.

Era extraño ver todo en ángulo recto con respecto a su posición anterior. Caminó a lo largo de la pared entre los extremos de los bancos y las ventanas, tratando de encontrar dónde había guardado la pancarta.

Había charcos y manchas de sangre en el metal pintado, y unas pocas manos y pies sobresalían de debajo de los restos destrozados de los bancos que se habían soltado de sus cierres, demasiado enredados para ser retirados. El techo estaba a su izquierda, las hamacas aún agrupadas donde habían estado antes del ataque.

Por suerte no había habido fuego aquí. O tal vez fue algo más que suerte, pensó. Recordó lo que el soldado del pelotón Beta había tratado de decirle sobre poderes mayores que ella. Tal vez había una fuerza que protegía el estándar, la prueba física de su lealtad y dedicación a la causa.

Encontró el poste del estandarte, pero estaba atascado detrás de la cinta de la hamaca. Mirando a su alrededor, encontró una bayoneta que se había resbalado de una mochila. Lo usó para cortar a través de las correas, hasta

que ella, la hamaca y el poste de la bandera cayeron hacia atrás, cayendo sobre un banco.

“¿Estás bien?” Menber llamó desde la puerta, su mechón de cabello rizado recortado contra el rojizo crepúsculo.

“Bien, prima”. Zenobi se puso de pie, desenredando la hamaca de su bota. Volvió a la puerta y se deslizó dos veces al secar sangre. Al salir al aire libre, se dio cuenta de lo oscuro que había estado dentro del carruaje, aunque el día rápidamente daba paso a la noche.

Las llamas se sumaron a la iluminación carmesí y, a su luz, vio a los oficiales de integridad que se movían a través de las bandas de soldados laboriosos. Uno de ellos se acercó a los miembros reunidos de Epsilon Platoon y otros soldados dispersos de la compañía.

“¿Hay algún conjunto de voces aquí?”, Preguntó. Una mano estaba en su pistola enfundada, un delgado bastón disciplinario en la otra.

“Sí, obtuve el conjunto del pelotón”, dijo Beley, señalando una voluminosa caja transmisora que estaba colocada en la tierra cercana. Había pistolas láser, paquetes de energía y algunas cajas de raciones amontonadas a su lado.

El oficial de integridad caminó hacia el equipo de voz, levantó un pie y pateó con fuerza el equipo de comunicaciones. La caja era resistente y apenas se doblaba bajo el golpe.

“¿Qué estás haciendo?” Beley dio unos pasos hacia ella en medio de los gritos de los demás, pero una mirada del oficial de integridad lo detuvo a medio paso y silenció al resto.

Dio una patada al aparato, exponiendo el altavoz a su talón descendente. Una y otra vez metió su bota en los controles, hasta que la rejilla, los diales y los circuitos internos se dispersaron, chispas y chisporroteos emitidos por el emisor de voz moribundo.

“¿Por qué fue eso?”, Preguntó Zenobi. Lamentó el estallido, pero aún estaba inquieta por su reciente trauma y no pudo evitar que las palabras salieran. “Podríamos necesitar eso”.

‘No habrá transmisiones no autorizadas. Se retendrán varios conjuntos de voces para el comando del cuerpo. El oficial de integridad se acercó, mirando a cada uno de ellos. “Alguien intentó contactar al avión entrante antes del ataque”.

Zenobi respiró hondo e intercambió miradas con los demás cercanos.

“¿Qué les pasó?”, Preguntó Kettai.

“Muerto, en el ataque”, respondió el oficial de integridad, con el ceño fruncido. “Desafortunadamente, ella murió antes de que pudiéramos saber si había otros que pensaran como ella”.

El oficial de integridad se apartó de ellos, con un bastón agitándose en su mano.

‘Cuanto más nos acercamos a la batalla, mayor es el riesgo de traición. No puede haber complacencia “.

“Sí, bana-señora”, dijo Kettai, haciendo un saludo.

‘Acércate a los carruajes intactos. Los grupos de trabajo están separando la locomotora y los autos funcionales. Se le detallará su trabajo. No hay forma de que podamos mover este desastre “, un bastón de barrido indicaba los restos abrochados de los vagones centrales del tren,” así que caminaremos el resto del camino hasta el Palacio “.

Basílica Ventura, cinco días después del asalto

Para Keeler, el campamento de los Portadores de la Luz era para los santuarios de chabolas como lo era el Sanctum Imperialis para la cabaña de un peaje. En el crepúsculo del Palacio Imperial asediado, la oscuridad se había convertido en la norma, pero los Portadores de la Luz habían decidido ser literales con su nombre. De alguna manera, habían reactivado la red de

energía alrededor de la Basílica Ventura, que era una torre de vigilancia que custodiaba la Vía Oxidentus. Las imponentes paredes de la barbacana estaban colgadas con luces de colores brillantes y la avenida de la azotea que conducía a ella estaba bordeada de postes de luces que brillaban con luces rojas y azules.

La mayor parte del Palacio se derrumbó cerca, después de haber sido golpeado por varias explosiones de lanza orbital durante un fallo de la égida. En la desolación se había aventurado una pequeña secta de la Lectitio Divinitatus, había aprendido Keeler, dirigido por un hombre llamado Olivier Muižnieks. Se sabía poco sobre él antes de su llegada unas semanas antes, pero los Portadores de la Luz ya contaban con varios cientos de devotos. Estaban enviando mensajeros a otros grupos de la Lectitio Divinitatus, invitando activamente a los miembros a unirse a ellos.

Esto ciertamente no fue una reunión furtiva de oración en una casa de diezmos abandonada. Keeler se sorprendió por la cantidad de personas que se estaban reuniendo. Era tarde en la noche, aunque no se podía ver nada de estrellas y luna a través de la tormenta sobre el Palacio. Desde individuos hasta familias extensas, los fieles de los Portadores de la Luz treparon a través de la ruina rota de un scriptorum y entraron en la Via Oxidentus, que corría hacia los distritos occidentales. Las imponentes torres y cúpulas del Capitolio Imperator se alzaban por encima de ellos, a la sombra del tenue brillo de los escudos vacíos.

Keeler había venido solo, queriendo ver por sí misma la naturaleza de los rituales de los Portadores de la Luz sin la distracción de la presencia de Amon. El deseo del investigador de investigar había sido aplacado por la promesa de que se reuniría con él a la mañana siguiente y le informaría de todo lo que presenció. Además, llevaba un broche con forma de rosa, en el que se había asegurado una grabadora de imágenes en miniatura para que Amon pudiera revisar el encuentro él mismo.

Las inmensas puertas dobles de la basílica estaban abiertas, más luz se derramaba desde el interior, bañando el camino de ladrillos en un resplandor amarillo. Todo parecía limpio en comparación con las chabolas que dominaban en todas partes, con apenas un pedazo de arena para estropear el camino barrido.

Media docena de niños estaban parados en las puertas repartiendo linternas pequeñas hechas de las cubiertas perforadas de cañones de gran calibre, con alambre retorcido para las manijas. No estaba segura de qué se había usado para el petróleo dentro, pero asumió que se había rescatado de uno de los cientos de aviones derribados que habían caído alrededor del Palacio durante el apogeo de la batalla aérea. Nadie le dio a Keeler una segunda mirada cuando ella tomó una de las lámparas y entró.

La basílica misma había sido casi vaciada por una explosión que había perforado el techo. Los pisos y las pasarelas de láminas de metal y tablones de madera cubrían el agujero que se escondía medio kilómetro en el cuerpo de los cimientos del Sanctum Imperialis, y partes de los niveles superiores permanecían como entrepisos, alineados con más fieles. El brillo de tantas linternas impregnaba todo de calidez visual, y Keeler podía sentir un espíritu de bienvenida abrazándola mientras ascendía una rampa al nivel más cercano.

Encontró un lugar entre varias familias: había todas las edades aquí, incluidos algunos asistentes con sus uniformes del Ejército Imperial. Sonrisas la saludaron pero afortunadamente no hubo preguntas.

Pasó aproximadamente media hora hasta que las puertas se cerraron, dejando solo la luz de las linternas que formaban una espiral en el interior de la basílica. Aproximadamente a la mitad, unos cuarenta metros por encima de las puertas, se levantó una cortina de un arco y salió un hombre joven, flanqueado por un par de mujeres mayores. Estaban vestidos con túnicas idénticas de blanco y amarillo, con un hilo metálico brillante alrededor del cuello, el dobladillo y el puño. Los tres tenían la cabeza rapada, un brillo de transpiración en el cuero cabelludo sin pelo. Las dos mujeres llevaban cada una un gran volumen, encuadernado en cuero negro o simulacro, con relieve con escritura plateada. Muchos trozos de papel sobresalían entre las páginas, marcando pasajes particulares de lo que Keeler sabía que era el Libro de la Divinidad. Su mano se movió a su copia mucho más humilde debajo de su vestido, y vio a otros a su alrededor haciendo lo mismo, el libro en sí era un tótem tanto como un trabajo de referencia.

Olivier Muižnieks, por lo que tenía que ser, avanzó unos pasos más que sus compañeros, con las manos entrelazadas sobre el vientre. Había una suavidad en él, un poco de carne en las papadas, un poco de barriga en la cintura. Inusual en tiempos tan terribles, cuando muchos comían raramente. En un estudio posterior, Keeler vio una flojedad en la piel que sugirió que Olivier había estado cargando mucho más peso hasta hace poco. No se estaba poniendo por encima de la escasez de alimentos sufrida por su congregación.

“¡Fiel!”, Declaró, levantando las manos. Tenía una voz suave, suave y segura, un acento que Keeler no podía ubicar exactamente pero que le recordaba las colmenas de Europa. A pesar de su comportamiento templado, sus palabras se llevaron bien en los confines del templo improvisado. “Levanta las luces para que podamos sentir la mirada del Emperador en la oscuridad”.

La congregación levantó sus lámparas y Keeler las copió. Aunque cada uno ofrecía un pequeño destello amarillo, el efecto combinado de tantas luces de sebo fue un cálido efecto amortiguador del interior de la basílica. Mientras las llamas bailaban en los borradores, las formas se movían en media sombra en las paredes.

“Siente el aliento del Emperador entrando en tus pulmones”, dijo Olivier, ordenando pero gentil.

Keeler respiró hondo. Sabía a humo de sebo y sudor y … Imposiblemente, pensó que podía oler a flor, la fragancia de la noche que crecía cerca de su ventana cuando era una niña. Los jadeos delicados de otros a su alrededor revelaron que no estaba sola en la experiencia. Su mirada se desvió entre Olivier y el movimiento casi invisible de las sombras de la pared. Su voz continuó, hipnótica y baja.

“Siente las manos del Emperador levantarte”.

La basílica se desvaneció a medida que las imágenes en las sombras se aclararon. La voz de Olivier era una brisa en los arbustos que rodeaban a Keeler. Había hierba larga bajo sus pies descalzos. A su alrededor, el viento agitaba un hermoso jardín, no una parcela ornamentada y ordenada, sino un

florecimiento natural de flores silvestres y brezales, que se extendía sobre colinas lejanas rotas por los cadáveres de árboles de hojas doradas.

Tenía los ojos abiertos mientras deambulaba, captando la voz bucólica del viento, el zumbido de los insectos y el crujir de los troncos de los árboles. Caminaba lentamente, con un propósito, mirando cada flor como si fuera una maravilla recién revelada, el calor del sol siempre en su espalda sin importar a dónde se volviera.

Intentó ver el sol, mirar su brillo, pero la luz era omnipresente, pero sin fuente. Keeler se dijo a sí misma que no era prudente mirar la fuente de este poder. Contemplar el alma del Emperador era ver el corazón de la divinidad. Los hijos e hijas de Navis Nobilite habían sido criados durante generaciones para que pudieran ver la grieta del espíritu del Emperador que era el Astronómico; verlo en todo su esplendor seguramente destrozaría la propia alma del cuerpo.

Fue arrastrada a través de un arroyo balbuceante hacia una pradera amplia, donde se encontró con el árbol más grande que había visto en su vida. Cómo no lo había observado antes desafiaba la lógica, pero sabía que este era un lugar de fe, no razón, y lo aceptó como tal.

El árbol se extendía más allá de las nubes, sus ramas extendidas sostenían la bóveda de los cielos. Las ramas temblaron de vida, doblándose bajo su carga, y de esto surgió un tremendo crujido. Ella escuchó un rato, tratando de escuchar la voz del Emperador en el sonido del árbol.

Su transición de regreso a la realidad fue abrupta pero no dura, como despertarse naturalmente de un sueño profundo, renovada y sin pensamientos. Escuchó llanto, pero los que la rodeaban derramaron lágrimas de alegría, no aflicción, abrazándose en su éxtasis compartido. Se tomó un momento para estabilizarse, insegura de su propio cuerpo.

Un hombre de mediana edad se acercó a ella, con una amplia sonrisa en su rostro, ojos llenos de alegría.

“¿Viste el árbol?”, Preguntó, con ganas de compartir la sensación que burbujeaba dentro de su pecho.

"¿Árbol?" Él se rió. 'Seguí el camino de rosas. ¿Viste un árbol? "

"El señor de los árboles, la fuerza del Emperador sosteniendo Su escudo sobre nosotros", confesó Keeler. 'Fue increíble.'

Los ojos del hombre se abrieron aún más y él tomó su brazo.

'¡Increíble! Ven, ven, debes contarle a Olivier tu viaje ".

Se permitió que la condujera por la rampa hasta que la llevaron ante la cabeza de los Portadores de la Luz. Su mirada se volvió hacia ella mientras ella se acercaba, sus ojos de un verde sorprendente, recordándole los verdes jardines.

"Olivier!"

"¿Cómo puedo ayudarte, Vili?"

"¡Esta mujer, dice que vio el Árbol de la Esperanza!"

La primera reacción de Olivier fue una sonrisa, sin indicios de sospecha o sorpresa.

"¿De verdad?" Extendió una mano y Keeler la estrechó. 'Es una bendición que hayas venido a nosotros y compartido tal cosa. ¿Quién eres, hija del emperador?

Ella dudó, sin estar segura de si quería revelarse de esta manera.

"Entiendo", continuó Olivier. '¡Todos tenemos pasados y presentes! - que tal vez se mantengan en secreto. Estamos unidos en nuestro único propósito bajo la luz del Dios Emperador, y eso es todo lo que importa ".

Había una apertura sobre él que Keeler no pudo resistir. Había estado acostumbrada a dudas, sospechas y preguntas, y aquí había un hombre que lucía su fe como una luz, aceptándola sin reservas.

'Keeler. Mi nombre es Euphrati Keeler ".

Otros cercanos escucharon su respuesta y un pequeño charco de silencio se extendió a su alrededor. Los ojos se volvieron hacia Keeler, los rostros mostraban una mezcla de fascinación y deleite.

“¿Euphrati Keeler?” Parecía imposible que la sonrisa de Olivier se hubiera ampliado aún más. ‘¿La guía? ¿El que trajo la Luz del Emperador de vuelta a Terra?

“Yo …” Ella había aceptado su papel como mensajera de la Lectitio Divinitatus, pero al enfrentarse con la verdad de lo que eso significaba la tomó por sorpresa. ‘Si esa es tu creencia. Soy Euphrati Keeler, y me gustaría saber más sobre los Portadores de Luz “.

Rann contraataca

Solidaridad

Una lealtad más profunda

Puerto espacial de Lion’s Gate, núcleo de stratophex, seis días desde el asalto

Hora tras hora, el enemigo seguía empujando hacia los puentes del cielo. Presionado por todos lados, Rann tardó la mayor parte del día en reunir una fuerza capaz de contraatacar el avance de los Guerreros de Hierro. A medida que los traidores avanzaban más abajo de Starspear, invadieron los emplazamientos de defensa, reduciendo el fuego antiaéreo y antiorbital de Rann. Los cañones de las regiones más bajas aún eran capaces de contener buques más grandes, pero una corriente de lanchas de desembarco había reforzado el aterrizaje enemigo inicial.

El tecnófago que se había introducido en los sistemas del puerto continuó plagando todo, desde el control de armas hasta la producción de energía, provocando apagones, paradas de apoyo ambiental y fallas de armas. A todos los sacerdotes tecnológicos se les ahorraron otros deberes para coordinar la respuesta, pero en su mayor parte Rann solo tenía acceso a comunicaciones crudas de línea dura entre el estratega y sus puestos de defensa, y la comunicación personal de corto alcance entre las compañías en la batalla.

“Simple es lo mejor”, dijo a Haeger y los seis coroneles del Ejército Imperial que habían viajado a Lion Primus para recibir su informe en persona. Todo el equipo de comunicaciones en la cámara había sido apagado, en caso de que el Dark Mechanicum hubiera ideado algún medio para invertir los transmisores para escuchar al consejo. El boca a boca fue lento pero difícil de interceptar. ‘Nuestro objetivo en la base es frenar el avance y contenerlo cuando sea posible. Casi no hay liderazgo que haya visto, así que redirige sus ataques a áreas no vitales. Déjelos alborotar alrededor de los bloques de hab y saquear lo que puedan; los ciudadanos lucharán para mantenerlos a raya también. Haeger, ¿cuál es tu evaluación del ataque de infiltración en Sky City? “

“Problemática”, dijo el teniente comandante. Acercó la pizarra de información monocromática para mostrar varios sistemas de puertos clave que estaban situados cerca del ataque de los Guerreros de Hierro. ‘Los reactores de plasma, el acceso al transportador y los puentes en sí se encuentran a pocos kilómetros de la inserción del enemigo. No tenemos más información sobre cómo llegaron, por lo que podría haber más refuerzos en su camino que no podemos detectar “.

‘Priorice los sitios vulnerables por valor y ubicación. Hay diez mil veteranos del Ejército Imperial en Sky City. Despliégalos y refuerza con mil legionarios “.

“¿Y qué vas a hacer con el resto de tus guerreros, señor senescal?”, Preguntó el coronel Maigraut. El jefe de personal del Ejército Imperial se movía nerviosamente con el borde de la gorra del oficial sobre la mesa frente a ella. ‘Hay otra columna de Guerreros de Hierro acercándose a lo largo de la Autopista Cuatro. Es posible que un sally de una de las puertas menores asalte a las fuerzas enemigas desde la retaguardia, atrapándolas antes de que tengan acceso a las defensas exteriores “.

“Tenemos que lidiar con el enemigo que ya está aquí”, dijo Rann. Taking Llevaré a diez mil legionarios a la Lanza Estelar para enfrentar el asalto aéreo de frente. Es la peor área en términos de nuestros datos, por lo que necesito ver por mí mismo exactamente en qué tipo de problemas estamos metidos “.

“Pero si permitimos”

‘Tus soldados no pueden luchar en los niveles despresurizados. Si desea contactar a Lord Dorn y solicitar que se envíe una reserva blindada del Ejército Imperial para contrarrestar a los Guerreros de Hierro, respaldaré el movimiento. Pero no puedo ignorar el ejército que aterrizó en los muelles orbitales “.

El coronel accedió con un movimiento de cabeza. Se volvió a poner la gorra y se levantó, enderezando su uniforme. Los otros oficiales también se pusieron de pie, mirando a Maigraut en busca de orientación.

“Nos aferraremos al último soldado”, le aseguró a Rann. ‘Enviaré una solicitud de empuje blindado como usted sugiere. ¡Para el emperador!’

Levantó una mano hacia su gorra en saludo, copiada por los otros coroneles. Rann golpeó su puño con su puño.

“Para el Emperador”, respondió.

Esperó unos segundos mientras entraban al estrado, y luego lo siguió, Haeger a su lado.

Outside Hay un rinoceronte afuera listo para llevarte a la reunión, comandante. Tus Huscarls ya te están esperando en las rampas de transferencia hacia Starspear “. Haeger se movió rápidamente a una de las consolas de escaneo y regresó con una hoja flexible que muestra el tercio superior del puerto espacial. Parecía un mapa de calor, manchas blancas sobre un modelo de estructura metálica compleja. “El último augur regresa”.

“Lo estudiaré en el camino”, dijo Rann, tomando el flexi. ‘Recuerde, nuestra misión es frenarlos. Ceda terreno para preservar la resistencia, sin acciones ofensivas innecesarias a menos que la oportunidad sea demasiado buena para dejarla pasar “.

‘Defensa primero. Lo entiendo, comandante. Haeger golpeó con el puño su plastrón, el estallido de la ceramita fue momentáneamente más fuerte que el rechinar de los cogitadores y el murmullo de los servidores.

Rann se giró y se fue, sabiendo que había cien cosas que quería decirle a Haeger, y sabiendo igualmente que todas eran redundantes. El teniente comandante era un líder de guerra altamente capaz. Mientras trepaba por la escotilla trasera del Rhino, Rann sabía que el protocolo realmente dictaba que Haeger liderara este ataque mientras él, el oficial superior, continuaba en el papel de comando estratégico. Estaba agradecido de que Haeger ni siquiera hubiera mencionado lugares de intercambio.

Son Basin, cuarenta y un días antes del asalto

El clima empeoró rápidamente, de modo que incluso los días fueron una prueba muy fría. Cuanto más al norte avanzaba el Cuerpo Libre de Addaba, más fríos se sentían. A medida que aumentaba la altitud, también aumentaba el viento helado. Dieciocho días desde que el tren había sido atacado y el sol era un recuerdo. El humo ahogó los aires superiores, extendiéndose a lo largo y ancho del bombardeo continuo del Palacio Imperial. Incluso al mediodía hacía tanto frío como un atardecer de Addaba.

Zenobi se acurrucó cerca de los otros miembros del escuadrón, envuelto en un abrigo grueso, con los guantes voluminosos en sus manos, lo que dificultaba agarrar su pistola láser y el mástil. A pesar de la carga, estaba agradecida por la ropa, suministrada por las estaciones de costura en Addaba, que durante meses habían sabido que estaban destinados a luchar en el Palacio Imperial en las alturas del Himalazia. No había importado cuando se desplegaron, el cambio de estación hizo poco para cambiar el clima de las altas montañas. Cada kitbag contenía un abrigo, guantes y una media del cuerpo para usar debajo de los overoles del uniforme. Aunque se había perdido mucho en los restos, había suficientes bolsas para todos.

Siguieron la línea del riel solitario, la locomotora y los cuatro vagones avanzaban con ellos. Los oficiales viajaron a bordo, pero la mayor parte del espacio disponible, esos cuatro autos no adornados con cañones, estaba repleto de armas, paquetes de energía y otros suministros que podían caber en cada rincón y hueco. Una carreta se había convertido en un hospital rodante, donde los siete medicamentos sobrevivientes hicieron todo lo posible para evitar el hambre, la deshidratación, la congelación y el agotamiento, con un éxito decreciente.

La compañía de Zenobi había salido relativamente a la ligera, con solo un puñado de heridos caminando y tal vez una gran cantidad de muertos. Algunos pelotones habían sufrido casi el cincuenta por ciento de bajas, mientras que las compañías en los vagones intermedios habían quedado prácticamente aniquiladas. Los sobrevivientes se habían extendido a las formaciones existentes, de modo que dos recién llegados se habían unido al pelotón de Zenobi.

Uno era el nuevo sargento de escuadrón, una mujer brusca llamada Attah, que era tan diferente a Alekzanda como lo eran los Himalazia en las

llanuras alrededor de Addaba. Ella ladró sus órdenes con desdén, se burló de los esfuerzos de su escuadrón y fue generalmente desagradable. También estaba claro que estaba tan infeliz con su asignación como sus subordinados y no perdió la oportunidad de compararlos desfavorablemente con su antiguo escuadrón. Por la noche murmuraba los nombres de sus soldados muertos, inquietos mientras dormía. Por esto, se le dio más libertad de la que quizás debía, ya que nadie podía imaginar cómo sería sobrevivir cuando todos los que estaban a su alrededor habían sido asesinados.

Los oficiales de integridad llevaban a cabo inspecciones cada hora, flotando como buitres alrededor de los pelotones de marcha, con las orejas y los ojos alerta ante cualquier travesura. La afluencia de familiares desconocidos en las compañías sobrevivientes despertó sospechas y hubo una oleada de acusaciones y contra acusaciones.

Justo cuando se estaban acostando para pasar la noche, tres oficiales de integridad se acercaron a través de la oscuridad, con sus pistolas en la mano. Jawaahir llegó unos segundos después.

“¿Cuál de ustedes es Seleen Mogowe?”, Preguntó.

“Ese soy yo”, respondió Seleen, levantándose de su saco de dormir. Había suciedad congelada en su abrigo y ella se sacudió tímidamente. ‘¿Qué deseas?’

Zenobi conocía bien a Seleen, que no se pretendía ser beligerante, pero se encogió ante la actitud franca de su amiga frente al alto oficial de integridad.

“¿Enviaste un mensaje para regresar a Addaba esta tarde?”

‘Sí, eso fue para mi sobrina. Tiene solo seis años, pensé que le gustaría una carta de su tía “.

“Ven conmigo”. Jawaahir se volvió, esperando cumplimiento. Seleen no lo dio.

“¿De qué se trata esto?”, Preguntó ella. ‘¿Cuál es el problema?’

Otros en el pelotón, incluido Zenobi, se levantaron de sus sacos de dormir. Los oficiales de integridad se crisparon, pero ninguno de ellos levantó un arma. Jawaahir estaba más tranquila, con respecto a la insurrección menor con una mirada calculadora, sus ojos reflejaban el brillo naranja de la hornilla del campamento que habían agrupado en busca de calor.

“Deseo aclarar una declaración que hizo en su carta”, dijo el alto oficial de integridad.

“Entonces pregúntame aquí”, dijo Seleen. “No tengo nada que ocultar”.

Jawaahir la miró durante varios segundos, inmóvil. Lentamente metió la mano en un bolsillo y sacó un papel doblado.

“¿Esa es mi carta?”

“Usted escribió:” Sé que esta batalla es inevitable, que no podría haber terminado de otra manera, pero desearía que no tuviéramos que pelear por nosotros “.” Jawaahir dobló la carta a lo largo de sus pliegues y regresó se lo lleva al bolsillo. ‘¿Por qué eres reacio a luchar por Addaba? ¿La futura libertad de tu sobrina no significa nada para ti?

“Vamos, Seleen es tan leal como cualquiera de nosotros”, dijo Tewedros desde la penumbra más allá de la reunión inmediata de soldados. “¿Cuál de nosotros no ha deseado no tener que pelear?”

Hubo algunos murmullos de acuerdo, pero Zenobi permaneció en silencio, observando atentamente a sus compañeros. Miró a su derecha, agradecida de ver a Menber parado a pocos metros de distancia. Tenía los brazos cruzados y el ceño fruncido, pero también mantuvo los labios cerrados.

‘¿Harías que otros murieran y pelearan en tu lugar? ¿Confiarías en el futuro de Addaba a los demás? “, Gruñó Jawaahir, acechándose aún más hacia la luz, su ira brillando mientras miraba al grupo de soldados. ‘¡Nada nada! - menos dedicación total nos verá a la victoria! Cuando tu amiga Seleen tiene su pistola láser apuntando a un enemigo, ¿quieres que se pregunte por un momento si tiene derecho a matarlo? ¿Vale la pena dudar de tu vida? “

“No lo haría”

“Ya lo has hecho”, espetó Jawaahir. “El egoísmo genera cobardía, soldado Mogowe”.

“¿Qué le va a pasar?”, Preguntó Zenobi en voz baja, caminando hacia su compañero de escuadrón. “¿Cuál es el castigo?”

“Observación atenta”, respondió Jawaahir. Ella miró a Seleen. ‘La suya no es una gran transgresión, pero debemos estar seguros de su integridad a la causa. Usted y otros se están formando en un pelotón dedicado bajo el mando directo de un oficial de integridad “.

Seleen se echó a reír, su alivio evidente.

‘¿Eso es? ¿Reubicación a la compañía de las chicas traviesas? Un cambio de castigo … pensé … “Ella hizo un movimiento cortante a través de su garganta.

“¡Teniente Okoye!”, La voz de Jawaahir atravesó el gemido del viento, convocando al oficial como por arte de magia, aunque Zenobi asumió que ya había sido advertido sobre el arresto de Seleen.

“Sí, integridad alto oficial?”

“La solidaridad de su pelotón es admirable, pero recuérdeles que no deben cuestionar la autoridad de los oficiales de integridad”.

“Sí, alto oficial de integridad”, gruñó el comandante del pelotón. Alzó la voz para dirigirse a los soldados reunidos. ‘¡Todos estarán de guardia durante las próximas dos horas! Patrulla por escuadrones en el perímetro. Sargentos, tomen los nombres de cualquier hombre o mujer que se queje “.

Un coro de síres repitió, acompañado de una oleada de suspiros reprimidos y gruñidos.

“Nos vemos en la línea de batalla”, dijo Seleen, levantando una mano en un saludo que se convirtió en una ola. Ella desapareció en la oscuridad con los oficiales de integridad.

Cuando se fueron, Kettai salió de la penumbra, uniéndose a Zenobi y Menber.

“¿Pelotón de castigo?”, Susurró. ‘¿Realmente crees eso?’

“Ni una palabra”, dijo Zenobi. “Me sorprendería si alguna vez volvemos a ver a Seleen”.

Zenobi durmió a intervalos, perturbado por el frío y una serie de sueños desarticulados. Se despertó cuando los motores del tren cobraron vida y los vapores se hincharon de sus pilas. El amanecer teñía el horizonte y podía ver las siluetas de los centinelas en lo alto de la cresta al este. Hacia el norte, el sol naciente tocó los flancos nevados de las montañas, pero fue el brillo continuo de púrpura y azul de más allá de ellos lo que llamó la atención.

Menber se quitó las mantas y se acercó, siguiendo su mirada.

“¿Crees que seguirá ocurriendo cuando lleguemos allí?”, Preguntó.

“No sé si lo quiero o no”, respondió con expresión pensativa. “Si se detiene, eso podría significar que somos demasiado tarde”.

“Pero no quieres entrar en esa tormenta …” Zenobi terminó por él.

Él asintió y la miró. “Preferiría que tuviéramos la oportunidad de hacer la diferencia”.

El movimiento detrás de ella hizo que ambos se volvieran. Era Kettai, restregándose el sueño de los ojos.

‘¿Crees que lo haremos? Marca la diferencia, quiero decir. Se agachó y comenzó a enrollar su manta, respirando al aire. ‘Millones de soldados. Titanes Legionarios Naves espaciales. ¿Realmente crees que el Cuerpo Libre de Addaba hace una diferencia en todo eso? “

“¿Por qué no?”, Respondió Menber, con los puños apretados. “En una batalla cuerpo a cuerpo, ¿quién sabe qué lo movería de una manera u otra?”

Kettai admitió el punto asintiendo y encogiéndose de hombros, y comenzó a empacar sus pertenencias en su mochila. Otros estaban despertando, pero las llamadas de la mañana de los oficiales todavía estaban a unos minutos de distancia.

Lo primero que supieron de la nave fue una explosión que arrasó el campamento de la Segunda Compañía, a unos cientos de metros al oeste de donde Zenobi reunió sus cosas.

La onda expansiva arrojó cuerpos al aire, jirones de sábanas ardientes y fragmentos de estufas de campamento arrojados con ellos. El ruido sordo de la detonación se extendió por las empresas dormidas, un gruñido de chorros de plasma cada vez más fuerte a su paso.

'¡Bajar!'

Kettai se arrojó sobre Menber y Zenobi, abordándolos a ambos en la tierra helada. Zenobi sintió algo crujir en su costado cuando su peso cayó sobre ella. Más allá de su cuerpo extendido, vio la cañonera de punta roma hundiéndose hacia el suelo, los cañones montados encima de los proyectiles escupiendo fuselaje. Podía rastrear los impactos a través del campamento, aquellos en sus pies reducidos mientras los que aún estaban despiertos fueron arrojados al aire como muñecas por el aluvión de explosiones.

La corteza de los cañones del tren se unió al ruido del ataque, las flores de metralla detonando alrededor del avión entrante. Pistolas más pequeñas en sus flancos abrieron fuego, el estallido de rayos arrojó más muerte a través de los soldados que huían y se apiñaban de Addaba.

"De esta manera", dijo Menber cuando la nave se alejó, revelando un símbolo que Zenobi conocía bien: la insignia de la Legión de los Lobos Lunares, que habían tomado el nombre de Hijos de Horus justo antes del estallido de la guerra.

"¿Dónde?", Preguntó, poniéndose de pie, Kettai y un puñado de otros se unieron a ellos.

"¿Debajo del tren?", Sugirió alguien.

“Apuntaré al tren después, apuesto”, dijo Kettai.

“Divídanse”. El teniente Okoye llegó con otros dos escuadrones, algunos de ellos heridos. Con él estaba un oficial de integridad, su uniforme rasgado a un lado, el brazo izquierdo un desastre sangriento atado a su pecho con un cinturón.

El tono de los motores de la cañonera cambió y giró, girando para llevar sus armas principales de nuevo.

“¡Extiéndete!”, Gritó Okoye. “No les des a los artilleros un blanco fácil”.

Se rompieron como hormigas de hierro de un nido interrumpido, corriendo en todas las direcciones. Zenobi se encontró yendo aproximadamente en la misma dirección que Kettai, el oficial de integridad y otros tres. Se alejaron casi directamente del rugido de la nave de ataque. Casi se cubrió las orejas, queriendo bloquear el creciente gruñido de su acercamiento, haciendo una mueca cuando esperaba sentir un rayo en la espalda en cualquier momento.

Pensó en la pancarta, que quedaba entre los paquetes y los sacos de dormir. Ella disminuyó la velocidad, pensando en volver por ella.

La vacilación le salvó la vida.

Un cohete explotó a unos veinte metros delante de ella. Ella vio un instante de brillo, Kettai levantado corporalmente por la explosión, otros dos envueltos por las llamas. El oficial de integridad herido, junto a Zenobi a su derecha, se dio la vuelta, pero fue sorprendida mirando directamente la detonación.

Un viento cálido la levantó de sus pies, llevándola varios metros antes de que aterrizara con fuerza, su espalda chocando contra una roca, atravesando el abrigo y el mono en la carne de su lado derecho.

Durante varios segundos pensó que era sorda y ciega, su mundo no era más que un sonido y una negrura. A través de la estática sensorial surgieron otros sonidos, siendo llamada su nombre. Su visión comenzó a volver a convertirse en algo reconocible: la cara de Kettai.

Parpadeando con fuerza, se levantó, sintiendo que el dolor le recorría el costado de la cara mientras la piel se estiraba. Levantó una mano y la sangre salió de la punta de los dedos de su guante.

“Solo una herida”, dijo Kettai. “Vivirás”.

Faltaba parte de su oreja izquierda, carmesí goteaba por el costado de su cuello. También había una marca de quemadura en su abrigo cerca del hombro izquierdo.

“Mira aquí”. Uno de los soldados de la tercera escuadra estaba parado sobre algo a unos metros de distancia. Tenía su pistola láser en sus manos, apuntando hacia el oficial de integridad, que yacía arrugado e inconsciente a los pies del hombre.

El ojo de Zenobi captó un destello de metal a la luz de las llamas del cohete. Se agachó y sacó la pistola del oficial herido de la escarcha derretida.

“Este es el que se llevó a Seleen”, dijo el soldado, moviendo su dedo desde la protección del arma láser hasta el gatillo. “Nadie va a extrañar a este bastardo”.

“¿Qué?” Zenobi dio un paso. ‘¿Qué estás haciendo?’

“Ya terminé con esto”, dijo el soldado. Zenobi recordó que se llamaba Tewedros. “Estos oficiales de integridad nos matarán más que al enemigo”.

Zenobi era consciente del peso de la pistola en su mano. Ella lo levantó, apuntando al ojo derecho de Tewedros.

“Deja tu pistola láser”, dijo.

‘¿Por qué? No me vas a elegir sobre él. ¿Qué han hecho por ti? Este tipo te habría estado molestando sobre aflojar la línea. Matones, nada más “.

“Hay demasiado en juego para luchar entre nosotros”, dijo Zenobi. “¿Escuchaste lo que pasó con el voxcaster?”

‘¿Y qué? ¿Y qué si alguien tri– ’

‘¡Es todo o nada! O eres por la causa o eres el enemigo. Jawaahir tiene razón. Están bien Mírate, pensando en matar a los tuyos “.

‘¡No son nuestros! Este no le daría a tu cuerpo una segunda mirada. No sabes nada, apenas tienes la edad suficiente para trabajar en la línea. No necesitamos que sepan por qué estamos luchando “.

“He trabajado la línea”, dijo Zenobi. ‘Y mi familia lo trabajó. Trabajé desde que Horus comenzó esta guerra, así que no me digas que no sé por qué estamos luchando. No es así para que podamos atacarnos el uno al otro. Esta es nuestra oportunidad de luchar por nuestro futuro “.

Ella vio la mirada en sus ojos, el endurecimiento de la piel cuando él hizo una mueca, y supo que iba a apretar el gatillo.

Ella jaló la suya primero.

El rayo láser lo golpeó en la mejilla, desgarrando carne y hueso en un instante. Cayó, plegándose sobre sí mismo como un exoesqueleto trabajador que de repente se apaga.

Su mano comenzó a temblar, hasta que sintió fuertes dedos cerrándose alrededor de los suyos, otra mano levantando suavemente la pistola. Ella volvió la cabeza, entumecida, y miró a Kettai.

“El primero”, dijo.

“¿Primero qué?”

‘Primer asesinato.’

Miró el cuerpo de Tewedros, un chorro de sangre goteando del agujero limpio en su cara. La humedad en sus ojos ya brillaba con hielo.

“No pensé que sería uno de los nuestros”, dijo en voz baja, bajando la mano.

“No fue así”, le dijo Kettai.

No podía apartar los ojos de Tewedros. ¿Quién sabía que el enemigo se parecería tanto a sus amigos y familiares?

No dar terreno

Un ascenso tenso

La larga caminata

Puerto espacial Lion’s Gate, zona de piel mesophex, seis días desde el asalto

Como si fuera el puño del propio Dorn, el contraataque de Rann golpeó profundamente a las compañías de Iron Warriors que se aproximaban. Pasillo por pasillo, transportador por transportador, regresaron a la Lanza Estelar, mientras las compañías de asalto saltaban de un nivel a otro, escalando la piel del puerto espacial para caer sobre el enemigo desde afuera.

Mientras emprendieron una nueva ofensiva en Starspear, el Ejército Imperial surgió de Sky City en Low District.

Rann lideró desde el frente. El despliegue del primer cuadro de asalto en campo abierto había sido algo extraño, aunque muy efectivo. Sus equipos y tácticas especializadas estaban destinados al abordaje y defensa de buque de guerra a buque de guerra, así como al combate en entornos urbanos cercanos. Los confines del puerto espacial Lion’s Gate eran terreno perfecto, con amplias áreas unidas por estrechos puntos de estrangulamiento que fácilmente podía defender, o estrechos canales y pasajes a lo largo de los cuales sus tropas podían avanzar con casi impunidad detrás de sus escudos de abordaje. A su paso, varios miles de Marines Espaciales más se consolidaron en los territorios reclamados, protegiéndose contra el contraataque y las fuerzas de flanqueo.

Siegecraft no era un misterio para los traidores de la IV Legión. Sus rompe-muros especializados y compañías de asalto habían aterrizado en masa a través de Starspear. Habiendo barrido los restos de la fuerza de defensa permanente, cuyos esfuerzos se habían visto obstaculizados por la falta de protección ambiental, los Guerreros de Hierro habían asegurado varias cabezas de puente anchas alrededor de las plataformas de aterrizaje más altas de Sky City y estaban trayendo escuadrones por docenas para reforzar cualquier posición impugnada En unas pocas horas más, podrían encontrarse con la fuerza enemiga en general en el núcleo de Sky City, socavando casi la mitad de la ofensiva de los Puños Imperiales.

Rann estaba decidido a retomar al menos uno de los muelles, cortando los refuerzos en la fuente y dando a los Guerreros de Hierro para pensar dos veces antes de enviar otra ola directamente a Sky City. Desde el otro lado de los comandos cercanos reunió a las compañías de violación del cuadro de asalto. Una gran cantidad de transportes que se movían a lo largo de la circunvalación interior atrajo a muchos, otros llegaron a pie desde publicaciones más cercanas.

“Es solo cuestión de tiempo antes de que tengan tantas tropas, no podemos detenerlas”, explicó Rann al sargento Ortor.

“El ataque es la mejor forma de defensa, señor”, se rió el veterano. “¿Nada que ver con que no quieras estar sentado en el estratega mirando las pantallas en lugar de correr con un hacha en la mano?”

“Me molesta esa implicación”, respondió el comandante con una sonrisa.

El cuadro de asalto de cuatrocientos soldados se reunió diez niveles por debajo del mayor avance de los Guerreros de Hierro. Los bolsillos de los Marines Espaciales de la IV Legión se habían establecido en el nivel superior, pero parecían reacios a avanzar hacia Sky City, como si esperaran algo a pesar de la ventaja obtenida por su avance rápido e inesperado.

“Deberían haber avanzado por los puentes”, continuó Rann, marchando a un ritmo constante con sus guerreros. Trescientos de ellos se dirigieron a los grandes transportadores de carga en la piel de la Lanza Estelar, mientras que una fuerza de cien hombres bajo el teniente Koerner había sido enviada por delante para hacer una larga subida por la escalera. La fuerza de Koerner llegaría unos minutos antes del ataque principal, sembrando cierta discordia entre los Guerreros de Hierro, quienes indudablemente tenían fuertes cordones a través de los rápidos ejes de tránsito y los elevadores de atraque.

Las actualizaciones periódicas de Haeger pintaban una imagen sombría. La invasión tecnofágica continuó causando estragos intermitentemente con los escáneres, la red de voz y los sistemas de transporte. Incluso asumiendo que muchas de las lecturas de augur eran falsos positivos que actuaban como una máscara para la verdadera ubicación del enemigo, había varios miles de Guerreros de Hierro en la Lanza Estelar, mientras que diez veces ese

número reforzaba el ataque en la base. Era poco imaginativo, un simple asalto de pinza en vertical en lugar de horizontal, pero los traidores no necesitaban ser sofisticados. Tenían supremacía orbital y la ventaja de los números. Rann solo agradeció que pareciera que los World Eaters y los Emperor's Children eran reacios a unirse al ataque sin sus primarca retorcidos. Si el escudo psíquico fallaba y aparecía el Nunca Nacido, como lo habían hecho durante las últimas etapas de la guerra del vacío, probablemente no había nada menos que el Emperador mismo que pudiera mantener el puerto espacial.

“Es hora”, dijo a sus compañeros, señalando al sargento Ortor hacia el panel de control entre las dos puertas transportadoras masivas. Ortor enchufó el dispositivo suministrado por Magos Deveralax, que contenía un cifrado ideado por los magos para anular cualquier tecnófago persistente. Solo podía introducirse en los sistemas local y físicamente en este momento, pero Haeger le había asegurado a Rann en la última actualización que se estaba creando una cura más generalizada.

“Espero que esto funcione”, dijo Ortor, presionando los botones de llamada. El clamor de las tropas que llegaban resonó alrededor de la bahía de carga.

“¿Qué es lo peor que podría pasar?”, Bromeó uno de los veteranos de asalto.

“Esto no funciona y el enemigo anula los protocolos de emergencia para que nos caigan diez kilómetros directamente al fondo del pozo”, respondió el sargento bruscamente, su humor habitual sofocado por la tensión que se acumulaba entre los legionarios.

“Esto también enmascarará nuestra llegada”, transmitió Rann, buscando encontrar algo más tranquilizador para que sus guerreros piensen. “A menos que alguien esté parado mirando hacia el pozo, tendrán una advertencia de unos treinta segundos antes de que lleguemos”.

“Estamos tratando esto como un compromiso de cabeza de puente, a pesar de que técnicamente estamos defendiendo”, dijo Ortor, reiterando la información que Rann les había dado a todos media hora antes. Break Atravesamos la primera línea de defensa y luego nos preparamos para

incursiones de golpe y fuga en las zonas vecinas de la cuadrícula. Somos el escudo de las compañías que nos siguen. Diez mil de nuestros hermanos están listos para contraatacar, pero no llegarán a ningún lado si no mantenemos al enemigo alejado de las vías de tránsito y los ejes transportadores “.

“El despliegue es crítico”, Rann les dijo a través de la voz. ‘Los transportadores son lo suficientemente grandes como para transportar toda la fuerza entre ellos, pero si nos atascamos en la salida no podremos soportar los números. Los escuadrones principales recibirán golpes, pero necesitamos una zona de control de cincuenta metros dentro de los diez segundos posteriores a la llegada. Usa tus escudos, avanza bajo fuego de cobertura. Lo has hecho mil veces “.

Casi dijo: es solo otra batalla, pero decidió no hacerlo en el último momento. Esta no fue solo otra batalla; sus guerreros lo sabían y verían un discurso así por la vulgaridad que era. Rann tomó un enfoque diferente.

‘Vamos a estar en la batalla de nuestras vidas en unos tres minutos. Lord Dorn y el Emperador dependen de nosotros para mantener este puerto espacial el mayor tiempo posible. Sin heroicidades sin sentido: luchamos por el mayor tiempo posible y hacemos que paguen por cada paso que toman en nuestro mundo. Avanzan diez metros, los llevaremos cinco atrás. Cuida de tus hermanos de escuadrón, mantente firme y confía el uno en el otro. Tomó aliento y, en la pausa, oyó el ruido de los transportadores que se acercaban. ‘Por eso estamos aquí. Para esto fuimos creados “.

Con un chirrido de metal y el crujido de los engranajes de frenado deslizándose en su lugar, llegaron las dos plataformas masivas. El comando anula mantener su enfoque en secreto había apagado los motores de las puertas, lo que significa que tenían que ser separados manualmente. Cuatro legionarios cada uno comenzaron en las ruedas de bloqueo que flanqueaban las puertas, como marineros de antaño en un cabrestante. Casi treinta metros de altura, un metro de espesor, cada puerta corrediza pesaba varios cientos de toneladas. Paso a paso, impulsados por su armadura, los legionarios trabajaron las ruedas y las puertas se separaron unos centímetros a la vez.

Cuando la brecha fue lo suficientemente amplia como para que pasara un Marine Espacial, los escuadrones comenzaron a subir, empujando hacia los interiores cavernosos, con las botas haciendo eco como en un gran salón.

“Estos son solo los pequeños ejes de servicio”, comentó Rann a Ortor. ‘Puede colocar tanques o caminantes Knight aquí, pero son los mega transportadores en el núcleo los que realmente necesitamos sostener. Son los levantadores de titanes “.

“¿No podríamos desactivarlos, señor?”

“Lord Dorn ha dejado en claro que deben mantenerse las instalaciones para un fuerte contraataque”.

Las puertas estaban separadas por unos diez metros y Rann se unió al grupo de guerreros que atravesaban el hueco, el escudo en un brazo y el hacha en la otra mano. Su bólter y su segundo hacha estaban sujetos al interior de su escudo de embarque, que era tan grande como una escotilla de tanque. Ortor se unió a él, con la caja de llaves electrónica de los magos en la mano.

“Vamos a utilizar los motores de las puertas en la parte superior, ¿no?”, Preguntó el sargento.

“Sí, sargento, lo estamos”.

Cuando los últimos de la fuerza de asalto estaban a bordo, los engranajes de las puertas se desengancharon y los contrapesos sacudieron el transportador, cerrando las puertas. El choque de los portales de cierre se estremeció a través de la inmensa jaula, haciendo eco en el pozo.

“Solo otro golpe”, aseguró Rann a sus guerreros. “Hay alrededor de diez megatoneladas de municiones golpeando el puerto cada segundo, a nadie le importará una explosión más”.

El piso vibró cuando los motores del transportador se pusieron en marcha, al principio temblando cuando el inmenso peso fue absorbido por inmensas cadenas y engranajes, volviéndose más suave cuando el mecanismo encontró su ritmo. Rann ignoró el impulso de mirar hacia arriba. Sabía que

no había techo, solo un eje vacío arriba donde las cadenas se balanceaban y sonaban. En cambio, se volvió y se concentró en las puertas. El resto de la compañía hizo lo mismo, un giro que los tenía a todos enfrentados cuando llegaron. Los escuadrones de plomo se adelantaron a los deberes de apoyo asignados, poniendo sus escudos en primer plano, mientras que otros prepararon sus bólters. Algunos tenían armas más exóticas: flamers, pistolas de gravitón, pistolas de plasma.

Mientras contaba mentalmente los niveles a medida que pasaban, Rann calculó que faltaban cuarenta segundos para su llegada. En diez segundos, el ruido del transportador sería demasiado alto para perderse. Hace treinta segundos, la fuerza del hueco de la escalera debería haber comenzado el ataque. Todo tenía que ser cronometrado; Las interrupciones tecnófagos en la voz significaban cualquier cosa, pero la comunicación casi desde la línea de visión probablemente fallara o, peor aún, sería interceptada.

“¡Quince segundos!”, Gritó a sus tropas.

Ortor conectó la caja de llaves a la plataforma de runas y los escuadrones principales avanzaron varios pasos más, casi hasta las puertas mismas. Los escudos se estrellaron juntos, formando una pared dentro del transportador.

‘¡Diez segundos!’

Cada guerrero tenía un cronómetro de visera, pero no había nada como una voz insistente en el oído para concentrar la mente. Rann se tomó un momento para impulsar el poder a través de los sentidos automáticos de su armadura, ocultando su visión mientras aumentaba la señal auditiva. A través del desorden de la maquinaria y las detonaciones, pensó que podía detectar fuego bólter cerca. Si tenía razón, significaba que la vanguardia había llegado justo en el momento adecuado.

‘Cinco, cuatro, tres, dos, uno…’

Hubo una pausa, dos segundos más, antes de que el transportador se detuviera, hundiéndose muy ligeramente para que toda la compañía se inclinara. Armadura gimió, compensando el movimiento.

“Puertas”

Ortor activó la conexión y el gran portal gimió al abrirse, revelando una cámara expansiva tan grande como la que habían dejado, iluminada por luces de tira y el destello de los proyectiles. Una ola de lubricante, propulsor de perno y sudor rancio fluyó por Rann.

Las rondas comenzaron a sonar contra las puertas y zumbando en el transportador. Las detonaciones surgieron a lo largo de la línea del frente de los escudos de los legionarios. Más allá de ellos, Rann podía ver la armadura de metal y las rayas amarillas y blancas de los escuadrones de Guerreros de Hierro, muchos de ellos se volvieron para enfrentarse a una mancha amarilla que emergía de una escalera distante. Otros habían mantenido sus armas entrenadas en los transportadores: Rann no podía criticar la disciplina de fuego enemiga.

“¡Avanza!”, Bramó, levantando su hacha.

El transportador se llenó de truenos cuando ciento cincuenta legionarios atravesaron las puertas, pronto se unieron al clamor de bólter y al chasquido de plasma. Un rugido emanó al unísono de cuatrocientas rejillas de direcciones externas.

“¡Por Dorn y el Emperador!”

Varanzi se acerca, treinta y cinco días antes del asalto.

Era difícil recordar si este era el quinto o sexto día desde que comenzó la tormenta de nieve. Al menos les ahorró más tiradas de los aviones que pasaban. Los oficiales de integridad habían dejado de intentar reunir a todos en una sola columna; simplemente había demasiados rezagados y estaban perdiendo los suyos en ráfagas repentinas de nieve o en grietas invisibles.

Se habían visto obligados a abandonar la locomotora tres días antes. La pista simplemente se había detenido, chocando con un gran cráter de plasma que brillaba como el cristal. Era imposible saber si el golpe había sido deliberado o simplemente un daño colateral del bombardeo en curso del Palacio Imperial.

De vez en cuando Zenobi pensaba que podía ver las torres entre los picos de las montañas a medias, pero Menber le aseguró que era imposible. Solo más montañas, dijo. La aurora de las pantallas de defensa todavía bailaba más allá del horizonte, estremeciendo las tormentas de nieve con un aura azul y púrpura, parpadeando con el oro y la plata del ataque orbital. El estruendo era constante, interrumpido cada pocos minutos por el gemido agudo de algún otro tipo de proyectil o el gruñido prolongado y excoriante de una detonación de plasma. El hecho de que pudieran escuchar algo sobre los vientos cada vez más fuertes era testimonio de la furia del ataque.

El frío le recordó a Zenobi la primera vez que sus tías la habían llevado a los niveles superiores de Addaba. La colmena no se parecía en nada a las altas torres de algunas otras ciudades, la mayor parte se extendía ciento sesenta kilómetros hacia afuera en las espuelas de cuna a través de las llanuras. Aun así, su punto más alto estaba a varios kilómetros sobre el nivel del mar, el aire era amargo.

Había llorado, con solo siete años, con la cara punzante y las manos sin guantes mordidas hasta el hueso por el frío. Se había preguntado por qué sus tías la habían llevado allí, pero estaba demasiado molesta para preguntar, pensando que tal vez era un castigo. Ciertamente apreciaba la vista, como la de los ojos congelados y arrugados. Y ella había sido muy aficionada al calor de la línea de forja cuando regresó, recordándole que pertenecía allí.

Ahora se dio cuenta de que le habían estado mostrando algo diferente. No habían dicho nada, los rostros envueltos en trapos manchados de aceite como pañuelos, pero ella recordaba ahora su mirada mientras miraban lejos a través de los desechos de Afrik. Fue una lección que no todas las partes eran iguales. Zenobi miró hacia atrás y pensó cuán diferente, cuánto más grande era su mundo ahora. Habían tratado de mostrarle un vistazo de lo que podría ser, de las tierras más allá de las paredes de su casa. En aquel entonces, podría haber una posibilidad de que dejara Addaba, sola o en una caravana, tal vez conocer a alguien que amaba y viajar a su casa.

Eso había terminado con la guerra. A nadie se le permitió salir de la línea sin una buena razón. Dorn, y a través de él el Emperador, había necesitado a

Addaba para trabajar duro e incesantemente, los sueños de ciudades distantes y costas extrañas olvidadas.

Casi tropezó con algo a sus pies. Zenobi pensó que era una roca al principio, oscura bajo una fina capa de nieve. Kettai se detuvo y lo empujó con un pie, revelando que era un cadáver envuelto en un abrigo. No era alguien de Addaba: la piel era demasiado pálida, el cabello liso y castaño, no rizado ni negro. Llevaba un uniforme azul, un largo abrigo negro con trenzas plateadas que ocultaban la mayor parte.

“Supongo que somos … no los únicos que … vinimos por aquí”, dijo Menber, rechinando los dientes. Su rostro estaba casi oculto entre el cuello, la bufanda y la capucha improvisadas. Cruzó las manos debajo de las axilas y pisoteó los pies.

Zenobi plantó el mástil en la nieve y se agachó junto al cuerpo. Extendió una mano cubierta con tres capas de guantes: los dos pares más grandes rescatados de los compañeros que habían sucumbido a los elementos. Había algo en el pecho del hombre, casi oculto por el hielo.

“Ábrete”, dijo, señalando una herida horrible que iba desde el hombro hasta el intestino. La lesión fue un corte ancho y desigual que le había abierto las costillas y había masticado los órganos internos. “¿Qué podría hacer eso?”

“¡Sigan moviéndose!”, Les dijo Okoye, emergiendo de la nieve, su lado derecho cubierto de blanco por el hielo soplado por el viento. “Si se detiene, es posible que no comience de nuevo”.

Nadie tenía fuerzas suficientes para protestar. Zenobi recuperó la pancarta y siguió caminando, siguiendo las huellas más grandes hechas por Menber, sus piernas más cortas dificultaban el trabajo de los ventisqueros.

Encontraron otros montículos en la nieve, más cadáveres. Todos ellos estaban vestidos como reclutas del ejército imperial. Avanzando con las armas láser listas, aproximadamente medio kilómetro después se encontraron con los restos rotos de tanques y transportes, treinta en total. Los vehículos habían intentado formar un círculo, pero sufrieron graves

daños, algunos de ellos con los techos rotos, otros con guardias rotos, eslabones dispersos bajo la nieve esperando tropezar con los desprevenidos.

Había cientos de cuerpos, la mayoría de ellos aún dentro. Todo estaba congelado como una pictografía.

El Capitán General Egwu se había detenido en medio de la carnicería y estaba en conferencia con Jawaahir y varios otros. Zenobi captó fragmentos de su conversación a través del viento mientras ella y los demás pasaban penosamente.

'… siguió adelante ahora. Tantos impactos de rayos, tenían que ser los legionarios del Señor de la Guerra ", dijo Egwu. 'No tenemos más remedio que seguir adelante. Hay una carretera a unos cuarenta kilómetros más adelante, la seguiremos hacia el Palacio propiamente dicho ".

"¿Y si nos atacan, capitán?", Respondió uno de los tenientes asistentes.

"Luchamos, por supuesto", respondió Jawaahir. 'No estamos aquí para martirizarnos a nosotros mismos. El Cuerpo Libre de Addaba luchará por su gente, de cualquier forma que tenga que hacerlo ".

La suya fue la última palabra y la camarilla de oficiales se movió para continuar su camino.

"¡Tú!", Gritó Egwu a través de la tormenta de nieve. Zenobi se detuvo y miró a su alrededor, tratando de ver a quién estaba gritando. El capitán general la señaló directamente y se volvió, forjando a través de la nieve.

"¡Soldado Adedeji!", La cara de Egwu estaba quemada por un lado, el tejido cicatricial se retorcía extrañamente mientras sonreía. "Zenobi, ¿no?"

Ella asintió con la cabeza su respuesta, sin saber qué decir. Jawaahir surgió de la nieve junto al capitán general, con el ceño fruncido.

"¿Qué es esto?", Preguntó Egwu, señalando el poste sobre los hombros de Zenobi. "¿Todavía llevas la pancarta?"

'Por supuesto, bana-madam. ¡Nunca dejaría esto atrás! "

“¿Ves?”, Dijo Egwu, rodeando a sus oficiales, demostrando algún punto del que Zenobi no estaba al tanto. ‘El soldado Adedeji ya ha llevado el estándar de la compañía durante doscientos treinta kilómetros. Nada la detendrá para llegar a la batalla “.

Zenobi vio la oportunidad de hacer una pregunta que la había estado molestando a ella y a sus compañeros durante varios días. Había bastantes de ellos cerca, habiéndose detenido para presenciar la conversación.

‘¿Cuánto más, bana-madam? ¿Cuánto tiempo hasta que lleguemos al Palacio Imperial? “

Jawaahir respondió primero, agitando una mano hacia el norte. Había gotas congeladas en sus pestañas, sus mejillas aún más hundidas que antes.

“¿Estás seguro de que es a donde quieres ir, Adedeji?”, Preguntó. ‘La ira de Horus cae con mil proyectiles por hora. La égida del emperador se debilita cada día. Sabes que es solo cuestión de tiempo antes de que falle y el Palacio se derrumbará bajo la ira del Señor de la Guerra “.

“¿Dónde más pelearíamos?”, Dijo Zenobi. Volvió la mirada hacia el capitán general. ‘¿Que tan lejos está?’

Egwu desvió la mirada y, por un momento, Zenobi pensó que no iba a responder. Luego volvió a mirar al soldado, con expresión de intención.

‘Casi mil kilómetros, Zenobi. Sobre montañas y valles, cada vez más alto, el aire se hace más y más delgado a medida que el invierno se vuelve más frío “.

‘Gracias.’

Zenobi cambió el peso del estándar de la compañía y se volvió hacia los otros soldados. Se encontró con la mirada de unos pocos, Menber incluido. Algunos parecían preocupados, enfrentando el desafío por delante. Otros igualaron su mirada de determinación.

Ella no dijo nada más, pero comenzó a caminar, concentrándose en poner un pie delante del siguiente, durante el tiempo que fuera necesario.

Desgaste

Hierro dentro

Amón y el nunca nacido

Puerto espacial de Lion’s Gate, núcleo de stratophex, seis días desde el asalto

La oscuridad se dividió por el resplandor de los rayos que gruñían de un lado a otro a través del pasillo de carga. El vasto espacio hizo eco con la descarga de armas y el estallido de impactos, cortado con el silbido de los rayos de plasma y el silbido agudo de las armas melta. Cada destello arrojaba una luz severa sobre las filas de Guerreros de Hierro que sostenían los pórticos superiores y las pasarelas, y a través de un vacío negro una sólida barrera de escudos estampados con el dispositivo de los Puños Imperiales. Cadenas y plataformas de elevación a medio ver acechaban en las sombras, el piso y los entrepisos se dispersaron con los restos rotos del último intento de la IV Legión de cruzar el campo abierto.

Ese asalto había sido diez horas antes. Desde entonces, los Guerreros de Hierro de Forrix habían quedado atrapados en un nudo cada vez más apretado de Puños Imperiales y auxiliares del Ejército Imperial. Estos últimos eran una amenaza menor, los confines de las cámaras y los pasajes alrededor del reactor transmiten un ambiente pobre para los pelotones en masa. Incapaces de hacer que sus números cuenten contra sus oponentes muy superiores, los soldados del Emperador estaban siendo utilizados para frenar los intentos de ruptura, vendiendo sus vidas por el tiempo suficiente para permitir que los Puños Imperiales ejercieran una oposición más potente.

Era una táctica insensible, y Forrix se encontró admirando al comandante que lo empleaba, fuera quien fuese. Quizás Sigismund, el famoso Primer Capitán, aunque no se había informado de Dorn’s Blade en ninguno de los encuentros hasta el momento. Incluso podría haber sido la mano del propio Dorn lo que movió los hilos de los defensores.

No importaba. Forrix solo tenía dos preocupaciones mientras se paraba en la línea con sus guerreros, disparando su bólter a los portadores del escudo

de abajo. Preocupaciones que expresó cuando el Capitán Gharal expresó una solicitud para retirar varios escuadrones a la retaguardia.

‘Si nos debilitamos aquí, los Puños Imperiales nos empujarán hacia los canales anteriores. Podrán establecer un piquete seguro en cinco niveles de la estación de transferencia, bloqueando todo acceso a los conductos del reactor “.

‘Si continuamos participando a esta intensidad, triarch, nos encontraremos con problemas logísticos dentro de las siete horas. Es mejor retirarse y templar el nivel de batalla, y luchar por más tiempo. Las compañías líderes de la fuerza de asalto aéreo están a solo dos kilómetros de distancia “.

‘¿Problemas logísticos? ¿Te refieres al suministro de municiones?

‘Las infusiones estimulantes están alcanzando niveles inseguros. Los sistemas de reciclaje de armaduras necesitan enjuagarse antes de comenzar a pasar elementos tóxicos de regreso a nuestros cuerpos. Nadie ha dormido. A las noventa y seis horas, la fatiga mental comienza a acelerarse rápidamente “.

“¿Quieres descansar?” Forrix vertió todo su desprecio en esas palabras, luego lamentó la reprimenda de inmediato. Gharal lideraba los elementos superiores de la fuerza, a medio kilómetro de distancia. Si optaba por una ruptura, no una estrategia irrazonable, dejaría a Forrix completamente desprovisto de apoyo. Asumió un tono más complaciente. ‘Su atención a la viabilidad a largo plazo de nuestra fuerza es encomiable. Y, sin embargo, la supervivencia es solo uno de nuestros dos objetivos, capitán “.

“¿Qué quieres decir, triarca?”

Un pulso de cañón láser ardió a través de la pared justo por encima de la cabeza de Forrix y arrojó gotas de plasteel fundido sobre su armadura. Se movió a su izquierda, permitiendo que Merrig y su cañón automático Reaper tomaran posición y devolvieran el fuego. La libra del arma de dos cañones sacudió la pasarela durante varios segundos hasta que el artillero retrocedió, levantando su arma humeante.

“Arma pesada enemiga eliminada, triarca”, dijo con un toque de placer.

Forrix golpeó con el puño contra la protección del hombro del guerrero, una señal de elogio, y luego le indicó que avanzara por la pasarela para encontrar otro objetivo por el que valga la pena gastar su preciosa munición.

‘¿Qué estaba diciendo? Supervivencia. No planeo ser simplemente el hueso que mastican estos perros de Dorn mientras Kroeger toma los puentes de arriba. Mi objetivo es vivir lo suficiente como para verlos a todos muertos. Para hacer eso, por extraño que parezca, tenemos que hacernos tantos problemas como sea posible. No saldremos vivos de aquí solos, Gharal. Necesitamos esa columna de alivio “.

“No es bueno para nosotros si todos estamos muertos cuando llegue”, dijo el capitán con voz tensa.

Attacks Los ataques de olas a través de los niveles inferiores se quedaron sin impulso hace seis horas. Treinta mil de las Cuartas que siguieron a las formaciones menores están involucradas en brutales idas y venidas con los hijos de Dorn. La mayoría de ellos son nuevos recuits, apenas valen la armadura que usan. No vienen Eso deja solo la fuerza de ataque suborbital. Si nos van a llegar, necesitamos atraer tanta oposición como sea posible. Tenemos que seguir siendo una amenaza móvil y relevante “.

‘Entiendo, triarca. Si me mudo hacia el oeste por trescientos metros, hay un eje transportador de mantenimiento. Abandonaremos el perímetro superior, pero podemos flanquear la defensa de los conductos de plasma “.

“Así lo ordené”, dijo Forrix sin dudarlo. Pull Retiraré una compañía a mi izquierda como finta, para atraer más enemigos hacia la fuerza central. Eso le dará tiempo para romper el compromiso y moverse “.

‘Afirmativo. Comenzará la maniobra en diez minutos “.

La voz crepitó en inactividad, reemplazada por la cacofonía de la batalla que se extendió alrededor de Forrix. Una vez que le había ordenado al teniente Sarpara que retrocediera en el flanco, su ojo se movió del área más

amplia a su ubicación inmediata. Los guerreros de la IV Legión necesitaban cruzar el campo abierto entre las conjunciones de huecos de escaleras y pasillos, pero los Puños Imperiales se contentaron con defender el lado opuesto de la sala, listos para cortar cualquier cosa que se aventurara a esconderse.

“Teniente Dreik, tenga listos sus estragos de hierro”, expresó. ‘Reúnase conmigo para una fuerza de ataque dedicada. Todos los demás legionarios mantienen la disciplina del fuego “.

Reunió a ocho escuadrones de su entorno, moviéndolos varios niveles hacia el piso de la sala de embarque, mientras que escuadrones de Iron Havocs con cañones láser, cañones de plasma, multi-meltas, cañones automáticos y otras armas de apoyo se dirigieron a él desde el otro lado de la fuerza. . A los diez minutos, mientras Sarpara y Gharal harían sus movimientos, Forrix ordenó el ataque.

Dirigiéndose a un frente estrecho de la línea de los Puños Imperiales, de unos cien metros de ancho y cinco pisos de alto, la compañía ad hoc Iron Havocs desató un torrente de proyectiles, rayos láser y plasma, mientras los escuadrones de Forrix derribaron los escalones restantes y las rampas de carga. .

“¡Sostengan fuego bólter!”, Bramó a sus guerreros. El fusilado de arriba enmascaraba su firma energética y no quería que nadie revelara su posición en la oscuridad. “Espera mi orden”.

Los rayos de plasma se estrellaron contra escudos y armaduras, atravesándolos a ambos mientras salvas de rondas de segador y fuego de bólter pesado penetraban en los huecos tallados por los golpes de cañón láser. Golpeando a través del piso de ferrocreto, chapoteando en charcos de sangre y aceite, Forrix jadeó con fuerza, con los corazones y los pulmones al máximo.

Las primeras chispas de fuego bólter cortaron su fuerza y pasaron sobre él hacia los escuadrones detrás. Hubo varios gritos de legionarios heridos.

“¡Sigue moviéndote!”, Ordenó Forrix, esforzándose aún más, su armadura lo llevaba hacia adelante en zancadas de tres metros.

Las pesadas armas estallaron con fuerza durante varios segundos más, castigando a los enemigos que habían quedado en el arco de fuego. A la luz de las ráfagas de cañón láser y las detonaciones de bólter, Forrix vio legionarios con armadura amarilla destrozados, su placa no era rival para el poder de las armas apuntadas contra ellos.

A través de la llamarada de las pesadas armas de los Guerreros de Hierro, se dispararon más disparos de los Puños Imperiales arriba, pero no directamente al frente. El fuego breve pero masivo de las armas pesadas había hecho su trabajo, tallando una herida estrecha pero reveladora en la línea de defensa. Forrix y los escuadrones principales ganaron las escaleras opuestas sin obstáculos, chocando sobre los cuerpos de los hijos de Dorn.

“Dividir por escuadrón de combate y proporcionar cobertura para reunir armas y municiones”, ordenó Forrix. La mitad de sus guerreros se arrojaron sobre los cadáveres de los Puños Imperiales, arrancando bólters y revistas, arrancando escudos y cuchillas de sus manos muertas. Los otros empujaron hacia afuera mientras más escuadrones se acumulaban en la brecha, asegurando el nivel superior.

“Teniente Uhaz, ¿qué está haciendo el enemigo?”, Expresó.

“Tirando hacia atrás, triarca”.

“¿No te estás preparando para contraatacar?”

“No, triarch, se están alejando de tu posición”.

‘Bueno. Cubra el fuego y avance por compañía “.

“Afirmativo, triarca”.

Forrix volvió a la sala abierta, casi tropezando con el cuerpo de un legionario de los Puños Imperiales. Bajó la vista. El timón del guerrero se había roto por un golpe de cañón automático. Moviendo su mirada hacia el

pasillo, contó a sus muertos. Trece más. No es un mal precio a pagar por cruzar el pasillo, pero había gastado una buena cantidad de armas pesadas, municiones y células de poder para hacerlo.

Todo para acercarse doscientos metros a un objetivo que ni siquiera intentaba destruir.

Zona del Muro Exultante, ocho días después del asalto

Amon era conocido por su paciencia incluso entre los custodios, pero no esperaba que sus investigaciones carecieran tanto de progreso. Las reuniones de la Lectitio Divinitatus se dispersaron por todo el Palacio, y mucho más allá de lo que sospechaba, sin embargo, no había visto nada más amenazante que grupos de debate glorificados y debates sobre libros. Cualquier poder que los oficiales en los cuarteles de cuarentena hubieran aprovechado hasta ahora estaba ausente en otra parte.

La información de Keeler sobre los Portadores de la Luz era la única pista sólida que tenían, pero Amon compartió su opinión de que tal progreso se desperdiciaría si se daba a conocer su participación. En consecuencia, el Custodio había acordado permitirle regresar en la próxima reunión para ver si había una repetición de su experiencia previa. Ella había afirmado que podría haber sido su propia conexión única con el Emperador lo que había provocado la visión, aunque Amon estaba inclinado a creer que se trataba más de un caso de alucinación masiva compartida. Incluso sin la inducción artificial, tales manías compartidas eran posibles, y bajo el constante estrés del asedio, todo tipo de fenómenos psicológicos emergerían entre la población sofocada.

El pesimismo no era excusa para la falta de minuciosidad, y Amon estaba decidido a seguir observando la mayor cantidad posible de sectas restantes, en caso de que los Portadores de la Luz demostraran ser una falsa esperanza. Su objetivo actual autoasignado era una reunión de reclutas del Ejército Imperial que tenía lugar en una de las improvisadas improvisaciones de medicamentos que se habían establecido a pocos kilómetros de la lucha en el Muro Exultante, donde muchas víctimas llegaban desde la ofensiva a través de la Puerta del León. puerto espacial

Su presencia se consideraría excepcional si no amenazante, por lo que se vistió con una capa y túnicas anodinas. Si alguien le prestaba atención, era probable que lo tomaran por un guerrero de los Legiones Astartes en lugar de un Custodio. No esperaba problemas, pero llevaba una espada de estilo gladius favorecida por los Puños Imperiales escondidos dentro de su atuendo.

Captó el olor a sangre y podredumbre incluso antes de llegar a las afueras del campamento de medicamentos. Aunque aparentemente era un hospital de campaña, había poco más aquí que en los otros barrios marginales, con la única excepción de que los habitantes pertenecían enteramente al Ejército Imperial en lugar de a la menguante población no combatiente del Palacio. El hospital se extendía por tres kilómetros y en varias plantas de antiguos bloques de viviendas Administratum, las celdas y dormitorios bien adaptados para salas y salas de cuarentena. Los bebés llevaban paquetes de raciones y frascos de agua, mientras que los niños mayores actuaban como portadores de camillas, un flujo constante de heridos provenía de las líneas del frente. La espantosa tarea de deshacerse de los que no sobrevivieron también recayó en ellos, en cantidades casi iguales, cuerpos llevados a piras funerarias en una antigua central eléctrica que se encuentra a unos cientos de metros al oeste de la instalación. Los hornos ardían tan constantemente como lo habían hecho antes del asedio, pero ahora con un combustible mucho más grotesco.

Las moscas pululaban gruesas, atraídas por la gangrena. Se han hecho todos los esfuerzos para proporcionar saneamiento, pero no se pudo enmascarar el hedor de orina y heces. Mientras Amon se abría paso entre las líneas de miserables miserables, se encontró con no pocos que estaban muertos en sus catres, sus fluidos se filtraron en la ropa de cama. Cuanto más observaba la triste escena, mayores eran sus dudas. Habiendo presenciado los horrores de la zona de cuarentena y la proximidad de la primera aparición de esa degradación, se le ocurrió a Amon que este gran acaparamiento de los muertos y moribundos podría ser otra parte del esquema de peste de la Guardia de la Muerte.

Tardó solo unos minutos en ubicar el santuario que se había erigido: las cámaras circundantes estaban vacías de pacientes, lo que lo hizo sobresalir

instantáneamente entre varias cuadras de la ciudad de víctimas de pared a pared. En lo que alguna vez fueron las oficinas de un empleado de alto rango, el aquila de madera que había servido de telón de fondo para los deberes del administrador había sido llevado a un altar de cajas de municiones, cubierto con medallas de servicio y etiquetas de identidad. Se colocaron mochilas y balas al pie del altar, hasta los tobillos, como ofrendas a una forma de deidad mucho más beligerante que la que adoraban los Portadores de la Luz.

Al observar a los cientos de soldados heridos, Amon observó las formas rituales habituales: encantamientos, canciones de marcha en lugar de himnos y, finalmente, un momento de silencio compartido. Los soldados fueron instruidos por su líder, una mujer indescriptible con el uniforme de un cabo, el lado de su cabeza envuelto en una venda ensangrentada, para que volvieran sus pensamientos a los que aún luchaban, para pedirle al Emperador que les prestara fuerza en la batalla en curso.

Amon estaba a punto de partir, sin ver nada mal, cuando sintió una brisa de olor dulce. Los soldados hablaban al unísono, las palabras apenas audibles pero claramente entonadas.

‘Él es la vida dentro de la muerte. El aliento en tus labios. La esperanza en tu corazón “.

Una luz fantasma jugaba sobre el aquila en la mesa improvisada, como la luz del sol reflejada por el agua. Una brisa agitó el montón de municiones ofrecidas, de modo que los casquillos chocaron entre sí y se asentaron en el montón.

El canto se hizo más fuerte, las mismas palabras una y otra vez.

‘Él es la vida dentro de la muerte. El aliento en tus labios. La esperanza en tu corazón “.

Los soldados, con las cabezas inclinadas, se balanceaban al ritmo de su invocación, el sacerdote-sacerdote parado frente a ellos con los ojos cerrados, las manos cruzadas sobre su pecho. Una línea de baba reluciente cayó de la esquina de su labio y goteó sobre su sucia camisa.

Eso no fue todo. Sus ojos se movían rápidamente de un lado a otro debajo de sus párpados, como uno en medio de un sueño profundo. Las venas en el dorso de su mano se oscurecieron, como si un fluido negro las atravesara.

Los dedos de Amon se cerraron alrededor de la empuñadura del gladius mientras se movía desde debajo de la sombra de una escalera rota, con las botas crujiendo con la arena bajo los pies.

Los ojos de la mujer se abrieron de golpe, orbes de color negro puro, brillando con un brillo de moco que goteaba por sus mejillas. Ella se volvió hacia Amon cuando él echó a correr, un chillido despertando a la congregación de cien personas de su ensueño. Al abrir los ojos, gritaron con disgusto y alarma, incluso cuando el cabo lanzó una mano hacia Amon, otro grito de orden emitido por los labios agrietados.

Algunos respondieron, tirando de las dagas de combate y las pistolas, saltando hacia adelante para interceptar al acelerador Custodio. Cayeron, destripados o sin cabeza, sin siquiera interrumpir su paso. La criatura nunca nacida siseó y se lanzó como un gato cazador, con las uñas que se habían convertido en garras lanzándose hacia la cara de Amon. Se desvió y levantó la espada corta, apuñalando el pecho de la criatura al pasar, cortando desde el esternón hasta la pelvis.

Casi bisecados, los restos cayeron al suelo polvoriento, donde la monstruosidad continuó agitándose y agitándose a través de un rastro de suciedad y sangre, volviéndose hacia Amon. El resto de la reunión estalló en un caos, algunos intentaron huir, se encontraron con otros inmóviles por el terror o se adelantaron para ayudar al Custodio.

Dio un paso alrededor de una mano y bajó la espada con fuerza, perforando la punta del cráneo y el ferrocreto. Lo arrancó y se golpeó la cabeza para asegurarse. Incluso entonces el cuerpo tembló por varios segundos más, las garras rastrillando la tierra. Cuando finalmente cayó de costado, Amon vio que las garras no habían sido al azar, sino que habían grabado un símbolo diabólico en el suelo, la inscripción superficial llena de fluido corporal.

Amon no sabía qué hacer a continuación. Varios de la congregación ya habían huido, otros comenzaban a correr. ¿Estaban contaminados?

¿Necesitaba cazar a cada uno de ellos? Otros estaban claramente conmocionados, ignorantes de su parte en la manifestación.

Dio un paso rápido hacia el altar. El aquila brillaba con una capa de hielo.

“¡Nadie se vaya!”, Bramó, retirando su capucha. “Soy el custodio Amon Tauromachian, y por la autoridad del emperador todos ustedes están arrestados”.

Ninguna de las congregaciones restantes intentó irse, asombrada por la presencia del Custodio revelada en medio de ellos. Amon golpeó el aquila con el pomo del gladius, tirándolo del altar, antes de regresar al cadáver. Todo se había derretido en un charco, como una mancha de aceite en el polvo y la mugre. Incluso cuando activó su voz para pedir ayuda, sus pensamientos se volvieron hacia su compañero en la investigación.

Keeler no podría discutir este evento con tanta facilidad.

El problema de Keeler

Plan de Kroeger

Phosphex

Zona del Muro Exultante, doce días desde el asalto

“¿Cómo es posible que no veas la amenaza que representa este culto?” Amon rara vez alzaba la voz fuera de la batalla, pero sus palabras le sonaban desde el techo abovedado del pasillo, la última palabra resonaba amenazadoramente.

Keeler abrió la boca para responder, pero la mano alzada de Malcador la calmó.

“Es en ese momento que este debate se convierte, Custodio”, dijo el Regente.

Se movieron en rápida procesión a lo largo de un pasaje interno del Muro Supremo: el decreto de Dorn era que solo hablaban mientras él se movía entre otros compromisos que requerían su atención. El trueno de los impactos y el contraataque de las torres fue una vibración constante en las paredes y el piso. El ruido metálico de los polipastos de revistas que levantaban los proyectiles hacia los macro cañones y el sonido de los pies con botas resonaban en los pasillos laterales y las cámaras del bastión.

Las pisadas por delante delataban la presencia de cuatro escuadrones de los Puños Imperiales que despejaban el camino hacia el destino del pretoriano, un cordón móvil de templarios del mando de Segismundo. Su presencia aseguraba que el cónclave improvisado no fuera escuchado.

Además de Malcador y Dorn, la reunión incluyó al Primer Capitán Segismundo y Constantin Valdor. Estos gigantes se vieron obligados a caminar lentamente para que Malcador pudiera seguir el ritmo, su personal golpeando el suelo de ferrocreto desnudo. Keeler estuvo acompañado por Kyril Sindermann, quien ahora habló por primera vez.

“Aceptar eso es reconocer que Lady Keeler representa una amenaza para el Emperador”, dijo el ex iterador. Alisó un pliegue en su túnica con manos

precisas y delicadas. “Y mis propias creencias, aunque son sustancialmente menos importantes en este momento”.

“Capitán general, sé lo que ocurrió en el hospital”, dijo Amon. “Junto con la evidencia de los cuarteles de cuarentena, es obvio que existe un vínculo entre los ritos de la Lectitio Divinitatus y la actividad demoníaca”.

“¿Y qué propones?”, Dijo Malcador. Se aclaró la garganta del polvo que flotaba a través de los rayos de luz. ‘No estoy seguro de que una purga de los teístas sea productiva, incluso si es posible. El asedio está demasiado preparado para correr el riesgo de un inmenso resentimiento entre una franja significativa de nuestros soldados “.

“No se trata de enjuiciar una ley, sino de garantizar el santuario del Palacio Imperial”, dijo Valdor. Su armadura zumbó cuando se volvió para mirar al Regente. “La batalla se desata en muchos niveles, ya lo sabes”.

“No puedo perdonar a ningún guerrero”, dijo Dorn sin rodeos. Parecía agravado por ser atacado fuera del estrado, pero su presencia era esencial. Amon había esperado que el pretoriano fuera un aliado incondicional, pero aparentemente necesitaba más persuasión. ‘No puedo decirte cómo le va a la guerra de espíritus, pero el conflicto físico se mantiene en equilibrio. El enemigo tiene el control de la mitad de los niveles básicos del puerto espacial de Lion’s Gate, y casi una cantidad similar de territorio en la aguja superior. Una fuerza de tamaño desconocido apunta a objetivos en Sky City, pero el comandante Rann no puede ahorrar la potencia de fuego para erradicarlos sin debilitar la defensa de los puentes de transporte. He reunido un golpe de refuerzo que el Capitán Sigismund llevará dentro de una hora, pero eso me deja sin reservas. Todas las legiones están estiradas “.

“Dado su reciente encuentro con el demonio Samus a bordo de la Falange, recordemos ese recordatorio oportuno de los peligros que representa el Nunca Nacido”, dijo Amon, moviendo su mirada hacia Keeler. “No pasemos por alto la conexión de ese incidente con usted, a través de la figura de Mersadie Oliton”.

“Sé poco de lo que sucedió”, respondió Keeler, mirando de Amon a Malcador. “En cualquier caso, Mersadie y yo nos separamos hace mucho

tiempo”.

“Escucho acusaciones pero no propuestas sólidas”, dijo Malcador nuevamente, sacudiendo la cabeza. Og Rogal es correcto, no podemos librar a los guerreros de las paredes para patrullar el Palacio Interior. Tal diversión puede ser la única intención de estas manifestaciones “.

“Debemos confiar en el Emperador para protegernos”, dijo Keeler. ‘Fui testigo de su poder, lo juro. Es por su voluntad que los nunca nacidos se mantienen a raya. La adoración de la Lectitio Divinitatus solo fortalecerá ese poder “.

“Eso es cierto, hasta cierto punto”, admitió Malcador. Ward Es la sala de telaethesic que nos protege de la intrusión demoníaca. El Emperador está bajo asalto constante, quizás no sea sorprendente que la fuga extraña esté ocurriendo ahora “.

“¿Está el Emperador en peligro?”, Exigió Valdor. “¿Qué pasa con la seguridad de la mazmorra imperial?”

‘El emperador siempre está en peligro, Constantin. Es la naturaleza de ser el adversario de los Cuatro Poderes vivir con su enemistad. ¿Pero está físicamente amenazado por esto? Yo creo que no.’

“¿Qué pasa con la Hermandad Silenciosa?”, Preguntó Keeler. “¿No deberían tener un representante aquí?”

“Las Hermanas del Silencio están tan estiradas por estos ataques como todas nuestras otras fuerzas”, le dijo Dorn. ‘Habiendo sido forzados a abandonar sus instalaciones lunares, carecen del apoyo que normalmente tendrían para llevar a cabo acciones anti-psíquicas generalizadas. Protegen los muros contra la brujería, incluso cuando el Emperador protege a Terra contra el demonio “.

“Quizás sea simplemente lo psíquico lo que deberíamos investigar”, sugirió Valdor, mirando significativamente a Keeler. “Profesas poderes que solo pueden describirse como provenientes de la urdimbre”.

“Del Emperador”, dijo ella, cruzando los brazos. “No del enemigo”.

“Una distinción que solo tú eres capaz de hacer”, dijo Amon.

“Usted ignora varios hechos pertinentes”, argumentó Sindermann, dando un paso protector junto a Keeler. “Primero, yo mismo he presenciado ritos de abjuración usando el texto sagrado”.

“¿La supuesta expulsión de un demonio a bordo del Vengeful Spirit?” Malcador se rascó la barbilla. “¿No fue esa conjuración precipitada por tu propia mano?”

“Por error”, dijo Sindermann apresuradamente, “a través de un libro maldito”. De todos modos, fue el poder del Emperador lo que permitió a Lady Keeler disipar al Nunca Nacido “.

“Sentí un verdadero poder con los Portadores de Luz”, dijo Keeler. ‘Poder que podríamos aprovechar. ¿Por qué el Emperador debería protegernos a Su costa sin que nosotros demos algo? Nuestras oraciones pueden usarse como armas contra los impíos, tan seguramente como los rayos y las explosiones láser son los enemigos de los mortales “.

“Dejemos eso de lado por un momento, para que no nos desviemos”, dijo Malcador rápidamente. Miró a Sindermann. “¿Dijiste” en primer lugar “, indicando que tienes otras razones por las que no debemos sospechar de Keeler en este asunto?”

‘La primera aparición tuvo lugar cuando estaba encerrada. El segundo cuando ella estaba en otra parte. La única manifestación que tenemos cuando Lady Keeler estuvo realmente presente parece ser completamente benigna “.

“¿Es posible tal cosa?”, Preguntó Sigismund, rompiendo su silencio. El templario lo siguió un poco aparte del grupo y Amon casi lo había olvidado. “¿Es posible canalizar la esencia del Emperador de tal manera?”

Amon notó el ceño fruncido de Dorn, como molesto por la contribución del Primer Capitán.

“No nos permitiremos especulaciones supersticiosas”, gruñó el primarca.

“¿Es superstición, cuando uno tiene evidencia de lo sobrenatural?”, Dijo Sindermann, recibiendo una mirada de advertencia por parte del imponente comandante. Absorbió la peor parte del disgusto de Dorn con un estremecimiento visible, incluso su larga experiencia con los primarcas no era una garantía contra la presencia intimidante de los hijos genéticos del Emperador. Continuó de manera más tenue. “Si el poder del Nunca Nacido puede ser canalizado por la brujería, ¿no puede una persona de fe actuar como foco para el poder del Emperador?”

“No sé si esta es una discusión de teología o metafísica, pero tampoco es útil para nuestro propósito”, dijo Valdor, cortando una respuesta de Malcador. ‘¿Qué se debe hacer con estos cultos? Acepto el argumento de que, por el momento, ser un culto inofensivo al Emperador puede ser bueno para la moral, y tal vez mantener las mentes en busca de un mayor poder para deambular por caminos que quedan sin explorar “.

“Inofensivo”, dijo Amon. “Hemos visto dos veces lo que pueden hacer estas ceremonias, quebrantando la sala que protege a Terra”.

“No dije que fuera inofensivo, solo que si es así, puede ser útil”, dijo Valdor a su subordinado. Bajó la mirada hacia Keeler. “¿Hay cientos de grupos practicando tu fe alrededor del Palacio Imperial?”

“Al menos”, respondió ella. “Por más tiempo que el sitio ha estado en su lugar”.

“Entonces me parece que hay más conexión con los esfuerzos de la Guardia de la Muerte que los cultos en sí mismos”. Valdor se detuvo y el grupo se detuvo con él en el cruce del corredor principal y un pasaje lateral que conducía de regreso a la región del Palacio Interior. . ‘La zona de cuarentena y el hospital son el denominador común, más que el culto. Amon, concentra tus esfuerzos en otros pozos de miseria, ya que cualquier actividad de la Lectitio Divinitatus en esos lugares conlleva un mayor riesgo de corrupción “.

“¿Qué pasa con los Portadores de Luz?”, Preguntó Amon.

“Keeler continuará asistiendo y monitoreando sus reuniones”, dijo Malcador.

“Informaré cualquier inconveniente tan pronto como ocurra”, dijo Keeler.

Amon sacudió la cabeza. “Encuentro esa poca seguridad, dada la barra que se ha establecido para juzgar lo que es desagradable”.

“Necesitaremos confiar el uno en el otro por un tiempo más”, intervino Malcador, interponiéndose entre el Custodio y Keeler. Su inquebrantable mirada se encontró con la de Amon. “¿Tomarás mi seguridad?”

Amon vaciló. Solo había un ser en el que confiaba plenamente, pero al depositar su confianza en el Emperador tuvo que someterse a la decisión de su maestro de nombrar a Malcador como Su Regente, con toda la autoridad que eso implicaba. Miró a Valdor y recibió un sutil asentimiento en respuesta.

“Muy bien, Lord Regent”. Amon levantó un puño hacia su peto. “Investigaré el aspecto de la plaga del ataque y dejaré a los Portadores de la Luz a tu designado”.

“Mis oficiales pueden proporcionarle datos sobre hospitales de campaña, zonas de peste, ataques de la Guardia de la Muerte”. Dorn hizo un gesto a lo largo del pasillo lateral. “Le indicaré a Bhab Bastion que esté listo para responder a sus solicitudes de inmediato”.

“Gracias, señor pretoriano”, dijo Valdor.

“Volveré al Sanctum Imperialis contigo”, dijo Malcador, caminando tras los dos Custodios. “Estoy seguro de que Lord Dorn preferiría no tener más distracciones de sus deberes en la pared”.

Puerto espacial de Lion’s Gate, mesophex mantlezone,

doce días desde el asalto

Los talleres que alguna vez resonaron al ritmo de martillos y silbidos de forjas ahora sonaron con el estallido de bólter y el gruñido de plasma. Las

líneas de mantenimiento se convirtieron en baluartes en poder de los Puños Imperiales, su brillante armadura manchada de grasa y hollín, la llamarada de los pernos brillantes pinchazos en la penumbra de los pasillos masivos. Las vigas de cañón láser y los misiles detonantes proyectan sombras de esqueletos de tractores y cadáveres de transportistas.

Los Hijos de Horus empujaron de un taller cavernoso al siguiente, empujando profundamente en el territorio reclamado por la contraofensiva. Al frente de ellos, Abaddon y su Justaerin formaron la punta de la lanza, como habían estado en tantas batallas antes. El primer capitán instó a sus guerreros con el ejemplo, sumergiéndose en cada nuevo tiroteo sin ceder. Bolter, espada y puño hicieron estragos en el enemigo, mientras que a su lado las brujerías de Layak separaron su armadura y embrujaron sus armas. Ardiendo los combos, los Terminator lo siguieron, dejando a un lado a los que sobrevivieron a la ira de su líder.

La mayor parte de un torno automático ofreció un respiro de unos segundos, lo que le dio a Abaddon la oportunidad de evaluar la situación más amplia. Emitiendo órdenes para enviar una compañía a los niveles superiores de las casas de reparación, revisó el sensorium de su placa de guerra. Llegaban más enemigos desde un conducto de viaje que corría a lo largo del lado más alejado de la instalación, las columnas de calor de cinco vehículos se acercaban a gran velocidad.

“¿Por qué haces una pausa ahora?”, Preguntó Layak, sus esclavos de la espada atravesando al enemigo caído, hundiendo las extremidades de la espada en cada uno. “Tienes el impulso”.

Abaddon lo miró durante varios segundos, sin saber si respondería o no. No era asunto del hechicero lo que pretendía. Le indicó a Haork que trajera el auspex. El legionario se lanzó a través de una ráfaga repentina de cerrojos de los Puños Imperiales cuando salió de la cubierta de un cargador de carga medio desmantelado que parecía un escarabajo disecado gigante.

‘Hace solo unos días lamentabas que los Guerreros de Hierro se arriesgaran al fracaso por su incapacidad para tomar las puentes. Ahora pasas a tus guerreros limpiando cobertizos de mantenimiento y terminales de tránsito “.

Al comprobar los esquemas, el Primer Capitán vio que solo había una forma de avanzar sin estar expuesto: directamente a través de la línea de los Puños Imperiales. Quien comandaba las fuerzas locales había elegido los talleres como un punto de estrangulamiento, fácilmente apoyado desde la circunvalación interna. Si los Hijos de Horus pudieran abrirse paso, girarían el flanco de una línea de defensa de cinco kilómetros de largo que protege los accesos superiores de los puentes aéreos.

“Cuando llega el momento de apoderarse de su premio, no pueden dudar”, continuó Layak, ajeno a la apatía de Abaddon.

“He cambiado de opinión”, le dijo Abaddon. Sus sentidos automáticos captaron el ruido de los tanques. “Una vista más larga”.

Rodeó el extremo del torno automático y observó su combi-bolter. Espiando el destello amarillo detrás de una pila de engranajes y otras piezas de repuesto, abrió fuego. La descarga surgió del montón, llenando el aire con una nube de metralla. Tomando su iniciativa, dos escuadrones de Justaerin lanzaron fuego en la misma posición, rondas incendiarias mezcladas con los rayos regulares para prender fuego a la pila de metal.

“Perturabo quiere apoderarse del puerto espacial para traer Titanes para Horus”, explicó Abaddon mientras avanzaba detrás de la cortina de fuego, su propia arma añadía media docena más de rondas al fusil. ‘No ha caído lo suficientemente rápido, por lo que es mejor usar esta batalla para atraer a tantos defensores como sea posible. Cada puño imperial que muere aquí es uno menos para defender el muro “.

Layak apareció a su lado, la energía negra saltó de su bastón. El rayo hechicero envolvió a un escuadrón enemigo que retrocedía del ataque Terminator, saltando de un marine espacial al siguiente. A su vez, se estrellaron contra el suelo, el vapor ensangrentado se enroscó en las lentes rotas y las articulaciones de las armaduras rotas.

“El tiempo es nuestro enemigo, lo sabes”. El portador de la palabra empujó su bastón hacia adelante y sus esclavos de asalto irrumpieron hacia adelante, las detonaciones de los rayos enemigos a través de su piel de media armadura no disuadieron. Saltando la siguiente línea de bancos de

trabajo, se lanzaron sobre los Puños Imperiales más allá. Abaddon corrió tras ellos, explotando la brecha en el fuego enemigo creado por el asalto repentino.

“La amenaza de Guilliman puede estar sobrevalorada”, gruñó.

“La llegada de Guilliman, el León y Russ no es el único factor”, advirtió Layak. ‘Has visto el costo pagado por tu maestro para canalizar la energía de los Dioses Verdaderos. Cada día que debe contener su poder está un día más cerca de su ruina “.

Abaddon aplastó un banco fuera del camino con su puño de poder, volteándolo hacia los guerreros blindados más allá. Él siguió con un estallido de fuego que derribó a dos hijos de Dorn.

El rugido de los motores de los vehículos sacudió el taller, copos de óxido cayendo a ambos lados de las altas vigas. El enfoque de Abaddon estaba en los enemigos a su izquierda y derecha mientras sujetaba su bólter a su armadura y desenvainaba su espada, deteniendo la espada de un sargento de los Puños Imperiales. Su puño se cerró sobre el brazo del legionario, aplastando la armadura, la carne y el hueso hasta una pulpa de sangre y ceramita rota.

El trueno de los bólter pesados y los cañones automáticos atravesó el estruendo de la escalada cuerpo a cuerpo, seguido por el estallido de la placa de guerra. La voz se mantuvo extrañamente silenciosa durante unos segundos. Abaddon desvió un hacha de embarque con su guante y cortó su espada en el portador, separando a sus enemigos para echar un vistazo al escuadrón blindado que se detenía más allá de la puerta principal.

Vio una armadura de metal oscuro rota por franjas rojas y negras, sus cascos adornados con garabatos dedicados a Perturabo y Horus. Cráneos y piezas de armadura colgaban como golpes de pilas de escape y cartuchos de armas.

Guerreros de hierro.

De un par de Land Raiders surgieron dos escuadrones de legionarios vestidos de hierro, justo cuando los transportes y su escolta de Depredadores abrieron fuego nuevamente. Explosiones de cañón láser y proyectiles explosivos se introdujeron en los puños imperiales rodeados, destrozando placas de guerra y cuerpos geniales.

"¡Mantén la posición!", Gritó Abaddon a sus guerreros, preocupado de que cargaran hacia el fuego de sus aliados. "Marque sus objetivos".

Aumentando la furia del ataque, los Guerreros de Hierro avanzaron y llegaron más escuadrones detrás de ellos en una ola de rinocerontes. En medio de ellos, un oficial con placa de Cataphractii de estilo antiguo, armadura cubierta con huellas de manos ensangrentadas como librea espeluznante.

"Warsmith Kroeger", dijo Layak. "Ven a dar la bienvenida a las manos derecha e izquierda de Horus".

Un nudo de varias docenas de Puños Imperiales intentó escapar, alejándose de los legionarios recién llegados para buscar escapar a través de los Hijos de Horus. Abaddon envió su Justaerin con una palabra y un gesto, su atención se centró en el comandante de los Guerreros de Hierro.

Kroeger usó un puño crujiente en grandes barridos, rompiendo yelmos y plastrones sin ningún pensamiento de defensa. Avanzó sin pausa, pisando sobre los muertos de ambos lados, las botas remachadas con clavos quebraban la ceramita bajo su peso.

Abaddon enfundó su espada y tomó su bólter una vez más, girando para disparar el resto de la revista cargada hacia los puños imperiales que se retiraban. Le pasó el arma a uno de sus compañeros para que la volviera a cargar cuando se encontró cara a cara con Kroeger. Los hombros del Guerrero de Hierro se agitaron como si estuviera jadeando, algo primitivo en su postura encorvada. Su máscara manchada de sangre miró a Abaddon, con los ojos ocultos detrás de las lentes rojas.

"Capitán Abaddon", gruñó Kroeger, levantando el puño en señal de saludo.

“Warsmith Kroeger”. Abaddon se tocó la frente con un dedo. “No te esperaba”.

‘Te he estado buscando. Entró en una columna voladora de Dorn-scum y se preguntó a dónde iban. Vi que estaba ocurriendo una pelea donde estaba una de mis compañías, así que los saqué por el camino y vine aquí para ver cuál era el alboroto. Kroeger respiró temblorosamente. ‘Aquí estás. No he tenido noticias de tu comando de la Legión desde que capturaste a los sensorios superiores “.

“Soy el comando de los Hijos de Horus”, dijo Abaddon deliberadamente. “Elijo nuestros objetivos y la forma en que los alcanzaremos”.

“No estoy aquí para decirte lo contrario”, dijo Kroeger. ‘¡Eres Ezekyle Abaddon, uno de nuestros mejores comandantes! Pero si te encuentras con ganas de hacer algo, creo que podemos detener este contraataque dentro del día “.

“¿Cómo planeas hacer eso?”, Preguntó Abaddon.

‘Una fuerza imparable, Capitán Abaddon. Mi guardia Dodakathik se llevará la peor parte de la lucha. Guerreros endurecidos, inquebrantables. Dreadnoughts, autómatas, armas de apoyo móvil. Khârn y su Blooded se unen a mí “.

“Un filo agudo para cortar el pantano”, dijo Layak, el tono revelaba su gusto por la idea.

“Debes ser el Apóstol Carmesí, el invocador de demonios del Señor de la Guerra”.

Abaddon sintió una punzada de diversión ante el insignificante título, pero Layak se detuvo.

“Soy el ayudante espiritual de Horus Lupercal, profeta de los Dioses Oscuros, Señor de los Misterios”.

“¿Ya rompiste el escudo psíquico del Emperador?”

‘El proceso está en curso. Uno no perfora a– ’

“Pensé que no”, dijo Kroeger, volviendo a Abaddon. El teniente de Horus se sintió atraído por la brusquedad del guerrero de guerra, por lo que no concuerda con la teatralidad de Layak.

“Pensé que estabas tratando de conectarte con la fuerza dentro de Sky City”, dijo Abaddon, señalando que los esclavos de la espada se habían acercado a Layak, tal vez en un intento de intimidar a Kroeger. “¿Qué pasa con el guerrero atrapado detrás de las líneas?”

“Los planes cambian”, dijo Kroeger encogiéndose de hombros. ‘No he tenido noticias de Forrix en días. Probablemente muerto “.

“¿Abandonarías a uno de los Trident?”, Dijo Layak. “¿Uno enviado por sus propias órdenes?”

‘No pienses que Forrix se lo pensaría un segundo, hablador de distorsiones. Tenía una oportunidad de pelear, que es más de lo que daría a aquellos de quienes quería deshacerse. Kroeger dirigió su mirada hacia Abaddon. ‘Piénsalo. Tú, yo, Khârn of the World Eaters … Solo deja que intenten detenernos “.

Abaddon lo estaba pensando con mucho cuidado. En una guerra de dioses y semidioses, las legiones tenían la oportunidad de demostrar que su fuerza no había disminuido. A pesar de que su padre genético obtuvo una fuerza cada vez mayor de sus mecenas inmateriales, sería prudente recordarle el poder mortal que aún está a sus órdenes.

Aún quedaba mucho por hacer con un bólter y una espada, y un legionario detrás de ellos.

Puerto espacial Lion’s Gate, núcleo stratophex,

doce días desde el asalto

“¡Phosphex!”

La llamada resonó por el pasillo y cruzó el vox, solo unos segundos antes de un cruce treinta metros por delante de Forrix se iluminó con luz amarilla. Pensó que su cuerpo diseñado ya había sido llevado al límite, pero esa sola palabra hizo que sus corazones se aceleraran, su armadura bombeaba las últimas gotas de estimulante en su cuerpo.

Los escuadrones más cercanos al ataque no tenían ninguna posibilidad. El aire a su alrededor se encendió, una nube de fuego arrastrándose a través de la nada para engullir sus formas blindadas. Sus chillidos, ruidos que ningún legionario debería producir, fueron afortunadamente breves. Las siluetas de figuras en disminución bailaban en la imagen posterior mientras Forrix intentaba alejar el resplandor del fosfex, habiéndose visto obligado a descartar su yelmo dañado el día anterior. Incluso a esta distancia, sintió la punzada del calor imposible en los primeros momentos y se dio la vuelta para correr incluso cuando gritó la orden de retirarse.

Los marines espaciales no entraron en pánico, pero la retirada de las llamas vivientes fue apresurada y desordenada. Serpientes zarcillos de fuego corrieron a lo largo del techo alto, alcanzando a los corredores más lentos, las gotas lloviendo sobre sus timones y calderos. El fosfex hizo combustible de lo que sea que aterrizó, y lo devoró con toda la rapacidad de un glotón hambriento. Un legionario completamente blindado se redujo a cenizas en menos de siete segundos, y una vez que comenzaron a arder, no había nada que lo detuviera.

“¡Bastardos de Dorn!”, Juró Uhaz. “¡Quemando su propia ciudad!”

Era una táctica terrible pero efectiva, y Forrix estaba impresionado a regañadientes de que los comandantes de la VII Legión tenían el estómago para tal movimiento. A menos que, y no expresara este pensamiento a nadie, el fosfex había venido del bombardeo de los Guerreros de Hierro. Era posible que parte del bombardeo desatado el primer día todavía se arrastrara por el puerto espacial como un asesino en masa en llamas en busca de nuevas víctimas, incluso catorce días después.

Tres legionarios más se agitaron por última vez cuando el fosfex los siguió, arrastrándose de sus botas para tragarse las piernas primero, las rondas en

sus bólters se rompieron cuando detonaron, rociando motas de metal que se convirtieron en niebla en el calor de las llamas.

Once días

Forrix llegó a un hueco de la escalera y se metió en él, subiéndose los escalones con los demás. La distancia era el único salvador.

Once días desde que se habían reunido, esperando refuerzos después de dos días. Ciertamente habían probado a los defensores. Los Puños Imperiales habían dejado de enviar a sus aliados después de ocho días, tal vez divagando ante las inmensas bajas infligidas por los guerreros de la IV Legión. Fue la pelea ideal, en cierto modo, para un Guerrero de Hierro. Luchando obstinadamente por sus propios méritos. No hay una estrategia más amplia. Sin objetivos vagos o preocupaciones colaterales.

Contratar

Matar.

Sobrevivir.

Forrix continuó más allá del siguiente rellano, viendo a través de un conjunto de puertas abiertas que el nivel de arriba ya parpadeaba con una misteriosa luz de fosfex.

“Reagruparse a setenta y cinco metros de altura”, expresó a todos a su alcance. Transmitió al canal de comando mientras corría, tragando respiraciones que sabían a carne chamuscada y armadura fundida de sus hermanos. Al mirar por el hueco de la escalera, vio que el fosfex se arrastraba hacia los escalones. ‘Gharal! ¿Cuál es su posición con respecto al hueco de la escalera oriental en el sector seis designado? “

No hubo respuesta. Lo intentó de nuevo, preguntándose si era su mal funcionamiento de voz o un problema con la recepción de Gharal.

‘Comprometido por Dreadnoughts y armadura de poder de calibre pesado. Cataphractii y otros escuadrones “.

“Hay un arrastre de fosfex desde el nivel ochenta hasta el ochenta y tres”.

‘Entendido. ¿Ha llegado a las bahías de mantenimiento por las que nos mudamos anoche? “

‘No lo creo. Parece que se mueve verticalmente más que horizontalmente, quemándose a través de la cubierta de plasteel por aquí “.

Lead Entonces conduciré a la infantería pesada hacia ella. Veamos la suciedad de Dorn huyendo de las cosas para variar “.

Gharal se rio y el enlace se cortó.

Forrix llegó a la cima de la escalera en espiral y se dejó caer contra la pared. Todos los músculos ardían de fatiga, incluso con la ayuda de su placa de

guerra. Esperó mientras decenas de Guerreros de Hierro pasaban apresuradamente, la mayoría de ellos luciendo armaduras rotas y remendadas, vestidas con elementos amarillos robados de sus enemigos, quemados y marcados y acribillados con cráteres por impactos de bólter. Otros sufrieron heridas más graves, falta de manos y brazos, sus cráneos expuestos o las mejillas perforadas por un disparo.

Aquellos sin timón encontraron su mirada, y todo lo que vio en ellos fue determinación. Este era el hierro en su sangre, el metal del espíritu. La retirada disminuyó a un ritmo más constante, convirtiéndose en una marcha. Comenzó un canto, las palabras emitidas al ritmo de pisadas blindadas.

‘Del hierro viene la fuerza. De la fuerza viene la voluntad. De la voluntad viene la fe. De la fe viene el honor. Del honor viene el hierro “.

Nunca había visto Forrix a sus guerreros tan desanimados y formidables. Cuanto más tiempo fueron golpeados sobre el yunque de la batalla, más difíciles se volvieron.

Pero no sería suficiente. Forrix había estado siguiendo sus pérdidas y movimientos, y estaban siendo acorralados, acorralados por los Puños Imperiales. Contenido. Ese no fue el acto de un enemigo preocupado por el asalto desde más lejos. Algo principal debe haber sucedido en el asalto principal, dejando a la fuerza de Forrix como la única formación de Guerreros de Hierro que funciona. Y se estaba quedando sin espacio para luchar. Una vez que estuvieron acorralados, todo terminó.

Era un testimonio de su carácter que habían durado tanto tiempo, pero no podían prevalecer indefinidamente. Quizás dos días más como máximo. Eso es todo lo que les quedaba.

Necesitaba un mejor plan.

Himalazia, treinta días antes del asalto

Escucharon motores mucho antes de ver los tanques. El estruendo de decenas de vehículos reverberó a lo largo del valle, siguiendo el curso de la carretera a medida que avanzaba hacia los picos más altos.

‘¡Fuera del camino! ¡Fuera de la carretera! “El bramido hizo eco de los oficiales y oficiales de integridad, sargentos y soldados por igual.

Con el resto del pelotón, Zenobi rompió a la izquierda, cuesta arriba de la montaña. Había muy poca cobertura: rocas y afloramientos. No había árboles, sino miles de tocones hasta las rodillas, cada centímetro cuadrado de bosque había sido despojado de materiales para reforzar el Palacio Imperial. Se agacharon lo mejor que pudieron, columnas blancas siguiéndolos mientras caminaban por la nieve.

El gruñido se hizo cada vez más fuerte, hasta rivalizar con el ruido sordo y constante de la línea de producción. Los engranajes resonaron, el metal crujió, agregando voces mecánicas al continuo gemido de fondo de los vientos del Himalaya.

Acostarse en la nieve hizo poca diferencia para Zenobi. Hacía mucho tiempo que había perdido cualquier sensación real en sus piernas. Sus pies eran un latido constante y dolorido dentro de sus botas, y sus manos, incluso dentro de tres guantes, apenas se flexionaron. Se quitó los guantes para usar las yemas de sus dedos para limpiar el hielo del guarda gatillo de su pistola láser.

Empujó el perno de armado, pero no pasó nada: no se activó la vibración de la celda de energía, no hubo luces indicadoras que cambiaron de rojo a ámbar a verde.

“Las células de poder están congeladas”, susurró, volviendo la cabeza hacia el sargento Attah a su izquierda.

En respuesta, la sargento sacó su propia pistola láser y respiró repetidamente sobre el cuerpo principal. Después de aproximadamente un minuto de esto, una luz parpadeante iluminó la cara del sargento desde abajo.

Zenobi asintió y copió a Attah, sosteniendo la pistola láser cerca de su boca para maximizar el calor corporal que la alcanzaba. Ella probó el perno de activación cada vez, y después de la cuarta exhalación brumosa, las luces

brillaron en la vida de jade. Si sería suficiente para mantener una carga después de un disparo era otro asunto.

“No es que sean muy buenos contra los tanques”, murmuró Kettai. La estructura del escuadrón había sido abandonada en la marcha; todos se movieron a su propio ritmo lo mejor que pudieron. Varias docenas más de soldados se habían perdido en el tiempo desde que se encontraron con la batalla congelada, ¿seis días? ¿Siete días? ¿Más?

Ella se movió, una raíz cavando en su muslo. El sonido de los motores cambió, volviéndose más fuerte pero también más difuso a medida que la fuente se acercaba. En lugar de reverberar por el valle como un solo ruido, pensó que podía recoger vehículos individuales y el ruido de las pistas en la carretera.

Le sonaba familiar.

Formas voluminosas se alzaban entre las ráfagas de nieve, y el viento traía el distintivo sabor del escape de combustible. El sonido constante de clank-clank-clank se hizo aún más fuerte a medida que se acercaban. El gruñido de los engranajes y el chirrido de una torreta que giraba sobre su anillo marcaban el ruido. Había docenas, tal vez decenas de tanques conduciendo lentamente por el camino, la parte posterior de la columna perdida en la distancia y la nieve.

Teniendo en cuenta el hecho de que estaban al aire libre en lugar de una cámara de prueba cavernosa, el sonido la llevó de regreso a los tiempos en que se había deslizado en el hangar de armado al final de la línea, donde los tanques completamente ensamblados fueron expulsados del planta de producción. Ella no era la única que pensaba eso. Había exclamaciones a su alrededor.

“¡Estos son nuestros tanques!”, Dijo Menber.

Banderines verdes volaban desde las antenas de látigo, dobladas hacia adelante por el viento predominante. Cada pocos tanques había uno que llevaba la bandera de un comandante de escuadrón. Estos eran estándares

grandes y cuadrados decorados con los laureles del Ejército Imperial que rodeaban dos cuchillas curvas cruzadas.

“Conozco esa bandera”, dijo Kettai, poniéndose de rodillas. “Eso es de Bakk-Makkah, una de las ciudades a las que enviamos nuestros tanques”.

A lo largo de la línea, soldados y oficiales salían de los bancos de nieve, sus gritos casi perdidos en la cacofonía de los motores. Agitaron sus manos para atraer la atención de las tripulaciones.

Alguien al mando debe haberlos visto. Uno por uno, los tanques se detuvieron, las torretas y los cañones esponjosos que afectaban a la infantería que se aproximaba.

Menber ayudó a Zenobi a levantarse, mientras acunaba su pistola láser debajo de su brazo y sacaba el poste estándar de una deriva blanca. Flanqueada por su primo y Kettai, se dirigió hacia la carretera, usando la pancarta como un bastón para negociar las partes que casi le llegaban a la cintura.

Había un tanque casi directamente opuesto a su posición, una brecha de diez metros entre él y sus vecinos. Un bólter pesado en el sponson más cercano fue entrenado sobre ellos, al igual que el cañón de batalla masivo en la torreta. El vapor salía de las rejillas de ventilación del motor y el gris deslizaba la ventisca desde las pilas de escape en la parte trasera. El hielo derretido dejó rayas en el casco sucio, revelando un esquema de camuflaje gris que hizo reír a Zenobi.

“Podría haber pintado eso”, dijo, su trabajo principal había sido con la brocha rociadora justo antes del final de la línea. Su familia era, había sido, se recordó a sí misma, instaladores y finalistas por oficio.

La escotilla sobre la torreta se abrió y un hombre joven, no más de veintiuno o veintiuno, pensó Zenobi, se levantó con cautela desde el interior. Tenía una pistola láser en la mano, su rostro escondido detrás de unas amplias gafas sobre la gorra de un petrolero. Su boca y nariz estaban envueltas en una bufanda tejida de rojo brillante, verde esmeralda y azul

oscuro. Lo que podía ver de su piel era más claro que el de ella, aunque también podría haber sido cubierto de mugre.

Se subió las gafas, entrecerrando los ojos contra el viento.

"Quédate donde estás, no te acerques". El emisor del tanque no ocultaba su acento recortado. Levantó la pistola láser como si la amenaza del cañón de batalla y el bólter pesado no fueran suficientes.

"Somos de Addaba", gritó Kettai. "¡Hicimos tus tanques!"

"Mantente atrás", advirtió el comandante. Hicieron lo que dijo, deteniéndose a unos veinte metros del muro bajo que bordeaba el camino. "Abriremos fuego si te acercas".

El mensaje fue el mismo en toda la columna, de modo que el Cuerpo Libre de Addaba formó una línea casi continua de tres y cuatro de profundidad. Los comandantes de pelotón les dijeron a sus subordinados que permanecieran en su lugar y les aseguraron que el Capitán General Egwu se estaba comunicando con el líder del regimiento blindado.

"¿Eres de Bakk-Makkah?", Gritó Menber. "¿Cuánto tiempo llevas conduciendo?"

"Catorce días, incluidas las paradas de reabastecimiento", el comandante volvió a llamar por el transmisor. "¿De dónde dijiste que vienes?"

"Addaba", le dijo Menber.

El comandante se puso rígido de sorpresa.

"¿Has caminado cinco mil kilómetros?"

Hubo risas de los soldados del Cuerpo Libre.

"Me gusta, pero no", explicó Menber. 'Teníamos un tren pero fue atacado. He estado caminando los últimos quinientos kilómetros más o menos. ¿Sabes cuán lejos nos queda?

El comandante del tanque se inclinó hacia delante, apoyó el brazo en el techo de la torreta y sostuvo la pistola láser de forma más informal.

“Alrededor de otros trescientos kilómetros hasta llegar a las llanuras catabáticas”. Señaló hacia el este, hacia la aurora turbulenta del ataque continuo. “El camino va bastante recto desde aquí, pero eso es al menos otros quince días a pie en estas condiciones”.

“Y más”, dijo Menber. “Todos están exhaustos”.

“¿Alguna posibilidad de un aventón?”, Gritó Kettai.

‘Eso es lo que estoy esperando escuchar del general Mushezibti. Yo diría que sí, pero no depende de mí “.

Se quedaron en silencio mientras esperaban el veredicto de la consulta entre sus comandantes. Una figura se acercó a lo largo de la línea, un brazo en una honda. Era Tesfaye, el oficial de integridad asignado al pelotón, el que Zenobi había dejado de asesinar a Tewedros. Okoye y algunos sargentos se acercaron a él en busca de noticias.

El oficial de integridad continuó a lo largo de la línea, mirando a los soldados. Lanzó su voz para ser escuchado por encima del viento, pero no tanto como para llevar a los motores en vacío de los tanques. Se repitió cada docena de pasos, hablando a los soldados en grupos.

“Recuerda mantener la lengua quieta”, dijo Tesfaye cuando se encontró con Zenobi y los demás cercanos. ‘Cualquiera de estos Bakk-Makkahi podría relacionar cualquier cosa que digamos con aquellos que nos verían frustrados. En el mejor de los casos, son aliados temporales, no te familiarices demasiado “.

Tesfaye continuó, sus palabras perdidas en la tormenta de nieve, y pronto él también.

“Supongo que eso significa que vamos a ser transportados”, dijo Kettai.

Su suposición se demostró correcta unos minutos más tarde. Los gritos se movieron a lo largo de la línea desde el frente, pero antes de que llegaran a los sobrevivientes del pelotón Epsilon, el comandante del tanque estaba en el transmisor.

‘Buenas noticias, mis nuevos amigos. ¡Subir a bordo!’

Se abrió una de las escotillas de artilleros y salió un miembro de la tripulación, guiándolos hacia donde podían sentarse con seguridad en las faldas de las vías, evitando la rejilla del motor caliente y los escapes.

La mayoría de ellos estaban acostumbrados a trepar por las bestias gigantes de metal, y probablemente conocían mejor su camino que los que estaban dentro, encontrando asideros y espacios entre el equipaje y los enlaces de pista de repuesto ya atados a lo largo de los flancos.

“Si nos atacan, te bajas al instante”, continuó el comandante mientras se levantaban y levantaban su equipo por los costados del tanque. “No quieres estar a bordo cuando entremos en batalla”.

Zenobi se encontró ayudada hasta la torreta. Vio al comandante mirándola con ojos marrones oscuros y se preguntó qué haría con la forma desaliñada y envuelta en el abrigo frente a él. Su mirada evaluadora la hizo sonreír, apreciación en sus ojos mientras permanecían en su cara pintada.

“¿Por qué me miras así?”, Preguntó.

Se bajó la bufanda para revelar sonrientes labios delgados, debajo de un generoso bigote. Zenobi encontró atractiva la forma de ellos, como lo hizo con los pómulos anchos y el resto de sus rasgos. Muy atractivo.

“Me gusta lo que veo”, dijo el comandante. Él extendió una mano y ella torpemente la estrechó. “Soy Nasha y esto”, golpeó con la mano la torreta blindada, “es Aliento de Ira”.

“Bien”, dijo Zenobi, acariciando la placa soldada. “Espero que la estés cuidando”.

‘¿Su?’

“Todo lo que hacemos en Addaba es una niña”, dijo Zenobi. Ella sonrió, sin haber pensado realmente en eso antes. “Encontramos que tienen un mejor temperamento de esa manera”.

‘¿Y usted es?’

‘Zenobi. Zenobi Adedeji “.

Sus miradas se encontraron y ella sintió de nuevo el escalofrío de la atracción. Parecía ridículo estar coqueteando con este hombre que acababa de conocer, en medio de una tormenta de nieve, camino a su primera y última batalla. Ella no pudo evitarlo; la química fue inmediata, el sentimiento mutuo.

“Eres pequeño, Zenobi Adedeji”. Se recostó en la escotilla de la torreta. ‘Creo que podría exprimirlo aquí. Si está dispuesto y permitido, por supuesto “.

Zenobi se acercó y se retiró por completo, ofreciéndole sus manos para ayudarla, fuerte alrededor de su cintura.

Casi escuchó a Menber decir algo detrás de ella y a Kettai riéndose. No importaba. Para alejarse de la nieve, el frío y el viento durante unos minutos, Zenobi habría aceptado incluso si Nasha hubiera sido un hombre feo y sin dientes.

Era solo un extra que no lo fuera.

Llama a un campeón

Complicaciones

Plaga de creencia

Zona del Muro Exultante, doce días desde el asalto

Keeler observó a los Custodios y al Regente alejarse antes de que ella se volviera hacia Dorn y Sigismund. Podía sentir la antipatía del primarca como una fuerza física, como si las olas de calor emanaran del inmenso guerrero. Él le dirigió una mirada beligerante, con el labio curvado.

“No tenemos nada más que discutir”.

Keeler luchó por encontrar su voz frente al desdén del primarca. Tragando saliva, recordó que estaba haciendo el trabajo del Emperador y se obligó a mirar al ceñudo semidiós.

“Me gustaría hablar con el Capitán Sigismund”.

Dorn se acercó, solo medio paso, pero en ese pequeño movimiento cambió de voluminoso a amenazante opresivo. Como una luna eclipsada por su planeta, el mundo de Keeler se redujo a un par de metros entre ellos, como si nada más existiera. Su mano se movió hacia el libro escondido en el bolsillo de su pecho.

‘Tus mentiras han hecho suficiente daño. No habrá más “.

Ella tembló cuando se encontró con su mirada de hierro, sabiendo que esos ojos habían visto la muerte de miles, incluso millones, y no habían mostrado la más mínima compasión. Era como si Dorn estuviera hecho de la misma piedra insensible que las fortificaciones que construyó.

‘No he mentido. ¿No es cierto que si hubiera viajado a Phall, Segismundo ahora estaría entre los miles de muertos? “

‘No es mejor que los que dieron sus vidas. Ahora se cree especial. Debilitado por su engaño, tomó la decisión del cobarde “.

Keeler dio un paso atrás, dándose espacio para respirar. Sintió la tranquilizadora presencia de Sindermann en su hombro, su mano tocando

ligeramente su brazo. Pasado Dorn, vio al Primer Capitán a pocos metros de distancia, con la cabeza vuelta hacia ellos. Ella dirigió sus siguientes palabras a él directamente.

“El Emperador te necesita, Segismundo”.

“¡No más!” Dorn apretó los puños. Keeler retrocedió con un grito ahogado, aunque ella no pensó que los golpearía con intención letal. Sus hombros se flexionaron dentro de su voluminosa armadura, los servos se quejaron mientras trataba de controlar su temperamento. ‘¿No es suficiente que me robaras a uno de mis mejores hijos? ¡No lo alejes más de su deber! “

“¡Él no es tu hijo, es el Emperador!”, Gruñó Keeler. Ella retrocedió, sorprendida por su propia vehemencia; bajó la voz y miró al guerrero en amarillo y negro. Great Los grandes enemigos que enfrentamos eligen a sus campeones y vierten todo su rencor y poder en ellos. Horus está en el pináculo, un recipiente para todo el dolor, la tragedia y la ira que el cuerpo retorcido puede deformar “.

Sus ojos volvieron a Dorn.

‘Tus hermanos, escuché que se han convertido en otra cosa, ¿no? Los dones pervertidos de sus dioses les dan habilidades más allá incluso de las que el Emperador te otorgó. No tienes la fuerza para enfrentarlos sin aceptar el poder del Emperador en tu alma “.

‘¿Alma? Guarda tus tonterías para ti mismo “.

‘Entonces, ¿qué es lo que mantiene su avance? ¿Un escudo psíquico? O el alma del Emperador, brillante y ardiente para ellos, como lo es el Astronomican para los Navegadores. “Ella hizo una súplica más a Sigismund. ‘¿Quién se enfrentará a esos campeones de los poderes oscuros? El Emperador necesita los suyos, y a través de mí ha guiado tu paso desde el desastre para pararte aquí en estas paredes para enfrentarlos “.

“No más”. La voz de Dorn era un gruñido mientras se cernía sobre Keeler. Empujó un dedo hacia Segismundo sin mirar en su dirección. “Vaya a la puerta, conserve ahora, capitán”.

Segismundo permaneció un momento, observando en silencio a Keeler, antes de darse la vuelta y continuar por el pasillo.

“Es solo el manto de Malcador lo que te mantiene alejado de tu celda merecida, Keeler”, le dijo Dorn, inclinándose para que estuvieran casi cara a cara. ‘Informe a él. Trabajar con los custodios. Si me entero de que has vuelto a hablar con alguno de mis guerreros, la protección de Malcador no te mantendrá a salvo y no será el encarcelamiento lo que te silencie “.

Se enderezó y se compuso durante varios segundos, con los ojos cerrados. Cuando los abrió, miró a Sindermann, evaluando en silencio al viejo. El primarca no dijo nada de sus conclusiones, sino que giró sobre sus talones y marchó tras Segismundo.

Keeler estaba temblando, con la mano de Sindermann sobre su brazo. Respirando hondo, se puso de pie y apartó la mano del libro que llevaba dentro del vestido. La ascensión de Segismundo a la verdad fue una de las tareas que le había encomendado el emperador. El asunto con los Portadores de Luz requería su enfoque completo.

Puerto espacial de Lion’s Gate, aproximación mesophex,

catorce días desde el asalto

¿Cuántas veces se había sentado Sigismund así, en una cápsula de desembarco o en una nave de combate o en un torpedo de abordaje, precipitándose hacia la batalla, sentado en reposo tranquilo? Sus templarios lo conocían bien y no interrumpieron su silencio, salvo por la cuenta regresiva periódica para su aterrizaje. Tres minutos.

Por lo tanto, fue extraño para Sigismund cuando el piloto, Kassar, lo contactó en el canal de comando vox.

“Primer capitán, disculpas por la interrupción, pero ha habido un desarrollo”.

“¿Qué tipo de desarrollo?”

Los escaneos de Augur muestran un agujero notable en el despliegue de los Guerreros de Hierro. Un delantal de aterrizaje detrás de su avance parece desprotegido “.

‘¿Una trampa?’

‘Improbable, primer capitán. La firma energética sugiere que una fuerza aterrizó allí en vainas de caída, pero en lugar de asegurar el sitio, presionaron hacia adelante en su totalidad, sin dejar ninguna retaguardia “.

‘¿Dónde?’

‘Cuarto muelle hacia el este, primer capitán. Lo suficientemente grande como para que toda la fuerza aterrice “.

‘Convenido. Envía un mensaje al resto de la expedición. Redireccionar el ataque al Cuarto muelle hacia el este “.

‘Afirmativo.’

Segismundo sintió el banco de naves a medida que ajustaba el rumbo, para que se acercara al puerto espacial y se acercara desde la dirección opuesta. El capitán de los templarios trató de recuperar su enfoque, atrayéndose una vez más. Juntó las manos y recordó la conversación con Lord Dorn y Euphrati Keeler. No había pensado volver a verla y su presencia era una fuente de turbulencias en su mente.

No podía permitirse el lujo de distraerse. Los Iron Warriors y World Eaters romperían la línea defensiva de Rann en cuestión de horas. A Sigismund le molestó que no supiera si Dorn lo había enviado por la urgencia de la situación o porque finalmente había querido deshacerse del Primer Capitán.

¿Lo habían enviado al puerto espacial Lion’s Gate para morir?

Noventa segundos

El Stormbird disminuyó la velocidad. Los artilleros abrieron fuego cuando las baterías defensivas, invadidas por los traidores, atacaron a la fuerza de asalto entrante. Los proyectiles antiaéreos explotaron alrededor de las cañoneras descendentes, la metralla chocó contra el casco blindado.

Segismundo alejó el sonido. Esta era su oportunidad de probarse a sí mismo. Si entregó el puerto espacial del enemigo, era prueba de que había tenido razón al regresar a Terra en lugar de unirse a la desafortunada expedición a Phall. Esta era la batalla a la que había sido dirigido.

Keeler misma había dicho eso. ¿Lord Dorn había sido convencido por sus palabras? Se había marchado con ira, pero tal vez un consejo más fresco y sabio aún podría prevalecer.

Diez segundos.

Segismundo se puso de pie, comprobando las cadenas que mantenían su espada bloqueada en su armadura. Atado por metal, atado por juramento, atado por el destino a su espada.

El Stormbird cayó casi verticalmente, rugiendo chorros de plasma. Las rampas de asalto se cerraron de golpe y Sigismund fue el primero en el ferrocreto, con los ojos escaneando el muelle de aterrizaje abandonado.

Nada más que vainas vacías. No es una trampa

Daba igual. Habría muchos enemigos que enfrentar.

Himalazia, treinta días antes del asalto

El calor dentro del campamento era engañoso. Afuera, un vendaval aullaba y la nieve se acumulaba contra el tanque que formaba una pared de la tienda. Zenobi se movió, sintiendo el calor de Nasha, envuelto en su ropa de cama compartida. La unidad de hab en la que había vivido con su familia había sido pequeña; el campamento estaba destinado a una tripulación de cinco y ahora albergaba a quince soldados adicionales. Ella y Nasha habían

encontrado intimidad en el simple acto de cercanía, pero hasta ahora se les había negado el espacio y la oportunidad de algo más amoroso.

“Dos días”, dijo, acariciando con los dedos los rizos de su cabello. Su aliento en su cuello envió escalofríos a través de Zenobi. “Solo dos días más”.

“¿Hasta la batalla?”

‘Aún no. Ahí es cuando llegamos a nuestro punto de reunión. Todavía quedan otros cien kilómetros hasta las llanuras catabáticas “.

Ella no dijo nada pero escuchó en su lugar. Los fuertes alientos y ronquidos de sus compañeros. El zumbido de la batería del tanque encendiendo la pequeña linterna colgaba del poste que sostenía el centro del campamento. Y truenos que no fueron truenos, sino las detonaciones de gigatoneladas de municiones chocando contra los escudos del Palacio Imperial. Cada pocos minutos se escuchaba un timbre diferente a medida que algún nuevo proyectil impactaba en casa o un escudo vacío fallaba temporalmente.

“Es posible que nunca …” susurró, acariciando el dorso de su mano a lo largo de su muslo. “Sabes, podría no tener tiempo para …”

“¿Estar unidos?”, Dijo con una sonrisa. ‘Lo sé. No es tan importante “.

“Quizás no para ti”, dijo con tristeza.

“Oh”. La atrajo hacia sí. “Es posible que no nos estemos moviendo desde el punto de reunión por un tiempo”.

“Creo que seguiremos adelante”.

‘¿De Verdad? ¿Cuáles fueron sus órdenes?

Zenobi sintió una punzada repentina de conciencia. No podía bajar la guardia, ni siquiera por un momento hablando de almohadas.

“No lo sé, pero todos esperábamos entrar directamente en la batalla”. Escuchó durante unos segundos más. “El ataque está en marcha”.

“¡La batalla por Terra!”, Dijo, con los ojos cómicamente abiertos. ‘Nunca pensé que sería parte de eso. Nunca pensé que la guerra vendría aquí “.

“Ha estado aquí por un tiempo”, dijo Zenobi. ‘El toque de eso, quiero decir. No sé nada sobre Bakk-Makkah, pero Addaba se vio afectado por primera vez hace siete años “.

“Cambiado, sí”, dijo Nasha. ‘Aplastaron los antiguos recintos para hacer un rango de prueba y entrenamiento. Trescientos kilómetros cuadrados de ciudad desde antes de la Noche Vieja. Edificios antiguos, realmente antiguos “.

Él suspiró y ella apoyó la cabeza sobre su brazo.

“No estés tan segura de lo que va a pasar”, le dijo. Your Le tomará un día o dos para que su formación reciba nuevas órdenes del alto mando. Ni siquiera se supone que estés aquí “.

“Me alegro de que lo estemos”, dijo. Ella besó su cuello y su conversación terminó.

Basílica Ventura, trece días desde el asalto

“Una reunión impresionante”.

Sindermann tenía razón. A través de una ventana en los tramos superiores de la Basílica Ventura, principalmente enmarcada con solo unos pocos fragmentos de vidrio restantes, Keeler pudo ver cierta distancia por la Vía Oxidentus. Había luz en todas partes, no solo agrupada en la puerta de entrada, sino que se extendía a lo largo de los accesos al improvisado fane. La gente traía sus propias lámparas, así como las que se entregaban en las puertas, su progreso flotante era fácil de seguir en la penumbra de la noche.

“Aquí por tu culpa, santo”, dijo Olivier. “Se corre la voz de que el emisario del Emperador honra a los Portadores de la Luz con una bendición divina”.

“La bendición no es mía”, advirtió Keeler. “Solo la palabra del Emperador”.

“Por supuesto, pero te ha enviado a nosotros como una señal de su favor”, dijo Olivier rápidamente. Hizo un gesto y sus dos asistentes, Maryse y Essinam, cruzaron la pequeña cámara, sosteniendo las enormes copias encuadernadas del Libro de la Divinidad. Keeler tenía la intención de preguntar de dónde habían venido, pero aún no había tenido la oportunidad. “Me honraría si pusieras tus manos sobre nuestros textos”.

Keeler lo hizo, poniendo una palma en la tapa de cada uno, sintiendo las letras en relieve debajo de sus dedos. Era como si pudiera sentir que las palabras se estiraban para ser leídas, ansiosas por abandonar la página y liberarse en sus pensamientos.

Ella retiró la mano y sintió un cosquilleo en los brazos.

“¿Te dirigirías a la congregación esta noche?”, Preguntó Olivier.

Keeler lo consideró y sacudió la cabeza.

‘Aún no. Esta es tu gente, este es tu credo. Soy el seguidor aquí y no te lo quitaría “.

“Simplemente escuché el mensaje que susurraste en nuestros oídos, santo”, dijo Olivier, juntando sus manos. Miró fijamente los tomos que llevaban sus compañeros. “Y las palabras de verdad establecidas en este libro, por supuesto”.

“No se venda menos”, dijo Sindermann, juntando una mano sobre el hombro de Olivier y guiándolo suavemente hacia la puerta. “Las luces se cuelgan gracias a ti y el susurro viaja porque tu voz ha sido agregada”.

Antes de darse cuenta de lo que estaba sucediendo, Olivier había sido llevado a la puerta con cortinas, Essinam y Maryse diligentemente flanqueándolo.

“Me reuniré contigo en breve”, le aseguró Keeler.

Aceptó esto con una sonrisa y se fue. Sindermann respiró hondo y volvió a dirigirse hacia ella, con la mirada en movimiento hacia la escena fuera de la

ventana. No fue solo la luz de las lámparas lo que rompió el crepúsculo. Parecía como si una mancha de cielo en el horizonte estuviera en llamas, pero en verdad era el puerto espacial Lanza de las Estrellas de Lion’s Gate, iluminado con los fuegos de la batalla.

“Los traidores están presionando para tomar el puerto espacial”, dijo Sindermann. “Puede ser solo cuestión de horas o días antes de que estén en la Puerta del León”.

“Una victoria que habría sido mucho más rápida si no hubiera sido por las protecciones contra Neverborn”, respondió Keeler.

“Ha habido más apariciones, señora”. Sindermann se frotó las manos lentamente, como si se estuviera limpiando algo en las palmas. “Escuché rumores de visitas y recibí noticias del Custodio Amon de que había descubierto dos sitios más de lo que dice ser actividad demoníaca, aunque las reuniones que los causaron se habían dispersado antes de su llegada”.

“Los ciegos adivinan lo que ven, pero los que han visto saben la verdad”, le dijo Keeler. “Si uno espera lo infernal, lo ve”.

“Amon argumentaría que si uno espera lo divino, también lo verá”.

‘Se equivocaría. He tocado la luz del emperador. No se puede fingir “.

‘Ha habido otras historias que hablan de luces cálidas y de soldados en las paredes que ven fantasmas vestidos de oro saltando hacia la oscuridad. Un grupo de oficiales del personal que se reúne por el Camino Pradeshi dice que compartieron un sueño grupal del Emperador, en el que Él se acercó a ellos y les ordenó que defendieran el muro en cierto lugar. Al día siguiente, los traidores se lanzaron a esa sección y apenas fueron repelidos. Si hubieran seguido las órdenes de despliegue de Dorn, existe la posibilidad de que el enemigo se haya asentado “.

“Es demasiado para un pragmático como Rogal Dorn depositar su fe en fuerzas que no puede comprender”, dijo Keeler. “Aunque siento que está comenzando a apreciar más su magnitud en oposición con cada día que pasa”.

Ella se calló, perdida en sus pensamientos. Sindermann se retiró a través de la cámara, moviéndose a otra ventana. Un retumbar de motores a reacción sacudió la basílica mientras un vuelo de bombarderos volaba bajo sobre el tramo del Palacio, dirigiéndose hacia la pared exterior.

Keeler sacó su Lectitio Divinitatus y la abrió en la primera página.

Alégrate, porque traigo noticias gloriosas. Dios camina entre nosotros.

Se perdió en las palabras, como lo había hecho la primera vez que se le mostró la escritura. Describía con certeza la divinidad del Emperador, ubicándolo correctamente entre las esferas celestiales como un ser a ser venerado. Ella sabía los capítulos iniciales de memoria, pero tomó fuerza de su propia letra simple que formaba las palabras, como si su voz tuviera una forma permanente.

Fue con cierto esfuerzo que se despertó al escuchar a Sindermann pronunciar su nombre.

“La congregación está lista”, le dijo. “Olivier estará esperando”.

A regañadientes cerró el libro y se dirigió hacia la escalera rota que la llevó a la plataforma del jefe Portador de la Luz. Sin ceremonia, atravesó el arco y apareció detrás de él, no dispuesta a colocarse ante él.

Se volvió y la reconoció con un simple asentimiento, y luego comenzó su sermón.

Ella no escuchó sus palabras tanto como la cadencia de su voz. Como antes, dejó que las sombras fluyeran en sus pensamientos, creciendo ramas y hojas a partir de la luz parpadeante, mientras la voz de Olivier asumía el papel de la brisa una vez más.

Y aún más simple que la primera vez, se deslizó al jardín. Estaba más concentrada en su propósito que antes y apenas escatimó ideas para la gloriosa flora que la rodeaba. Más grandes que nunca fueron las flores que se agruparon, pétalos y tallos girando hacia ella como atraídos por su vida, buscando su energía en lugar de la del sol.

Keeler caminó rápidamente a través de la hierba ondulante, ignorando las cosquillas en sus piernas mientras las cabezas pesadas de semillas rozaban la rodilla y la pantorrilla, acariciándola como si tratara de atraerla para que se quedara.

Ahora era apenas consciente de los demás, sus compañeros adoradores cada uno escogiendo su propio camino a través de la tierra cultivada. Al igual que las sombras de los mechones de nubes muy por encima, pasaron, casi invisibles, rumbo a sus propios destinos. Keeler hizo una pausa para reflexionar que parecían ir en dirección opuesta a ella.

Consideró seguirlos por un momento, pero siguió adelante, ansiosa por volver a ver la majestad del Emperador arbóreo.

Lo encontró en un valle profundo esta vez. Como antes, el inmenso arco de las hojas superiores era un techo hacia el cielo. Pero donde antes las extremidades inferiores también se habían elevado, ahora unas pocas estaban atadas por cadenas doradas que se estiraban hasta el suelo, tensas e inmóviles.

El corazón de Keeler dio un vuelco ante la visión, asombrado y preocupado. Echó a correr, pero no importa cuán lejos o rápido intentara acercarse, el árbol seguía tan lejos como siempre, fuera de su alcance.

Se detuvo, sabiendo que no podía acercarse por esfuerzo físico. Este era un lugar de fe, y a través de la fe algún día ella treparía entre esas ramas y conocería el abrazo de las hojas celestiales.

Señor de los huscarls

Fugarse

Un ejército esperando

Puerto espacial Lion's Gate, zona de piel mesophex, quince días después del asalto

El corredor sonó con las botas estremecidas, el sonido de los servos como una corriente subterránea a la carga de Rann y sus Huscarls. Manchas de ceramita se astillaron por los impactos de los rayos pero no disminuyeron incluso cuando la intensidad del fuego que los saludaba se convirtió en una tormenta.

Solo cuando estaban a treinta metros de los Guerreros de Hierro bajaron los escudos, disminuyendo su ritmo. Ortor estaba un poco más adelante a la derecha de Rann y comprobó su paso para que los demás se acercaran.

Adelante, los hijos de Perturabo sacaron cuchillas de cadena mientras los accesorios de combate en sus bólidos zumbaban y brillaban en anticipación de la carga.

"¡Ram infracción!", Gritó Rann, a solo diez metros de la puerta de entrada en poder del enemigo.

Sin problemas, los Huscarls maniobraron con la carga. Ortor y Rann se unieron, los escudos en ángulo para formar un punto. Sus compañeros cayeron al lado y detrás de ellos, con los escudos apoyados contra sus mochilas.

Como una sola cuchilla de ceramita motorizada, la punta de la compañía Imperial Fists golpeó la línea de los Guerreros de Hierro. Con todo el poder en sus piernas, Rann condujo hacia adelante. Su hacha estaba en su mano pero la retuvo, el escudo bloqueado contra el sargento, el triángulo de sus bordes se estrelló contra la coraza de un guerrero de la Legión IV, dividiendo la armadura como la proa de una galera antigua que agujerea a un enemigo.

El herido Guerrero de Hierro fue rechazado por el impacto, cayendo sobre una rodilla. El Puño Imperial detrás de Rann, a su izquierda, saltó sobre el legionario caído. El Marine Espacial detrás clavó su espada en la garganta del enemigo, liberando la espada mientras la masa de ocre y negro se hundía hacia adelante.

Reducidos o arrojados hacia atrás, los Guerreros de Hierro se separaron, permitiendo que la cuña voladora estallara a través de la puerta de entrada y hacia el amplio delantal de aterrizaje más allá. Una batalla se extendió por el tramo de ferrocreto de un kilómetro de ancho, un borrón de amarillo y negro en un lado contra el hierro y el rojo en el otro.

A raíz del ataque de los Huscarls, setecientos puños imperiales más golpearon el aire helado, la humedad transportada con ellos cristalizó en su armadura a medida que avanzaban, sus informes de bólido sonaron sofocados en la delgada atmósfera. El fuego de misiles y rayos láser cruzó el cielo desde arriba, desde los cañones y las compañías que circulaban en círculos en las afueras de los pisos superiores.

Rann instó a sus guerreros hacia adelante con el hacha en alto. No había tiempo que perder. Los refuerzos liderados por Sigismund habían provocado gran parte de la ira de los Guerreros de Hierro y sus aliados, pero si la fuerza de Rann no se abría paso hacia ellos, serían expulsados del puerto espacial, su misión fracasó, sus pérdidas sufrieron en vano.

“¡Allá, esa es!”, Ortor señaló con su espada hacia la derecha, a la sombra de un muelle de abordaje que sobresalía de la plataforma de aterrizaje.

Un grupo de luchadores con librea de Guerreros de Hierro se abrió paso a través de una línea amarilla. El legionario a la cabeza era un bruto de luchador vestido con una vieja armadura Terminator, usando su puño como un martillo reluciente. Rann vio un Puño Imperial caer bajo una serie de golpes de cabeza feroces, su máscara aplastada contra la carne y los huesos de su rostro, la sangre salpicando la rejilla del Guerrero de Hierro.

“Asegure el flanco izquierdo”, gritó Rann incluso mientras cambiaba la dirección hacia el campeón de los Guerreros de Hierro, rompiendo la formación.

Una docena de guerreros vinieron con él, Ortor incluido. Los otros se alejaron hacia la izquierda, bultos y cuchillas dirigidas contra una ola de World Eaters manchados de sangre que caían a lo largo del borde de la plataforma de aterrizaje.

El Guerrero de Hierro reconoció el desafío inherente a la carga de Rann y levantó un puño salpicado de sangre en respuesta, burlándose del señor senescal. El Puño Imperial podía ver las marcas de rango de un herrero de guerra entre la salpicadura de sangre y los graffiti pintados de desafío.

“Mantente cerca”, advirtió Rann a sus compañeros, recordando que esto era una batalla, no una jaula de duelo. No deseaba enfrentarse solo a Cataphractii. “Derribar a su líder”.

Lejos de esperar para recibir el ataque, el guerrero saltó hacia delante para encontrarse con el cargo de Rann. Con el hombro bajado, el brazo apoyado, el Guerrero de Hierro se encontró con el escudo de abordaje a toda velocidad. El impacto levantó a Rann de sus pies y envió al guerrero girando.

Rann se estrelló contra el suelo a pocos metros de distancia, viendo a sus Huscarls chocar contra la guardia del guerrero. El guerrero avanzó, los dedos de su puño de poder se flexionaron con anticipación.

Tanto por no ser arrastrado a un duelo.

Con su escudo doblado casi en ángulo recto, Rann lo arrojó y sacó su segunda hacha, las cabezas de ambas armas crujieron con latas de poder. Agachado, con las piernas apoyadas, el señor senescal esperó a que su oponente se acercara a él.

El Guerrero de Hierro obedeció, corriendo hacia adelante sin ningún intento de enmascarar su ataque ni usar su combi-bolter, con el puño balanceándose a una velocidad repentina hacia la cabeza del senescal. Rann levantó un hacha, desviando el golpe hacia la izquierda, y balanceó la otra hacia arriba, buscando la axila expuesta.

La espada se enganchó en la placa del pecho, una fracción de segundo antes de que el guerrero se estrellara contra él, derribándolos a ambos con un trueno de armadura.

Rann rodó, usando el último impulso del Guerrero de Hierro para alejar al guerrero antes de recuperar sus pies. El Guerrero de Hierro fue más lento, pero aun así levantó su guantelete blindado masivo a tiempo para enfrentar el próximo ataque de Rann. Los relámpagos estallaron y el guante ardió rojo en contacto, atenuando los sentidos automáticos del senescal. Más rápido de lo que su cuerpo y armadura deberían haber permitido, el puño del guerrero golpeó las entrañas de Rann.

Fue un golpe extraño, un golpe de luchador en lugar de un ataque entrenado de la Marina Espacial, pero su poder agrietó la armadura abdominal y envió advertencias del sistema que se encendieron en la pantalla de Rann. Se vio obligado a retroceder un paso y en el momento de recuperar el equilibrio se dio cuenta de que el impulso se había vuelto contra él. El puño de poder se movió hacia el pecho de Rann, pero lo atrapó en el brazo, la llamarada de energía envió astillas de ceramita cortando el aire.

No hubo un latido de vacilación en el herrero de guerra: entró sin pausa, casi aplastando la cabeza de Rann, apretó el puño que le faltaba milímetros para dividir su caldero con un golpe increíblemente poderoso. Era más que su placa Terminator la que impulsaba tales golpes, su fuerza aumentaba de forma antinatural.

Rann cayó sobre una rodilla, la visión balanceándose. Por instinto levantó sus hachas, evitando dos golpes más para recuperar sus pies.

El orgullo le dijo que podía hacer retroceder la lucha a su favor. La experiencia llama al orgullo mentiroso.

“¡A mí!”, Llamó Rann. “¡Huscarls, para mí!”

Sus guardias estaban demasiado enredados para acudir en su ayuda. Rann intentó por última vez tomar la iniciativa, agachándose bajo el borrón del puño, con el hacha en ángulo hacia el muslo de su oponente. Blade mordió la armadura remachada y cortó la carne.

Rann lanzó un grito triunfante mientras arrastraba el arma, esperando ver una fuente de chorro arterial. En cambio, el guerrero lo golpeó en la cara con su combi-bolter, un goteo de fluido espeso y negro que goteaba de la herida.

El puño de poder atrapó a Rann en el pecho, rompiendo su plastrón, pulverizando los huesos dentro. Una repentina pérdida de aliento le dijo que había perdido al menos un pulmón. Las señales de advertencia de armadura llenaron su visión con destellos rojos.

El guerrero se cernía sobre el puño senescal, en forma de relámpago, levantado para el golpe mortal. Era imposible ver la cara del guerrero, pero Rann podía imaginar los ojos regodeadores, la sonrisa homicida de un enemigo que parecía más bestia que hombre.

Algo negro llegó a la velocidad, una hoja reluciente brillando para encontrar el golpe descendente. La espada desvió el puño para enviarlo a estrellarse contra el ferrocreto justo al lado de la cabeza de Rann. Luego giró, atrapando el costado del yelmo del Guerrero de Hierro, aunque desvió la vista de la placa en ángulo.

La sangre fluía de una lente rota, brillante contra la armadura plateada empañada.

Con los ojos entrecerrados por un remolino de dolor, Rann vio el yelmo caballero de su salvador; un segundo antes de que una pared amarilla se estrellara a su alrededor, los Huscarls respondieron a su llamado incluso cuando los Guerreros de Hierro se cerraron sobre su propio líder. El legionario con armadura negra dio un paso como para continuar el ataque, pero un fuego de bólter de los Guerreros de Hierro disuadió la persecución.

Ortor apareció frente a Rann, preguntando si estaba bien. Rann trató de responder, pero probó la sangre burbujeando en su boca. El dolor atravesó su caja torácica mientras intentaba ponerse de pie y cayó hacia atrás, tratando desesperadamente de aspirar aire a los pulmones dañados.

“Sargento, llévelo a un lugar seguro”, gruñó Sigismund. “El resto de ustedes, mantengan terreno aquí”.

Puerto espacial Lion’s Gate, núcleo de tropophex, quince días después del asalto

Había habido tres boticarios en la fuerza original de Forrix, de los cuales solo uno había llegado a la cita: Oumar. Forrix había luchado junto a él desde las Guerras de Unificación, ambos veteranos de la Legión Terran. A Battle le importaba poco la historia, pero tal vez tenía una inclinación por la ironía, por lo que Oumar había sido una de las primeras víctimas después de la reunión. Un misil krak le había abierto el cráneo cuando había atendido a uno de sus compañeros legionarios.

Así fue como Forrix patrullaba los pasillos que se habían convertido en su hogar, Gharal a su lado, mirando a los heridos pero sin ningún especialista para tratarlos. Algunos estaban tan quietos que fue solo el latido de los transpondedores de su armadura lo que traicionó cualquier signo de vida. Otros gimieron y se retorcieron sin sedación. Se apilaron pedazos de placas de batalla rotas, se retiraron para tener acceso a las heridas, quemaduras de plasma y heridas de bólter.

Al bajar por un pasillo lateral, Forrix se encontró con una escena sangrienta, con un garabato arterial secándose en la pared y el techo. Dos de sus guerreros estaban arrodillados junto a un tercero, sosteniendo su plastrón sobre su pecho. La sangre brotaba de sus bordes y goteaba de la boca del legionario. Sus ojos vagaban sin ver, fijándose en la tenue luz que colgaba del techo. Los dos Guerreros de Hierro se volvieron hacia su superior, uno de ellos con un pronóstico simple con un movimiento de cabeza.

Forrix pasó por encima del chorro de sangre, flexionando los dedos con agitación.

“¿Cuántos?”, Le preguntó al capitán.

“¿Izquierda?”, Respondió Gharal.

“Sí, izquierda”, espetó.

“Doscientos cuatro, incluido caminar herido”.

“Casi el ochenta por ciento de índice de bajas …” Forrix susurró. Juzgado contra algunas de las victorias pasadas de los Guerreros de Hierro, eso se consideraría aceptable. Si Perturabo le hubiera encomendado sobrevivir en medio del territorio enemigo durante tantos días con solo mil legionarios y sin apoyo blindado, habría pensado que era imposible.

“¡Triarch!”, Gritó uno de los legionarios heridos, respirando sibilantes interrumpiendo el flujo cada dos segundos. ‘Ayudame. Todavía puedo … pelear “.

Forrix miró al guerrero y vio las cicatrices de plasma en su lado izquierdo.

“Has perdido un pulmón, legionario”.

“Es por eso que … nos dieron … un tercio”. Su sonrisa sangrienta mostraba restos de dientes rotos.

Forrix le ofreció una muñeca y el legionario la agarró, levantándose con un gemido. Forrix escuchó el aire silbando de la herida en el costado del Marine Espacial. El guerrero se agachó y recogió el bólter del guerrero, presionándolo a su alcance.

“Es Zorovar, ¿no?”

‘Sí, triarca. Sargento.’

“Será teniente cuando nos reunamos con la Legión”.

Zorovar asintió con la cabeza en señal de agradecimiento, con un puño tembloroso levantado a su peto en señal de saludo.

“Nos vemos … en … la línea de asalto”. Hizo una mueca con el esfuerzo, el dolor grabado en cada característica. “Triarca”.

Forrix le devolvió el saludo y se volvió. Su ritmo se aceleró cuando la resolución se endureció en sus entrañas.

“No vivirá el día”, dijo Gharal, mirando al sargento herido.

‘Por supuesto no. Si nos quedamos aquí, ninguno de nosotros lo hará “.

‘Necesito que seas muy claro, triarca. ¿Quieres que nos vayamos de esta posición? “

“Solo aquellos que pueden pelear”, dijo Forrix lentamente, con los puños cerrados.

‘Nos vamos–’

‘Manten tu voz baja.’

“¿Estamos dejando a los heridos, triarca?”

‘Si. Necesitamos deshacernos de la carga. Forrix se detuvo y se volvió hacia el capitán, luchando por mantener la voz baja. ‘No podemos salvarlos, Gharal. O morimos con ellos o nos damos la oportunidad de vivir “.

“¿Y si el enemigo los toma vivos?”

‘Déjalos. ¿Qué van a revelar? ¿Que vinimos aquí sin un objetivo específico? ¿Que solo nos quedan doscientos luchadores? Nada de esto será una novedad para nuestros enemigos. Forrix se frotó el nudillo con un nudillo en la frente, manchando hollín y sangre sobre la piel agrietada por la deshidratación. ‘Existe una pequeña posibilidad de que nuestros enemigos incluso los traten. No queda mucho honor en esta guerra, y sé que el Cuarto tenía poco para empezar “.

“Podríamos terminarlos nosotros mismos”, sugirió Gharal en voz baja, golpeando con la mano el costado de su bólter.

“No tenemos municiones”, le dijo Forrix con el ceño fruncido. El guerrero dio un paso atrás y saludó a un par de legionarios que se desplomaron contra la pared cercana. “¿Y realmente quieres llevar tu espada a sus gargantas?”

El timón de Gharal se volvió cuando su mirada se movió entre el triarca y el herido. De ida y vuelta, deliberando. Forrix le habría dicho a Gharal que era una orden, que su opinión no importaba, pero que el guerrero vivía de una

autoridad prestada. Si Gharal, o uno de los dos lugartenientes sobrevivientes, decidiera liderar un motín, había una buena posibilidad de que Forrix recibiera un disparo en la parte posterior de la cabeza.

“Estoy pensando en aquellos de nosotros que tenemos una oportunidad”, dijo Forrix, agarrando el brazo del capitán. ‘Necesitamos atravesar los niveles exteriores. Hay una terminal de monorriel a un kilómetro al norte de aquí. Nos moveremos rápido, bajaremos por la pista hacia un puente aéreo “.

“¿Hacia el Palacio Imperial, triarca?”

“Mejor que más profundo en el puerto espacial”. Forrix ladeó la cabeza y levantó un dedo, indicando a Gharal que escuchara. La lejana libra de explosiones se había convertido en nada más que ruido de fondo. ‘El bombardeo continúa. El puerto espacial de Lion’s Gate todavía está en disputa. Si podemos llegar a los niveles exteriores, podríamos contactar al comando de la Legión “.

‘Rápido. Preciso. Podemos hacer esto. Gharal liberó su brazo y ofreció su mano para que Forrix la agarrara. El guerrero lo hizo, muñeca a muñeca en la costumbre olímpica. “Viviremos para recordar a los caídos”.

Himalazia, lugar no revelado, veintiocho días antes del asalto

El valle se abrió, extendiéndose una docena de kilómetros de lado a lado. Las laderas de las montañas a su alrededor estaban excavadas artificialmente, un semicírculo de acantilados cortados con láser que se elevaban cientos de metros sobre el sitio de reunión.

Zenobi tenía una vista perfecta encaramada junto al cañón de batalla de Breath of Wrath, capaz de ver el camino mientras se sumergía debajo de dos bastiones construidos desde las laderas. Torretas de armas tan grandes como el tanque adornaban cada torre de pilares, rastreando la columna entrante con macrocañones y enormes baterías láser.

Arriba, el cielo era negro y gris, envuelto en humo por el bombardeo. No se podía ver nada de la égida fluctuante del Palacio, a cien kilómetros más allá

de la pared del fondo.

Aún más increíble fue el mar de máquinas y personas que abarrotaban la caldera artificial. Escuadrones de caminantes, baterías de armas autopropulsadas y artillería se desplegaron a lo largo de una cuadrícula de caminos que se extendían desde la carretera principal, así como compañías de infantería mecanizada con vehículos de transporte de tropas.

"¿Cómo …?" Zenobi levantó la vista de nuevo, viendo el más leve brillo de un campo de energía distorsionando las nubes oscuras y las brasas. Una débil llovizna de lluvia empañó el aire. Los escombros seguían cayendo de la órbita semanas después de que la batalla del vacío había terminado, salpicando los vapores con meteoritos falsos.

"Es un tipo especial de escudo vacío, llamado escudo reflejo", dijo Nasha. El se encogió de hombros. 'Nos informaron antes de que nos fuéramos, pero no estoy seguro de cómo funciona. Todo lo que recuerdo es que mantiene la base de reunión oculta a los escaneos. Ni siquiera la luz se escapa. Una de las aeronaves de los traidores podría estar justo encima y solo verían una bruma de roca ".

"Pero hay tantas tropas aquí", dijo Zenobi. "¿Por qué no pelean?"

'Algún plan de Dorn, diría yo. Una fuerza de reserva ".

La columna continuó. Unos minutos más tarde se le unieron una serie de manifestaciones en motocicletas, las luces intermitentes de sus corceles guiaron a los tanques a su campamento asignado. El camino fue elevado aquí, dándoles una vista al otro lado del cráter. Nasha señaló varias compañías y regimientos a medida que pasaban.

"Allá", dijo emocionado, señalando a una compañía de tanques del tamaño de un edificio con librea negra y roja, marcada entre el camuflaje de los regimientos circundantes. 'Brigada Pesada Anzakk. ¡Esas son las mismas Baneblades que rompieron el lazo de Kabbala! "

"¿Cómo sabes esto?" Zenobi se echó a reír al verlo tan entusiasmado, como si un niño permitiera la rienda suelta con los juguetes de otro.

‘Tenemos nuestro propio reclamo de los Cien Viejos. La Hegera Dorada vino de Bakk-Makkah. Bueno, los antiguos recintos que estaban allí antes. Mis antepasados han estado luchando por el Emperador desde los primeros días de las Guerras de Unificación “.

“Y ahora sigues esa orgullosa tradición”, dijo.

‘Quizás no mis antepasados … No soy de ninguna de las líneas de sangre anunciadas. Mi familia son principalmente cultivadores de algas. Algunos llegaron al consejo local, pero eso es todo. Si no fuera por el Señor de la Guerra, estaría vertiendo papilla húmeda de los vaporadores en lugar de mandar a esta magnífica criatura de metal “.

Se detuvieron a unos dos kilómetros de la entrada, escuadrones de tanques pelando a izquierda y derecha. Ante los gritos de sus oficiales, el Cuerpo Libre de Addaba se derramó desde la parte trasera de los vehículos de estacionamiento, como una serpiente de metal que se deshilacha de la nariz a la cola.

‘Necesito ser g–’

Nasha la agarró del brazo y la atrajo hacia sí, sus labios encontraron los suyos un latido más tarde. Las lágrimas brotaron mientras lo probaba, preguntándose si sería la última vez. Finalmente se separaron.

“Borde rojo, trenzado de oro, banderín verde”, le dijo, señalando con la cabeza la pancarta que volaba desde un poste en la parte posterior de la torreta. Ella le dirigió una mirada burlona. “Aquí hay muchos tanques, pero solo el mío tiene esa bandera”.

“Borde rojo, trenzado dorado, banderín verde”, repitió, fijando la vista en su memoria. “No sé dónde estaremos …”

“Si no me encuentras, encontraré”

“No, no hagas eso”, dijo Zenobi bruscamente, haciendo que se estremeciera. Ella se suavizó, acariciando con los dedos la solapa de la

chaqueta de su petrolero. “Tenemos … oficiales de seguridad que nos castigarían a ambos si te encontraran”.

‘¿Así que esto es todo?’

‘Tal vez no. Te encontraré si puedo “.

Ella lo besó de nuevo, suavemente, deteniéndose en el momento de la conexión.

Le tomó más esfuerzo alejarse de su abrazo de lo que tuvo que forjar a través de las tormentas de nieve. Zenobi reunió la fuerza para hacerlo, alejándose. Levantó su mochila y la arrojó a donde Menber estaba esperando al lado del tanque. Luego le entregó el poste estándar y luego lo siguió, con el rifle colgado sobre la espalda por la correa.

“¿Decir adiós, primo?”, Dijo con expresión severa. Todos los demás se habían mudado, dejando solo a los dos. “Sabes que nada puede salir de eso”.

“Algo ya tiene”, dijo con una sonrisa.

‘No digas nada a los oficiales de integridad. Si piensan … Si cuestionan tu lealtad por un instante … “

‘Tendré cuidado, primo. Lo prometo.’

Puerto espacial de Lion’s Gate, tropophex mantlezone,

dieciséis días desde el asalto

Hubo avances en todos los niveles fronterizos entre Starspear y Sky City. Sigismund hizo lo mejor que pudo para apuntalar la debilitada defensa, pero se apoyó fuertemente en el Teniente Comandante Haeger para ver a través de la implementación. Recordando las palabras de Keeler, el Templario se puso a la vanguardia de cada contraataque, y durante dos días seguidos había luchado como si pudiera hacer retroceder a los Guerreros de Hierro y a sus retorcidos aliados.

“Primer Capitán, nuevo informe de las patrullas centrales”. Haeger había programado su llamada de voz para que coincidiera con el tránsito de Sigismund de un área en conflicto a la siguiente, una ventana de relativa paz de unos pocos minutos. ‘El capitán Thudermann solicita órdenes de refuerzo o retirada. Estamos experimentando un apagón augurio en los escaneos orbitales. Lord Dorn ha enviado instrucciones que mantenemos durante otras dieciocho horas “.

Al abordar el rinoceronte que lo llevaría a través del nivel hasta la estación transportadora alrededor de los puentes aéreos asediados, Sigismund consideró cada uno de estos a su vez.

‘Dile a Thudermann que retroceda al segundo cordón. No hay ganancia en quedar atrapado entre las dos fuerzas que avanzan. Los augures están en el ámbito de los sacerdotes tecnológicos, no podemos hacer nada más que estar preparados para que el enemigo reciba más tropas de la órbita. En cuanto a la tercera … planeo aguantar el mayor tiempo posible. ¿Lord Dorn indicó qué pasaría después de dieciocho horas?

“Dijo que habría más ayuda, pero no le importó compartir los detalles”.

“Transmita al comando de la Legión que mantendremos el puerto espacial Lion’s Gate durante el tiempo que el Lord Praetorian lo desee”. Sigismund se ahorró un momento para comprobar el progreso del Rhino en la pantalla telemétrica. ‘Estaremos en Gate Stratos-Catorce-Delta en dos minutos. Haga que las compañías en los niveles setecientos ocho a setecientos trece empujen a mi posición para contraatacar “.

“Afirmativo, primer capitán”. Hubo una pausa de varios segundos, pero el enlace no se cortó. “He oído que se ha reunido una nueva fuerza de ataque enemiga y está cortando nuestras defensas más rápidamente de lo que podemos recuperar”.

“¿Es un informe, Haeger?”

‘Más de un rumor, pero hay tráfico de voz disperso que reclama avistamientos de Hijos de Horus dirigidos por el propio Ezekyle Abaddon. Estamos perdiendo contacto con cualquiera con quien se encuentren “.

Un escalofrío de aprensión y emoción recorrió Sigismund. Estas fueron las palabras de Keeler aclaradas, su propósito repentinamente revelado.

“¿Dónde fue este último rumor, Haeger?”

“Si extrapolo, diría que la fuerza de ataque enemiga se dirige al nivel nueve oh dos, en algún lugar cerca del cuadrante beta”.

‘Redirigir todos los comandos en el sector del puente a mi autoridad directa. Preparación completa para el asalto “.

“¿Qué pasa con la orden de Lord Dorn de sostener?”

“Si no detenemos este ataque antes de que aterrice, no tendrá sentido mantenerlo”.

Sus dedos se movieron hacia las runas de la terminal, tecleando comandos para localizar la ruta más corta al cuadrante beta de Sky City. Las visiones pasaron por los pensamientos de Segismundo, de sí mismo con la espada en la mano de pie contra el señor del Mournival. Seguramente si Abaddon cayera bajo la espada del templario, sería una gran victoria para los sirvientes del emperador.

Intrusiones

El medio nacido

Relaciones peligrosas

Zona Europa Wall, dieciséis días desde el asalto

Algunos lo habrían llamado suerte, otros destino. Amon sospechaba que Keeler atribuiría su llegada oportuna a la voluntad del Emperador. En lo que a él respectaba, no era nada de esto, simplemente el resultado inevitable de la diligencia y la lógica junto con una actitud preventiva.

Estaba cada vez más absorto en la naturaleza de la Lectitio Divinitatus, y cada día se familiarizaba más con sus costumbres, personal y movimientos. Lo que parecía un desorden desorganizado en la superficie desmentía una red de comunicaciones orgánica sofisticada a la par con los sistemas celulares de espionaje más complejos que había encontrado. Pero fue aún más notable porque no había un infame maestro de marionetas en el centro, ni la gran mayoría de los que participaban en el movimiento eran conscientes de la mayor parte del conjunto.

Por medios y medios que se originaron en la necesidad, los fieles habían descubierto cómo identificarse entre sí sin contacto directo, centrándose en símbolos, frases y gestos comúnmente considerados sin comunicarlos directamente. Era como un virus, transmitido por contacto, encarnado en los sermones que fueron entregados, los folletos entregados, las páginas de la propia Lectitio Divinitatus.

La similitud con la propagación de una enfermedad no se perdió en Amon, y él había acuñado un término para ello: la plaga de la creencia. Era, estaba seguro, tan potencialmente amenazante como cualquier malestar físico, ser una corrupción de la cultura que socavaba los principios de la visión del Emperador para la humanidad.

Tan pronto como consideró la difusión de la fe como un problema epidemiológico, descubrió que rastrearlo de un lugar a otro era mucho más sencillo. Aunque había comenzado con las víctimas de la peste y las instalaciones médicas, la premisa lo había llevado más lejos, más allá del Sanctum Imperialis hasta el Muro Supremo.

Y al hacerlo, notó un patrón, o más bien un vacío en un patrón. A pesar del apoyo clandestino de un puñado de oficiales de mayor rango del Ejército Imperial, el culto al Emperador todavía estaba prohibido entre las filas de los soldados. Como tal, los soldados se vieron obligados a reunirse fuera de servicio o hacer tiempo y espacio dentro de sus deberes cuando no estaban directamente involucrados; las oportunidades para ambos eran extremadamente raras con el enemigo en las paredes.

Una pausa en la charla de voz, descubierta por Amon, había despertado su interés. Una patrulla que había excusado el regreso tardío, cuyo sargento había estado ausente o retrasado en otras ocasiones. Pudo haberlo ignorado, pero su proximidad a la zona de cuarentena guarnecida donde el asunto había salido a la luz exigió una mayor investigación.

Encontró los cuerpos en una estación en desuso cerca de un kilómetro y medio dentro del muro cortina, justo dentro del perímetro de la zona de cuarentena del Arco Palatino. Los detritos esparcidos por la cámara desnuda tenían todas las marcas de un improvisado fane, incluida una copia ensangrentada de la Lectitio Divinitatus. Parecía probable que otros de la guarnición hubieran realizado un rito en este lugar.

Los cadáveres habían sido rasgados, las costillas abiertas desde el interior, la piel y la carne colgaban en jirones de huesos rotos. Amon no había visto lo mismo; Era como si el asesino hubiera vaciado a las víctimas de sus entrañas. Cada uno había sido ahuecado, los bordes hechos jirones de costillas y esternones mostraban estrías como marcas de caries.

Cómo habían sucumbido los diez era otro misterio, ya que cada uno estaba muy cerca y, aunque sus armas estaban al alcance de la mano, ninguno de ellos tenía los dedos en una pistola o empuñadura de pistola.

Lo que sea que los haya superado lo ha hecho con rapidez instantánea y brutal.

El suelo estaba embarrado, seguido de marcas de arranque dentro y fuera, pero entre las salpicaduras de sangre había otras huellas. Aparecían descalzos con uñas largas, algunas con tres dedos, otras cuatro o cinco. Era

imposible saber cuántos asaltantes, pero al menos cuatro y muy probablemente más.

El hedor era mucho peor que la simple carne muerta y los intestinos evacuados. Amon sabía el olor de la muerte y esto estaba bordeado por un sabor ácido. En total contradicción, pensó que también detectó un aroma floral, y en una inspección más cercana de los cadáveres no pudo encontrar ningún jabón u otro perfume que explicara su persistente presencia.

Expresó el puesto de avanzada más cercano de Legio Custodes, en la barbacana exterior del principal Sanctum Imperialis, a casi noventa kilómetros de distancia.

‘Torre Argent, este es el custodio Amon. Estoy persiguiendo una posible fuerza de incursión en el Arco Palatino, en dirección noreste a través de la zona de cuarentena. Se requiere envío urgente de soporte “.

Su voz zumbó por varios segundos. Antes de que recibiera una respuesta, una sombra en la pared le advirtió sobre el movimiento detrás. Estaba completamente blindado, con su lanza de guarda en la mano, una lección que había aprendido en el hospital. Amon estaba girando, la hoja se empañaba con su campo de energía, incluso antes de que él registrara la naturaleza de sus atacantes.

La punta marcó una línea a través del cofre del primero, burbujeando icor derramándose a su paso. La criatura que se dejó caer le recordó al Neverborn que había visto en la telaraña, supuestamente encarnaciones del poder de la Peste. Los otros, nueve más, cerraron rápidamente con las manos con garras, sus extremidades delgadas de hambre, barrigas hinchadas como cadáveres viejos.

Pero ahí terminó la similitud. Estos demonios parecían más humanos, con un par de ojos en lugar de uno, cabello lacio colgando del cuero cabelludo y, en tres de ellos, mejillas y mentón. Su carne era una mota de blanco rosado y marrón oscuro, y sus ojos eran sorprendentemente humanos.

Mientras cortaba la punta de su lanza por la garganta de otro, sus pensamientos volvieron a los cuerpos mutilados de la patrulla y los orígenes

de estos híbridos de medio demonio se hicieron evidentes. La idea lo enfermaba, a pesar de que había visto imágenes que habrían llevado a los guerreros menores a la locura, que de alguna manera estas criaturas habían emergido o se habían incubado dentro de los cuerpos de los soldados.

No se detuvo en su asalto, no permitiendo a sus enemigos ninguna ventaja de su emboscada. El bólter de su lanza rugió, duro y brillante en los confines de la cámara, y la salva derribó a dos más del demonio.

Una cosa era segura, no se trataba de manifestaciones fantasmales, extraídas del poder de la urdimbre y nada más. Murieron tan fácilmente como los mortales, tal vez despojados de la verdadera resistencia demoníaca por su nacimiento híbrido y el escudo del Emperador.

Algunos trataron de huir, que también fue la primera vez para Amon. Según su experiencia, los Neverborn fueron casi inconscientes en sus asaltos, sin importarles el peligro personal o la desventaja táctica. Sobrevivieron solo por el capricho del poder que los creó. Pero estos medio nacidos conocían el miedo. Vio temor en sus ojos cuando los cortó, su armadura bañada en sangre enfermiza.

Cuatro eludió su ira inmediata, desapareciendo en el pasillo contiguo. Lo persiguió, la lanza guardiana rugió más rayos tras ellos. Otro cayó, las piernas arrancadas por las detonaciones.

“Este es el control de la Torre Argent, hemos recibido tu mensaje”, sonó la voz. Amon se dio cuenta de que solo habían pasado unos segundos desde que había hecho su transmisión. Su fisiología alterada lo había hecho parecer mucho más largo.

“En espera para la actualización, copia la transmisión al canal personal del capitán general”, le dijo al operativo en el otro extremo del enlace de voz.

Tres zancadas rápidas lo llevaron al cruce al final del corredor. La sangre y el lodo se arrastraban de izquierda a derecha, dos pistas conducían en la primera dirección, una en la otra. Los nacidos a medias eran más rápidos que los humanos, ya no estaban a la vista cuando doblaba la esquina. Se

dirigían a la zona de cuarentena, que se había convertido en un laberinto cambiante de chabolas y pozo de peste abierto.

Persiguió lo más rápido que pudo, llegando a las dos abominaciones a unos cien metros más allá del palacio doméstico. El tercer sobreviviente estaría a medio kilómetro de distancia ahora.

“Se requieren equipos de búsqueda rápida en mi posición”, expresó. “Necesito apoyo aéreo y búsqueda entrante de inmediato”.

Siseando, escuchando el ruido sordo de las botas del Custodio sobre ellos, las criaturas se volvieron hacia él. Uno levantó las manos como para suplicar por su vida; el otro había arrancado una barra de soporte de los escombros y la balanceaba como un palo con cabeza de ferrocreto. El golpe rebotó en la placa de guerra de auramita de Amon sin dejar un rasguño, la criatura que lo manejó casi giró sobre sus pies, ya que estaba desequilibrado por su propio golpe.

El arma de Amon golpeó hacia adelante, cortando una mano protectora antes de entrar al cofre directamente a través del corazón. El medio nacido lanzó un chillido de dolor, un sonido escalofriantemente humano de una aparición de otro mundo, y se deslizó hacia atrás desde la cuchilla envuelta en vapor.

El segundo intentó nuevamente golpear al Custodio, levantando su improvisado club. Golpeó la punta de la lanza del guardián contra su frente, aplastó el cráneo y rompió el cuello de un solo golpe. El líquido gris salpicó de la herida al caer.

Dedicando un segundo para asegurarse de que ambos estuvieran realmente muertos, Amon giró sobre sus talones y salió tras el otro, aunque sabía que probablemente era demasiado tarde para encontrarlo por sí mismo. Perdido entre los muertos vivientes de Poxville, no se sabía qué daño adicional podría hacer, ni qué otros de su tipo podrían aparecer todavía.

Himalazia, lugar no revelado, día del asalto

Debería haber sido un mes de tedio y miseria, pero para Zenobi el tiempo que pasó en la reunión fue una de las mejores experiencias de su vida. En comparación con el desgarrador viaje en tren y la marcha de pesadilla que siguió, pasar cuatro semanas encerrado en raciones, refugio y la compañía de sus compañeros fue casi una dicha. Era mejor que la vida en Addaba.

Y luego estaba Nasha.

La naturaleza ilícita de su relación solo aumentó la emoción. Ilícito en la medida en que los oficiales de integridad advirtieron contra pasar demasiado tiempo con los otros regimientos retenidos en la base oculta. Sin embargo, un mes fue mucho tiempo para evitar cualquier contacto, y las necesidades de decoro y logística simples habían requerido que el Cuerpo Libre de Addaba se familiarizara con sus nuevos vecinos. Los comandantes locales habían acordado adjuntar el Cuerpo Libre como apoyo de infantería a la fuerza de reserva, en espera de la confirmación del alto mando que parecía haberse perdido en algún lugar de los informes.

Zenobi casi dejó de pensar en la batalla que se libraba a solo cien kilómetros de distancia. El ruido del bombardeo, los vuelos de los aviones sobre la cabeza eran recordatorios constantes, pero al igual que los escudos reflejos mantenían la base de reserva sin ser detectada, sus habitantes estaban aislados del derramamiento de sangre en curso.

“¿Qué pasa si nunca nos llaman a la pelea?”, Le preguntó a Nasha después de uno de sus acoplamientos de medianoche. Todavía hacía frío, su aliento caliente empañaba el aire, cuerpos sudorosos cubiertos con overoles y abrigos que se habían doblado como ropa de cama unos minutos antes.

Yacían en la oscuridad debajo de un transporte de suministros vacío, no lejos del lote de Breath of Wrath. Todo estaba en un apagón para ayudar a mantener la cobertura del escudo reflejo; había aprendido que cuanto menos energía tenía para absorber, mayor era su eficacia. Lo que era bueno para permanecer sin descubrir a gran escala se aplicaba igualmente bien a la pequeña escala, permitiéndole una amplia cobertura para hacer su cita clandestina.

“¿Sería tan malo?”, Respondió él, acostado con la mano detrás de la cabeza y el pecho haciendo una almohada para ella.

“¿No quieres ser parte de la lucha?”

“No quiero morir, si eso es lo que quieres decir”.

“No, quiero decir, ¿quieres luchar por lo que crees o dejar que otros lo hagan por ti?”

“Eso suena como una acusación”.

“No lo es”. Ella le acarició la cara. ‘Yo solo … Nuestros futuros están siendo decididos y solo estamos sentados aquí, no involucrados en absoluto. Me uní … no quiero estar en el bando perdedor solo porque alguien olvidó que estábamos aquí “.

‘Hay un plan. Dorn encargó esta reunión secreta personalmente. Nos desplegará cuando nos necesiten. Si nos necesitan “.

“¿Cuándo será eso?” No era la primera vez que hacía la pregunta y sabía que sonaba cada vez más petulante. ‘No tengo prisa por irme. No te dejo. Pero quiero hacer mi parte “.

“¿Crees que puedes hacer la diferencia?”

“¿Por qué la gente sigue preguntando eso?”

‘Quedan menos de seis mil en el Cuerpo Libre. Debe haber tantos tanques, transportes y caminantes blindados aquí como personas. Y somos la fracción más pequeña del poderío del Ejército Imperial en el Himalazia “.

‘Trabajo en la línea. Todo tiene un lugar. Todo está equilibrado y cronometrado y tiene un ritmo. Una pequeña interrupción, la menor cantidad de cambio puede causar una catástrofe. No se trata solo de cuántos de nosotros todavía estamos vivos, se trata de dónde estamos, cuando luchamos. Moriremos intentándolo, de todos modos. Mejor eso, si me preguntas “.

“¿Crees que morirás?”

Ella se movió cuando él se sentó.

‘Es una certeza. Como dijiste, no somos muchos. Lo suficiente como para librar una batalla, pero solo si cada uno de nosotros está listo para dar nuestra vida. Ella suspiró y giró para sentarse a su lado, con la mano en su muslo. “Nunca esperé tener tanto tiempo”.

‘¿No … no tienes algo por lo que te gustaría vivir? ¿Quizás alguien?

Ella sonrió y lo golpeó ligeramente en el brazo.

‘Si fuera diferente, entonces, por supuesto, me gustaría vivir. Pero no cambiaría el futuro de Addaba por esta felicidad. Ni siquiera por ti, mi hermoso hombre “.

La miró por un tiempo, tal vez memorizando sus rasgos, tal vez solo tratando de pensar en algo que decir. Dejó que se quedara el silencio, saboreando el silencio que sabía que no podía durar mucho más.

Un par de horas después, se separó de Nasha con un último beso y regresó al campamento del Cuerpo Libre. Aunque estaba casi tan oscuro como una alcantarilla subterránea, se abrió paso sin vacilar a través del laberinto de tanques, carpas y caminos. Cruzó una berma que separaba a las compañías de Addaba de varios pelotones del Nor Alba Steelwatch y giró a la izquierda para evitar el punto de control en el cruce cien metros más adelante.

Ella se congeló cuando una voz salió de la oscuridad.

“¿Un agradable paseo?”

Zenobi no dijo nada, sopesando sus opciones. Podía salir corriendo y esperar que no la hubieran reconocido. No podía ver nada de la otra persona y era probable que solo sus pasos hubieran traicionado su presencia.

“¿Has estado en ver a Nasha, Zenobi?”

Ella maldijo al reconocer la voz de Kettai. Zenobi se giró hacia el sonido, un gruñido formándose en su garganta.

‘Romper el toque de queda es grave. Socializar con extraños, aún más serio “.

‘¿Que te importa? No es que no hayas roto algunas reglas en tu tiempo. Entregarme a los oficiales de integridad y tal vez les cuente algunos de sus secretos “.

Su risa era baja, casi un toque de amenaza en su humor.

“¿Qué es tan divertido, Kettai?”

“¿Realmente no lo sabes?” Su siguiente risa fue más generosa. Ella oyó pasos. Una linterna cerrada parpadeó a la vida a su derecha, revelando su cara chata, pero poco más. Manchas de nieve y cenizas cayeron a través del resplandor amarillo. “Debes ser el único que queda en el pelotón que no lo ha resuelto”.

“¿Entendido qué?”

“Estoy con los oficiales de integridad”, sonrió. ‘Oculto a la vista, escucho su expresión. Un espía. Hay una vieja frase para eso, un agente provocador. Pruebas desde dentro, ofreciendo la tentación antes de que se vuelva vital “.

‘Entonces, ¿todo lo que has estado diciendo fue un truco? ¿Tratando de atraerme para que me delate?

‘No a ti particularmente, sí. Todo el mundo. Eres un soldado notable, nada te desvió de la causa “.

“¿Nada hasta ahora, quieres decir?”

Se acercó, a solo unos pasos de distancia.

‘Nasha es bastante guapo. Obviamente, él no está inclinado en mi dirección, así que nunca sabré nada más que eso, pero puedo ver por qué querrías divertirte un poco antes de que comiencen los asesinatos y las muertes “.

‘¿Vas a denunciarme? Para … socializar. No le he dicho nada “.

“No sabes nada que decirle”.

‘Ese es un buen punto. Pero, por favor, no ha hecho ningún daño, ¿verdad? “

“Algunos podrían decir que la desobediencia misma fue el daño”.

Zenobi no dijo nada. Como cuando había visto a Jawaahir por primera vez, sabía que cualquier otra conversación acababa de abrir el camino para más posibles recriminaciones. Ya lo había decidido; cualquier resistencia empeoraría las cosas.

“Pareces tranquilo”, dijo.

‘¿Qué más debería ser? Depende de usted lo que suceda después. ¿Que voy a hacer? ¿Matarlo, como lo intentó Tewedros? ¿Huir hacia …? Ella agitó una mano vagamente detrás de ella. ‘¿A donde? ¿Hacer que?’

Kettai sonrió y sacudió la cabeza, una especie de incredulidad impresionada.

‘Egwu te eligió bien. Tienes una columna vertebral de titanio en ese pequeño cuerpo tuyo y un corazón que arde como fuego forjado. ¿Sabes que te pueden cortar la garganta por esto, y simplemente lo enfrentas, no te preocupes en absoluto?

“Estoy preocupada”, admitió. Worried Me preocupa morir antes de tener la oportunidad de marcar la diferencia para Addaba. Pero la muerte en sí misma, eso no es algo de lo que temer “.

“Bueno, ya no tendrás que preocuparte más”. Dio un paso atrás y se dio media vuelta, levantando la linterna para iluminar su camino entre dos bloques privados. Ella vaciló. ‘En tu camino, sí. Confío en ti para luchar por la causa más de lo que confío en mí mismo “.

“¿Pero tendré que dejar de ver a Nasha?”

El se encogió de hombros.

‘¿Por qué? Tienes algo bueno, ¿por qué estropearlo? Solo recuerda que en una hora, un día o una semana podríamos recibir el comando, y desde ese momento, es Addaba primero y nada más. Nada.’

‘Yo sé eso.’

‘Por supuesto que sí. Ponerse en marcha.’

Ella lo miró largamente mientras pasaba, buscando el engaño en su rostro, pero no vio ninguno. Cuando la oscuridad la ocultó nuevamente, el alivio se apoderó de sus sentimientos y estalló en una amplia sonrisa.

Tiempos desesperados

El poder de la fe

Sin rezagados

Zona de cuarentena del Arco Palatino, dieciocho días desde el asalto

Katsuhiro lloró mientras disparaba. Se había creído privado de toda emoción por sus experiencias, pero la vista ante él sondeó una profundidad de odio hacia sí mismo que no había conocido antes. Las órdenes que se le dieron a él y a los cientos de otros soldados que cubrían los muros de cuarentena fueron brutalmente simples: destruir todos los objetivos.

Esa había sido su vida durante los últimos dos días y medio. Sesenta horas de trabajo casi continuo mientras los vivos y los muertos intentaban escapar de Poxville, el tiempo se le escapó solo para tomar siestas y descansos para comer en la pared. No era como si todo hubiera sucedido de una vez. El malestar se había extendido lentamente: primero habían llegado en unidades y de dos en dos, luego en grupos más grandes. Dos horas antes había habido una oleada, cientos de cadáveres con los ojos vacíos que avanzaban hacia las paredes, algunos viviendo entre ellos, pidiendo ayuda, tratando de escapar de la pesadilla que se apodera del gueto de cuarentena.

Nada debía llegar a la pared, ya fuera corrompido o humano. Era imposible saber, habían dicho los oficiales, quién llevaba la semilla de la corrupción dentro de ellos. Entonces llegaron por cientos, las víctimas de la peste y los refugiados, los medicamentos que se habían ofrecido como voluntarios para ayudarlos a ellos y a los cuidadores y familias autodesignados que habían elegido el aislamiento con sus seres queridos, huyendo de las abominaciones en medio de ellos.

Apretó el gatillo y la explosión láser golpeó a una mujer joven en el pecho, dejándola caer en una pila de cadáveres. Katsuhiro creía que podría haber una mancha de sarpullido en su rostro, buscando la menor justificación para no odiarse a sí mismo cada vez que su dedo se movía.

Se había convertido en un gran tirador, se dio cuenta, casi vomitando ante la idea.

Su próximo objetivo definitivamente estaba infectado por urdimbre. Una marcha cojera y la salpicadura de mucosidad de la boca colgando tenían que ser evidencia de contaminación. Tragó saliva y volvió a disparar, disparando al viejo en la frente.

El fusilado había disminuido y fluido, a veces casi constante durante medio minuto a la vez y luego muriendo a tiros esporádicos durante una hora. Ahora había un ritmo constante, destellos de rojo y azul algunas veces por minuto.

Su pistola láser gimoteó mecánicamente sobre su celda de energía vacía y liberó la mochila, desechándola con los otros tres a sus pies. Cada uno era bueno para cien disparos … Golpeó uno de sus dos paquetes restantes en el arma, lo cargó y levantó la culata sobre su hombro nuevamente.

Su puntería tembló y respiró hondo, estabilizando sus manos.

“Solo detente”, susurró, ahogándose con las palabras. ‘Por favor deje de.’

Una conmoción detrás de él lo hizo girar, otros del escuadrón haciendo lo mismo. Una mujer llamativa con un vestido azul que fluía había montado la muralla, un hombre con túnicas de color claro detrás de ella, seguida de dos mujeres con grandes libros. Con ellos vino una gran cantidad de personas vestidas de civil, y algunas de ellas con uniformes de diferentes regimientos de defensa. Cada uno llevaba una lámpara, aunque era mediodía, en la medida en que existía ese tiempo en la penumbra del asedio.

Los oficiales de defensa se apiñaron pero parecían saludar a los recién llegados en lugar de desafiar su presencia. Señalaron la almena ferrocreta y los recién llegados continuaron, extendiéndose a lo largo del tramo de la pared. La mujer que los condujo se acercó a Katsuhiro. Ella lo miró y sonrió, y la vista calmó la angustia. Ella sostenía una linterna hecha de una carcasa de artillería, pero la luz parecía emanar de su piel pálida tanto como la lámpara.

“Déjenos matar a los indignos y proteger a los inocentes”, dijo ella, sus palabras llevaban cierta distancia a lo largo de la línea de fuego. La idea llegó a Katsuhiro para dar un paso atrás y lo hizo, empuñando su arma láser.

Otros también dejaron paso a los acólitos silenciosos de la mujer, hasta que el paso de disparo fue poblado por ellos.

“¿Quién eres, señora de la luz?”, Preguntó Katsuhiro.

Un hombre mayor se adelantó, interponiéndose entre Katsuhiro y la pálida figura que miraba hacia la devastación de Poxville.

‘Ella es el Mensajero Sagrado, soldado. Bendito del Emperador “.

Mirando su resplandor contra la oscuridad de los palacios rotos, Katsuhiro podía creerlo fácilmente.

“¿Es esto seguro?”, Preguntó Olivier con voz temblorosa. Su mirada se desviaba de Keeler hacia los muertos y moría apiñada sobre el camino a unos setenta metros de la pared. Figuras tambaleantes se movieron entre ellos, algunos arrastrándose sobre las pilas de charnel, otros tratando de elegir rutas a través de los escombros a su alrededor.

“Por supuesto que no”, le dijo. ‘Te dije que enfrentaríamos a los enemigos del Emperador. No habitan en lugares seguros, no en estos tiempos “.

La verdad parecía tranquilizarlo más que cualquier lugar común, y se calmó visiblemente.

“Tu fuerza es una inspiración”, dijo.

‘Es la fuerza del Emperador, no la mía. Mi fe me conecta con él. Nos conectará a todos con Él “.

Olivier miró a lo largo de la curva de la pared y asintió. Aquí y allá, la chispa de un rayo láser escupía en las ruinas, pero mucho menos que cuando habían llegado.

“Creo que estamos listos”.

“Entonces alza tus voces en oración y permítenos desterrar este mal”.

Olivier levantó la voz, comenzando una de sus invocaciones. Keeler escuchó su corazón latir en su pecho, un poco más rápido de lo habitual. Miró fijamente la llama dentro de su lámpara de concha, observando el baile de la luz sobre el metal ennegrecido. La voz de Olivier se convirtió en un trasfondo de sus pensamientos como lo había hecho en el bastión. Se le unieron el resto de los Portadores de la Luz que los habían acompañado, casi cuatrocientas almas.

Cada uno de ellos era una luz, un parche de brillo en la oscuridad de la sombra de Horus. Keeler podía sentir esa sombra opresiva sobre el palacio tanto como el crepúsculo de cenizas y humo que oscurecían tanto el sol como las estrellas.

También sintió de nuevo el alma del Emperador, aunque en lugar de un árbol se sentía más como una cúpula, los cielos mismos. Pero no todo estaba bien. La cúpula fue asaltada desde afuera, su superficie se ennegreció como el interior de la lámpara, la acumulación demoníaca se hizo más espesa, en lugares suficientes para sofocar la luz desde adentro.

Keeler sintió que su respiración se cortaba en jadeos, el pánico la amenazaba. Casi sin darse cuenta, una mano se deslizó entre las suyas, agarrando los dedos. Sintió la cercanía de Sindermann y se relajó.

La luz. Volvió a pensar en eso otra vez, tomando la iluminación del Emperador y lanzándola como una llama en sus pensamientos. Ella dejó que el calor aumentara, convirtiéndose en un infierno de éxtasis. No sabía nada más, ni la pared debajo de sus pies, los hombres a su lado, los cientos de almas a lo largo de la pared y dentro de las ruinas. Pero sí vio las manchas, las manchas en la tela de la visión del Emperador.

A estos dirigió las llamas, sus labios se movieron cuando las palabras le llegaron sin darse cuenta.

‘Con el emperador soy justo. Con su luz la oscuridad se rompe. Con el fuego de la pureza purgo a los impíos “.

“¡Mira!” Gruñó Olivier.

Keeler abrió los ojos. Desde las ruinas del Arco Palatino, docenas de figuras aparecieron a la vista. Cada uno era humano, pero obviamente estaba retorcido o infectado de alguna manera. El fuego ardía en su piel, consumiéndolos desde el interior mientras se agitaban contra las paredes y huían sobre los escombros, los cuerpos se desmoronaban como cenizas al caer.

"¡Alabado sea el Emperador!", Gritó Keeler, sintiendo el poder fluir a través de ella.

La llamada se hizo eco, débilmente al principio, y luego nuevamente con mayor vehemencia.

"¡Alabado sea el emperador!"

Los gritos entusiastas del moribundo Neverborn se ahogaron con el tercer grito triunfante, las palabras salieron de los labios de los soldados y de los Portadores de la Luz.

"¡Alabado sea el emperador!"

La repentina elevación de la fe arrasó a Keeler como un huracán, por lo que sintió como si su alma ascendiera en un viento caliente. Ella se lo llevó, perdiendo la sensación de su cuerpo, y en ese momento se encontró volando sobre los jardines de la fe.

El gran árbol del Emperador extendió sus ramas contra un crepúsculo que caía, más sombrío que antes. Nubes oscuras se reunieron alrededor de la copa de los árboles, salpicadas de rayos malévolos.

Keeler corrió más cerca, ya no caminaba, pero con alas como el aquila, emplumado con pura fe.

Por unos segundos pensó que podría llegar a las ramas que deseaba con tanta fuerza, pero cuando se acercaba a ellas sus alas comenzaron a desvanecerse. Ella no se cayó, sino que descendió ligeramente al suelo, arañando el aire con las manos como si pudiera trepar por el espacio entre ella y el Emperador.

A través de las lágrimas, vio que las cadenas que unían las ramas al suelo se habían vuelto más gruesas y más numerosas. Cada uno era como un gran cable de acoplamiento, más ancho que sus hombros, y pensó que podía distinguir la escritura grabada en cada enlace.

Ella volvió a caer en su cuerpo antes de que pudiera leer las palabras.

Pasó algún tiempo antes de que se volviera a familiarizar con su forma física, aunque debieron haber pasado solo unos momentos desde su partida. Se sentó, de vuelta contra la almena, Sindermann se inclinó sobre ella con preocupación. Ella le dedicó una sonrisa de seguridad, pero no podía hablar, robada de palabras por su experiencia.

El ex iterador disuadió a otros que intentaron acercarse, Olivier entre ellos. Uno de los soldados se acercó desde el otro lado, el hombre de aspecto delgado que le había hablado antes.

“¿Fue eso …?” Él miró hacia atrás sobre la pared. ‘¿Cómo pasó eso?’

Keeler le tendió la mano y el hombre la ayudó a ponerse de pie.

“El Emperador protege”, le dijo, entregándole la lámpara de concha. Alzó la voz y se dirigió a Olivier y a los demás que estaban cerca. ‘Habrá otros momentos en que se nos necesite, cuando el mal de Horus y sus aliados tome forma. Nuestra fe será la luz que los desterrará al abismo que los genera “.

Puerto espacial de Lion’s Gate, núcleo de tropophex,

diecinueve días desde el asalto

Avanzando hacia la terminal de monorraíl iluminada en compañía de sus guerreros, Forrix vio el túnel al final de la luz. Tres líneas cruzaban su avance, separadas por amplias plataformas rotas por hileras de pilares. Una ráfaga de rondas de bólter saludó la llegada de los Guerreros de Hierro, rompiendo las baldosas en la pared y la puerta de entrada, golpeando la armadura ya muy castigada. Los enemigos con armadura amarilla acechaban detrás de muchas de las columnas y a lo largo de las pistas

hundidas. El chasquido de los cerrojos y el crujido de las botas blindadas en las baldosas destrozadas resonó de un lado a otro a través de la estación abierta.

Los guerreros de la IV Legión se separaron, rompiendo a la izquierda hacia los túneles y directamente delante de los enemigos más cercanos. El ruido de sus bolters sonó mal en el oído de Forrix, como tos en lugar de ladridos, tan cerca del punto de falla como los que los llevaron. Del mismo modo, su armadura gimió, crujió y gimió con cada movimiento, silbando y gruñendo por el daño de la batalla y la falta de mantenimiento.

La propia armadura de Forrix se había aferrado al tobillo izquierdo, dándole una cojera incómoda. Durante los últimos cuatrocientos metros del avance, adoptó una marcha casi en forma de cangrejo, y Bolter se apretó con fuerza sobre su pabellón izquierdo, observando a simple vista a lo largo de su longitud.

“Si te quedas atrás, te quedas atrás”. No fue el discurso más inspirador que Forrix había pronunciado, pero transmitía todo lo que sus cansados legionarios necesitaban saber. “Sigue empujando hacia adelante”.

Llegó a un pilar cuadrado y casi cayó sobre él, girando en el último momento para apoyar su mochila contra las baldosas azules y blancas. Una mirada hacia arriba mostró un techo abovedado con amplios arcos de plasteel, el hormigón rocoso entre grietas y gotas de polvo. El bombardeo fue distante, apuntando a otra parte del puerto espacial, pero sus efectos aún eran obvios.

‘Triarch! Estoy leyendo varias señales de armadura de poder en las cercanías “, informó Allax desde el siguiente pilar, a unos treinta metros más cerca de la pista.

‘Si. ¡Los ocupantes nos disparan! “, Gritó Forrix.

“No, aún hay más”. Allax hizo un gesto con la mano libre hacia los túneles y hacia arriba. “Difícil de precisar, pero puntajes, tal vez cientos de señales”.

‘¿De los túneles? ¿Estás seguro? “, Preguntó Forrix, con el corazón hundido. No había otra salida.

La respuesta de Allax fue interrumpida por un rayo de energía roja que atravesó el pilar y salió de su pecho.

“¡Lascannon!”, Gritó la advertencia desde detrás de Forrix, demasiado tarde para Allax. La armadura del legionario se derrumbó sobre sus rodillas y luego cayó hacia adelante. El auspex todavía estaba abrochado en una mano, el brillo verde de su pantalla parpadeaba sobre las baldosas.

“¡Encubrir el fuego!”, Ordenó Forrix. Rodeó el pilar y soltó tres rondas, apuntando hacia los borrones amarillos más cercanos. Una ráfaga de fuego estalló a su alrededor y él se cubrió, cojeando lo más rápido que pudo hacia el cuerpo de Allax. Una ronda de rayos detonó en su mochila, rociando la parte posterior de su cabeza con fragmentos calientes. Mientras se agachaba debajo del agujero dejado por la explosión del cañón láser, sintió que la sangre le caía por el cuello.

Lo ignoró y sacó el auspex de los dedos de Allax. La primera mirada confirmó que había lecturas en la dirección de los túneles y en el mismo plano que los Guerreros de Hierro. Forrix se deslizó hasta agacharse, el auspex cayó de sus dedos.

Todo había sido una apuesta ridícula.

Si realmente hubiera examinado el plan, en lugar de simplemente aceptarlo como Perturabo le había ordenado, habría visto que se necesitaban muchos factores para tener éxito. Demasiados, había resultado.

Revisó su munición. Siete balas en su arma, otra revista de veinte mag-lock en su muslo. Se corrigió a sí mismo, sacando la revista del bólter desechado de Allax y colocándola en su repuesto. Otros seis tornillos.

Fue inútil. El único objetivo razonable que quedaba era matar a tantos enemigos como fuera posible. Intentar escapar haría eso más difícil. Forrix estaba a punto de ordenar a sus guerreros restantes que se mantuvieran

firmes y murieran luchando cuando una mancha naranja en la pantalla del auspex a sus pies llamó su atención.

“Eso es descarga de armas …” murmuró para sí mismo, inclinándose hacia delante para recuperar el dispositivo de escaneo. Lo volteó hacia los túneles. Las firmas de energía se hicieron más fuertes.

Como en confirmación, su voz zumbó a la vida, repicando tres veces para indicar una transmisión de canal de comando de largo alcance. Subvoca la aceptación.

‘Este es el Capitán Rannock, comando subordinado de la Tercera Lanza. Se supone que nadie debe estar en esta zona de guerra. ¿Quien es este?’

‘Triarch Forrix. ¿Esperabas a alguien más? “

“Triarca … ¡Pensamos que estaban todos muertos!”

‘No eran. Estamos en la terminal del monorraíl. Muy comprometido. ¿Cuál es tu situación?

‘Hemos sido posicionados para detener un contraataque en este eje. Hay una fuerza significativa de Puños Imperiales y auxiliares que se dirigen más allá de tu posición. Hora de llegada en menos de cinco minutos “.

“¿Puedes venir a nosotros?”

‘No mis órdenes, triarca. Si lo ordenas, intentaremos … “

‘No. No tiene sentido arriesgar tu misión. Nos acercaremos a usted “.

“Enviaré cinco escuadrones para que se unan”.

‘Bueno. Tendremos compañía cuando lleguemos. Forrix fuera “.

Forrix se puso de pie, evitando el agujero en el pilar, y ató el auspex a una abrazadera de cinturón. Sintonizó su voz a la dirección general.

‘Todos los legionarios hacen velocidad para los túneles. Cubrir y avanzar por tres. Si no tienes un tres, haz parejas. Fuego supresivo máximo. Tenemos dos minutos para salir de esta estación “.

El fuego de los Guerreros de Hierro se intensificó de inmediato. Forrix miró a su alrededor y descubrió que sus compañeros más cercanos eran Gharal y un legionario llamado Dexalaro.

“Sobre mí”, los llamó, moviéndose para disparar una ráfaga a través del agujero del cañón láser. “Dexalaro, sigue adelante”.

Cubrieron los siguientes cien metros de esa manera, dos cubriendo el tercero de principio a fin. A su alrededor, el resto de la fuerza hizo lo mismo, aunque el fuego de retorno de los Puños Imperiales creció en respuesta, convergiendo en los más cercanos a los túneles.

“¡Sobre la barandilla y luego corre!”, Gritó Forrix. Una veintena de marines espaciales se cubrió con él, cubriendo los veinte metros hasta el borde de la plataforma mientras los rayos gritaban a ambos lados. Forrix casi cayó en la brecha, aterrizando pesadamente contra uno de los otros legionarios. Mientras los Guerreros de Hierro se arrojaban contra el borde de la plataforma para renovar su fuego, la siguiente ola golpeó la plataforma.

Forrix escuchó un grito y se volvió para ver a Gharal sobre una rodilla, la armadura del muslo destrozada, la sangre corriendo. Trató de levantarse, pero los Puños Imperiales eran despiadados, su fuego seguía hacia él como una manada de lobos oliendo presas heridas. Otra ronda atrapó a Gharal en el pecho, un momento antes de que un tercer rayo explotara contra su hombro. Tres erupciones sucesivas más lo golpearon hacia atrás, su bólter salió volando de su agarre.

Forrix lo vio rodar sobre su vientre, arañando su propia sangre. A través de una lente rota, el capitán miró al triarca.

“Quedarse atrás …” jadeó Gharal. Dejó de gatear y extendió la mano para recuperar su arma. ‘Dejado atrás.’

Jurando, Forrix miró hacia otro lado y echó a correr, cojeando a lo largo de la barandilla entre sus guerreros. Escuchó el chasquido del bólter de Gharal mientras continuaba disparando.

Se sintió como una eternidad antes de que la oscuridad del túnel lo tragara, pisando fuerte en los confines repentinos. Un destello adelante, lámparas de traje a otros doscientos metros de distancia, lo arrastraron hacia adelante.

No miró hacia atrás.

Sanción definitiva

El ejército oculto de Dorn

Una pancarta desplegada

Galleria Formidus, Senatorum Imperialis, veinte días desde el asalto

No era frecuente que Amon sintiera la necesidad de demostrar obediencia a sus superiores, pero no resistió su impulso de arrodillarse ante el capitán general.

‘Te he fallado.’

Su confesión se sintió pequeña e inútil, perdida en la extensión de la Galleria Formidus, que se arqueaba cien metros sobre sus cabezas y se extendía tres kilómetros de punta a punta. Una vez una concurrida vía entre las cámaras del Senatorum Imperialis y la Torre Auris de los Custodios, ahora estaba desierta pero para la pareja.

“¿Falló?” Valdor le hizo un gesto a Amon para que se pusiera de pie, pero lo ignoró, decidido a dejar en claro la profundidad de su contrición.

‘El peligro demoníaco continúa. Se intensifica, de hecho. La fe en la noción del Dios Emperador se está extendiendo más rápido que nunca. Keeler y sus Portadores de Luz son casi un millar de devotos ahora y más sectas se están dando a conocer públicamente, ya no temen ser amonestados “.

“Levántate”. Las dos palabras se emitieron con tanta vehemencia que Amon tuvo que cumplir. El comandante de los Custodios Legio apretó la mandíbula y Amon se preparó para su castigo. “Esta autoflagelación es impropia de un Custodio”.

Valdor se volvió y le hizo un gesto a Amon para que continuara junto a él, hacia los pasillos del Senado donde se dirigía cuando Amon lo alcanzó. Su expresión permaneció severa.

‘Te encargué que investigaras un solo incidente de comportamiento desagradable. Es posible que haya asumido la responsabilidad de lanzar una cruzada con una sola mano contra el surgimiento de la fe y una invasión demoníaca, pero esa nunca fue mi orden “.

Amon aceptó esto en silencio.

“Voy a hablar con Malcador, me alegra que me acompañes”.

‘No creo que sea el curso de acción más sabio. El Regente claramente tiene su propia agenda en este asunto, ya sea que la comparta o no “.

Valdor lo miró bruscamente.

“¿Crees que trabaja en contra de la voluntad del Emperador?”

Amon no respondió de inmediato, cuidadoso de sus palabras. Cuando habían avanzado unos cuantos pasos más, con pisadas resonando a lo largo del gran camino de mármol y oro, dio su respuesta.

“No creo que ninguno de nosotros conozca la voluntad del Emperador, no sobre ningún tema específico”. Amon controló su tono, tratando de evitar implicaciones de acusación o queja. ‘Solo tenemos el pasado y nuestro propio consejo para guiarnos. ¿A menos que tenga algún contacto oculto? “

“No, tienes razón”, admitió Valdor con un suspiro. ‘No he estado en comunión con el Emperador por algún tiempo. Solo podemos hacer conjeturas sobre cómo vería la situación actual, y en eso debemos confiar en la sabiduría de Malcador tanto como en la nuestra “.

‘En otros asuntos, no dudaría en estar de acuerdo. Pero este es un directo directo contra el Emperador, y también un alarde de uno de sus decretos más enfáticos. Yo estaba en-‘

‘Sí, Monarchia. Sin embargo, estaba en Nikaea y, sin embargo, veo que incluso Rogal Dorn vuelve a usar su Librarius. El Emperador no ha emitido nada para castigarnos por lo que debe aceptar que se percibiría como un crimen aún mayor “.

‘Todo gira en torno al mismo principio de la Verdad Imperial, ¿no es así? Fe y psíquicos. Intrincadamente vinculado “.

Siste Las Hermanas del Silencio tuvieron a Keeler durante muchos meses. No detectaron ningún talento psíquico dentro de ella “.

Amon comprobó los argumentos que le vinieron a la mente. En cambio, se centró en los aspectos prácticos.

‘Keeler está acumulando demasiado poder. Si continúa, será más difícil eliminarla “.

“¿Quitarla?” Valdor frunció el ceño. “¿Pensé que ella tuvo algún éxito en desterrar estas incursiones?”

‘Las incursiones continúan creciendo en frecuencia y magnitud, por lo que no haría ningún reclamo sobre su eficacia. De hecho, cuanto mayor es la influencia de los Portadores de Luz, mayor es la actividad demoníaca “.

‘Entiendo que aún no hemos visto nada más potente que estos híbridos de carne de urdimbre. ¿Es eso cierto?’

‘Siendo por el momento. Como Malcador especuló, parece que se requiere cierto enfoque físico. La sala del Emperador sigue manteniendo a raya cualquier manifestación pura del Nunca Nacido. Aun así, solo puede ser cuestión de tiempo antes de que los primarcas corruptos puedan romper la barrera. Deberíamos suponer que Angron, Mortarion y los demás pronto atacarán directamente los muros “.

‘Se lo pasaré a Rogal Dorn. Malcador me informó que Keeler cree que puede haber alguna figura central o grupo responsable de los hechos “.

“Ella ha compartido esa teoría conmigo”.

“¿Lo ignoras?”

‘No, pero la especulación es improductiva. La conexión con la Guardia de la Muerte y el poder que ahora sirven es evidente. Si tienen operativos, simpatizantes o aliados involuntarios dentro del Palacio no cambia las cosas “.

‘Esta fascinación con los Portadores de Luz parece ser personal. Es una distracción de la tarea de combatir a los demonios “.

‘Los dos están vinculados. La fe está creciendo en correlación con la presencia demoníaca. Todavía tengo que determinar si hay causalidad y en qué dirección. No niego mi disgusto personal por la creencia equivocada en el Emperador como una deidad, pero no podemos ignorar la evidencia “.

Amon respiró hondo y se preparó para lo que vendría después.

‘Creo que incluso si ella no es directamente responsable del ataque demoníaco, la creciente influencia de Keeler es una amenaza. Es demasiado tarde para encarcelarla nuevamente, y como vimos con Sindermann, ella tiene asociados que encontrarán formas de ayudarla y promulgar su credo “.

“¿Propones matarla?” Valdor hizo la pregunta sin señal de sorpresa o juicio. ‘Para ser claro.’

‘Sí, capitán general. Si ella es la fuente de las brechas demoníacas, terminarán. Si no, todavía hemos restringido el surgimiento de un peligroso demagogo antiimperial “.

Continuaron en silencio durante varios minutos. Amon sabía que no debía pedirle una respuesta a su superior, sino que revisó su propio plan para la ejecución en caso de que Valdor lo pidiera. Estaban casi en la puerta de entrada a los pasillos del Senatorum Imperialis cuando Valdor habló.

‘No. Keeler no debe ser dañado “.

No estaba en la naturaleza de Amon cuestionar el juicio de sus superiores, pero no pudo contener su pregunta.

“¿Qué bien logramos al dejarla vivir?”

“El enemigo de mi enemigo …” Valdor se detuvo, a unos cincuenta metros de los escalones que conducían a las puertas selladas. Dos custodios estaban de guardia en el portal, con su armadura áurica parcialmente oculta detrás de los abrigos blancos que indicaban que habían sido asignados como guardaespaldas de Malcador.

“Horus envió un asesino después de Keeler”, continuó Valdor. ‘Hasta que ella presente una amenaza comprobable para la seguridad inmediata del Emperador, tomo orientación de ese hecho. Si los renegados desean la muerte de Keeler, te sugiero que nos interese mantenerla con vida. Bien puede ser por los mismos actos que vemos ahora que se ordenó su asesinato “.

“No lo había considerado”, admitió Amon.

“Tomaré el mando de la lucha más amplia contra los demonios, en concierto con la Hermandad Silenciosa”. Levantó un dedo para detener las siguientes palabras de Amon. ‘Esto no es una advertencia, simplemente practicidad. Necesito que te concentres en la causa. La amenaza se ha expandido mucho más allá de la intención original de su investigación, por lo que le ordeno que se concentre en ese primer propósito. Examina a Keeler y a los Portadores de Luz, y determina con certeza si hay una conexión entre ellos y los ataques de Neverborn. Si lo hay, lo trataremos adecuadamente. Si no, podemos hacer uso de ellos y ahorrarnos la distracción “.

Amon se arrodilló de nuevo, esta vez por gratitud por un renovado sentido de propósito.

“Como quieras, así que obedezco”.

Himalazia, lugar no revelado, veinte días después del asalto

La emoción recorrió la base de concentración, pasando de un campamento a otro como un virus.

La orden de ataque había llegado.

Para el Cuerpo Libre de Addaba, las siguientes doce horas se gastaron esperando que sus regimientos acompañantes se prepararan. Zenobi y sus compañeras tenían poco que hacer aparte de empacar sus mochilas y asegurarse de que estuvieran listas para marchar. Sus armas pesadas perdidas habían sido reemplazadas por donaciones de otros regimientos, junto con otros suministros, como las raciones que habían estado comiendo

mientras esperaban su nueva misión. El punto de reunión había sido bien ganado: evidentemente, Dorn esperaba que sus reservas aquí, y tal vez en otros lugares alrededor del Himalazia, estuvieran esperando algún tiempo.

A diferencia del saqueo de su primer tren de transporte, esta vez los soldados de Addaba no se cargaron con suministros innecesarios. Solo tomaron paquetes de energía, granadas y cualquier otra cosa que pudiera usarse para pelear. Para ellos, la guerra casi había terminado, el día de gloria sobre ellos.

"¿No vas a ver a tu amante?", Preguntó Menber, cuando él y Zenobi se quedaron lavando las bandejas del escuadrón después del desayuno.

'No. Nos despedimos todas las noches como si fuera la última vez. No hay necesidad de hacer esto difícil ".

"¿Quieres decir más difícil?"

'No. Esto es lo que hemos estado esperando. Estoy feliz de que esté aquí ".

Egwu los reunió para dirigirse a todo el cuerpo. Un par de transportes blindados de comando habían sido liberados de una de las otras formaciones y fue sobre una de ellas que habló el capitán general, con la voz amplificada por los emisores de voz de abajo.

'Ahora es el día de nuestra primera y última prueba. Rogal Dorn ha enviado un mensaje para que la fuerza de reserva avance en el puerto espacial Lion's Gate. Está muy disputado, la fuerza de los Puños Imperiales y sus aliados coincidió con el poder de los Guerreros de Hierro y sus partidarios ".

Caminaba por el techo del vehículo, bastón en mano.

'El momento del ataque será crucial, me han dicho. Esta fuerza, esta columna mecanizada, llegará a lo largo de un eje que girará el flanco de las fuerzas del Señor de la Guerra. Se montará un contraataque desde el interior del Palacio cuando el golpe de este ejército caiga, atrapando desprevenidos a los Guerreros de Hierro ".

Ella dejó de caminar y tomó el bastón con ambas manos, mirando a los escuadrones clasificados de sus compañías.

‘Lord Dorn ha impresionado al personal de comando la necesidad de este ataque. Es el compromiso que él ha estado esperando, uno al que hemos sido entregados por el destino para presenciar. La posición de las fuerzas del Emperador será insostenible si este ataque falla. ¡No necesito decirte lo feliz que me hace eso! Esta es la batalla que nuestra causa ha necesitado. Esta es la oportunidad de probarnos a nosotros mismos que hemos querido durante siete años. Algunos de ustedes serán detallados con preparativos operacionales especiales. El resto del Cuerpo Libre estará listo para mis comandos “.

Ella inclinó la cabeza y su voz apenas era audible incluso sobre los emisores de voz.

“Pronto el esfuerzo, el sacrificio y la sangre que hemos derramado serán dignos”.

Las compañías fueron despedidas y un silencio tenso descendió sobre su campamento, preñado de expectativa. Estas últimas horas fueron las peores para Zenobi, mucho más insoportable que las semanas y meses anteriores. Estar tan cerca y aún no alcanzar su objetivo hizo que cada minuto pasara con tortuosa lentitud.

Al mediodía, la fuerza de reserva estaba casi lista para mudarse. Algunas compañías de exploración ya habían sido enviadas para proporcionar reconocimiento en la ruta al Palacio Imperial. El Cuerpo Libre se dirigió a la carretera principal, trayendo consigo sus nuevos cañones láser, bólter pesado, morteros y otras armas. Corriendo a lo largo de la base cerrada, un viaducto les dio un punto de vista que miraba a través de los regimientos tanto históricos como recién levantados.

Zenobi y el primer escuadrón recibieron la llamada para atender a Egwu. Ella comenzó a temblar mientras marchaban por el camino hacia la cabeza de su columna. Los recuerdos acudieron en busca de atención, de familiares y amigos, el tiempo pasado en la línea y las experiencias que había tenido

desde que dejó Addaba. Todo se amontonó en sus pensamientos, llevándola a ese momento y lugar.

Tanto trabajo, tanta pérdida, todo en nombre del Emperador. Era este pensamiento el que ella sostenía mientras trepaba a la parte superior del vehículo de comando, asistida por Menber y Kettai.

Egwu esperó allí, Jawaahir al lado. El alto oficial de integridad le dedicó una breve sonrisa al abanderado y con un simple movimiento de dedo le indicó que se colocara al lado del capitán general.

El smog de cientos de motores ennegreció el cielo, lo que se sumó a la penumbra de los cielos llenos de suciedad. El trueno de los tanques y transportes, algunos del tamaño de las manzanas de la ciudad, creó una ola de sonido ensordecedor que reverberó desde las laderas de las montañas, un asalto a los oídos ya adormecidos por los vientos del alto Himalazia.

El gruñido de las voces de las máquinas casi ahogó los gritos humanos, incluso los amplificados por los emisores. Las clarificaciones electrónicas aullaron en el torbellino de ruido, sonando el avance o el stand-to, sus llamadas moduladas se superponían.

Todo fue un movimiento repentino, el polvo ondeando de las pisadas y botas por igual.

“Esto es todo”. El Capitán General Egwu no levantó la voz, pero sus palabras fueron transmitidas por las lenguas de quienes estaban bajo su mando. “Todos estén listos”.

A su lado, Zenobi Adedeji jugueteó con la portada de la pancarta que llevaba, con los ojos parpadeando entre el comandante de su compañía y la escena del alboroto organizado que se representaba alrededor de los soldados de Addaba Hive.

“Todo lo que hemos hecho, los juramentos que hemos hecho, las dificultades que hemos soportado, ha llevado a este momento”. Ahora Egwu gritó, no solo para ser escuchado, sino lleno de pasión. Su ojo restante miraba de par en par entre las cicatrices de quemaduras que cubrían

la mayor parte de su rostro, el tejido fresco rosado contra su piel oscura. ‘¡Ahora es el momento de atacar al enemigo! Nuestras familias trabajaron y murieron para entregarnos a este lugar. Nuestro coraje y determinación nos han llevado hasta aquí. Puede que no vivamos más allá de este día, ¡pero nuestras obras sí lo harán! “

“¿Ahora?”, Preguntó Zenobi, con la voz temblorosa de emoción, una mano temblorosa extendiéndose hacia la cubierta del estándar.

“Sí”, dijo el capitán general. ‘Ahora.’

La cubierta se agitó del agarre de Zenobi y la pancarta se desplegó mientras agitaba el poste, saludada por un rugido de los soldados dispuestos a lo largo de la carretera. La emisora captó su grito cuando la tela se enderezó para revelar una bandera roja, un ojo negro estilizado bordado sobre ella, los nombres de miles de familias Addaba cosidas en largas filas debajo.

‘¡Por la libertad! ¡Por Addaba! “, Gritó ella mientras el fuego láser cobraba vida a su alrededor. Una serie de detonaciones agudas resonaron en la base, columnas de fuego amarillo que estallaron dentro de las columnas del tanque y baterías de artillería por cargas de demolición ocultas esa mañana. “¡Para el señor de la guerra!”

Dorn capitula

Hierro destrozado

Una terrible revelación

Bastión de Bhab, veintiún días desde el asalto

De pie en la plataforma central del Grand Borealis Strategium, Dorn volvió la cabeza hacia un lado y luego hacia el otro, notando un cambio en la atmósfera. Había sido la primera vez en una semana desde que había podido regresar, obligado a prestar su presencia física a las batallas más apremiantes por el muro. Sus hermanos hicieron lo mismo, cada uno de ellos necesitaba más lugares de los que podían reforzar, pasando de una zona de batalla a la siguiente sin pausa. Solo la necesidad de conservar su visión general del asedio lo había traído de vuelta.

Hubo murmullos. No la conversación tranquila de los informes que se hacen, las comunicaciones que se transmiten. Murmullos de inquietud. Vio a los ayudantes del Ejército Imperial corriendo de una pantalla a otra, intercambiando miradas preocupadas. Los pocos oficiales restantes de los Puños Imperiales, aquellos con heridas nuevas o lesiones más antiguas que les impedían pelear, se reunieron en grupos conspiradores.

Uno de ellos, el capitán Vorst, se separó y cojeó por el estrado tan rápido como lo permitió su pierna augmética. Dorn lo miró sin comentarios mientras subía los escalones hacia la plataforma de comando. La mano del capitán se elevó a su plastrón y cayó rápidamente en un saludo apresurado.

“Lord Dorn, se ha perdido todo contacto con el puerto espacial de Lion’s Gate”.

La actitud agitada de la nave estaba en desacuerdo con el comportamiento normalmente tranquilo que lo hacía tan adecuado para su posición. Incluso con noticias tan trascendentales, Dorn no podía permitir ninguna laxitud en la disciplina.

“Manténgase firme, capitán”. La mirada de Dorn captó el gran barrido del estrado. “Otros te están mirando, por ejemplo”.

“Disculpas, Lord Dorn”. Vorst se enderezó lo mejor que pudo con un crudo trozo de metal por una pierna, golpeando su puño contra su pecho en un saludo más agudo.

“¿Cuándo fue la última comunicación?”, Preguntó Dorn.

‘Hace treinta minutos. El teniente comandante Haeger informó que el enemigo estaba a menos de cinco kilómetros de los puentes aéreos, mi señor. El Capitán Sigismund había retirado todas las fuerzas restantes de la Lanza Estelar para contener la amenaza “.

“¿Y cuáles son las disposiciones enemigas ahora?”

“Desconocido, mi señor”. Vorst levantó la vista hacia la larga línea de terminales de sensores en el nivel superior. “Todas las comunicaciones y escáneres están atascados”.

‘¿Cómo? Tenemos los conjuntos de topógrafos más potentes y sofisticados del Palacio “. La magnitud de tal evento explicaba la incomodidad de su inquietante.

‘Parece que los sistemas de escaneo y acoplamiento del puerto espacial se han dañado, mi señor. Invertidos, de modo que bloquean todos los análisis de espectro imaginables y la frecuencia de comunicaciones. Está silenciado y oscureció todos los vínculos que tenemos con las fuerzas internas “.

Dorn tragó su reacción inmediata, que consistía en exigir cómo tal cosa era posible. Si hubiera una explicación, habría sido ofrecida, incluso si fuera altamente especulativa. Otra pérdida reciente de comunicación me vino a la mente.

“¿Algún informe adicional sobre la fuerza de socorro en la estación Ultima?”

‘Vox-charla dispersa. Como se informó anteriormente, parece que se introdujo un elemento rebelde en el campo de ayuda, mi señor. Nadie está seguro de cómo. Atacaron el campamento desde adentro. Pasarán otras

dieciocho horas antes de que estén en cualquier estado para organizar una ofensiva “.

Dorn apretó los dientes con los puños apretados. El momento fue desastroso. Aunque tenía otras reservas, de mucha menos fuerza, la fuerza de Ultima había sido posicionada idealmente para atacar detrás de las líneas de asedio en ese momento. Parecía más que una coincidencia que los traidores deberían atacar desde dentro, ya que su necesidad era mayor.

Historias similares habían estado llegando desde el otro lado del Palacio. Unidades del Ejército Imperial que no responden a las órdenes. Otros desaparecen por completo. Los renegados, desde unas pocas docenas de individuos hasta regimientos enteros, se estaban volviendo contra sus compañeros, matando a tiros a antiguos camaradas, llevando sus tanques y artillería a posiciones leales. Algunos incidentes se habían convertido en un fenómeno mucho más mortal en las últimas doce horas.

Todo se estaba convirtiendo en un crescendo muy esperado.

“Esto es todo”, dijo el primarca. “Él vendrá ahora”.

‘¿Es qué, mi señor? ¿Quien viene?’

‘Perturabo. El señor del hierro. Este es su golpe maestro, piensa. Cegados, cortados, nuestras fuerzas están listas para ser arrastradas por su llegada. Un final autocomplaciente a su victoria “.

‘¿Porqué ahora?’

‘Sigismund se ha centrado demasiado en los puentes. También se olvidó de que necesitaba defender a la Lanza Estelar. Dorn dejó libre su ira acumulada, golpeando con el puño la palma de su otra mano. Vorst retrocedió un paso, horrorizado por esta exhibición inusual de su señor. ‘Esto siempre ha sido una batalla por los muelles, no por los puentes. Con las armas superiores desbordadas o cegadas, mi hermano traidor puede traer tantos barcos como quiera. Puede aportar la fuerza que necesite para invadir las terminales del puerto espacial “.

“Titan transporta”, dijo Vorst, silenciado por la idea.

“O una barcaza de batalla”, gruñó Dorn. Volvió la mirada hacia arriba, como si mirara a la órbita, imaginando a su hermano en el puente de la Sangre de Hierro. ¿Sería melancólico o exultante? Su primera victoria en Terra estaba al alcance de la mano. ¿Cómo se sintió al dar un paso más cerca del Palacio Interior?

“¿Órdenes, Lord Dorn?”

El primarca se dio cuenta de que era la segunda vez que preguntaba.

‘Alerta a todas las fuerzas en la Puerta del León. Prepara ataques de fuego y sally de apoyo para cubrir la retirada en el puerto espacial. Sigue intentando señalar a Segismundo. Debe ordenar un retiro completo y estratégico a los puentes y luego a la Puerta del León “.

‘¿Retirada?’

‘El puerto espacial ha caído, Vorst. Es solo cuestión de tiempo, y cuántos de nuestros guerreros podemos sacar de debajo de las armas enemigas. Todos los soldados salvados hoy lucharán mañana “.

Se dirigió hacia los escalones, alcanzando el casco que colgaba de un soporte en la parte posterior de la plataforma.

“¿Te vas, Lord Dorn?” Vorst corrió tras él.

‘Si. Prepara mi cañonera y mis Huscarls “.

Había combinado ingenio y voluntad con Perturabo a través de sistemas estelares, líneas de asedio y muros de palacio. Ahora era el momento de enfrentar a su hermano en persona.

Puerto espacial Lion’s Gate, exterior de tropophex,

veintiún días desde el asalto

La espada de Segismundo atravesó el bólter del Guerrero de Hierro que lo enfrentaba. La cuchilla detonó la ronda en la recámara, de modo que su espada estaba encendida mientras cortaba profundamente el yelmo del legionario. El guerrero de la IV Legión tropezó hacia atrás, la sangre volando. Sigismund lo siguió, implacable, clavando el punto en la garganta de su objetivo.

A su alrededor, bólter y espada hicieron una cacofonía de guerra, pero luchó como en una burbuja de silencio. La batalla se había extendido a los vestíbulos y galerías alrededor de los puentes aéreos, de modo que las naves de combate y los cañones antiaéreos rugieron y tronaron arriba mientras las baterías de armas sobre la piel del puerto espacial seguían el fuego a través del combate cuerpo a cuerpo, buscando enemigos de oportunidad. Los leales y los traidores estaban demasiado enredados el uno con el otro como para diferenciar a amigos y enemigos, como dos combatientes con cuchillas en las tripas y las manos unidas a las gargantas del otro.

Pasando junto al cadáver que caía de su enemigo, Sigismund no miró al siguiente Guerrero de Hierro, sino más allá de él, a la gran conflagración que había estallado alrededor de las terminales del monorraíl y los inmensos arcos que conducían a las plataformas exteriores. Dreadnoughts y tanques se lanzaron a dúo a lo largo del frente de la estación de kilómetros de ancho, mientras que en la distancia más lejana miles de otros fluyeron como una marea de armadura de poder, ya que las últimas fuerzas se comprometieron con esta batalla final.

Muy por debajo, donde los mortales podían respirar el aire contaminado, cientos de miles de soldados del Ejército Imperial trabajaron contra la horda de renegados, bestias y mutantes, pero su guerra fue sin victoria, incluso si el costo seguía aumentando: el destino del puerto espacial sería se decidirá en las próximas horas a las puertas de los puentes aéreos.

Agachándose debajo de una espada de cadena, Sigismund disparó su pistola de pernos contra la placa frontal de un legionario, siguiendo los pernos con el filo de su espada. Dejó que otra arma de dientes rugientes rebotara en su caldero angulado, el golpe se desvió de su cabeza, exponiendo el cuello del portador a un corte hacia abajo.

“¿Dónde está Abaddon?”, Gritó, liberando su frustración a través de su dirección externa. No había señales de los Hijos de Horus en el punto del ataque enemigo.

Su voz crepitó, pero no en respuesta a su desafío. La voz que llegó a través de la estática era la del teniente comandante Haeger.

“Capitán, tengo una transmisión entrante de Lord Dorn”.

Segismundo hizo una pausa en su asalto, desconcertado por la noticia. No había habido comunicación dentro o fuera del puerto espacial durante más de una hora.

“Estoy listo para recibir”.

El crujido estático aumentó a medida que se estableció el enlace. La voz de Lord Dorn era metálica y distante. El ruido que rodeaba las armas pequeñas y el choque de las armas sobre la armadura de poder se hinchó alrededor del Templario.

“Solicite la retirada inmediata del puerto espacial de Lion’s Gate”.

Sorprendido, Sigismund casi perdió un hacha que se balanceaba del cuerpo a cuerpo hacia su pecho. Se detuvo en el último momento, retrocediendo para permitir que Gaurand y Elgeray lo pasaran a la izquierda y a la derecha, quitándole el peso de la pelea.

‘Este es su último esfuerzo, mi señor. Podemos aguantar “.

‘El costo es demasiado alto. Esta no es nuestra última batalla para luchar, es solo el primer muro “.

‘Abaddon está aquí, mi señor. Y otros comandantes del enemigo “.

“No tiene ninguna consecuencia”. La amargura entró en la voz del primarca. “No dejes que las mentiras de Keeler te lleven por mal camino por segunda vez”.

Segismundo reprimió su argumento, sabiendo que no tenía nada más que decirle a su padre genético de lo que ya se había dicho. Dorn debe haber tomado su silencio como objeción; su tono era feroz la próxima vez que habló.

Las vidas de estos guerreros no son para gastar en tu superstición, Segismundo. Tampoco son moneda para su gloria personal. ¿Quieres lanzarte a Abaddon? Tienes mi permiso Desempeñe sus últimos esfuerzos como lo desee, pero no lo llame honor, no lo llame deber “.

La oscuridad cayó sobre Segismundo, pero no fue producto de las palabras de su padre genético, sino una sombra literal. Sintió que la lucha disminuía a su alrededor, una pausa como si ambos ejércitos respiraran juntos.

Levantó la vista y vio una silueta contra las nubes moradas iluminadas por el crepúsculo. Una inmensa nave estelar descendió de la órbita, su proa en llamas con calor de fricción, descarga de energía crujiendo a través de su casco oscuro.

Ni un solo cañón disparó desafiando su aterrizaje, las baterías orbitales incautadas, cegadas o destruidas.

“Mi señor, hemos sido tontos”, dijo Sigismund a Dorn, con la voz quebrada, reconociendo la nave de guerra como columnas de fuego llevadas a los muelles superiores. “Esto nunca fue para tomar los puentes, todo fue una estratagema para despejar las defensas del muelle alto”.

“Demasiado tarde, la verdad viene a ti”, dijo el pretoriano del emperador, la censura goteaba de cada palabra. ‘Es la sangre de hierro. El buque insignia de Perturabo “.

Segismundo volvió a levantar la vista hacia la sombra que pasaba por los cielos, sus motores de plasma dejaban estelas de azul. Con un aumento total, pudo ver las bahías de lanzamiento abriéndose, cañoneras saliendo como avispas de un nido. Habría otras naves que vendrían, trayendo una fuerza abrumadora directamente desde la órbita.

¿Rann habría permitido que sucediera?

Sigismund no aceptaría que esto fuera un fracaso. El puerto espacial nunca podría aguantar para siempre; siempre fue la intención de su señor frenar al enemigo y luego retirarse. Levantó la espada y se llevó la empuñadura a la frente mientras cerraba los ojos, tratando de encontrar la paz que buscaba.

En cambio, vio la cara de Keeler. Escuchó su voz, diciéndole que era el elegido por el Emperador.

El puerto caería pero habría otros campos de batalla. Depende de él asegurarse de que el mayor enemigo no sobrevivió para verlos.

“¿Cuál es su orden, mi señor?”, Preguntó, abriendo los ojos.

‘Sin alterar. El flujo del tiempo sangra al enemigo más que cualquier herida. Sostenga los puentes el tiempo suficiente para la retirada “.

Un gran grito estalló en la batalla, gritado por miles de emisores de voz y sistemas de direcciones externas. Acompañados por el choque de puños y el ruido de los motores, los Guerreros de Hierro dieron voz para dar la bienvenida a su primarca que llegaba.

‘¡Hierro adentro! Hierro sin! “

Con su grito de batalla rebotando en las paredes, resonando por el yeso roto y los restos en llamas, los Guerreros de Hierro surgieron nuevamente.

Puerto espacial Lion’s Gate, zona de piel de tropophex,

veintiún días desde el asalto

Forrix había pasado semanas seguidas a bordo del barco durante la Gran Cruzada y la guerra posterior contra el Emperador, y nunca había pensado en su encierro. Al emerger al aire libre de la terminal principal del puente aéreo del puerto espacial de Lion’s Gate, se dio cuenta de lo cerca que había estado durante los últimos veinte días: días dedicados a la lucha constante, solo un error de la muerte.

La lucha continuó abajo, unos veinte pisos más abajo y a un kilómetro de distancia. Parecía que ni un balcón, puente o entrepiso no era el hogar de un

guerrero vestido de hierro o un enemigo con armadura ocre. Los vehículos blindados atravesaron la periferia mientras que los cañones de los batallones de apoyo arrojaron fuego sobre los puentes. Entre el metal de sus hermanos vio un empuje rojo dirigido al corazón de la línea de los Puños Imperiales, una mancha gris al lado.

Parecía imposible que durante todo el tiempo que había luchado dentro del puerto, solo ahora se estaban incautando los puentes.

No le importaba nada, cansado más allá de lo imaginable en cuerpo y espíritu. Ansiaba aspirar una bocanada de aire, pero todavía estaba a once kilómetros de altura; desvelar su armadura sería un error, un yelmo imperial de los Puños contiguo a su plato. Quería escupir la sequedad de su boca y limpiar el sudor congelado de su rostro. En vez de eso, se dejó caer de rodillas, con un cuchillo en una mano y un cuchillo cubierto de sangre en la otra. Su traje suspiró con él, las lecturas de poder fluctuantes se desplazaron por su visor.

Como todos los demás, su mirada se dirigió a la enorme nave que descendía a la torre más alta de la Lanza de las Estrellas, envuelta en llamas, acompañada de una lluvia de estrellas fugaces cuando los escombros orbitales cayeron con ella. La pirotecnia de su enfoque fue mayor que cualquier exhibición de celebración. Chispas de azul traicionaron la presencia de naves de ataque descendentes, un enjambre de luciérnagas cayendo de un gigante envuelto en llamas.

La Sangre de Hierro, sede de Perturabo: el primarca ahora viene a reclamar su premio a espaldas de los esfuerzos de sus guerreros.

El impulso de escupir regresó, esta vez por disgusto. Todo el plan de Kroeger había sido un desastre simplista a la espera de suceder, y solo la mentalidad sangrienta de los Guerreros de Hierro, luchadores como Gharal, había arrebatado cualquier tipo de victoria del desastre. Ahora el conquistador Lord of Iron llegaría y terminaría el trabajo que sus hijos habían comenzado. Después de tantos años de otras Legiones usando el IV como su ariete, Forrix se enfermó al pensar en su propio padre genético haciendo lo mismo.

Los transpondedores telemétricos le advirtieron sobre el acercamiento de más Guerreros de Hierro, que se bajaban de un transportador industrial a unas pocas docenas de metros de distancia. Surgieron seis escuadrones, dañados por la batalla y cautelosos. Forrix reconoció a su líder de inmediato y se puso de pie para levantar una mano en señal de saludo.

“Stonewrought, ¡no pensé que te vería tan lejos de tus armas!”

Soltarn Vull Bronn les indicó a sus guerreros que tomaran posiciones en la pared con vistas a las plataformas de abajo, antes de separarse para acercarse al triarca.

“Pensé que estabas muerto”, dijo Bronn.

“Debería ser, según cualquier cálculo sensato”, respondió Forrix sacudiendo la cabeza. ‘Si sospechara que Kroeger tenía alguna inteligencia, diría que tenía la intención de atraparme y matarlo en esa zona de asesinatos. Pero es demasiado estúpido para ese tipo de política “.

‘Parece que tienes tu medida. ¿Quién más ha estado tan cerca de verte muerto?

Forrix solo gruñó, no dispuesto a conceder nada a favor de Kroeger. Si no hubiera sido por el mandato de Perturabo, Forrix no habría sido forzado a una infiltración suicida.

“Estúpido, pero al borde de la victoria”, continuó el Stonewrought. Señaló a través de los puentes del cielo donde, al nivel de la terminal del puerto espacial, la Puerta del León se erguía alta e impávida. ‘Esta es solo la primera pared que se cruza. La puerta en sí es el premio “.

‘¿Premio? No queda ningún premio “. Forrix miró más allá de los bastiones de la Puerta del León a la llamarada de los últimos escudos de la égida sobre el Sanctum Imperialis. ‘No para nosotros los mortales. Has visto las mareas de esta guerra, las cosas que han cambiado. Somos lubricantes en una máquina de guerra construida para dioses, tan desechable como los pernos y las células de poder “.

Stonewrought no dijo nada, no ofreció argumentos, por lo que Forrix continuó.

‘Mis hermanos … Tal vez algunos de ellos todavía pelearían por mí, pero la mayoría tienen los ojos levantados, en busca de una mayor gloria, con ganas de elevarse. Esta Legión ya no vale mi sangre. Perturabo? Es tanto un peligro para nosotros como el enemigo. Su temperamento será el final de nosotros todavía, y lo seguiremos al abismo a pesar de ello. ¿Horus? Forrix se rió amargamente, saboreando el ácido en su boca. ‘Él y sus dioses solo ven al Emperador. Somos hormigas debajo de sus botas mientras luchan, pensando en balancear el curso de la galaxia con un bólter y una espada. Una piedra en el Muro Supremo tendrá más influencia sobre el final de esta guerra que tú o yo “.

“¿No vienes conmigo?”, Dijo Stonewrought, señalando un conjunto de escalones que bajaban desde el mirador hasta la terminal principal. “Se me ordenó flanquear la posición de los Puños Imperiales mientras Kroeger, Khârn, Abaddon y Layak lideran el asalto final”.

Forrix volvió a mirar a la Sangre de Hierro y luego a sus guerreros, como los que quedaban, de pie en la oscuridad del arco terminal. La batalla continuó con furia a continuación, los informes de bólters tan agudos como lo fueron la primera vez que Forrix había estado en batalla. El destello de láser y proyectil iluminó la niebla debajo, los vientos tallando destellos de tiroteos y melees que se extendían a través de las rampas y rieles de los puentes aéreos de kilómetros de largo. La batalla podría concluir antes de que Perturabo llegara, eso al menos le daría algo de satisfacción a Forrix.

“¡Forma sobre mí!”, Llamó a sus guerreros. Respondieron con cansancio pero sin quejarse, cayendo en escuadrones ásperos alrededor de su comandante.

“¿Has encontrado algo por lo que luchar?”, Dijo Stonewrought.

“No”, le dijo Forrix cuando comenzó a caminar hacia la escalera, Bronn se puso a su lado. “Prefiero ganar una batalla luchando por nada que perder una”.

Basílica Ventura, procesional occidental,

veintiún días desde el asalto

Fue con una mezcla de desdén y premonición que Amon observó a los “fieles” reunidos en la procesión justo al sur de la Basílica Ventura. Más de diez mil discípulos, cada uno de ellos con algún tipo de lámpara casera, un mar de luces parpadeantes que se extendía a lo largo del camino amurallado.

Desde un paseo por la cornisa alrededor del exterior de un antiguo centro de ensayos, Amon tuvo una vista desbloqueada de la procesión de tres kilómetros de largo, desde las ruinas de la Basílica Ventura hasta la Puerta Westmost. Era una ruta de uso común para quienes se acercaban al Senatorum Imperialis para presentar una petición, aunque en los últimos tiempos gran parte de su extensión había estado poblada por familias de refugiados y carroñeros. Era muy público, razón por la cual Keeler había dado la elección del lugar para esta reunión sin precedentes. Convencida de que los Portadores de la Luz eran inocentes de cualquier conexión con los ataques demoníacos, vio la expansión de sus números como la única defensa contra los Nunca Nacidos.

Le recordaba demasiado a Monarchia. ¿Cuánto tiempo antes de que erigieran su primer monumento al Emperador? Las estatuas abundaban en el Palacio, de filósofos y señores de la guerra en abundancia, pero ninguno del Emperador mismo. Una ciudad había sido arrasada porque había sido construida en alabanza a la divinidad del Maestro de la Humanidad. El Palacio Imperial llevaba el manto de la fortaleza en los últimos tiempos, después de tantos disfraces, pero ¿qué pasa con esos días después de la derrota de Horus y el levantamiento del asedio? ¿Se vería obligado el Emperador a caminar entre las catedrales elevadas a su falsa divinidad, o tendría que romper cada piedra de su mayor obra para deshacerse de la mancha?

Amon había obtenido una copia de la Lectitio Divinitatus, estudiándola con la esperanza de aprender más sobre el culto que tomó su nombre. Fue una mezcla de verdad y de ilusiones, con muchos pasajes que se expandieron sobre las doctrinas originales que lo llevaron al ámbito de la pura

especulación: que era evidente que el trabajo de varios autores se veía en las diferentes secciones, cada una aparentemente tratando de superar el último en pomposidad y autorreflexión.

A pesar de sus dudas más profundas, era impotente. Se debía permitir que este fenómeno siguiera su curso, salvo la intervención directa del Emperador, para que la locura de la religión se hiciera evidente para todos una vez más.

Keeler ya había transmitido información sobre una facción dentro de los Portadores de la Luz que exigía que ella y Olivier fueran vocales al denunciar otros cultos alrededor del Palacio Imperial. Las luchas internas inevitablemente seguirían, y el debate interno bien podría convertirse en otra guerra civil.

Se corrigió a sí mismo. No del todo impotente. Doce Custodios y un destacamento de la Hermandad Silenciosa esperaron para ayudar en caso de que sus sospechas sobre la secta y su desfile fueran correctas. Nunca antes tantos se habían reunido con un propósito singular, y Amon le pareció que si algo andaba mal entre los rituales de los Portadores de la Luz, hoy sería claro. Hubiera preferido más apoyo, pero los continuos disturbios regulares, así como los incidentes más inmateriales, mantuvieron la muy disminuida fuerza de los Custodios Legio extendidos por todo el Palacio Imperial. La amenaza muy real de que los primarcas demonios entraran al Palacio ocupaba los pensamientos de Valdor y la Hermandad Silenciosa.

Podía ver a Keeler sobre una plataforma erigida al otro lado de la procesión, flanqueada por sistemas de direcciones para llevar su voz a la creciente masa a su alrededor. Ella no le había confiado la naturaleza de su sermón. El Custodio también observó varias docenas de soldados uniformados cerca de la base de la plataforma, armas en mano. Cómo estaban en la procesión y no en las paredes no le preocupaba, pero su presencia era una complicación adicional.

Un clic detrás de Amon llamó su atención hacia la puerta oculta por la que había pasado para llegar a su puesto de observación, una de las muchas rutas secretas que los Custodios de Legio mantenían en todo el Palacio Imperial. Se giró, esperando otro Custodio, y se sorprendió al ver a

Malcador enmarcado en la puerta. Un destello de oro y blanco en el vestíbulo traicionó la presencia de al menos un guardia, aunque el Custodio permaneció dentro del edificio cuando la puerta se cerró detrás del Regente.

"Clima fuerte", dijo Malcador, con una bata y cabello fino despeinado por el fuerte viento. Se quedó cerca de la puerta, poco dispuesto a acercarse al borde sin paredes.

"¿Es esto lo que desea el Emperador?", Preguntó Amon, señalando con su lanza hacia las masas convergentes.

"Aquí hay poder". El Regente cerró los ojos, con la cabeza inclinada hacia atrás. Sus labios apenas se movieron mientras hablaba. 'Una gran presión desde fuera empuja sobre la sala de telaethesic. Los demonios más allá de contar gastan su existencia para abrirse paso. La hechicería abunda en los campos del Dark Mechanicum, la Guardia de la Muerte y los Portadores de la Palabra. Magnus finalmente está cometiendo su poder psíquico para el asalto ".

Malcador abrió los ojos, un último destello de oro en los iris mientras miraba directamente a Amon.

"El Emperador tiene mayores preocupaciones que unos pocos himnos y oraciones".

"Los Neverborn se sienten atraídos por el poder".

'Sí, pero también puede mantenerlos a raya. Si pudiera ser definitivo, te diría con certeza que esta reunión de fe fue buena o mala. En tales asuntos no hay certeza, solo intención ".

"¿Y confías en la intención de estas personas?"

"Confío en Keeler, como te dije antes".

Amon volvió su atención a la mujer en la parte delantera de la plataforma. Ella había comenzado a dirigirse a la multitud, las palabras audibles para sus sentidos mejorados, aunque él les prestó poca atención.

“La vía web era solo uno de los medios para proteger a la humanidad del atractivo del Caos”, dijo Malcador, dando un paso adelante, mirando la caída con cierta preocupación. “El Emperador pensó que el mejor medio para romper los Poderes Oscuros era privarlos de energía en la fuente”.

‘Dominar los secretos de la red habría permitido a la humanidad atravesar las estrellas sin la deformación. Sin urdimbre, sin navegadores, sin psíquicos “.

“Sin embargo, los psíquicos todavía nacen entre nosotros”. Malcador se tocó el costado de la cabeza, recordándole a Amon que habló con alguien con tales habilidades. Sus siguientes palabras se materializaron directamente dentro de los pensamientos del Custodio. No fue agradable, algo que solo había experimentado previamente del Emperador. + ¿Qué haríamos con todos esos psíquicos? +

“El Astronomican es poder …” Amon se dio cuenta del significado de la pregunta de Malcador. ‘Con la vía web no hay necesidad de que el Emperador proyecte la luz de los cielos. El vacío se oscurecería “.

Malcador se acercó, con los dedos apretados alrededor de su bastón mientras miraba hacia la procesión muy por debajo, la gente aún se dirigía a la reunión.

“¿Y si ese poder psíquico fuera usado por el Emperador en lugar de proyectado?” Malcador se encogió de hombros. “Si nuestras emociones básicas alimentan los poderes oscuros, ¿qué pasa con nuestra humanidad común?”

“El proyecto webway falló, esto es especulación inactiva”.

‘No tan. No para mí. Dorn lucha con la logística de librar una guerra a través de una ciudad-fortaleza del tamaño de un continente, contiendo las implicaciones de una batalla que se desata sobre los reinos ilimitados de lo inmaterial. ”Apoyándose en su bastón, suspiró, y su mirada se volvió hacia el orador distante. . ‘Si no podemos sofocar el poder de los dioses en la urdimbre, ¿qué mejor manera de derrotarlos que canalizarlo? O tal vez con

suficiente energía psíquica, ¿podría el Emperador armar al Astronómico? En lugar de encender la urdimbre, ¿podría purgarla?

‘Esta discusión es una distracción. No entiendo por qué viniste aquí “.

‘Para verlo por mí mismo. Ver crecer la fe, en la carne, incluso cuando la siento en mis pensamientos. Malcador sonrió pero no había humor en sus ojos. See Ves, todos son psíquicos. Todos tienen una pequeña conexión con la urdimbre, incluso tú. Excepto las Hermanas Silenciosas, por supuesto, y un puñado relativo de otras. Instinto, empatía, simpatía … Son productos del alma, que se comunican de manera infinitamente pequeña con las almas de los demás. ¿Qué pasaría si una fuerza uniera no solo a los poderosos psíquicos, sino a todas las almas de la humanidad? “

“Esa fuerza es la fe, ¿crees?” Amon no estaba seguro de poder lidiar con los matices de la sugerencia de Malcador. Estaba tan fuera de su experiencia como la cosecha de algas o la poesía teológica marciana. ‘¿Quieres ver si la fe tiene poder? ¿Es por eso que has dejado que esta locura crezca tan salvajemente? “

“Digámoslo investigación de armas”, dijo el regente.

“El emperador prohibió su propia adoración”.

“Y en el momento en que dé a conocer su voluntad para terminar con esto, ordenaré el exterminio de cada último miembro de los Portadores de la Luz y cualquier otro culto”. Malcador se enderezó. “Hasta ese momento, soy el Regente y permito que continúe”.

Amon se dio cuenta de que el orador había cambiado: Olivier ahora había tomado el centro del escenario y estaba pontificando ante sus seguidores. Algo que había dicho había despertado la sospecha de Amon.

“¿Hay algo mal, custodio?”

“Sí”. Amon revisó los últimos segundos de su memoria inconsciente. “Olivier acaba de decir que elogie al Emperador, el creador es la esperanza en el corazón de cada persona”.

‘¿Entonces?’

‘Escuché lo mismo, la primera vez que me encontré con uno de los medio nacidos. El cabo dijo: “Él es la vida dentro de la muerte. El aliento en tus labios. La esperanza en tu corazón. Y lo escuché llamar al Emperador la Vida dentro de la Muerte antes, pero no activó el recuerdo “.

“¿Títulos del libro sagrado, tal vez?”

“No, he leído tres copias diferentes y ninguna de ellas contenía esas frases específicas”. Amon comenzó a caminar hacia la puerta. “Está a punto de descubrir cuán peligrosa puede ser la fe, Lord Regent”.

Puerto espacial Lion’s Gate, puentes intersticiales,

veintiún días desde el asalto

Era una tontería pensar que una sola batalla cambiaría el curso de una guerra que ya había progresado durante siete años, pero a medida que avanzaba por un bulevar lleno de restos de puños imperiales, guerreros de hierro y tanques del ejército imperial de ambos bandos, Abaddon sintió algo. de impulso cambiante. La guerra nula, la supresión de las defensas lunares, incluso la matanza de millones alrededor de las paredes fue simplemente prefacio al asalto al Palacio Imperial.

Un asalto que comenzaría en unos días si se pudieran capturar los puentes del cielo de la Puerta del León. La Sangre de Hierro ya no estaba a la vista, atracando con la pilastra orbital, pero era solo cuestión de tiempo antes de que el Señor del Hierro se uniera a sus guerreros.

“Disfruta tu victoria”, le dijo Layak, los seis lentes de su casco brillaban con su luz antinatural mientras el crepúsculo caía rápidamente en la terminal envuelta en humo.

“No es mío”, respondió Abaddon.

‘Cuando estás dedicado a los poderes, todas las victorias se comparten, porque la ascensión de uno es la ascensión de todos. Alégrate al saber que

nos acercamos a la confrontación final de Lord Horus con el Emperador. Estamos entregando al Warmaster a su destino “.

Abaddon no estaba tan seguro de saber lo que eso significaba, pero la llegada de guerreros vestidos de ocre por delante de la vanguardia hizo a un lado todas las demás consideraciones. Los rayos se lanzaron al encuentro de los guerreros que se aproximaban, mientras que el fuego de las armas pesadas ubicadas más abajo en los puentes se encendió. Con su nudo de Hijos de Horus a su alrededor, Layak y los dos esclavos de la espada en su hombro izquierdo, Abaddon avanzó con determinación.

Los gritos sin palabras llamaron su atención hacia la izquierda. De entre las compañías vestidas de plata de los Guerreros de Hierro estalló una corriente de legionarios rojos de los World Eaters que corrían delante de sus compañeros. A su cabeza golpeó Khârn, los dientes de Gorechild destellaron en la llamarada del propelente, su armadura encerrada en sangre seca.

“Ahí va un campeón que se une a sí mismo”, dijo Layak. Â Khârn abraza los dones de Khorne y se libera de las indignidades de la duda y el interés personal. Mira cómo ataca directamente a sus enemigos, ya no tiene miedo, ya no se pregunta por su propósito. Está satisfecho y, a través de él, crece el poder de Khorne, una gloria mutua “.

“Se vuelve más insensato, incapaz de concentrarse, pierde lo que era”, respondió Abaddon. ‘Y Typhon - Typhus - ¿en qué se ha convertido? ¿Qué pasa con el hermano de la logia al que una vez hice juramentos? Hemos recorrido un largo camino, y no estoy seguro de que conduzca al destino que queríamos cuando partimos “.

‘El destino siempre ha sido escrito. ¿Destino, ves? Dijo Layak con una breve carcajada. ‘Quizás estabas ciego a eso. Erebus pensó que la astucia era necesaria en ocasiones, pero no te he ocultado nada. Todo el poder tiene un precio “.

El capitán de los World Eaters estaba casi en la línea de los Puños Imperiales, corriendo delante de sus hermanos por veinte metros, sin preocuparse por el fuego bólter que se volvió hacia él. Treinta puños

imperiales convergieron sobre él, los escudos se unieron como un trueno. A cinco metros de ellos, Khârn saltó, volviéndose como un salmón en el aire cuando los pasó, Gorechild tomó las cabezas de dos antes de aterrizar. El campeón del Dios de la Sangre no se detuvo para atacar la pared del escudo desde atrás, dejando a sus seguidores chocar contra ella en un montón de armas de cadena y hachas de poder ardientes. En cambio, siguió adelante, dirigiéndose a la siguiente línea de Puños Imperiales, donde Abaddon vio una gran pancarta ondeando, llevando las crestas de la Legión y su Primer Capitán, Segismundo.

“Será rodeado y cortado, no importa cuánto le otorguen poder las fuerzas de la urdimbre”, dijo Abaddon.

“¿Qué te importa?”, Cantó Layak. “¡Es la voluntad de los dioses!”

Abaddon no respondió, pero las palabras del hechicero lo estimularon. No le debía ninguna explicación a Layak y dudaba que el Portador de la Palabra entendiera algo de fraternidad, del vínculo entre hermanos de batalla más fuertes que la lealtad a dioses distantes y poderes nebulosos.

Se echó a correr. Sus guerreros lo siguieron sin dudar.

Khârn se creía poderoso, pero en realidad todo lo que estaba ofreciendo era su propia vida. Abaddon lucharía para salvarlo de ese sacrificio, aunque solo fuera por otro día. Permitir lo contrario, esperar mientras los dioses convertían a un gran guerrero de las Legiones en su marioneta, era comenzar por un camino sinuoso que conducía de regreso al Señor de la Guerra, y planteó preguntas que Abaddon aún no estaba dispuesto a hacerse.

El ataque de los custodios

La fe sostiene

Prueba de Segismundo

Desconocido

Era imposible saber dónde terminaron las hojas y comenzó la tormenta. La corona del árbol era una mezcla de fuego y relámpagos, el parpadeo de su conflicto se reflejaba en las gruesas cadenas que envolvían su gran tronco, enredaderas doradas que mordían las crestas del tamaño de un valle en la corteza.

Keeler se sintió impotente, arrastrado por las ráfagas de huracanes que emanaban de la batalla en los cielos. Ella anhelaba lanzarse hacia arriba en la oscura oscuridad de la nube del Caos, para convertirse en un rayo brillante de la ira del Emperador.

El recuerdo de quemar al medio nacido le devolvió la embriagadora sensación de poder que la poseía cuando se convirtió en una vasija del Emperador. Tembló al recordarlo, se estremeció al pensar en el espíritu del Emperador que la atravesaba nuevamente.

Por todo lo que trató de canalizar ese poder, permaneció tan evasivo como los rayos que llovieron sobre las extremidades superiores del árbol de dioses.

Rodeando lo más cerca que pudo, cegada a veces por la ferocidad de la guerra del cielo, Keeler intentó aferrarse a la fe de los Portadores de la Luz alrededor de su cuerpo mortal. Podía escuchar el sermón de Olivier, y más allá de sus palabras, el lejano y lento pulso de las almas de diez mil testigos.

Era como si intentara captar la niebla. La fe burbujeó y fluyó a través de su control espiritual, negándose a ser encendida por su pasión. Giraba por el tacto como un imán presentado con su polo opuesto, siempre fuera del alcance.

La neblina en sus pensamientos se manifestaba sobre las raíces arqueadas del árbol, que se filtraban por las grietas en el suelo árido. Keeler no se había dado cuenta antes de lo reseco que se había vuelto el paisaje. No quedaba nada del desierto fecundo, la tierra se había quedado sin vitalidad.

Donde la niebla tocaba el árbol, dejaba manchas de color, manchas de hongo que brotaban. Maduraron rápidamente, llenando el aire de esporas, y las esporas se convirtieron en moscas, zumbando por las grietas en el tronco, ansiosas por poner huevos en la savia del árbol de los dioses.

Los gritos arrancaron a Keeler de su ensueño. Sus pensamientos volvieron al mundo real, sus sentidos enfrentados con gritos de pánico, el rugido de los chorros de plasma y el zumbido de los cañones rotativos.

Hacia el oeste, un cortador de armas dorado se elevó sobre el arco alto que denotaba el final de los procesionales cañones de ala que escupían rondas trazadoras en la columna llena de peregrinos. Keeler vomitó cuando vio una línea de Portadores de Luz disparados, sus cuerpos hechos jirones por la lluvia de balas.

Desde el este apareció una cañonera negra de la Hermandad Silenciosa, el cielo se agitó con extraña energía, parpadeando con negro y púrpura. Mirarlo enfermó a Keeler, su visión nadaba vertiginosamente mientras trataba de ver la nave que se acercaba.

“¡Custodios!” Jadeó Sindermann, que estaba en su hombro, su mano apretada en su brazo para alejarla. Ella se negó, manteniéndose firme.

“¡Espera!”, Llamó a Olivier mientras él se giraba para correr. La sola palabra lo detuvo y se volvió. “Esta es una prueba de fe”.

Dio otro medio paso, en conflicto. Keeler extendió una mano.

“Confía en mí”, dijo. “Confía en el emperador”.

Olivier miró por encima del hombro a las figuras con armadura dorada que avanzaban sobre la multitud desde varias direcciones. Keeler podía adivinar sus pensamientos: que los oficiales del Emperador deberían apuntar sus armas contra ellos.

“Comparte tu fe conmigo”, lo instó, extendiendo su mano nuevamente. “Muestra a tus seguidores el camino de la justicia”.

Él agarró su mano, la apretó casi dolorosamente. El contacto fue como una descarga eléctrica, sacudiéndole el brazo.

Sindermann deslizó su mano sobre la otra y ella sintió otra oleada de poder. Cuando otros en la plataforma se unieron a ella, Keeler sintió el pulso de su fe empujándose hacia afuera.

Algunos en la multitud, que se agitaba entre el pánico y la ira, vieron la unidad de sus líderes y los copiaron, uniendo sus manos. Aunque separados por varios cientos de metros, era como si estuvieran al lado de Keeler, sumando sus oraciones a las de ella. Se sintió mareada, como si el suelo se cayera.

Cuanto más se acercaba con su fe, mayor era la fuerza que fluía hacia ella. Su calma se multiplicó, propagada a través de la multitud por una oleada de silencio asombrado mientras el adorador se alejaba de los ataques hacia el punto de apoyo de sus creencias.

Fue entonces cuando Keeler vio la luz del Emperador brillando en la congregación, extendiéndose como un amanecer de persona a persona. A medida que se extendía más abajo en la procesión, vio rondas de rayos chispeando por el brillo, como si un campo de poder hubiera sido encendido. El ambiente sagrado empujó aún más, obligando a la cañonera a volar, sus salvas de cohetes explotaron prematuramente en el aire.

“Tengan fe, hermanos y hermanas”, gritó, su voz resonando como un trueno.

Se unieron como uno; ella era el árbol y su fe eran las raíces. Como el agua y el sol nutrieron el árbol, las oraciones y las almas de los fieles le dieron fuerzas.

Keeler sintió una pequeña punzada de frío en su conciencia y se volvió para ver a un guerrero dorado que subía las escaleras hacia la plataforma. Caminó con un propósito pero sin prisa indebida, la lanza del guardián en una mano en lugar de estar lista en ambas. Aunque él usaba su timón, ella sabía que tenía que ser Amon.

Amon avanzó a través del enjambre de moscas alrededor de la plataforma como si atravesara una cortina negra. Se arrastraron sobre su armadura y visor, casi ocultando el puñado de figuras más allá. Una mirada al procesional confirmó que la nube que había envuelto a la congregación se estaba espesando aún, manchada con manchas de oscuridad que parecían asumir una forma humanoide antes de fluir de nuevo a la falta de forma. Escuchó los informes de los Custodios, sus armas aún no podían penetrar el miasma que envolvía a los Portadores de la Luz, mientras que el proceso en sí era como un lodo, inmovilizando a cualquier guerrero que intentara pisarlo. Incluso las Hermanas del Silencio no pudieron penetrar en el banco de niebla, advirtiendo que no era completamente de naturaleza psíquica, algo que no habían encontrado antes.

"¡Keeler!", Gritó. Ella tenía una extraña media sonrisa cuando se volvió completamente hacia él, todavía cogidos de la mano con Olivier y Sindermann. "Tienes que acabar con esta locura".

'¿Locura? Solo veo a los fieles protegiéndose a sí mismos ".

Amon sabía que no debía discutir. La presencia demoníaca se había envuelto en un atuendo de justicia antes. Lo que sea que Keeler y los otros Portadores de la Luz presenciaron no fue la realidad que observó. Por mucho que había prometido ejecutar a Keeler si ella había demostrado ser la fuente de las incursiones, ahora que la enfrentó, vio que necesitaría encontrar otro camino. La energía crujió a través de la plataforma, las moscas cubrieron todo con cuerpos negros peludos, el zumbido del zumbido lo suficiente como para volver loco a un oyente. No estaba seguro de si matarla liberaría todo el poder de Neverborn o terminarlo, o incluso si sería capaz de asestar un golpe mortal dentro del miasma que protegía a los "fieles".

"¿Por qué te vuelves tú solo, custodio?", Exigió Keeler, su sonrisa se convirtió en un ceño fruncido. Un rayo negro se arrastró por su piel, pero ella parecía no darse cuenta. "¿Por qué asesinas a los fieles?"

"Es una mentira", le dijo. 'Tu fe ha sido pervertida. La vida dentro de la muerte no es el emperador. El aliento en tus labios no es el emperador. La esperanza en tu corazón no es el emperador ".

“¿Qué sabrías de él?”

‘Escúchame. He estado al lado del Emperador durante toda la vida. He peleado sus guerras y casi muero muchas veces a su servicio. Estás siendo corrompido, al igual que los soldados en el hospital “.

“¡Somos los justos!”

Amon miró el miasma de abajo. La sombra dentro se movió como un tiburón a través del agua, deslizándose entre los fieles inmóviles, solidificándose durante unos segundos antes de disiparse. Cada vez que se oscurecía, parecía hacerlo por más tiempo. Su poder estaba creciendo.

“¿Nos matarás a todos?”, Preguntó ella. Mientras hablaba, un vapor negro salió de su boca, cayendo como el humo de los labios abiertos.

Si pudiera, pensó Amon.

“Debes ver la verdad por lo que es”. Se acercó unos pasos, las conchas de escarabajos crujían bajo sus pies, las moscas golpeaban su armadura con cada paso. “Si crees que el Emperador es un dios, reza para que te permita ver lo que realmente está sucediendo”.

“No lo crees”. Keeler sacudió la cabeza, pero pudo ver la incertidumbre en su expresión. “Tus palabras se burlan de mi fe”.

‘Tienes razón, no es mi fe. Es tuyo. Reclamarlo. Enfréntalo. Bajó la voz. “Mira con tu fe, Euphrati”.

Desconocido

Al escuchar su nombre pronunciado por el gigante dorado envió un remolino de frialdad a través de Keeler, como si se abriera brevemente la corriente de una ventana. El gigante dorado era casi invisible entre la bruma de los fieles, una sombra inminente en el brillo. Su voz parecía el estallido de las olas distantes en una orilla, poderosa e incesante, pero era solo su nombre lo que realmente escuchaba.

Las palabras que lo habían precedido se filtraron a través de los latidos de su sangre, una orden de mirar con fe.

No es un comando ¿Una súplica? Una oración, casi, de los labios de un Custodio.

Fe.

¿Cuál era su fe?

¿Que el emperador era un dios?

Era más que eso. La Lectitio Divinitatus había moldeado esa creencia, pero no era el fundamento de su fe. Al ser confrontada por la naturaleza inmortal del verdadero enemigo, ella había visto un universo tan alejado de la humanidad como el vacío separado de las profundidades de los océanos. Y ella se había vuelto hacia el Emperador.

Con la fe de que fuera lo que fuese, el Emperador era el Maestro de la Humanidad; no solo el gobernante de la humanidad sino también su guía.

Esa misma Voluntad había dado forma a los Custodios, y ahora Euphrati Keeler escuchó su nombre pronunciado por uno de ellos, pidiéndole que mirara con fe.

No podía saber a qué se refería cuando hablaba de fe: tal devoción a un resumen estaba escrita por su personalidad. En cambio, había apelado a su sentido de fe.

El árbol.

En el instante en que su mente se volvió hacia ella, cerró los ojos, tratando de mirar sus brillantes ramas como lo había hecho la primera vez que había entrado en el jardín del Emperador.

El jardín estaba allí otra vez, las llanuras resecas reemplazadas por un paisaje extenso y verde. Pero este no era el jardín en el que había vagado con tanto placer. El cielo estaba oscuro, el suelo un lodo bajo los pies, donde zarcillos espinosos se aferraban a sus pies y tobillos. Los gases burbujearon desde el pantano y las moscas zumbaron sobre las flores que apestaban a podredumbre.

En su desesperación, buscó su árbol, rascándose los brazos y las piernas mientras estallaba entre los arbustos de rosas negras y trepaba por los dells estrangulados.

Vio el más leve destello de oro más allá de la cresta que se extendía más adelante, la colina coronada de bosques prohibidos.

No era para correr que había venido aquí, sino para volar. Con un último esfuerzo, se impulsó hacia los cielos, mientras crecimientos como pústulas brotaban del mantillo y arrojaban nubes de avispas horribles detrás de ella.

Persiguieron a Keeler, pero la rapidez de su fe fue mayor, llevándola al aire donde las nubes se sentían como el aceite frío en su carne, el viento le anudaba el pelo como enredos de brezo.

Abajo vio a los Portadores de la Luz. Cada uno ya no era una lámpara brillante, sino una llama de pantano que quemaba la decadencia de siglos que brotaban de la parte más vulnerable del mundo. Anguilas fantasmales rondaban entre ellos, cuerpos de flancos pálidos que se movían en ondas sinuosas entre los pequeños montículos de hueso y carne.

Asqueada, volvió la mirada hacia el árbol y vio llagas en la corteza, chorros de savia de hilo negro que brotaban de los agujeros de las madrigueras.

Como antes, ansiaba ascender a las ramas, donde nubes oscuras colgaban como enredaderas entre las hojas moribundas. El instinto le dijo que mirara hacia abajo, directamente a la base del gran árbol donde las raíces empujaban con fuerza en la tierra. Ahí fue donde sintió que la fe la levantaba, la alimentaba desde las raíces, y esa era también la fuerza del Emperador.

Se zambulló, sin prestar atención a la tierra húmeda que corría a su encuentro. Con la boca cerrada, se zambulló en las aguas turbias que ahogaban las raíces del árbol, sintiendo frialdad en su piel, exudación espesa que penetraba en las orejas y las fosas nasales, los ojos cerrados con fuerza.

Keeler se revolvió en el lodo de succión, tratando de forzarse más y más, sintiendo su corazón martillear mientras su respiración se acortaba.

Se forzó a abrir los ojos, esforzándose por la inmundicia, con las manos a tientas delante de ella, siguiendo los rastros de la raíz profundamente en el suelo, lejos de la luz y el aire.

Fe.

La fe existe para ser probada.

Ella recordó la línea del Libro de la Divinidad.

La fe se sostiene cuando todo lo demás se pierde.

Keeler agarró el zarcillo de la raíz delante de ella y lo usó como una cuerda, empujándose cada vez más lejos de la salvación, dejando que su aspereza entre sus dedos la guiara cuando todos los demás sentidos estaban cegados y entumecidos.

Su mano se topó con algo resbaladizo, sus dedos se hundieron en un crecimiento similar a una babosa. Su búsqueda reveló que se trataba de un apéndice de una entidad mucho más grande enroscada en el lodo, chupando la vida del árbol.

Aquí estaba la fuente de la podredumbre.

Ella no podía luchar contra eso, pero agarró la extremidad de goma con ambas manos, girando para ascender a través de la oscuridad. Algo muy por debajo, algo antiguo y vasto, se resistió y resistió, pero ella apretó los dientes, la suciedad rancia goteaba en su boca, amenazando con ahogarla.

Con todas sus fuerzas, comenzó a tirar, arrastrando a la criatura lejos de las raíces de los árboles, pateando su camino hacia la luz.

Puerto espacial Lion's Gate, puentes intersticiales,

veintidós días desde el asalto

Segismundo observó cómo la figura con armadura carmesí se arqueaba sobre la pared del escudo de sus hermanos, incrédulo de que se pudiera hacer tal salto. Su creencia se extendió aún más mientras veía a Khârn correr directamente hacia él.

"¿Le disparamos, capitán?", Preguntó Eghrlich, levantando su pistola de plasma.

"No, guarda tu fuego para ellos", respondió Segismundo, alzando su espada hacia los Hijos de Horus y los Guerreros de Hierro que avanzaron tras la carga de cabeza de los Comedores del Mundo. Vio la mayor parte de un traje Terminator entre los hijos genéticos del Señor de la Guerra y reconoció las marcas de Ezekyle Abaddon. "Cuando termine con Khârn, cortaré la mano derecha de Horus".

El World Eater no se detuvo en su acercamiento, sino que levantó el hacha con dientes de dragón sobre su hombro. Un movimiento brusco y lento que Sigismund contrarrestaría fácilmente mientras avanzaba para cumplir con el cargo de Khârn.

Los dientes giratorios se estrellaron contra el filo de la espada del templario con una fuerza que no había calculado. La fuerza del golpe sacudió al hijo de Dorn a media zancada, lo que lo hizo perder el equilibrio. Desconcertado, Sigismund se giró, esquivando el siguiente golpe mientras

evaluaba sus opciones. Khârn no le dio tiempo, corriendo como un toro con un bramido sin palabras.

El hacha de Khârn sonó contra la espada, barrió y azotó de nuevo. Estaba respirando con dificultad, una neblina que salía de los respiraderos de su timón, cubriéndolos a ambos en una bruma rojiza mientras la luz del atardecer atravesaba la capa de nubes debajo de ellos. Segismundo dio un paso hacia atrás, desviando cada golpe a medida que avanzaba. Khârn se apartó, gruñó y volvió a golpear.

Ahora esperando la mayor fuerza de su enemigo, Sigismund se detuvo con un agarre más flojo, desviándose con el tiempo en lugar de encontrar la fuerza con la fuerza.

“Tengo tu medida, como siempre”, le dijo al traidor. “Esta vez no hay jaula”.

Se desvió del siguiente golpe, dejando que la punta de su espada arremetiera hacia el pecho de Khârn. Esculpió un surco a través de la sangre seca y la ceramita, dejando remolinos humeantes y rojizos a su paso.

‘Aún así … Hnnh. Aún encadenado a su deber, ya veo, “resopló Khârn, con los hombros agitados por el esfuerzo mientras retrocedía. La cabeza de Gorechild tejió una figura de ocho, como si se moviera con vida propia mientras Khârn caminaba hacia la izquierda, buscando una abertura.

“Mejor deber que el vacío del autoservicio”. Segismundo dio un paso y empujó con fuerza, pero Gorechild se lanzó rápidamente para enfrentar el ataque con una velocidad e impacto asombrosos, lo que hizo que el templario se tambaleara.

‘Eres débil. El deber no es un propósito, Sigismund. Khârn flexionó los dedos sobre el mango de su chainaxe, moviéndose de lado a lado sobre las puntas de sus pies. ‘Tu señor está vacío. No le importa nada tu sangre “.

Segismundo atacó de nuevo, lanzando su espada hacia la ingle de Khârn. El grupo de Gorechild lo encontró, pero Sigismund había estado confiando en

la parada, ya que había visto a Khârn emplearlo muchas veces antes en la jaula de duelo de World Eaters.

“Basta de hablar”, escupió mientras se giraba, balanceando la espada en un amplio arco, la hoja chocando contra el caldero del World Eater. Llovió otro golpe contra el pecho de su enemigo, buscando mantenerlo fuera de balance.

Khârn empujó el ataque en lugar de retirarse, de modo que el filo de la hoja golpeó su yelmo con un golpe de vista. Gorechild gritó cuando cortó el brazo de Sigismund y sacudió su brazalete para romper la cadena que ataba la espada del Templario a su muñeca.

Ub Jubal tenía razón. Hnnh Estás mejor sin ellos “.

Fue un movimiento tonto, un gesto que dejó a Khârn abierto a un ataque mortal. A Segismundo no le importaba nada la ceremonia, pirateando con las dos manos hacia las entrañas de su enemigo. La hoja mordió profundamente, desgarrando la armadura y la carne. La sangre se derramó cuando la liberó.

Volvió a girar, la hoja se encontró con el hacha en lo alto. Segismundo se preparó, intentando desviar el arma de su enemigo. Con un rugido ensordecedor, Khârn se flexionó, empujando a Segismundo hacia atrás con fuerza bruta.

Tropezando, casi cayendo sobre una rodilla, Sigismund vio que las costuras de la armadura de Khârn se separaban, dividiéndose donde la placa se juntaba con la placa. Losas de músculo se hincharon debajo, hinchadas de forma antinatural incluso para un marine espacial, venas tan gruesas como cables de energía tensas debajo de la piel gruesa.

“Sirvo a un poder mayor que el tuyo”, rugió Khârn, levantando a Gorechild, la luz del sol brillaba desde sus cuchillas de dientes de dragón de mica. Manchas de sangre del templario cayeron sobre él. ‘Estás vacío, Segismundo. Hnnh Nunca me volverás a vencer “.

Sigismund se zambulló a un lado, demasiado tarde para evitar por completo el golpe. Los dientes de Dragon atraparon su muslo izquierdo, arrancando trozos de la armadura de poder y el músculo mejorado.

En ese momento, Sigismund entendió las palabras de Keeler y supo que había sido golpeado. Como legionarios no había ninguno entre los traidores que pudiera igualarlo. Los mejores de las Legiones siempre habían sido sus inferiores. Corswain de los Ángeles Oscuros. Jubal de las cicatrices blancas. Khârn de los comedores del mundo. Sevatar de los Señores Nocturnos. Lucius de los hijos del emperador. Abaddon de los lobos lunares.

Pero al mirar la figura deformada que había sido su compañero de espada, supo que ya no luchaba contra los legionarios. Tenía que ser más también, algo puro para igualar su vileza. Para sacar fuerza de un poder más allá de sí mismo.

El emperador.

Si tan solo hubiera escuchado la lección antes, hubiera aprendido todo su significado.

Una sombra los cubrió a ambos por un instante antes de que una llamarada de armas y chorros de plasma iluminaran la niebla. Los misiles se deslizaban hacia abajo mientras los cañones láser escupían brillantes rayos de muerte. Khârn levantó la vista y el templario echó un vistazo para reconocer la forma de Aetos Dias, la nave de combate personal del pretoriano.

La nariz se abrió y de la rampa de asalto apareció una gran figura blindada. Cayó a través del humo, con un brillo dorado, y se estrelló contra el ferrocreto a pocos metros de Sigismund y Khârn. Un gigante vestido con la misma aurícula inflexible del Emperador mismo, con una espada de dos manos tan alta como un legionario. En el destello de los disparos, Segismundo miró la cara de su padre genético, con las fosas nasales dilatadas y los dientes al descubierto. Los ojos de Dorn no estaban sobre él, sino fijos en la batalla más amplia.

Aullando, Khârn se arrojó sobre el primarca. Dorn balanceó los Dientes de Tormenta para encontrarse con el capitán, la fuerza del golpe arrojó a Khârn una docena de metros por el aire. Dorn no escatimó ni una segunda mirada cuando los guerreros vestidos con la armadura Terminator se materializaron a su alrededor, enviados desde la teleportaria en lo profundo del bastión de la Puerta del León.

En el mismo momento, el muro de escudos de los Puños Imperiales se rompió, una punta de lanza de los Hijos de Horus y Guerreros de Hierro se estrelló en medio de descargas de bólter y brillantes hojas de poder. Segismundo intentó ponerse de pie, pero su pierna herida cedió, cortada hasta el hueso.

La cañonera de Dorn aterrizó y más Puños Imperiales avanzaron alrededor de su señor, el blanco de un boticario entre ellos en dirección al Templario. Perdió de vista a Khârn más allá del cuerpo a cuerpo en erupción, un instante antes de que las manos agarraran sus calzones y lo arrastraran hacia el Thunderhawk.

El muslo de Segismundo era una agonía, pero no era nada comparado con el dolor de su vergüenza.

Keeler se enfrenta a la mancha

Manifestaciones de falsa esperanza.

El destino de Layak

Desconocido

Ganando velocidad, Keeler centró sus pensamientos en las ramas del gran árbol, los imaginó bajo el sol brillante mientras trepaba por el laberinto de raíces. El gusano parásito se agitó en sus garras, maullando y chillando, y en ocasiones se quedaba en silencio cuando las promesas de vida eterna y esperanza eterna susurraban en sus pensamientos.

Se dio cuenta de que, en su apuro, se había perdido en medio de la maraña, sofocada y cegada por el mantillo putrefacto que cubría las raíces. No tenía sentido de arriba abajo, solo el tirón de la criatura lejos de ella ofrecía algún sentimiento de dirección.

Continuó hasta que le vino a la mente otro pasaje de la Lectitio Divinitatus.

La fe no debe ser ciega. La fe no es ignorancia, sino aceptación. La fe siempre debe ser medida y dirigida, y servir al propósito del Emperador, no a los fieles.

¿Cómo iba a encontrar dirección en el pantano sin luz? Si la fe sola no podía animarla, ¿cómo iba a ascender de nuevo a la luz? Luchó contra una oleada de pánico, durante la cual los susurros de la criatura crecieron en vehemencia, ofreciéndole toda una vida de certeza y propósito si solo lo seguía hasta las profundidades.

En lugar de sucumbir a la desesperación, siguió adelante, pero se detuvo poco después, dándose cuenta de sí misma. Ella había sido engañada una vez por la Esperanza en su Corazón; ¿Era posible que estuviera tratando de engañarla ahora? ¿Qué pasaría si tirara hacia la superficie, tratando de engañarla para que se hunda más en la oscuridad?

La duda la asaltó, provocando debilidad en su agarre, de modo que casi soltó el zarcillo resbaladizo en su puño. Había pasado tanto tiempo desde que había respirado, pero no se atrevió a abrir la boca. La idea de que el maligno rezuma alrededor de ella deslizándose en su garganta, infectando sus pulmones, causó una oleada de terror. Sintiendo su debilidad, la criatura

gusano se sacudió con fuerza, obligándola a extender una mano para agarrar una raíz para prepararse.

Sus dedos no se cerraron alrededor de la textura rugosa de la madera, sino de algo liso y fresco.

Metal.

Oro.

No podía verlo pero lo sintió. Sus dedos exploradores identificaron el enlace, delgado aquí, pero cuando se levantó un poco, la cadena se hizo más fuerte y más gruesa.

Cadenas de fe.

Keeler estaba confundido. Había pensado que las cadenas eran una especie de prisión, un artificio del enemigo que atrapaba al Emperador. Sin embargo, su fe la había traído hacia ellos, y a través de ellos ella trepó, volviendo a tener valor. Un brazo se envolvió alrededor de la entidad que se retorcía, ella se agitó con el otro.

Después de una eternidad, su cabeza atravesó una capa de hojas podridas y cadáveres rotos. Abrió la boca y aspiró una larga bocanada de aire. Estaba contaminado por la descomposición, pero sabía tan dulce como el néctar después de su encierro en el pantano.

Gruñendo, dando rienda suelta a su frustración y esfuerzo, liberó un brazo y se aferró a una de las cadenas masivas que se estiraban en las ramas. Finalmente, vio las letras inscritas en la cadena y soltó una breve carcajada.

Kyril Sindermann.

Fue su fe la que la había salvado.

Aunque era una rama poderosa, la rama de la que colgaba la cadena se doblaba bajo su peso, el árbol se balanceaba ligeramente mientras usaba los eslabones para estirarse hasta la cintura.

Se dio cuenta de que cada vez que se levantaba, también arrastraba parte del árbol.

Basílica Ventura, procesional occidental,

veintidós días desde el asalto

El enjambre de moscas se había adelgazado alrededor de Amon, aunque cientos de los repugnantes insectos se agruparon alrededor de Keeler, encerrándola en una capa de oscuridad que se retorcía. Parecía inconsciente e inmóvil, aunque una mano se apartó de la de Olivier y la otra todavía se aferró a Sindermann, que miraba fijamente al frente. En la periferia de su visión, Amon también vio que el miasma se disipaba, penetrando en los miles de fieles reunidos alrededor de la plataforma. Su piel estaba grisácea y sus ojos se pusieron en blanco cuando la niebla maldita entró en ellos, con las fauces abiertas, rastros de saliva cayendo de los labios flojos.

Más de un siglo de guerra había perfeccionado los instintos de Amón hasta el límite. De modo que preparó su lanza de guarda una fracción de segundo antes de que Olivier saltara sobre él. Los ojos del Portador de la Luz también se habían vuelto hacia atrás, las lágrimas negras caían de los conductos para cubrir sus mejillas con mugre grasienta. No tenía arma, su estocada se encontró con la punta de la lanza del guardián, que le abrió el hombro, su brazo izquierdo se dejó caer sobre la plataforma de metal del escenario incluso cuando Amon se apartó para dejar pasar a su atacante.

La sangre que brotó de la herida burbujeó con algo antinatural, de modo que siseó y escupió al golpear la plataforma. Olivier tropezó y se giró, no menos afectado por la herida.

Amon disparó, tres rayos directos a la cara del hombre contaminado, destrozando el cráneo y el cerebro. El cuerpo cayó, sin vida.

Los dos portadores de libros vinieron después, gorgoteando a través de bocas llenas de mucosidad amarilla enfermiza, las mismas lágrimas negras goteando de sus ojos, pústulas en erupción alrededor de sus fosas nasales y en el dorso de sus manos.

Su lanza de guarda salió disparada, decapitando a la primera. Amon se acercó, metiendo los dedos en la garganta del otro y rompiendo el cuello. La mujer golpeó sus manos contra su armadura, sostenida más allá de la ruptura de su columna. Amon arrancó la cabeza completamente y pateó el cuerpo retorcido.

Corrió hacia el borde de la plataforma. Mucha de la multitud estaba subiendo los escalones hacia él. La charla de fuego bólter anunció que el campo de protección había fallado, o había sido retirado, y que sus compañeros fueron atacados de manera similar. El gruñido de los cañones rotativos dividió el ruido del fondo del bombardeo, junto con el ruido de los motores de plasma cuando el cortador Custodian renovó su ataque corriendo por la procesión. Las Hermanas del Silencio habían desembarcado de su cañonera en el otro extremo de la ruta. La llamarada del hocico marcó su lento progreso en la horda de adoradores sin rumbo.

El escenario estaba flanqueado por dos juegos de escalones, cada uno de tres tramos de altura. Amon no podía defender a ambos: estar en la cima de uno sería exponer su espalda al otro.

Miró a Keeler. Todavía estaba enterrada dentro de un sarcófago de moscas, solo su mano donde sostenía la visible de Sindermann entre el aluvión de zumbidos de alas y cuerpos peludos.

Tampoco podía abandonarla.

Amon apuntó su lanza de guardián y adoptó una postura amplia justo en frente de Keeler. Los escalones de metal crujieron cuando decenas de Portadores de Luz contaminados corrieron por ellos, pantalones y gemidos cada vez más fuertes a medida que ascendían.

El primer grupo apareció a su izquierda. Saltó a través de la distancia para encontrarlos con su lanza, tres cuchilladas derribaron el primer puñado. Girando, disparó hacia los otros escalones, cosiendo explosiones en los cuerpos de cuatro más. Cortó otra media docena antes de separarse, pasando rápidamente a Keeler para bajar la punta de su lanza a través del cráneo de otro.

Disparó, vaciando las municiones restantes de la lanza en una serie de estallidos controlados, apuntando a la multitud que subía por los escalones de la izquierda.

No había ningún asistente para recargar para él, pero logró cambiar la revista con un segundo de sobra antes de que lo encontraran por la derecha. El accesorio bólter rugió, convirtiendo la cabeza del medio nacido más cercano en un desastre sangriento.

Diecinueve tiros más, y luego estaría solo con su espada.

Puerto espacial Lion’s Gate, puentes intersticiales,

veintidós días desde el asalto

Las experiencias de Abaddon en los últimos tiempos lo habían asegurado de alguna manera ante la presencia de primarcas, pero aún sintió un escalofrío de respuesta ante la visión de Rogal Dorn abriéndose paso entre las fuerzas del Señor de la Guerra como una espada dorada. Pernos y cuchillas golpearon su armadura sin efecto mientras grandes barridos de su espada se desmembraron y decapitaron legionario tras legionario, dejando un rastro de placas de armadura ensangrentadas y cadáveres rotos en la estela del primarca.

Lo que había sido una carga final victoriosa para expulsar a los Puños Imperiales del puerto espacial titubeó ante el hijo del Emperador. Al otro lado de los puentes, las compañías se desaceleraron con el avance, amenazadas por la posibilidad de enfrentar la ira de Dorn, asediada por los refuerzos que había traído consigo.

Abaddon disminuyó la velocidad, sus guerreros restantes tomaron posición a su alrededor, las armas levantadas hacia el gigante entrante. Había esperado tener que enfrentarse a uno de los mejores hijos del Emperador antes de que terminara la guerra, pero la perspectiva estaba lejos de ser emocionante.

“No es tu momento”. Layak continuó hacia adelante, sus esclavos de la espada flanqueándolo, un halo de poder retorciéndose en la punta de su

bastón. ‘Ahora veo que este momento fue ordenado para mí hace mucho tiempo. Recuerde que los dioses siempre exigen un precio, pero si usted está dispuesto a pagar, su poder es suyo.

El impulso que había atraído a Abaddon a empujar hacia adelante en apoyo de Khârn no surgió para Zardu Layak. El señor del Mournival observó con interés desinteresado cómo el sacerdote conjuraba un reluciente hemisferio de poder sobre sí mismo y avanzaba varias docenas de metros para tomar posición entre el primarca que se aproximaba y el Primer Capitán del Señor de la Guerra.

No sentía hermandad con la criatura en la que se había convertido Layak, como tampoco lo hizo con el Nunca Nacido que vestía la piel de Grael Noctua o se cubría con el disfraz del vakrah jal de los Portadores de la Palabra. No es que Layak ya no fuera humano, pero sus motivos habían desaparecido hace mucho tiempo de cualquier preocupación mortal. Era completamente una criatura del Caos, y como tal solo servía a los fines de los dioses, no a los de cualquier otro a su alrededor.

Los esclavos de la espada de Layak se lanzaron hacia delante para enfrentarse a Rogal Dorn, cuyo avance imparable lo había llevado cien metros por delante de sus hijos genéticos. Estaba claro que su intención no era apoyar a los legionarios, sino perseguir una misión más personal.

Cuchillas aserradas malvadas azotaron los brazos y las piernas del primarca cuando los dos esclavos de la cuchilla atacaron al unísono, esquivando las cuchillas agitadas de los Dientes de Tormenta. El aire sobre el hechicero se agitó con poder, pero Abaddon pudo ver el tenue brillo de Neverborn luchando por manifestarse. El escudo del emperador todavía estaba protegiendo el puerto; ningún demonio pudo responder a la convocatoria del Portador de la Palabra.

Aflojando el agarre de una mano, Dorn agitó un puño en forma de martillo, aplastando el cráneo de un esclavo de hoja. Luchó durante varios segundos más, espasmódico y débil, hasta que cayó hacia atrás y golpeó el suelo por unos segundos más. El segundo retrocedió, situándose entre el primarca y su maestro.

Abaddon pudo sentir un viento caliente que se precipitaba sobre él, emanando del hechicero. Era extraño, una sensación sentida a través de su placa Terminator, no del reino físico. Su piel se erizó ante la sensación y su intestino se arrastró al tocarlo, incluso cuando vio que las formas del Neverborn se volvían más sustanciales.

¿Lo habría sabido Layak? ¿Podía sentir el debilitamiento de la protección del Emperador?

La armadura de Abaddon gruñó cuando dio un paso adelante. Se comprobó a sí mismo. Ser cortado por Dorn no tenía sentido. Perturabo estaba en camino, un primarca para contrarrestar a un primarca.

Dorn sacó un bólter, perseguido con oro y diseñado con el aquila imperial, como una pistola en la mano. Disparó contra Layak incluso cuando su espada buscaba al esclavo de la espada, los rayos explotaban contra el escudo de urdimbre del hechicero, los Dientes de la Tormenta tallan un surco a través del ferrocreto donde el esclavo de la espada había estado medio segundo antes.

Entonces Dorn se enfrentó al sacerdote, ignorando al esclavo de la espada para estrellar su arma tres veces contra la cúpula del poder que protegía a Layak. El hechicero respondió, envolviéndose en un rayo escarlata antes de soltarlo desde la punta de su bastón, el rayo envió a Dorn tres pasos hacia atrás.

Serpientes de energía disipadora se arrastraron sobre el primarca, moviéndose entre la armadura y las cuchillas de la criatura esclava mientras saltaba al ataque una vez más, las espadas de manga apuntaban al estómago de Dorn.

El primarca empujó la empuñadura de su espada de cadena hacia abajo, golpeando el pomo en el cuello y el hombro del esclavo. La columna vertebral se rompió, el cadáver infundido con Neverborn se dejó caer como un pez enredado, espasmándose a través del ferrocreto por delante de un rastro de sangre e icor oscuro.

Si Abaddon debía atacar, tenía que ser ahora. Dorn estaría sobre Layak en unos momentos.

La voz crepitó y la voz de Layak siseó en su oído.

“Renuncio a mi vida no por ti, alma mortal, sino por la gloria del Caos al que vendrás a servir”.

Reuniendo más poder del Caos, Layak dejó que su escudo se derrumbara, la energía de la cúpula girando en su cabeza de bastón, convirtiéndose en una llama negra y ardiente. Se balanceó con la espada y el bastón juntos, ambos arrastrando fuego hechicero para estrellarse contra la armadura dorada del pretoriano del emperador. Una tormenta de poder explotó por el contacto, forzando una vez más al primarca a retroceder, con el brazo levantado sobre su rostro mientras las llamas de sable lo envolvían.

Una vez más, Layak atacó, esta vez para golpear el suelo a los pies de Dorn. Su voz se elevó en una súplica ininteligible, una oración chillona a los dioses de la urdimbre. Ferrocrete explotó hacia arriba, convirtiéndose en garras que arrebataron las extremidades del primarca. Dorn los rechazó con movimientos de su espada, haciendo girar dientes que masticaban la superficie animada en una lluvia de chispas y piedras.

Aún así, el aire sobre el hechicero se retorció más rápido, Neverborn revoloteando dentro y fuera de la existencia, medio vislumbrado por Abaddon mientras su mirada se movía entre el duelo con Dorn y la batalla más amplia.

La llegada de Dorn había reforzado la defensa, pero no había traído suficientes refuerzos con él para retomar las terminales. Khârn había reanudado su alboroto a lo largo del puente principal mientras las compañías de Guerreros de Hierro dirigidas por Kroeger, al ver a Dorn comprometido, avanzaban a través de viaductos flanqueantes y pistas de monorriel. Dreadnoughts se estrelló como arietes en los últimos rangos de los Puños Imperiales, se encontraron con cañones de tanques dispuestos a lo largo de los accesos al bastión principal.

Más alto quemó las llamas inmortales que envolvían a Layak, tan oscuras que tragaron luz pero bordearon con un poder que era cegador en su intensidad. Una tercera detonación hechicera sacudió al primarca, pero Abaddon pudo ver que tales conjuros no se daban libremente. La armadura de Layak se despegaba como la piel que se desprendía de la carne carbonizada, arrastrada por la energía térmica de la urdimbre que canalizaba a través de su cuerpo. La piel revelada era antigua como un pergamino arrugado, amarillento y delgado, desprovisto del músculo que se esperaba de un guerrero de las Legiones Astartes, poco más que hueso marchito.

Había otra forma alrededor del hechicero, mucho más grande pero menos distintiva: una sombra mental alada que coincidía con la altura de Dorn, pero mucho más ancha en el hombro y poseída de brazos como tentáculos retorcidos.

Abaddon se preguntó si esta era la verdadera forma de Layak o algún Neverborn traído a su convocatoria. De cualquier forma, el demonio luchó por manifestarse como lo hizo cualquier otro, a veces aparentemente entero y carne, otras veces nada más que un bosquejo de movimiento vaporoso.

Dorn avanzó con un propósito, colgando su bólter sobre su cinturón para tomar su espada en ambas manos una vez más. Layak estaba casi inmóvil ante él, destellos de poder warp escupiendo de su silueta amorfa y cambiante. El pretoriano ignoró las chispas mientras se deslizaban por su armadura, trayendo de vuelta los dientes de la tormenta para un golpe.

‘Recuerda este momento, Abaddon. Doy mi vida para que tomes mi lugar en el camino hacia la gloria “.

La espada de la cadena cayó, cortando a través de la aparición y el cuerpo físico por igual. Las llamas y la sangre eran una sola, que brotaban de los dientes agitados mientras cortaban la cabeza y la armadura con cuernos.

Lo que quedaba de Layak detonó con un estallido de luz multicolor. Abaddon nunca antes había visto a un primarca arrojado a un lado como el juguete de un niño, y sintió que la onda de choque psíquica lo inundaba como un huracán en los nervios.

La visión de Abaddon se volvió borrosa y por un instante creyó ver un gran árbol, sus ramas sin hojas ardiendo con llamas oscuras. Los fuegos se arrastraron por su tronco, quemándose hasta las raíces.

El estallido de la pesada placa de guerra lo hizo retroceder. Dorn había aterrizado a una distancia de varios metros y yacía inmóvil, con bobinas de humo aceitoso saliendo de las articulaciones de su armadura. Docenas de Puños Imperiales corrieron hacia él, voces levantadas en la desesperación.

De Layak, todo lo que quedaba era un cráter marcado con runas en el ferrocreto, cuyos lados de metros de profundidad brillaban con el poder de los sellos quemados en el material.

De las ondas de llamas que quedaron en el fondo del agujero, apareció una mano con garras, escamosa roja y con garras. Le siguió un brazo cuando un Neverborn se abrió paso a través de la brecha, luchando como un pollito obsceno de un huevo, goteando con el fluido vital del hechicero. No era mucho más grande que un humano, delgado como un miembro y poseído de una cabeza larga y bulbosa con ojos blancos y cuernos rizados. Un cinturón de calaveras colgaba de su cintura y una espada triangular de color gris oscuro brillaba en su puño.

Salió completamente y se paró sobre la piedra del Palacio Imperial, el primer verdadero demonio que pisó Terra.

Más allá, Dorn se puso de rodillas en medio de un crujido de armadura, la mano aún agarrando la empuñadura de su espada.

Un segundo demonio emergió de la ruina de Layak, mostrando dientes de aguja y lengua bífida saboreando el dulce aire de este mundo prohibido.

Sin embargo, no fueron los demonios los que llamaron la atención de Dorn: su cabeza estaba inclinada hacia atrás, mirando hacia el cielo oscuro. Abaddon se giró levemente para seguir su mirada y vio los chorros de plasma azul de una cañonera cayendo a través de la oscuridad, oscura contra la continua llamarada de los cañones en los costados del puerto espacial.

A medida que se acercaba, Abaddon vio los colores de los Guerreros de Hierro, con el símbolo de la IV Legión grabado en oro sobre su proa. Los legionarios se dispersaron cuando aterrizó detrás del capitán del Señor de la Guerra, la rampa delantera se abrió incluso antes de que aterrizara el tren de aterrizaje.

Desde el interior rojizo avanzaron seis autómatas, avanzando al unísono perfecto, las armas entrenaron hacia afuera mientras formaban un medio anillo alrededor del frente de la nave.

Con estruendosa pisada en la rampa de metal, el Señor del Hierro lo siguió, con su inmenso martillo en la mano.

Cor’bax Utterblight

La fe prevalece

Dos hermanos se encuentran

Basílica Ventura, procesional occidental, veintidós días después del asalto

Más de cuarenta medio nacidos habían caído ante la espada de Amon, pero se agolparon alrededor de la plataforma en un número aún mayor. La pila de cadáveres actuaba como una especie de barrera, obligándolos a atacarlo en unos y dos mientras empujaban más allá de los montículos o se arrastraban sobre los muertos. Keeler estaba detrás de él con Sindermann, ninguno de los dos se movía.

Su lanza guardiana estaba manchada de sangre y otros fluidos, afectando su agarre. Podía luchar durante horas más si fuera necesario, pero pronto toda la plataforma quedaría ahogada con los muertos. Su equilibrio sería incierto, y no tendría espacio para balancear su espada correctamente. Mucho antes de que se cansara de mente o cuerpo, se sentiría abrumado por el peso de sus enemigos.

Señaló la nave de combate Zenith.

"Raptorae Sextus, necesito apoyo para ejecutar mi posición".

'Incapaz de ubicarte, Amon. Demasiado peligroso para disparar en su vecindad. Ajuste el transpondedor a la transmisión máxima ".

"¡Estoy al máximo!" Amon cortó la cabeza de una mujer contaminada y se calmó. 'El ataque se ejecuta en los escalones de la plataforma. Cortar el flujo a mi posición ".

'Entendido, Amon. Entrante en treinta segundos ".

Amon sintió movimiento detrás de él, proveniente de Keeler. Apretó con fuerza el mango de su lanza y se abrió de par en par, cortando su punta sobre un puñado de enemigos en un solo arco. En los preciosos segundos entre sus cuerpos cayendo y los enemigos frescos que los reemplazaban, miró hacia atrás.

El enjambre de moscas que había rodeado a Keeler se estaba rompiendo, convirtiéndose en insectos individuales que flotaban como motas en las térmicas de un incendio. La propagación de su desintegración aumentó rápidamente, convirtiéndose en un vórtice girando hacia arriba y revelando a Keeler debajo. Tenía la cabeza inclinada hacia atrás, la boca abierta, y de ella salía un humo oscuro que seguía al enjambre, que se sumaba al torbellino antinatural que se retorcía más y más.

El medio nacido se tambaleó, tropezando el uno con el otro, tropezando con los cuerpos. Como durmientes que se despiertan del largo sueño, parpadearon y miraron aturdidos a su alrededor. Algunos se deslizaron en las vísceras derramadas en la plataforma, gritando de horror.

El embudo de la mosca se fusionó con el humo, formando el cuerpo de una inmensa criatura parecida a un gusano con una enorme boca en un extremo, arqueándose sobre la plataforma. Pasó unos metros por encima de la cabeza de Amon, inclinándose hacia la procesión.

Keeler jadeó y cayó de rodillas, tirando de Sindermann con ella. Los gemidos y gruñidos de aquellos que habían sido contaminados por la presencia de Neverborn traicionaban que estaban libres de su alcance. Amon vio inteligencia en sus ojos: miedo y conmoción mientras miraban al guerrero dorado en medio de ellos.

La cola del gusano de humo se desprendió de Keeler y cayó al suelo, volviéndose más sólida al hacerlo. Las moscas se agitaban en el interior, convirtiéndose en un músculo pulsante, mientras que el humo se ondulaba como una piel verde grisácea sobre la masa en formación.

Amon se dio cuenta de que el Zenith todavía estaba en su carrera de ataque.

‘Raptorae Sextus, abo–’

La ondulación de los cañones rotativos cortó su transmisión cuando el barco de ataque dorado barrió a velocidad de crucero, los cañones de las alas masticaron surcos entre las personas que se apiñaban en los escalones.

‘¡Abortar! Abortar! “Amon transmitió. “¡Apunta a la criatura!”

La bestia de gusano se alzó, una boca con anillos de zarcillo se lanzó hacia la nave. Los dientes brillantes se hundieron en un ala, y la cosa demonio luchó contra el empuje de los motores. La integridad estructural de la cañonera cedió ante la bestia o el avión, y el ala se desgarró. La nave giró locamente durante varios segundos, bajando en espiral hasta chocar contra la multitud en la procesión.

La bestia de gusano continuó cambiando, volviéndose más pequeña y obesamente humanoide. Su boca se ensanchó y las extremidades se extendieron por sus costados, mientras que cuernos como ramas de árboles destrozados se desprendieron de su carne cubierta de moco. Su intestino se hinchaba en pliegues como una nube, la piel llena de verrugas se tornaba verde y gris.

Amon corrió hacia el borde de la plataforma cuando comenzó a alimentarse, con enormes mandíbulas que envolvían a dos o tres personas a la vez. Su cuerpo se onduló mientras los tragaba, hinchándose de poder mientras los devoraba. Muchos todavía estaban aturdidos, presa fácil de la monstruosidad hinchada, sin pensar en el demonio voraz. Sus manos se convirtieron en mandíbulas, atrapando aún más víctimas, metiendo sus cadáveres destrozados en su garganta distendida.

Tres custodios emergieron del cortador caído, lanzas rompiendo tornillos en la abominación. Detonaron inofensivamente a través de la piel gruesa con costras y parches de crecimientos similares a líquenes. Una extremidad colmillo se extendió, recogiendo a uno de los Custodios, auramita chillando mientras las mandíbulas imposiblemente fuertes aplastaban su armadura. Sus compañeros rodearon el brazo con sus lanzas, arrancando trozos de carne, dejando salir el icor de la herida. Donde cayó, el fluido del demonio se formó en pequeñas y rotundas criaturas que se rieron y señalaron los inútiles intentos de los Custodios.

Amon estaba a punto de saltar cuando escuchó pasos detrás de él. Keeler se acercó, apoyándose fuertemente en Sindermann. Bajó la mirada hacia la monstruosidad sin decir nada, con el pecho agitado como por un gran esfuerzo.

El demonio había vuelto a crecer, ahora del tamaño de una cañonera. Se lanzó hacia adelante, pisoteando a otro de los custodios debajo de su bulto. Los fieles todavía se estaban recuperando de su posesión masiva, y los gritos resonaron en los altos edificios. El pánico se extendió hacia afuera como una onda, aterrorizados portadores de la luz que se pisotearon mientras huían.

Los sentidos automáticos de Amon se activaron cuando un destello cegador llenó la amplia carretera. A través del filtro de su timón, el Custodio vio emerger una figura de una de las puertas opuestas. Una luz tan brillante como una estrella casi oscureció a la persona por completo, una silueta indistinta en el corazón del incendio.

Con sus sentidos automáticos ajustados, Amon vio a un hombre envuelto en una bata voluminosa, un bastón en la mano.

Malcador

El regente barrió su bastón y el nimbo de luz se convirtió en una ráfaga de rayos ardientes, desviados por la cabeza del bastón para volar a través de la procesión. Cada impacto envió al demonio tambaleándose, deslizándose y retorciéndose a través del ferrocreto, dejando un rastro de limo a su paso. Los ojos surgieron del rastro espumoso, los tentáculos se extendían fuera de la oscuridad. La llama azul saltó de donde los rayos golpearon el hogar, encendiendo carne inmaterial, alimentándose de su naturaleza corrupta.

El monstruo se flexionó, se dio vuelta parcialmente hacia adentro, su cuerpo incorpóreo extinguió las llamas dentro de pliegues carnosos. Una nueva boca con anillos de colmillos se abrió, ensanchándose hasta su inmensidad anterior. Malcador levantó su bastón una vez más, pero antes de que pudiera soltarse con otra llamarada de poder psíquico, la abominación Neverborn vomitó una marea de partes del cuerpo y suciedad. Agitándose, proyectaba cadáveres ya podridos en el Regente, el diluvio ruidoso rociando desde un escudo de energía plateada precipitadamente conjurado.

Cuando el vómito del demonio se deslizó para descansar, una pandilla de las criaturas más pequeñas saltó de la ruina corporal, arrojando a Malcador con puñados de despojos y heces, obligándolo a regresar hacia la puerta mientras proyectiles repugnantes se extendían por su sala inmaterial.

‘¡Espere!’

La orden judicial de Keeler se produjo justo cuando Amon se tensó para saltar a la procesión. Extendió sus manos hacia el demonio, cerrando los ojos. Amon no vio nada físico que la vinculara con el monstruo, pero un momento después se alzó como golpeado, gorgoteando locamente, con la lengua colgando como si se estuviera ahogando. Keeler tiró de sus manos y la bestia de gusano se retorció como si estuviera en las riendas, dejándose caer sobre sí misma. El demonio se deslizó de nuevo a sus dos patas rechonchas, girando un nido de ojos lechosos hacia su atormentador.

Sus entrañas comenzaron a ondularse en preparación para un nuevo torrente de suciedad.

Más allá, Malcador barrió a sus diminutos atormentadores con una capa de fuego blanco. Sus carcajadas se convirtieron en chillidos, el estallido de sus cuerpos como la madera húmeda en una hoguera, un humo grasiento saliendo de su desaparición.

“Espera …” Keeler apretó los dientes, cerró los ojos y volvió a apretar las manos. El enorme Neverborn gritó, un ruido sorprendentemente agudo por su circunferencia, y cayó de lado de nuevo. Malcador desencadenó una ráfaga de rayos psíquicos en sus fauces palpitantes, prendiendo fuego a su lengua y encías con costras pústulas, los dientes derritiéndose como el hierro en un fuego de fundición.

‘¡Ahora!’

Amon saltó con la lanza del guardián en ambas manos.

Cayó sobre el intestino expuesto de la criatura, la punta de su lanza cortando profundamente la piel y la grasa inmortales. Con todo su peso detrás, la lanza empujó profundamente en las entrañas del demonio y él la siguió, sumergiéndose en una masa coagulante de sangre e icor verdoso.

El monstruo se agitó a su alrededor, pero Amon invirtió su agarre y empujó hacia arriba desde el interior del vientre de la bestia, perforando lo que habría sido el cerebro de cualquier animal corpóreo.

Vadeó a través de la bilis, la lanza guardiana arrancada de su alcance cuando el monstruo se sacudió, tratando de expulsarlo de su boca ardiente. Amon agarró la carne cubierta de limo, con las puntas de los dedos enguantadas arrancando trozos de su interior.

Con un último grito, el demonio explotó, convirtiéndose en una fuente de sangre y moco que llovió más de cien metros de la procesión, salpicando los edificios en una marea final de suciedad.

Amon yacía entre las ruinas de su cuerpo, peinado de pies a cabeza con vísceras y desechos gelatinosos. Pies resbalando sobre los restos corporales, recuperó su lanza, cauteloso para que el demonio no se reformara de alguna manera. Algunas gotas de carne temblaban aquí y allá, pero la limpieza del

fuego del personal de Malcador convirtió los restos en una pira, lo que obligó a los Custodios a retirarse a lo largo de la procesión.

A lo lejos, la nave de la Hermandad Silenciosa despegó, chorros gritando mientras se alejaba hacia el sur mientras figuras blindadas de oro y blanco interceptaban a los fieles que huían.

“Ahí está tu fe”, dijo Amon al Regente.

“Es posible que nunca sepamos dónde termina la fe y comienza la corrupción”, respondió Malcador, apoyándose fuertemente en su bastón, briznas de fuego bailando sobre sus dedos.

Volvió la mirada hacia arriba y Amon lo siguió. Keeler se situó en la parte delantera de la plataforma, y durante varios segundos pareció que estaba bañada por una corona dorada de poder.

Un truco de la luz, se dijo Amon.

Puerto espacial Lion’s Gate, puentes intersticiales,

veintidós días desde el asalto

Cien metros de ferrocreto ensangrentado separaron a dos semidioses. Creados como hermanos por la misma bio-alquimia pero criados con un temperamento tan dispares. Uno elogió como el constructor, el otro como un destructor, pero en habilidad y aptitud idénticas. Dorn, el pretoriano del emperador, el bastión sobre el que se había construido el Imperio. El martillo de Olimpia, Perturabo, el destino de mil fortalezas.

El Señor del Hierro colocó el pomo de Forgebreaker sobre la piedra rota del suelo, inclinándose hacia delante para descansar los brazos sobre su ancha cabeza.

‘Hermano.’

Todo el desprecio de Perturabo se vertió en esa sola palabra. Su dirección externa transmitía su voz fácilmente a través de la distancia, mientras que la

transmisión de voz la transmitía a través de un canal abierto para que todos la oyeran. No tenía nada que ocultarle a un amigo o enemigo hoy.

Dorn no respondió.

“¿Desea discutir los términos?”

Ante esto, el pretoriano se puso rígido, moviendo las manos sobre la empuñadura de la espada de dos manos.

“¿Crees que me golpearon?” La respuesta retrocedió, burlándose en el tono.

Perturabo echó un vistazo a la terminal. Sus fuerzas avanzaban por todas partes donde miraba. De los restos de Layak había surgido un pequeño grupo de Neverborn del Dios de la Sangre, con espadas centelleantes centelleando mientras luchaban con un anillo de Terminadores de Puños Imperiales. Zarcillos rojos de poder serpentearon alrededor del cráter, formando más criaturas. Los demonios parecían incapaces de aventurarse demasiado lejos del portal, pero solo por el momento. Era cuestión de tiempo antes de que se manifestaran entidades más poderosas y el Neverborn caminaría al extranjero en Terra.

Los lacayos del emperador estaban en plena retirada.

Excepto aquí, en el puente aéreo principal, donde Dorn había lanzado su contraataque.

“Creo que eres un comandante lo suficientemente bueno como para saber cuándo eres superado”. Perturabo se echó a reír ante un pensamiento. ‘¿Esperabas alguna ayuda, tal vez? ¿Algunas reservas ocultas?

“Has convertido las mentiras en un arma y engaño en tu escudo”, dijo Dorn. ‘Cultistas, traidores, abominaciones warp … Estos son tus aliados ahora. Ganar con tales poderes no es victoria en absoluto “.

La negación se enganchó al orgullo de Perturabo y él se enderezó, el Círculo de Hierro retumbó en una formación de ataque a su alrededor.

‘¿Sin victoria? ¿No me permiten mis alianzas, hermano? Envía lejos al Khan y al Ángel. ¿Los Custodios y las Hermanas Silenciosas se mantendrán a un lado para permitirnos resolver esto de manera equitativa? Si traigo un arma es solo para romper una defensa que has erigido. Si eres realmente superior, es hora de que salgas de la sombra protectora de nuestro padre “.

“¿Es eso lo que deseas?” Dorn blandió su espada. “¿Tú y yo, espada contra martillo?”

La tentación fue casi abrumadora. Durante largos años, Perturabo había pensado en este momento. Había imaginado con exquisito detalle cómo humillaría a su hermano y se convertiría en el mejor comandante de la galaxia.

La voz zumbó, distrayéndolo del sueño.

“Señor del Hierro, los defensores se retiran en buen orden mientras demoramos la persecución”. Con cierta sorpresa, reconoció la voz de Forrix, a quien había considerado muerto en medio del puerto espacial. “Dorn está jugando por tiempo”.

“Te gustaría eso, ¿verdad, hermano?”, Declaró Perturabo, sin dignarse a responder a su triarca. ‘Tomar el camino pequeño en lugar de resolver esto como generales. Una pelea en la tierra puede ser adecuada para usted, pero no es suficiente para mí “.

“Puedes pelear, pero soy un experto espadachín”.

La púa volvió a tirar, pero Perturabo no se sintió atraído por los insultos de su hermano. Se imaginó de nuevo la visión que lo había sostenido.

‘Te aplastaré, Dorn. Forgebreaker hará añicos tu armadura y te romperá los huesos antes de que terminemos. Pero eso no prueba nada más que mi superioridad física. Antes de que termine, pondré bajo todo lo que has planteado. Derrocaré tus torres y destrozaré tus muros. Entregaré el Warmaster a nuestro padre, y verás cómo se rompe todo lo que has confiado.

‘Cuando no te queda más que los escombros de tu ambición, y yo triunfo en medio de la locura de tu inferioridad … Cuando todo el llanto del mundo no te salvará y todo lo que tienes es lamento por los ladrillos y la desesperación por el mortero … Cuando miras y sé que fuiste superado por el Señor del Hierro y acepta la verdad de tu arrogancia … Sólo entonces mi victoria será completa y terminaré con tu sufrimiento.

“Palabras audaces de un hombre que envió a sus secuaces a luchar por él”. Dorn extendió una mano, señalando el puerto espacial y sus alrededores. Million Un millón de almas te ha costado por unos pocos kilómetros de tierra. Siempre fuiste derrochador, Perturabo. Falta de delicadeza “.

“Cuando Terra se queme y el cadáver del Emperador sea ceniza, ¡veremos el valor de la delicadeza!”

‘Señor, las fuerzas del Ejército Imperial también se están retirando. Si no aseguramos los puentes aéreos pronto, los enfrentaremos a todos nuevamente en la Puerta del León “.

Perturabo cortó el enlace a Forrix con un gruñido.

“Esta es solo la primera pared”, gritó Dorn.

El gigante con armadura dorada se dio la vuelta y regresó por el puente hacia su helicóptero de combate. El vox crepitó con varios comandantes que informaron al Señor del Hierro que tenían soluciones específicas en el Thunderhawk. Los ignoró a todos y observó cómo la nave se elevaba sobre penachos azules.

No importaba cuántos escaparon a la próxima batalla, nunca sería suficiente. Ladrillo por ladrillo derribaría el Palacio. El puerto espacial había tomado demasiado tiempo, pero pronto el Señor de la Guerra tendría sus Titanes y luego Perturabo le mostraría a Dorn el significado de asedio.

Perturabo envió una transmisión final.

“Nos vemos en el próximo muro, hermano”.

XXXIII

El siguiente muro

Duro consejo

Una llegada extraña

Puerto espacial Lion’s Gate, puentes intersticiales, veinticuatro días desde el asalto

Los Guerreros de Hierro tomaron poco tiempo para establecer su nuevo frente, lanzando inmensos trabajos de asedio alrededor de los muelles y terminales de puentes del puerto espacial caído. Algunos de ellos incluso erigieron un búnker alrededor del sitio del último acto de Layak y colgaron trofeos de sus enemigos caídos en las paredes internas. El portal se había cerrado pero el cráter permaneció, formas oscuras quemadas en el ferrocreto. Un tipo de santuario, Abaddon se dio cuenta, para un martirio que nunca aceptaría.

Le habían dado un puesto de mando, erigido entre los pozos de armas y las torres de comunicaciones. De pie delante, a solo unos pasos del borde delantero de una terminal de monorraíl y una caída de diez kilómetros, Abaddon pudo ver la totalidad de la Puerta del León y la enorme pared que se extendía desde sus torres imposiblemente vastas. Su puesto estaba eclipsado por una estructura mucho más grande a un kilómetro al oeste, la sede de Perturabo, ya conocida como la Ciudadela de Hierro.

Abaddon no tenía la intención de quedarse mucho tiempo; sintió la necesidad de regresar al Espíritu vengativo para poder ver a su señor nuevamente. Las palabras de Layak lo preocuparon, especialmente su ambivalencia con respecto al resultado de esta guerra. ¿Los patrocinadores de Horus no se preocuparon por el resultado, y eso explicaba por qué el Señor de la Guerra se negó a unirse a la batalla en persona? Abaddon necesitaba ver por sí mismo qué se podía hacer para impulsar a su señor a la acción.

Las noticias del otro lado del palacio fueron mixtas y le dieron poco optimismo. Khârn y la mayoría de sus World Eaters se habían mudado de la Puerta del León, viajando hacia el sur a lo largo del Muro de la Eternidad para reunirse con su primarca. Aunque no tenía confirmación, se corrió el

rumor de que Magnus había sido visto entre su Legión, yendo al campo de batalla por primera vez. Mortarion se había retirado a las líneas exteriores mientras su Legión fracturada se reagrupaba de sus asaltos de un mes. Fulgrim y los hijos de su emperador se habían alejado del palacio hacia el sur. Tenían decenas de miles de prisioneros y se negaron a responder a cualquier transmisión del Primer Capitán o Perturabo. Quizás Horus los llevaría al talón.

Fuertes vientos habían dispersado nubes y toxinas, por lo que desde los promontorios de Sky City era posible ver el suelo muy por debajo. Desde esta altitud, parecía como si la superficie de Terra se retorciera con una alfombra de color, rota por manchas de metal en algunos lugares, hematomas de tono más oscuro en otros. En realidad, era una horda de demonios incontables en su inmensidad, sus grandes generales y príncipes liderando el ataque contra las paredes masivas del Palacio.

La guerra espiritual se había fusionado con la guerra física, pero Horus había rechazado los llamados de Abaddon para que se uniera a sus guerreros en la superficie. Todavía esperaba una hora ungida, para disgusto de Abaddon. Mirando la marea de Neverborn, el Primer Capitán curvó un labio.

Un ruido ensordecedor volvió su atención a su entorno y a la terminal detrás de él. Al volverse vio las inmensas puertas del transportador abriéndose, una docena de luces que fluían desde adentro para cortar las vigas a través del crepúsculo.

De la sombra salió un Titán de Warlord, más de quince veces la altura de Abaddon, adornado con estandartes de asesinatos. Su armadura brillaba como el caparazón de un escarabajo, amplias franjas de llamas que decoraban el caparazón ámbar, los chicharrones y las placas abdominales. Una cara cornuda y grotescamente felina se asomó por debajo de la superestructura donde habría estado la estación de control del princeps. Los lanzadores múltiples sobresalían de su espalda, con costras en crecimientos óseos, su brazo izquierdo un cañón que brillaba con una luz pálida sobrenatural, su derecha una garra cubierta de hueso que se abría y cerraba lentamente.

Dando otro paso que envió polvo ondeando a lo largo de la cabeza del puente, el motor del dios del Caos abrió la boca y gritó su desafío a los defensores, su llamada hizo eco en las sirenas de guerra de otros dos que emergían detrás.

Los Legio Fureos, los primeros Titanes del Señor de la Guerra, habían llegado.

Santuario de Satya, Sanctum Imperialis,

veinticuatro días desde el asalto

Amon miró a través de la ciudad asediada desde la ventana del Santuario de Satya, a las lejanas líneas de asedio que golpeaban las paredes y a la tormenta tormentosa de arriba. Podía ver los fuegos en la cumbre del puerto espacial Lion's Gate, y los aviones de combate que avanzaban de un lado a otro a lo largo del Muro Supremo hacia el sureste.

"El daño ya está hecho". Dorn hizo esta proclamación pesimista. 'Los demonios, puro Neverborn, se están apoderando de la Lanza de las Estrellas sobre el puerto espacial Lion's Gate. Los informes de la observatoria dicen que las manifestaciones en números imposibles están apareciendo ante las paredes. Angron está llevando a sus World Eaters al sur, hacia el Muro de la Eternidad. La brujería de nuestros enemigos ha traspasado las barreras de Terra y nos enfrentaremos a Neverborn sin límite ".

"Esta no fue una victoria para nuestros enemigos, sino una concesión a la necesidad", dijo Malcador. Se volvió y miró a los demás en el pasillo: Amon, Valdor, Sanguinius y el Khan. Ward La sala de telaethesic no fue violada, se ha encogido. El Emperador no puede proteger a todo Terra para siempre. El escudo de su protección ha sido retirado al Palacio Interior ".

"¿Y luego?", Dijo Valdor. '¿Cuándo no puede proteger las paredes? El Sanctum Imperialis? ¿La mazmorra?'

"No importa", dijo Dorn secamente. Always Siempre ha sido una cuestión de cuánto tiempo podemos aguantar, no de derrotar a Horus con las tropas que tenemos a mano. Guilliman, el León y Russ están en camino. Llevamos

a cabo el puerto en la Puerta del León mucho más de lo que esperaba, ciertamente más de lo que Horus deseaba “.

“No me contento con sentarme mientras el enemigo hace terreno”, dijo el Khan. Puso una mano sobre el pomo de su espada y le acarició la barbilla con la otra. “Si no tienes argumentos, hermano, estaré en defensa de la Puerta del León, donde caerá el próximo gran golpe”.

“¿Por qué?”, Preguntó Sanguinius. “No has estado callado en tu disgusto por estar detrás de las paredes”.

“No pretendo quedarme detrás de ellos por mucho tiempo”, les aseguró el Khan con una leve sonrisa. “Pero el muro es el mejor lugar para prepararse para el próximo ataque, no las profundidades del Palacio”.

“Necesitaremos asegurar el puerto espacial nuevamente”, dijo Dorn. ‘Si necesito llamar a la Falange para eliminar al Emperador de Terra, es la mejor manera de alcanzarlo. Por otro lado, si llega Guilliman, enfrentará los mismos problemas que los traidores: cómo entrar en órbita y bajar a la superficie con fuerzas suficientes para ganar la batalla “.

“Entonces, ¿estás de acuerdo?”, Dijo el Khan.

“Por supuesto”, respondió Dorn. Levantó un dedo para enfatizar su siguiente punto. “Sin embargo, agradecería que nos consulte antes de lanzar un contraataque”.

“La menor cortesía que pude hacer”, dijo el Khan con una sonrisa.

No dijeron nada durante varios segundos hasta que Amon rompió el silencio.

“¿Qué hacer con Keeler?”

“Ella ha regresado a mi custodia”, dijo Malcador. “Y le ofreció la libertad condicional de que ella no tratará de crecer o influir en la Lectitio Divinitatus mientras el asedio permanezca en su lugar”.

“¿Es eso sabio?” Amon agitó una mano hacia la ventana, indicando la guerra en curso. “Los demonios ahora se unen a la refriega debido a las acciones de estos cultistas”.

“Sin embargo, los demonios también fueron mantenidos a raya y desterrados por ellos”, respondió el Regente bruscamente, sus ojos se movieron de Amon a Valdor. ‘Debemos estar atentos pero no puede haber persecución de la Lectitio Divinitatus por el momento, por razones que hemos discutido antes. Si el Emperador decide prohibir el culto, libraremos esa guerra cuando esta concluya “.

“La amenaza para el Emperador no puede ser subestimada”, dijo el capitán general. Recently Usted dijo recientemente, Lord Dorn, que el negocio de proteger el Palacio es para las Legiones. Me veo obligado a aceptar ahora. Los Custodios Legio deben concentrarse en nuestro propósito principal, salvaguardar al Emperador. Le entregamos las afueras a usted, las Legiones Astartes, y mantendremos un estricto cordón dentro del Sanctum Imperialis. No ciudadanos, ni soldados, ni Marines Espaciales pasarán dentro a menos que yo tenga una licencia específica “.

“Vigilaría a estos” fieles “, si puedo, capitán general”, dijo Amon. “Mi tarea aún no está completa”.

“Como consideres correcto”.

“Lo apruebo”, dijo Malcador.

“¿Lo haces?”, Dijo Amon, sorprendido.

Fitting Es apropiado que alguien mire la Lectitio Divinitatus. Has realizado tus deberes con diligencia y honor. Capitán general, ¿podría sugerirle que le otorgue un nombre a Amon? “

“Puedes”, dijo Valdor.

‘En una de las tradiciones más antiguas de la humanidad había un objeto conocido como la lanza del destino. ¿Tal vez tomarías el nombre de su

supuesto portador, como un símbolo de tu deber de protegerte contra los impíos y los santos por igual? “

Amon asintió con la cabeza.

“¿Qué nombre sería ese?”

“Longinus”. Malcador se subió la capucha y se dio la vuelta, su bastón golpeó el suelo. Se detuvo en la puerta para dirigirse a todos. ‘Hemos sufrido reveses, pero no estamos derrotados. Ven, cada uno tiene nuestras partes aún por jugar.

“Todavía hay una guerra que ganar”.

Desechos de Khertoumi, fecha desconocida

Un viento cálido soplaba nubes de polvo sobre la cuenca del desierto. A lo lejos, el cielo crepuscular estaba iluminado en rojo mientras las llamas devoraban una ciudad colmena. Aquí el cielo aún estaba despejado, salvo por el humo del infierno, de modo que los cielos brillaban con estrellas: las naves espaciales que habían nivelado la ciudad se habían trasladado a nuevos objetivos.

Una nube de polvo en particular se detuvo en su lugar durante varios segundos, girando cada vez más rápido, como atrapada en sí misma.

El aire a su alrededor crepitaba con un poder naciente, chispas brotando de las motas de polvo, girando para formar un vago perfil de un hombre.

Una chispa azul apareció en el aire, cayendo para dejar un rastro irregular de color. Una grieta se abrió en la nada, separándose para permitir que se derramaran ondas de luz azul y púrpura.

De esta apertura salió un hombre, aparentemente de mediana edad. Tenía el pelo corto y oscuro, y la barbilla y las mejillas estaban cubiertas por el crecimiento reciente del cabello, parches de plata en el negro. Tenía los ojos hundidos por la fatiga, las mejillas huecas y se lamió los labios secos cuando la abertura se cerró detrás de él, dejándolo solo en el desierto.

Una tos hizo que se volviera.

Sentada en una roca había una anciana, envuelta en bufandas pálidas y un abrigo rojo oscuro. Sus ojos estaban muy abiertos por la sorpresa, orbes blancos contra la piel oscura. Tatuajes del color de las cenizas marcaban su rostro, pintando llamas en las mejillas y la frente. Sus ojos se entrecerraron con sospecha mientras miraba al hombre, que estaba vestido con el mono de un trabajador, una mochila hecha jirones sobre un hombro, un cinturón colgado con muchas bolsas alrededor de su cintura.

“Hola”, dijo antes de que un ataque de tos lo sacudiera.

La mujer sacó un matraz de su abrigo.

‘¿Bebida?’

“¿Qué es?”, Preguntó el hombre.

“Solo agua”. Ella frunció el ceño. “¿Hablas Khert?”

“Hablo cualquier cosa”, respondió el hombre con una sonrisa, alcanzando el frasco. ‘¿Dónde estoy?’

El nómada levantó un dedo arrugado hacia la colmena en llamas.

“Ese fue Addaba”, le dijo.

“Oh”. El hombre se desplomó, tomó un trago y luego enderezó los hombros. Él asintió hacia el noreste. “¿El Palacio Imperial es así?”

‘Si. Un largo, largo camino “.

“No pareces asustado”, se hizo un gesto. ‘Mi llegada.’

“¿Debería estarlo?” Ella levantó una ceja. Seen Vi mucho estas últimas semanas. Mi familia tomada por el emperador. El cielo ardiendo. Addaba rota por la luz de las estrellas. Entonces … ¿Un hombre que sale del aire? No es tan peligroso “.

“No”, se rió. ‘Supongo que no.’

El hombre le devolvió el matraz y comenzó a alejarse, dirigiéndose en la dirección que ella había señalado.

“¿Quién eres?”, Gritó la mujer. ‘¿Estás con el Warmaster? ¿El emperador?’

“No, no soy uno de los sirvientes de Horus”. El hombre siguió caminando, casi tragado por el polvo y la noche. Su voz se desvió hacia el viento. “Mi nombre es John y estoy de mi lado”.

Un instante después, se había ido.

Ultimas palabras.

Acabas de leer mi cuadragésima novela para Black Library. En primer lugar, gracias por leerlo, y cualquiera de los otros. Todavía es una fuente de asombro y orgullo cuando alcanzo un hito como este, pensar que no solo mi vida ha sido bendecida con la oportunidad de escribir y diseñar juegos para vivir, sino que también se me ha dado la oportunidad de hacerlo. así que en uno de los entornos que he amado desde mi juventud.

Aunque incursioné en muchos sistemas de Games Workshop cuando era adolescente y más tarde, el juego que más jugué fue Adeptus Titanicus / Space Marine. La Herejía de Horus existe en la forma en que lo hace gracias al antiguo sistema de juego Epic y la necesidad pragmática de que los Titanes y los Marines Espaciales luchen entre sí para reducir el costo del juego en caja. Es increíble pensar que si GW de antaño hubiera tenido un poco más de dinero para arrojar algunos bebederos de orcos de 6 mm, ¡la historia del universo de Warhammer 40,000 podría haber sido completamente diferente! Desde Space Marine hasta la historia original de Bill King y la obra de arte seminal de Adrian Smith en el juego de mesa Horus Heresy, la Herejía de Horus se ha convertido en el mito fundador del Imperio.

Y ahora estoy aquí, treinta y dos años después, escribiendo sobre esa guerra fundamental.

Ahora que está hecho, siento que las treinta y nueve novelas anteriores se han practicado para esta. Esta ha sido la escritura más desafiante que he emprendido. Existe la simple cuestión de la presión y las expectativas para la serie Siege of Terra. El escrutinio al que se someterán mis palabras será inmenso. También es parte de una narrativa que incluirá más de sesenta novelas, además de muchos más audios, cuentos y una buena cantidad de novelas. Como descubrimos cada uno de nosotros que entramos en el proyecto, la cantidad bruta de cosas para entender como escritor es intensa. Hacer justicia a los personajes y las líneas de la trama que han sido creadas durante años, al tiempo que garantiza que cada libro siga satisfaciendo sus propios méritos, independientemente de lo que ocurra antes o después, ha hecho de esta una tarea compleja.

Al principio pensé que tal vez lo había conseguido con facilidad, en comparación con John French teniendo que conjurar la escala de la Guerra Solar, o Guy Haley, quien tuvo que contar una historia apasionante de sesenta días de bombardeos constantes. Tenía tres temas distintos pero relacionados en nuestra línea de tiempo para cubrir:

Los traidores se revelan en las filas imperiales (presencia de la Legión Alfa)

Cae el puerto espacial Lion’s Gate

Los primeros demonios llegan / son convocados / manifestados

Fácil, verdad? La experiencia me dice que tres hilos narrativos son un gran número para una novela de 90-100,000 palabras, cada uno de los cuales es equivalente a una novela en complejidad y extensión. La caída del puerto espacial de Lion’s Gate dio una buena nota final para unir los tres hilos, además de un núcleo de guerra intensa para mantener el tono de la Herejía de Horus fuerte en todo momento.

Resultó que las novelas de Siege of Terra son como una trama de Alpha Legion: nada es tan sencillo como parece.

Una historia de desgaste

Una trampa potencial cuando se trabaja en una historia con eventos establecidos y una trama bastante establecida, The Horus Heresy, The Beast Arises, Warhammer: The End Times, es que el sentido de la historia se pierde al golpear todos los ritmos predeterminados. Llevar al personaje A a la ubicación D a tiempo para el evento X corre el riesgo de convertir un proyecto en un ejercicio de logística y nada más. La narrativa que hace que una historia funcione se pierde.

Comprensiblemente, no quería que eso sucediera con lo que probablemente sea mi novela más importante de la Biblioteca Negra. Eso significaba descifrar los eventos en algo más narrativamente coherente y luego reunirlos nuevamente en una historia. Comencé estableciéndome en un tema para cada uno de los hilos de la historia para analizar: un tema que agregaría algo al arco general y la escala del Asedio de Terra.

Ese tema fue el desgaste.

Los asedios suelen ser batallas, a veces duran meses o años; pero los castillos y ciudades que han sido asediados en nuestra historia no se parecen en nada a la campaña que se libra para el Palacio Imperial. Un edificio tan grande que es más grande que muchos estados nacionales contemporáneos, una conurbación continental. Si bien puede llamarse la Batalla por el Palacio Imperial, en realidad es una guerra a gran escala. Una guerra con frentes y líneas de suministro y la logística de mover grandes cuerpos de tropas. Es una guerra que es tan devastadora que las fuerzas involucradas son solo restos destrozados de su antigua gloria al final de la misma.

Una vez que comencé a reflexionar sobre la idea del desgaste, una idea fuertemente asociada con los Guerreros de Hierro que sería central en la batalla por el puerto espacial de la Puerta del León, comencé a pensar en los diferentes tipos de desgaste que pueden ocurrir.

Se me ocurrieron tres: físico, mental y espiritual. Una fuerza de combate se erosiona lentamente en potencia de fuego y mano de obra, en su capacidad y disposición para luchar, y en su creencia en la causa por la que está

luchando o los líderes que está siguiendo. Dado que tenía tres “latidos” en la línea de tiempo para explorar, tenía sentido para mí que cada historia debería iluminar un tipo diferente de desgaste.

‘Hay tres armas en el arsenal de los victoriosos. Resistencia, creencia y lealtad “.

- Monito san Vastall,

Primer general máximo de los negros de Lucifer

Físico: la historia del puerto espacial

Como mencioné brevemente, los Guerreros de Hierro son (in) famosos por su doctrina brutal e intransigente. En contraste, los Puños Imperiales son intrépidos y desafiantes. ¿Qué mejor manera de explorar el desgaste físico que tener la fuerza irresistible y el objeto inamovible de la Herejía de Horus enfrentados directamente entre sí? Como Perturabo expresa de manera algo inmodesta pero no inexacta esto:

Orn Dorn me ha tendido una trampa y tengo la intención de usar Kroeger para soltarla. El pretoriano del emperador ha establecido sus planes con astucia y paciencia, sin duda tratando de anticipar cada uno de mis movimientos, contrarrestando de antemano cada estratagema, estratagema y táctica que ha extraído de mi trabajo anterior. Asegúrate, Forrix, de que cada piedra colocada en este palacio fue hecha teniendo en cuenta mi llegada. Tan seguros como nuestros enemigos han sido que Horus algún día llegaría a Terra, mi hermano ha estado igualmente seguro de que es mi ingenio, mi asedio, la prueba de sus defensas “.

Rann hace un punto similar, de manera mucho más corta: ‘Por eso estamos aquí. Para esto fuimos creados “.

En este punto, necesito hablar sobre el alcance del asedio de Terra. Hay literalmente decenas de historias que convergen en el Palacio Imperial a través del material anterior. Algunos de estos terminarán durante estos eventos. Otros son peldaños o precursores de cuentos que continuarán en la búsqueda que seguirá.

Lo más importante, esta es una historia sobre el Emperador, lo que estaba tratando de lograr y cómo el Caos lo frustró. El centro de esto es, por supuesto, el enemigo titular, Horus. Esto nos da el primer obstáculo a superar como escritores: los antecedentes establecidos nos dicen que Horus no se enfrenta al Emperador hasta el final. No hay dos maneras de hacerlo, no hay un juego de manos para tirar, el hecho es que los otros primarcas luchan por el Palacio. A pesar de esto, necesitamos mantener ese conflicto entre Horus y el Emperador en el centro de cualquier historia sobre Terra.

Un complemento de esto es el surgimiento de Abaddon. Por mucho que esta sea la historia del fin de la Era de la Verdad Imperial, estos son los eventos que consolidarán el papel de Abaddon en el futuro. Aunque no es tan metafísicamente importante, de igual interés para los lectores son los arcos de personajes como Khârn, Sigismund, Forrix, Ahriman, Loken, Garro, Keeler y muchos, muchos otros. Personajes que hemos conocido desde los primeros libros, muchos de los cuales han estado muy callados durante algún tiempo.

Y están las historias más pequeñas pero igual de válidas, de personajes que se ven por primera vez, o cuyos viajes recién comienzan, como Volk. Estos agregan algo de textura a la roca madre de los personajes principales.

John French hizo un gran trabajo al establecer el Emperador y Horus en el Libro Uno. El desafío para el resto de nosotros es encontrar formas de continuar ese tema sin que se vuelva repetitivo, tanto en contenido como en presentación. Libro tras libro debería agregar capas a la lucha en curso entre el Emperador y Su hijo más talentoso, hasta esa batalla culminante para decidir el destino de la galaxia. Pero esa lucha no puede ocurrir de forma aislada, meras bromas de lo que está sucediendo; La guerra espiritual entre el Emperador y Horus debe estar inherentemente vinculada a la narrativa de la novela también.

Lo cual es un microcosmos del problema presentado por una gran narrativa en curso. Cada novela tiene una tarea casi imposible de transmitir el asedio más amplio, las historias personales de los personajes involucrados, los pasos a lo largo de los eventos existentes de la línea de tiempo y la incorporación de otros, todo para una audiencia que puede haber estado

siguiendo durante casi una década. , o simplemente subí a bordo con The Solar War …

Y quizás el mayor desafío fue decidir qué había que dejar fuera. Realmente me encanta escribir sobre Sanguinius, pero no había espacio ni oportunidad narrativa para hacerlo, y está aumentando el tiempo de página a medida que avanza el asedio. Del mismo modo, podría haber habido una subtrama completa en la historia del demonio con las Hermanas del Silencio, pero es probable que tenga que guardar eso para una historia corta, si es que está escrita.

Dado todo eso, tuve que priorizar. El primero de la lista era Perturabo y sus Guerreros de Hierro. Aunque no obtienen la mayor parte del recuento de palabras, sin embargo, son el foco, la fuerza impulsora detrás del evento principal del libro. Después de eso, fue simplemente una cuestión de entrar todo lo que pude, sin sacrificar la profundidad y el sabor de lo que era absolutamente necesario para contar las historias que tenía que contar.

Espiritual - la historia del demonio

Los demonios parecían un ajuste natural para el desgaste espiritual. Se discutió mucho en nuestras reuniones sobre el escudo psíquico del Emperador y cómo mantuvo a raya a Horus y los Poderes del Caos y sus demonios. Este es un principio central de la creencia en el 41º milenio: que solo por la voluntad del emperador está protegida la humanidad, por su sacrificio se mantiene el imperio.

A lo largo del Asedio de Terra, el desafío que los autores han asumido ha sido encontrar la historia detrás de los eventos. Una línea en una cronología que dice que aparecen los primeros demonios podría tomarse de muchas maneras. Ya habíamos discutido esto con respecto a la entrada de Angron en The Lost and the Damned, y la llegada de otros personajes contaminados por el Caos, por lo que encontrar el matiz de lo que significaba esta declaración era descubrir la historia detrás de ella.

Discutimos la idea de que Horus, los Dioses del Caos a través de Horus, han estado atacando las defensas del Emperador desde el inicio del asedio. ¿Qué pasa si ese escudo fue socavado desde dentro? Hay mucho margen

para que los Portadores de la Palabra, los Legionarios Alfa y otros realicen rituales y demás, de hecho, las semillas se han puesto para esos eventos en historias anteriores.

El problema es que ya habíamos tenido dos grandes momentos rituales en la serie: el cometa que desgarra la grieta de la urdimbre en la Guerra Solar y la gran masacre octogramática que ocurre en The Lost and the Damned. Tener otro ritual del Caos en la nariz arriesgaba la repetición.

Se necesitaba otro enfoque. Proviene de uno de los grandes temas de toda la serie: la pérdida de la Verdad Imperial racional y el descenso a la superstición y la religión del Credo Imperial.

La pregunta era simple. ¿Qué pasaría si fue la fe real en el Emperador, lo mismo que trató de erradicar, lo que se convirtió en su talón de Aquiles?

Eso no es solo un complot, es una historia.

Justo cuando John French regresó al principio, a Mersadie Oliton, tenía sentido llevar la historia de Euphrati Keeler a un círculo completo. Ella era el punto de vista perfecto para la floreciente Lectitio Divinitatus.

Le tomó un poco más de tiempo encontrar a su aliada / antagonista, pero una historia sobre un Custodio que defendía el Palacio cumplía los requisitos. Amon, el primer Custodio que conocimos en la primera historia de Dan Abnett “Blood Games”, fue otro guiño a las historias fundamentales de la serie. Ese corto nos había mostrado el Palacio experimentando su transformación. Amón es un excelente observador de los resultados de ese cambio y al traer recuerdos de Monarchia, cuando el Emperador arrasó una ciudad que fue levantada en Su adoración, se convirtió en un perfecto obstáculo para la fe de Keeler.

Fue a través de la fe de Keeler que pude resolver el problema de cómo seguiríamos mostrando el conflicto entre el Emperador y Horus. A través de sus visiones, había un vehículo para que la batalla metafísica se convirtiera en una metáfora visible.

Fue arrastrada por un riachuelo hasta un amplio prado, donde se encontró con el árbol más grande que había visto. Cómo no lo había observado antes desafiaba la lógica, pero sabía que este era un lugar de fe, no razón, y lo aceptó como tal.

El árbol se extendía más allá de las nubes, sus ramas extendidas sostenían la bóveda de los cielos. Las ramas temblaron de vida, doblándose bajo su carga, y de esto surgió un tremendo crujido. Ella escuchó un rato, tratando de escuchar la voz del Emperador en el sonido del árbol.

Mental: la historia del ejército

Esto dejó a los traidores del Ejército Imperial para encarnar el tercero de mis tipos de desgaste. El cansancio mental de la guerra. Ya había leído The Lost and the Damned en este punto, y el excelente retrato de Guy de la vida pobre y sangrienta de un recluta imperial. También nos había mostrado algunos destellos brillantes de la vida en el ejército traidor. Como conocía el resultado, los personajes serían traidores, pensé llevar al lector a un viaje completamente diferente y explorar un desgaste mental mucho más largo.

Con todas estas historias y arcos de personajes existentes, tendría que estar loco para dedicar casi un tercio del libro a un nuevo personaje, ¿verdad?

Correcto

Pero lo loco es a veces el camino a seguir. En este caso, había una opción simple, y era acercarse a las unidades del ejército traidor como un punto de la trama o como un arco de personaje por derecho propio. Tener el "giro" fuera de la página parecía profundamente insatisfactorio.

En situaciones como esta, a veces es útil volver al material original. En este caso, eso en realidad significaba el juego de mesa de la Herejía de Horus: tengo una copia, por supuesto. El jugador Traidor puede usar una carta especial titulada "Cultistas del Caos". Esto es lo que dice:

Perdido por las promesas susurradas de los Dioses del Caos, una vez que los ciudadanos leales se rebelan contra el Imperio.

Luego continúa diciendo cómo colocar unidades de cultistas adicionales, lo más importante:

… incluyendo áreas que están detrás de la línea del frente en territorio imperial.

¿Cuáles serían los susurros de los Dioses del Caos? En el contexto del asedio en esta etapa, y el asalto al puerto espacial de la Puerta del León, ¿qué tendría un impacto significativo pero que no restaría valor a los esfuerzos de los Puños Imperiales y los Guerreros de Hierro?

Decidí que la traición tenía que ser significativa, pero no abrumadora. En cambio, quería que el momento diera un golpe emocional al lector en lugar de ser simplemente un punto de la trama. Necesitaba que el lector invirtiera en la historia de estos soldados, que los llevara al éxito, y que luego cambiara esa expectativa.

El plan se formó alrededor de una historia que estaba en marcado contraste con la de los reclutas del Libro Dos. Esta era una fuerza que quería estar en la batalla porque, desconocido para el lector, esta era su única oportunidad de asestar un golpe contra el Emperador. Se nos recuerda que el Emperador era un señor de la guerra, un conquistador de Terra antes de comenzar la

Gran Cruzada. La unificación no se logró solo con palabras amables. Y eso tuvo consecuencias.

Esta también fue una oportunidad para demostrar que, aunque la lucha se centra en el Palacio Imperial, esta es una guerra global. La idea de que una ciudad colmena fuera absorbida por sus recursos y luego por su gente era atractiva, y necesitaba elegir un lugar que ofreciera suficiente viaje para conocer a algunos de los personajes. Hemos dicho lo suficiente sobre Afric, y su distancia desde Himalazia parecía encajar idealmente en una línea de tiempo que los haría llegar en un momento potencialmente crucial.

Zenobi tenía que tener un arco fuerte y convincente. Hubo algunos cambios de un lado a otro con los borradores iniciales de esto, ya que escribí su historia primero, y fue demasiado largo y se centró demasiado en parte de la experiencia del día a día. Era importante que esta historia se basara, un humano normal con un deseo de ver a través de lo que resulta ser una hazaña extraordinaria.

Conociendo el destino, habiendo descubierto cómo hacer que la traición sea significativa, intenté jugar en tantos tropos imperiales como sea posible. Los protocomisarios reprimen la disidencia, el rechazo de la Lectitio Divinitatus, el miedo a la infiltración y la traición.

También quería que la historia fuera genuina para el lector. Este no es un intento de engañarlos, sino permitirles ver otro lado del conflicto. No quería sacar la alfombra de debajo del lector, simplemente hacer que se dieran cuenta de que había una verdad diferente en la historia que estaban leyendo. Todavía hay mucho misterio: ¿son los reclutadores agentes de Horus u oportunistas? ¿Quiénes fueron los marines espaciales que atacaron el punto de transferencia? ¿Eran leales en un aviso o la Legión Alfa cubriendo sus huellas, tal vez?

Al momento de escribir esto, una persona que no conocía el arco de antemano ha leído la historia, su colega autora Graham McNeill, y se contactó conmigo para decirme que le había encantado el turno de Zenobi, el momento en que pronunció esas palabras infames. Lo tomo como una buena señal y espero que otros lectores disfruten esta parte de la misma manera.

‘¡Por la libertad! ¡Por Addaba! “, Gritó ella mientras el fuego láser cobraba vida a su alrededor. Una serie de detonaciones agudas resonaron en la base, columnas de fuego amarillo que estallaron dentro de las columnas del tanque y baterías de artillería por cargas de demolición ocultas esa mañana. “¡Para el señor de la guerra!”

Enigmas cartográficos

Uno de los mayores desafíos para todos los autores involucrados en la serie es transmitir la enorme magnitud del Asedio. Al relatar batallas masivas, un escritor puede perder el sentido de la emoción y la acción personal; Por el contrario, las interacciones entre un puñado relativo de personajes pueden hacer que una guerra en todo el continente parezca una pelea por una manzana. Esto también es cierto para el puerto espacial de Lion’s Gate, una ciudad colmena en vuelo por derecho propio, de un tamaño que desafía la comprensión.

Este desafío no es solo para los autores. Francesca Baerald, la ilustradora de los exquisitos mapas de la serie Siege of Terra hasta ahora, ha tenido que lidiar con las mismas imposibilidades. Por lo tanto, estos mapas, y por necesidad, proporcionan una idea de la topografía y el estilo del Palacio, pero no están destinados a ser geográficamente literales. La ciudad y el puerto espacial son mucho más intrincados y extensos que cualquier ilustración que pueda transmitir de manera realista, pero creo que el mapa logra alimentar la imaginación y proporcionar un contexto importante para mis palabras.

Gav Thorpe, Nottingham, Mayo 2019

FIN